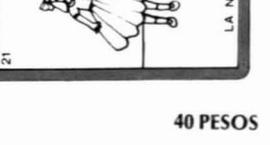
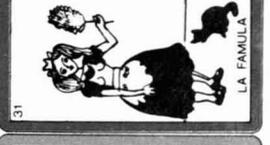
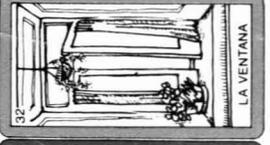
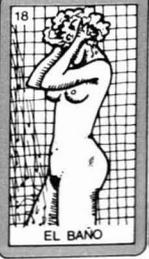
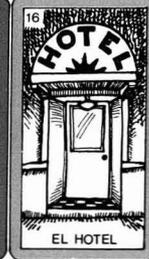


DILECTOS AMIGOS, AGRAVIOS,  
 IMPERIOS, COLOQUIOS,  
 ELOGIOS, OSCURAS MEZQUITAS,  
 HISTORIAS, ECLIPSES, CLOWNS,  
 NOVALIS, SUEÑOS Y RAZONES,  
 FURIOSOS GUARURAS, CLAVES,  
 POEMAS, OJOS ENCENDIDOS, BATALLAS,

REVISTA DE LA

# UNIVERSIDAD DE MEXICO

RESACAS, AMORES EXTREMOS,  
 CREDENCIALES, GATOS, AZOTES,  
 PIROMANCIAS, MUSAS, GRABADORAS,  
 GOLES, GRANADEROS, ÉPOCAS  
 ANARANJADAS, PIERNAS, HENRIQUISTAS,  
 CÁRCELES, ECLIPSES, ESTATUAS DE SAL,  
 NOSTALGIAS, NARCISOS, DISFRACES,  
 ALIVIANES, NAVEGANTES, DÍAS  
 MEMORABLES, METROS,  
 ELECTROSHOCKS, MARGARITAS,  
 DILECTOS AMIGOS, AGRAVIOS,  
 IMPERIOS, COLOQUIOS, ELOGIOS,  
 OSCURAS MEZQUITAS, HISTORIAS,  
 ECLIPSES, CLOWNS, NOVALIS, SUEÑOS Y  
 RAZONES, FURIOSOS GUARURAS,



## SUMARIO, Volumen XXXIV, números 6 y 7, febrero / marzo de 1980

Luis Miguel Aguilar  
*Tres poemas, 1*  
Roberto Bravo  
*El desagravio, 2*  
Antonio Argüelles  
*Dos poemas, 4*  
Magdalena Sofía Cárdenas  
*La resaca, 5*



Lilia Barbachano  
*Peter Kürten, 7*  
Raúl Casamadrid  
*Sin cuenta, 8*  
Alberto Blanco  
*Cuatro poemas, 11*  
Salvador Castañeda  
*¿Por qué no les dijiste todo?, 12*  
Carmen Boullosa  
*Dos poemas, 17*  
Adolfo Castañón  
*El muro de la historia, 18*  
Coral Bracho  
*En esta oscura mezquita tibia, 19*  
Gonzalo Celorio  
*Estatua de sal, 21*  
Ricardo Castillo  
*Un poema, 24*  
Carlos Chimal  
*Bravo nuevo mundo, 25*  
Sandro Cohen  
*A pesar del imperio, 31*  
Javier Córdoba  
*Dos de nosotros, 32*  
Glenn Gallardo  
*Dos poemas, 34*  
Julio Derbez  
*Después de la luz, 35*  
Emiliano González  
*La musa, 37*

María Luisa Erreguerena  
*Una cuestión de nostalgia, 38*  
Manuel Marín  
*Dibujos, 40*  
Alejandro García  
*Los furiosos guaruras desencadenados, 42*  
Eduardo Hurtado  
*Narciso se disfraza, 46*  
Rodrigo Garnica  
*Un día memorable, 47*  
Jaime Moreno Villarreal  
*Gato de luna, 49*  
Eduardo Guerrero Tapia  
*La grabadora, 50*  
Andrés Ordóñez  
*Un poema, 54*  
Francisco Hinojosa  
*Hacia el subterráneo, 55*

Gérard Macé  
**I Rimbaud recientemente relegado**

Roberto Diego Ortega  
*Sobre la cuerda, 57*  
Salvador Mendiola  
*El flaco Novalis, 58*  
José Manuel Pintado  
*Un poema, 62*



David Ojeda  
*Piernas de dama blanca, 63*  
Isabel Quiñónez  
*Soñando encontró el mito, 67*  
Jaime del Palacio  
*La fiesta de la victoria, 68*  
Vicente Quirarte  
*Los cantos de Juan Pablo Castel, 75*  
Armando Pereira  
*Las esperanzas de Pérez, 76*

José de Jesús Sampedro  
*Oh qué poema también, 78*  
Emiliano Pérez Cruz  
*Ustedes no saben pero ya van, 80*  
Arturo Ramírez  
*Dos poemas, 86*  
Verónica Volkow  
*Un poema, 87*  
Francisco Segovia  
*Clave, 88*  
Bernal Tiscareño  
*El jugador número doce*



Alejandro del Valle  
*Dos poemas, 91*  
Jaime Vázquez  
*Dilecto amigo, 92*  
Rafael Vargas  
*Tres poemas, 94*  
Juan Villoro  
*La época anaranjada de..., 95*  
Fernando del Paso  
*Desde Londres, 98*  
Carlos Illescas  
*Disparatario, 99*  
José Luis González  
*Delito de opinión, 100*  
Lya Cardoza  
*La vuelta al mundo, 102*  
José Antonio Alcaraz  
*Música, 104*  
Andrés de Luna  
*Cine, 105*  
Guillermo Sheridan  
*Lecturas, 107*  
3a. de foros:  
*Post scriptum*

Portada: Dibujo de Carlos Her  
Mauricio Watson

### Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Secretario General Académico: Dr. Fernando Pérez Correa

Coordinador de Extensión Universitaria: Arq. Jorge Fernández Varela

### Revista de la Universidad de México

Órgano de la Dirección General de Difusión Cultural / Dirección General: Lic. Gerardo Estrada

Director: Arturo Azuela

Jefe editorial: Cristina Pacheco

Jefe de redacción: Guillermo Sheridan / Asistente: Rafael Vargas / Editor: Eduardo Enríquez

Dirección artística: Bernardo Recamier

Administración: Lic. Roberto Damián Arriaga

Edificio de Diseño Industrial, 2o. Piso.  
Ciudad Universitaria, México, 20, D. F. Tel. 548-43-52  
Todo asunto relacionado con suscripciones y  
ventas deberá tratarse en la oficina de Distribución  
de Publicaciones de Difusión Cultural:  
Adolfo Prieto No. 133, Col. del Valle, México, 12, D. F.  
Tel. 523 46 40 y 523 61 77 ext. 28

Los pagos a los colaboradores de la Revista se  
realizan en el Piso 10 de la Torre de la Rectoría,  
de lunes a viernes entre las 9 y las 15 horas.  
Franquicia postal por acuerdo presidencial de 10  
de octubre de 1945, publicado en el D. Of. del 28  
de octubre del mismo año.  
Precio del ejemplar sencillo: \$ 20.00  
Precio del ejemplar doble: \$ 40.00  
Suscripción anual: \$ 200.00 (12.00 Dlls. en el  
extranjero).

Patrocinadores:  
Banco Nacional de Comercio  
Exterior, S. A.  
Unión Nacional de Productores  
de Azúcar, S. A.  
Ingenieros Civiles Asociados (ICA)  
Nacional Financiera, S. A.  
Instituto Mexicano del Seguro Social  
INFONAVIT

# LUIS MIGUEL AGUILAR

## TRES POEMAS

### COLOQUIO

“...caminas por aquí, ves esas formas,  
La hipérbole es tu fuerte —reflexionas—;  
La Ciudad, la *populosa*, se vacía,  
Sobre las calles se vuelcan tus fantasmas  
Y los señores, los *dueños de la noche*,  
Preparan el asalto inminente en las esquinas.  
Nadie les ha hecho bien; no se les puede  
Pedir el bien a cambio. Responden con más golpes  
Los que han sido  
Golpeados por el mal del mismo modo.  
¿La ciudad es el miedo o tú lo eres?  
Cosas que no comprendes y te humillan  
Vuelven para dejarte entre las manos  
Un Chatterton de bolsillo: ‘Se angustia y muere’.  
Antes de enloquecer una mañana  
Hölderlin descubrió las diez palabras  
Que vuelven semestralmente a tus oídos  
Y buscan resolver este desmadre: porque  
Como eres, así continuarás;  
y así lo imponen  
Necesidad y crianza.  
No mires hacia atrás.  
En vecindarios donde la publicidad  
provee a sus víctimas de profetas y de oráculos,  
Ante la presencia de un *tío-más-terrible*,  
Antígona no pelearía por el entierro del hermano,  
Todos viendo su irrealidad, al otro día,  
Con un pedazo de nota roja entre las manos.  
En sus dos rostros, Jano  
Ve con horror el futuro y el pasado;  
Y aunque todos nos sabemos de los más afortunados,  
Todos seguimos esperando un mejor Jano.

Abandonada a las sectas y las sombras  
Yace Metrópoli de noche. Las vírgenes  
Se han ido. Tu amor  
Se traba entre la impotencia y la esperanza,  
La pérdida del centro y el hallazgo matutino  
De que nada se ha ido, pues nunca se va nada.  
(En *The Long and Winding Road* de los Beatles, por ejemplo;  
Cómo ahí todo llega a este problema; aunque las gentes amen  
Están solas; ella llora, uno no se entera  
—Y viceversa; pero en el puente total de los encuentros,  
En la solicitud del solo apoyo,  
Todos vuelven a tocar la misma puerta).  
Sólo te advierto Megápolis, a todos tus asaltantes  
Que tengas respeto por mi amor o sufrirás las consecuencias...”  
Iba pensando en todas estas cosas  
Al caminar ayer por la avenida Nuevo León

Hacia mi casa, a las dos y media de la noche,  
Con las manos en los bolsillos del pantalón.  
Entonces volvió la voz de este cabrón:

“¿Otra vez, tú? ¿Ahora quién te sientes?  
¿Jeremías —cum Juvenal a medio foro?  
¿De nuevo Auden en *City without Walls*?

Carajo, pero qué mal lo estás haciendo”.

Metí la llave en la puerta respondiendo:  
“Bueno, y qué; si tú eres el que empiezas”.

### ELOGIO

a M.

Vino de tarde. Yo no la quise comparar con otras cosas:  
sus cuadernos, los ojos de mi madre, una diadema tem-  
prana. Vino temblando, ya lo dije, por la tarde. Había  
un poco de frío entre sus manos; en la elección del pol-  
vo al agua fresca, por ella me incliné hace cuatro años.  
Tiene un perro que no odio. La quiero porque no sabe  
lo que hace. Se fue una vez, volvió; ahora puedo elogiar-  
la.

Lo que omito, y sus muslos, y la almendra,  
Y el centro que he perdido y reencontrado,  
Y los celos y su casa en las mañanas  
Destacan ya una historia decidida.

### CESARE PAVESE

Sólo hay un modo de hacer algo en la vida,  
Consiste en ser superior a lo que haces.

No hay modo de escribir un buen poema  
Si tú no eres mejor que ese poema.

Cada fantasma que dejas de matar  
Es un poema menos; has perdido

Tus textos peleando un odio absurdo, has envarado  
Tu esfuerzo en un conflicto inútil. Pero

No hay modo de escribir literatura  
Si no eres superior a lo que escribes.

ROBERTO BRAVO

## EL DESAGRAVIO

El viejo Molloy fue el primero en verlo, el murciélago salía de una de las hendiduras que separan las paredes del mercado de la tienda de don Casto. Al verlo planear, Molloy abandonó la dirección y fue a estrellar su bicicleta contra el borde de la acera. Su cuerpo saltó por encima del manubrio y dio un golpe seco en el pavimento. Qué putazo, dijo un dependiente de don Casto al ver la caída. Eso le pasa por pegarle a su madre cuando no le da dinero, agregó don Casto mirando al viejo sin preocuparse. Al viejo Molloy se le acusaba, además de pegarle a su madre, más vieja que él, de fornicar con ella. Es castigo de Dios, ayúdalo a levantarse, le ordenó al empleado. El dependiente agarró al viejo por los sobacos y le dio un jalón hacia arriba. Te está castigando Dios, le habló.

Molloy volteó con los ojos desorbitados, al que va a castigar es a tu patrón (don Casto, viendo que un frasco de D.D.T. se había derramado sobre un saco de harina, se apresuró a venderlo ocasionando la muerte de cuatro familias). ¡Mira!, dijo Molloy señalando al murciélago que planeaba a media calle. A la gran puta, exclamó el empleado soltando al viejo que hizo equilibrio para no volverse a caer. Mire don Casto, gritó el dependiente. Don Casto salió haciendo visera con una mano para no deslumbrarse. Esto es castigo de Dios, se persignó con la otra mano: algo malo va a ocurrir.

Un coche se estacionó a escasos metros de donde estaban; se bajó primero el maricón que lo conducía y después otro; los dos esperaron a una mujer cargada de joyas que salió con trabajos; después, uno fue a la cajuela y sacó dos canastas grandes; cuando estuvieron juntos, caminaron hacia el grupo. Molloy sangraba de la nariz y tenía raspaduras en los brazos y en la cara. Qué barbaridad, dijo la mujer mirándolo. Qué te pasó, se sintió estúpida cuando vio los fierros retorcidos de la bicicleta. Ya estás grande Molloy, no deberías pedalear, agregó en tono misericordioso. Molloy se metió las puntas de la camisa en la nariz y no contestó nada. Don Casto intervino entonces, mire usted, doña Olga, y señaló al murciélago que dio tres aletazos para trazar una vuelta más. Ave María purísima dijo la mujer y se puso pálida. Los maricones se abrazaron a ella y empezaron a llorar. Dios la coja confesada, sentenció don Casto (doña Olga era dueña de un burdel). Y a usted también don Casto, contestó severa la mujer. Los putos lloraban, Molloy con las puntas de la camisa metidas en la nariz permanecía mudo viendo con los ojos desorbitados. El negro José, que estaba parado en la esquina de la botica de Fallo, se acercó al ver la bola. Qué pasó mamacitas, les dijo a los putos, por qué lloran si ya estoy aquí. Los maricas no levantaron la cabeza del hombro de doña Olga. No seas mala sangre, lo miró don Casto, ¡mira!, le señaló al murciélago que planeaba ahora hacia las puertas de la cantina del Chilango, este es un aviso para que te pongas a trabajar (el negro José tenía seis hijos, su mujer y su ma-

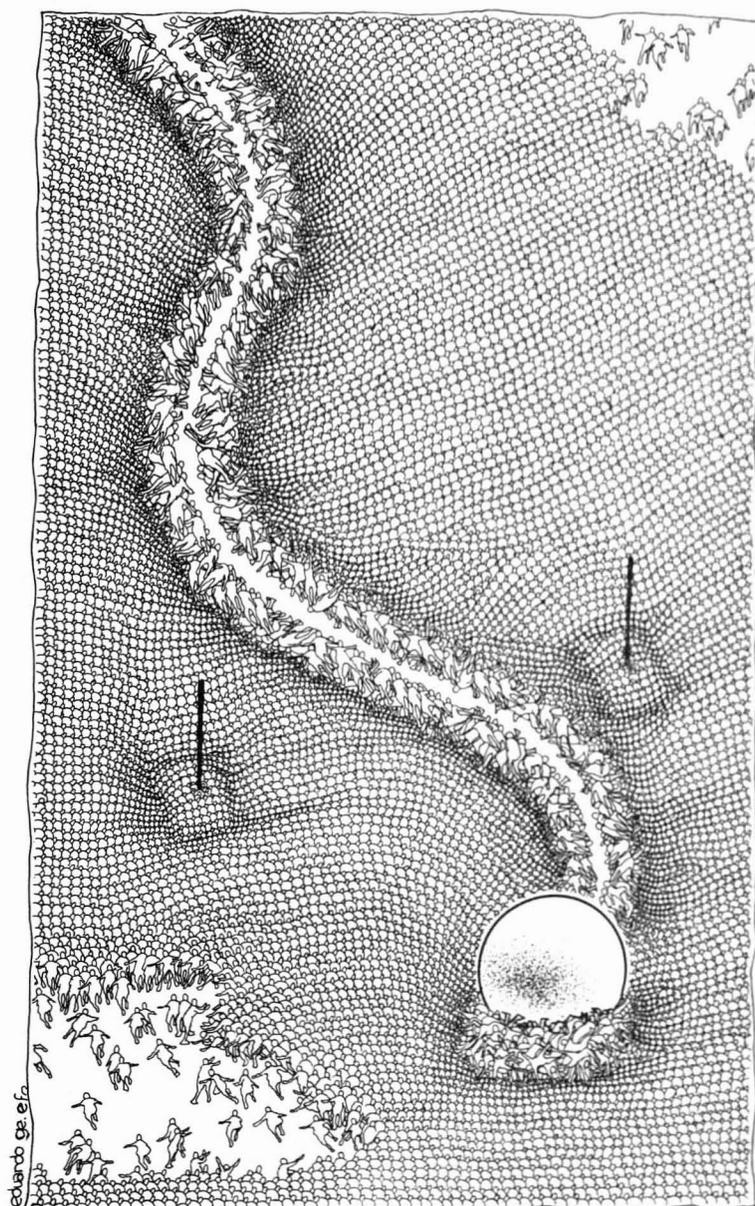
dre los mantenían y él, con su camisa floreada, se la pasaba en el billar dejándose querer de las putas y los putos). Ah carajo, exclamó el negro y se pasó la mano por el bigote, desconcertado, con los ojos nerviosos, pendiente del murciélago que ahora movía la cabeza de un lado a otro. Parece un ratón con alas, dijo pensativo.

Molloy seguía con las puntas de la camisa metidas en la nariz, balbuceaba pasándose el dorso de la mano por los ojos llorosos. Don Casto estaba lívido, apoyado sobre el dependiente. Dios nos sabrá perdonar, dijo para sí. Doña Olga empezó a apapachar a sus putos para consolarse, y el murciélago dando de vueltas como si estuviera ensayando sus alas. ¡Fallo, ven!, gritó el negro, ¡ven a ver a un vampiro volando a mediodía! Fallo caminaba hacia el grupo abrochándose la bragueta y estirando su playera que dejaba expuesto un ombligo rodeado de pelos. Hermanito, le dijo el negro, ya no te andes cogiendo a las inditas que atiendes porque mira, le señaló al vampiro que volaba directo hacia el grupo. Todos se hicieron para atrás, los putos gritaron y el viejo Molloy quiso correr pero se sintió de una pierna y se quedó quieto entre espantado y adolorido. El Chilangosalía de su cantina seguido de los Pimpos, dos cargadores que allí se la pasaban cuando no acarreaban bultos. Los Pimpos ya estaban medio pedos; parece que están asustados dijo el más gordo, es que se cayó Molloy de la bicicleta, intervino el menos gordo, tráete el vaso de caña para que se le vaya el susto ordenó el primero. El murciélago viró en redondo y se fue directo a la acera donde estaban el Chilango y los Pimpos; los Pimpos, cuando lo vieron, se metieron a la cantina, el Chilango vio el bulto y preguntó si era una mariposa. No seas pendejo, contestó uno de los Pimpos desde adentro, es un vampiro, y esos no salen más que de noche. El otro Pimpo agarró los lentes que estaban en el mostrador y se los llevó al Chilango. El vampiro ya había dado la vuelta y se iba calle adelante hasta la casa del licenciado Gínés. El Chilango, con los lentes puestos, lo vio alejarse y le gritó a don Casto: saque usted una tiza y dibuje una cruz en la calzada. Don Casto balbuceó la orden al empleado.

El Chilango entró a la cantina por un cabo de vela para prenderlo junto a la puerta. Estos murciélagos no entran donde hay lumbre, informó a los Pimpos. El vampiro no va a entrar, Chilango, simplemente está anunciando algo, y tienes razón en preocuparte porque el aguadiente que vendes tiene más agua que los chalanos de Porfirio, mira nada más como tengo las patas de hinchadas por tu culpa. El Chilango salió con la candela prendida y le gritó a don Casto: hay que hacer algo para conjurar el mal.

El vampiro daba vueltas frente a la casa del licenciado y el Hotel de los Turcos. El licenciado Gínés (que con la ayuda de su profesión y la del tío Cole se había adueñado de varias casas y predios

del pueblo) miraba maravillado al vampiro que cabeceaba otra vez de acera a acera; es increíble, se dijo, con la mano puesta en la barbilla. Los Turcos ya habían salido y empezaron a discutir entre ellos (eran especialistas en organizar partidas de pokar). Oiga licenciado, dijo uno de ellos, este vampiro está medio raro, mire usted a la gente. Don Casto, doña Olga y los demás venían con otros siguiendo al vampiro; don Casto, con un crucifijo en la mano entonaba canciones religiosas que los demás acompañaban. Que viva mi Cristo, que viva mi rey. La mujer del licenciado salió con una escoba en la mano al oír los cantos, el licenciado reía por el asombro. Descarado dijo su mujer, deberías tener piedad y pensar en el futuro de este presagio. Ese robar de terrenos que se hinque gritó alguien de



la bola, y el licenciado se metió al conjunto poniéndose al lado de don Casto. Todos los del mercado, a un grito del Chilango, se unieron para deshacer el augurio, las mujeres y los chamacos que habían ido al mandado formaban parte de la muchedumbre que seguía al crucifijo y al vampiro que daba vueltas y planeaba. Interrumpían el canto para lanzar consignas, por Cristo nos salvaremos, esos tahures que se hinquen: los Turcos se pusieron al lado de doña Olga y los putos. Molloy, resagado, venía al lado de los Pimpos con un vaso de caña en la mano, su cerebro artrítico ya no se acordaba del suceso, ahora reía con una punta de la camisa metida en la nariz. El vampiro tomó un poco de altura al sentir el calor de la muchedumbre que cada vez era más grande. Don Casto no dejaba de entonar la canción y de enojarse por los empujones, no ven que él lleva el crucifijo dijo doña Olga. Asesinos, gritó alguien de atrás, ustedes tienen la culpa, y entonces todos los de adelante alzaron la voz en el canto. Que viva mi Cristo, que viva mi rey, que impere doquiera triunfante su ley. ¡Viva Cristo rey!, gritó el negro José. Huevón, se oyó otra voz que gritó con el viva de los de adelante. El murciélago deshizo el círculo que estaba trazando y continuó hasta llegar adonde termina la calle. La multitud siguió al espectro con su paso de procesión, cruzando frente al muelle donde Porfirio salió de su caseta de madera. Los estibadores se unieron dando más brío al suceso, pidiendo que Porfirio se incorporara. Que se vaya de rodillas, gritaron: esbirro del tío Cole, se animó uno de los Pimpos. Los cantos se les agotaron y ahora entonaban los de la Guadalupe. En el cerro una hermosa mañana, Porfirio se fue hasta adelante y se puso al lado del licenciado, la guadalupana, la guadalupana, hambreador de indios gritaron atrás, la guadalupana bajó al Tepeyac. Al final de la calle se encontraba la casa del tío Cole, el vampiro planeaba, hacia sus giros ante la mirada extrañada del pistolero cuidadoso de la puerta que, al ver la manifestación, se metió. ¡Oremos!, gritó don Casto, tenemos que desagraviar al señor, que paguen los asesinos y hambreadores se oyó una voz, doña Olga empezó: Señor ten piedad de nosotros, ten piedad de nosotros, y castiga a los culpables, se escuchó el responso. Putos, se oyó al Pimpo, que caminaba con dificultad. Cuando llegaron, el tío Cole estaba esperándolos con cuatro de sus muchachos. Cuál es el problema, preguntó con su voz pausada y fuerte. Mire usted, dijo don Casto señalando al vampiro, es una señal de que algo malo va a ocurrir y queremos desagraviar al Señor para que conjure el mal. Todo quedó en silencio, sólo se escucharon los movimientos que hizo el tío Cole para desenfundar. Apuntó unos segundos al vampiro y disparó. El animal sufrió un espasmo, trazó una parábola y fue a desplomarse a sus pies.

Entonces los de atrás se agacharon a recoger las piedras.

# ANTONIO ARGÜELLES

## DOS POEMAS

### USOS DE UNA BATALLA

Usarás en la batalla el acero oculto  
en el más recóndito meñique,  
no puede ser de otro modo.  
Has de invertir en ella la estrategia  
de la salivación, la balística salada  
de ese dulce apetito.  
Un lento hilo de diversos humores  
marcará la zona de las hostilidades,  
y no habrá jurado que investigue o comité  
la humanidad de las armas, su arranque  
defoliador o ácidos lanzados de los ojos.  
Porque habrá asecho, solicitud y empine  
de garfios con la lengua, flancos pendientes  
de flagelación, o un dedo  
que se fuga al espejo más soleado.  
O un camuflaje reservado para el último avance  
en terreno inseguro,  
con el equipo anfíbio eficaz en zona  
de dolor o placentera.  
Te desconoceré entonces. Te sabrás vencedora  
al hincar en mi nuca el banderín  
airoso de tus recuperaciones.  
Surgirás luego del desastre  
saboreando la claudicación de mi mirada,  
meneando la flora de papel  
de súbito nacida entre tus ingles.

### UNA DESESPERADA

Yace en mi cama una desesperada  
amarilla, una rana humillada, una piel  
dejada ahí, sin brazo,  
¿dónde está su brazo?  
Sólo una sombra de brazo, un hilo  
bajo el que vive la arruga de mi cama  
azul, su raro maderamen.  
Tumba más bien que cama, que navega  
bajo la pálida bombilla. Una desesperada  
bocabajo, la lágrima líquida  
sus aplastes. Cuajada desde los talones,  
lágrima tibia como mameo  
sobrepuesto, como hilo que oprime  
su cintura sometida  
a eventuales manazas verdugas  
con la palma en la eme de la muerte.  
Desesperada es un cadáver: es un sometimiento  
frente al espejo opaco, olor a cebollín  
y ajuar de baratillo. Sólo la sábana  
acuarela, el colchón circense, la duela  
que pudo navegar y no, la tierra  
que pudo generar y no, entre resaca  
y cuero mojado, la gelatina blanca del deseo,  
sólo ella ahogada por la furia  
que sabe quién concatenó contra ella.



# LA RESACA

POR MAGDALENA SOFÍA CÁRDENAS

Retumbaba el sonido del aparato en su recámara. Murmullo al principio y luego, poco a poco, un zumbido intransigente que la iba llenando hasta desbordarla. Habían dejado el proyector encendido en la sala. Decidió bajar cuando estuvo segura de que ya se habían ido todas. En la sala, la luz del proyector contra la pared, la ráfaga afilada de luz, hacía visible la suciedad del ambiente.

Momentos antes, desde su cuarto, había sentido a las tías alejarse y caminar por el patio hacia la fábrica para acompañar a mamá, mientras que a ella, una inercia casi incontrolable y escrupulosa le había impedido bajar para finjir enterarse de lo ocurrido. Además, le parecía que debía esperar el momento en que alguien subiera a darle la mala noticia. Distraída, imaginaba esa cara: los ojos acartonados, llorosos, de un animal enjaulado.

De algún modo, le parecía que lo adecuado era recibir la noticia por parte de un animal torpe y abatido, ufano mensajero que ella le daría pena desilusionar diciéndole que lo sabía todo. Tendría que soportarlo, permitirle que retozara acariciándole el cabello mientras ella se concentraba para exculparse y liberar un sollozo que reconocería, con vergüenza, descreído e inmoral. Por momentos, le inquietaba pensar que había un estilo para recibir a la muerte en casa, para recibir a la muerte, sobre todo la de mamá. Poco correcto hubiera sido lanzarse a la fábrica donde estaba el cadáver y entrar, suspensa, liebre enceguecida y atajada, para verla ahí caída, quizá con el vestido levantado, impúdica, dejando ver sus muslos flácidos. Le daba vergüenza descubrirse pensando en eso. La muerte se trastocaba de pronto, se convertía en un manual de reglas de etiqueta, las fantasías morbosas en las que ella aparecía lánguida y contenida. Una huérfana no debía llorar fuerte ni maldecir; debía mantener la cabeza baja y resignarse, sollozar mientras descendieran el ataúd al foso, pero sobre todo esperar, esperar pacientemente la mala noticia.

Si se esforzaba, podría dormir otro rato, mientras, allá abajo, sus tíos ensayaban las palabras con las que le informarían. "Se murió mamá —pensaba—, se murió mamá... tengo que grabármelo en la cabeza. Se murió mamá y ya no voy a verla."

Desde su cuarto, Patricia oía los pasos de las tías de una recámara a otra, las sentía abrir cajones, buscando su mejor camisón para vestirla. "¡Está en el cajón más bajo del ropero y el pañuelo de seda blanca para detenerle las quijadas está en el tocador!" Qué ganas de gritarles tanto, muchas veces, todas las veces: "¡En el tocador, les digo. Déjenme dormir, quiero dormir en paz!". Pero en vez de eso se movía de un lado a otro en la cama, jalaba fuerte las sábanas para cubrirse la cabeza y no lograba adormecerse siquiera.

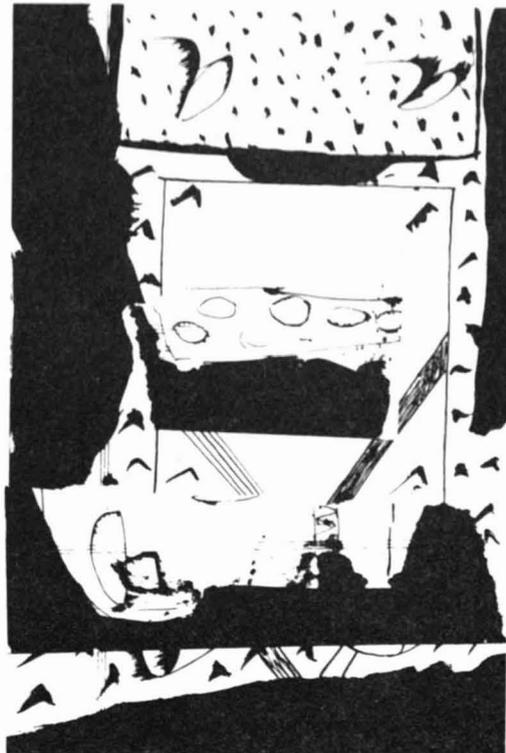
No necesitaba que vinieran a decirle cómo había ocurrido; ya lo sabía todo. Pensaba en mamá que hacía algunos momentos había estado viendo la

película de la vida de su hija, la que hizo papá. Patricia García, 1 a 15 años. Paty, un año: una niña dormida frente a un pastel de cumpleaños, cinco, siete, diez, quince años; mientras papá, detrás de la cámara y detrás de todo siempre. "Era gordo papá —pensó—, colorado. Cazador. Sano papá, buen papá, cariñoso". Entraba de súbito en la fábrica y era una niña. Había corrido atravesando el patio, escapándose a mamá de la casa. Quería verlo desde la puerta, eso era lo único. No iba a entrar donde estaban las máquinas que podían cortarle un dedo y arrancarle una pierna: ¡Chaca, chaca, chaca!, los ruidos fuertes, ensordecedores de las máquinas. Estaba oscura la fábrica. Había tornillos y rizos de acero en el suelo. La miraban ajena los hombres, unos ojos pulidos, blancos, detrás del ramaje negro de sus cuerpos untados de grasa, sudorosos. ¡Chaca! ¡Chaca! ¡Chaca! ¡Pas! ¡Pas!, las máquinas golpeteando contra sí mismas mientras Patricia permanecía estática en la puerta, suspensa, liebre enceguecida y atajada como las que cazaba papá en la noche, con escopeta y luz violeta, pasmadas segundos antes de morir. Extrañaba el regazo de mamá, el olor a la tela de su vestido y detrás su piel caliente, los brazos que la protegían, la escondían para evitarle el osco mundo oscuro, ajeno a ellas. La fábrica angustiosa, desconocida. Ese ruido ensordecedor y los focos colgando de esos alambres untados también como los hombres, chorreando una grasa negra y pesada como las máquinas. De pronto, unas manos firmes, inquebrantables, la levantan y la aprietan contra el pecho. "Ca-



riñoso papá”, pensó mientras se volvía hacia el otro lado de su cama.

No tendrían que contarle nada porque sabía cómo había sucedido. Unos meses antes, mamá le había pedido el pañuelo de seda blanco para detener las quijadas de papá. La recordaba dándole instrucciones sobre lo que se debe hacer cuando alguien muere: “Se les amarra un pañuelo a lo largo de la barbilla, se les cierran bien los ojos...” Después de todo su madre le había enseñado a comportarse ante la muerte, le había enseñado a atesorar el llanto y a guardar las maneras. No tenía por qué darle vergüenza cuando ella misma, ahora, reaccionaba casi seca y gris ante esto. Sabía cómo debía hacerse: acomodar sus brazos sobre el pecho y cerrarle los ojos. “¿Cómo tendrá los ojos mamá ahora? — pensó —. Seguramente no podrán cerrárselos, seguramente andarán por ahí, perdidos. Ahora las tías estarán esperando a los de la funeraria y cuando ella esté lista vendrán a buscarme, cuando la hayan metido en su cajón y cerrado bien la tapa. No vaya yo a ver los agujeros que se dejó en la cabeza”. Sin darse cuenta, había empezado a doblar una sábana para cubrirla, cubriese con ella, esconderse en mamá, en su pecho cálido y sus manos de madriguera. Exiliadas, mamá y ella, como habían estado los últimos meses, reclusas en ese dolor callado desde la muerte de papá, ajenas a esos resignados, morbosos animales de rapiña que la estarían viendo ahora. “Ganaste, mamá, ¿qué le vamos a hacer? Ganaste en este juego que inventé sin palabras de ver quién lo extrañaba más.” Cuando



se dio cuenta de que iba a salir de su recámara para buscarla volvió a meterse en la cama.

La casa estaba ahora en silencio y ella podría dormirse. Ya no habría más taconazos ni ruido abajo. Era nada más cerrar los ojos y dormirse, cerrar los ojos y dormirse... En vez de eso, imaginaba las escenas del día siguiente. Sus compañeras del colegio con el uniforme de gala, sentadas una junto a otra como pájaros sobre los cables de la luz. “Me verán tan firme y segura — pensaba —. Van a platicar luego de mí: a los quince años se quebró su vida, ahora va a sufrir tanto... Pero no me van a ver llorar. Voy a esperarme para llorar con Pablo. El me va a consolar, me va acariciar el cabello y los senos.” Qué incomodidad y vergüenza sintió cuando se sorprendió pensando en Pablo. ¿Y si papá o mamá podían ahora entender su pensamiento?, ¿si la descubrieran? “Se murió mamá, se murió mamá, se murió y ya no voy a verla.” Era tan difícil concentrarse en eso, tan difícil que no fueran a descubrirla pensando en Pablo cuando mamá estaba ahora tirada en la fábrica, revolcada, su cuerpo untado de grasa. Las máquinas estarían funcionando y ella manchada, los brazos recargados sobre los rizos de acero y los charcos negros de sangre engrasada.

Era tan difícil concentrarse en esa muerte. Salió de la cama y bajó cuando no había nadie en casa. No necesitaba que nadie le dijera cómo había pasado, que viniera alguien a decirle: “su mamá se... se... se...” y titubeara hasta decirle la horrible frase: “se ha quitado la vida, hay que comprender...” ¿Comprender qué, imbéciles? Se vería obligada a callarse las ganas de gritarles “¡imbéciles!, ¡imbéciles!”, fingirse ajena a sus secretos agazapados, a todo lo que ella sabía y se le revelaba con lucidez: el pasado de los tres, los más mínimos detalles de esa vida compartida tan en secreto.

Imaginaba las últimas escenas de mamá, la veía sentada frente al proyector, silenciosa, contenida, mientras las tías cuchicheaban como urracas fuera de escena. Entendía el desprecio, la repulsión de mamá hacia los que estaban fuera de escena, fuera de la íntima película de sólo tres actores y los objetos de la casa, las figuras de porcelana, los tarros alemanes de cerveza, el gobelino del comedor, participando de ese mudo, cobijado, mundo luminoso. Veía a mamá levantarse y caminar hacia la fábrica. Las últimas escenas de ella, el vestido roto y el cuerpo mal acomodado en el suelo.

Cuando entró en la sala sintió asco. Pensó que quizá podría limpiarlo todo, podría restregar los muebles y los pisos, borrarles las huellas. Luego, se dio cuenta de que alguien más se encargaría de hacerlo.

Casi mecánicamente preparó el aparato proyector y se tumbó sobre el sofá: Patricia García, 1 a 15 años. Paty, un año: una niña dormida frente a un pastel de cumpleaños, cinco, siete, diez, quince años.

# PETER KÜRTE

POR LILIA BARBACHANO

Tienes como los rosales en abril  
la palidez azul de la mortaja;  
tu cuello desgarrado por la alhaja  
ostenta marcas veteadas de marfil.

Desnuda, amarga; el ojeroso perfil  
adolescente refleja la navaja,  
también al asesino que en su caja  
acaricia forceps con vértigo infantil.

Y mientras en la morgue te costuran  
el victimario monda una naranja  
frente a la vitrina donde alfombras

de niñas vuelan, se forman, torturan,  
embelesado ve borrosa franja:  
escalpelos tirados en las sombras.

# SIN CUENTA

## POR RAÚL CASAMADRID

¡ATIZA!

Ayer cambié treinta corcholatas y hoy no tengo ni para echarme un chesco, porque junto con las corcholatas le di ochenta pesos a mi agüelita para que se comprara el arete que se le había caído al escusado. Nunca nos había pasado nada por el estilo en todo el tiempo que llevamos viviendo juntos. Así que bien tempranito, casi al alba, nos fuimos corriendo a visitar todas las misceláneas de por el rumbo. En la esquina nos separamos para que cada quién fuera a buscar corcholatas por su lado. Quedamos de vernos en la churrería que esta enfrente de la iglesia a las ocho y media. Yo estuve primero y antes de tiempo, así que le llegué a la capilla para darme un toque. Salí cuando calculé que ya sería hora y la encontré metida en el local de las restauraciones, que está junto al de los churros. Corrí ligero hasta el teléfono de la esquina. Contestó el restaurador. Oiga, le dije, ¿me puede arreglar un cuadro que tiene todo el marco apolillado? Sí, me dijo, ai voy. Pero cuando iba saliendo mi agüelita lo atarantó con un costalazo de lata y corcho

que le asestó en plena nuca. Para ese entonces yo ya estaba de regreso. Ah chingaos, dijo el restaurador y se pandeó todito hasta caer sobre un masacote de plastilina morada. Tomados de la mano lo levantamos hasta ponerlo en pie. La cabeza se le iba de un lado para el otro como pellejo de guajolote, sin embargo pudimos bailar muy suave. Así estuvimos hasta las nueve, que fue cuando empezaron a sonar las campanas. Salimos para el banco con el ánimo de no hacer cola en la caja, pero como nos fuimos por un atajo llegamos cuando ya estaba lleno. Tú quédate aquí, dijo mi agüelita, yo nomás voy a la Procu y regreso. Sólo que me empezó a entrar mucho miedo porque la procuraduría queda retelejos y no le fuera a pasar algo en el camino. Además las señoritas cajeras son bien canijas y nunca quieren ponerse a mano con lo de la denominación ¿en cambio? ¿suelto? ¿en feria? Hay una güerita bien tetona y vivaracha con ojos como de canica saltarina; pero está bien muerta la hija de la chingada. Se le nota en las uñas, que se le endurecen de por dentro y se le descascaran de por fuera. Y hay un chorro de chavas que tuve chance de ver en lo que llegó mi agüe, por cierto, acompañada de dos agentes. Miren, les dijo, es ése, y me señaló con su dedo. Aquellos se acercaron dando tumbos y me agarraron de los sobacos. ¡Soy jarocho!, les dije, ¡soy jarocho!, pero eso les valió madre y luego luego me descamisaron; después me cargaron y sobre sus hombros entramos a suburbia. Para esto ya llevábamos un pitazo adentro y risa y risa recorrimos bien prendidos con la colombiana el almacén. Hicimos gran alharaca y echamos hartas trompetillas. ¡Qué pedo!, le decíamos a la gente, ¡qué pedo! De pronto, aquellos me dejaron caer sobre el mostrador de cosetería. Estás arrestado, me gritaron cuando apenas me reponía del madrazo. Esposado con ligas llegué hasta el estacionamiento, donde a base de patadas fui arrastrado hasta la calle. Mi agüela consiguió varias pancartas y armó mucho alboroto con la gente. No se me despegó hasta que llegamos a los separos. Entonces fue atajada por dos celadores que la hurgaron incansablemente para ver si no andaba metiendo una navaja o dos tres polvos. Adentro fui torturado electrónicamente hasta que lo confesé todo. Los federales me llevaron al pocito para que pidiera un deseo. Después de almorzar jugamos un rato dominó, y a eso de las tres de la tarde ya estaba yo afuera con mi agüe. Apenas nos alcanzó el tiempo para llegarle a las tienditas. Y es que cuando arriban los camiones repartidores todo mundo aprovecha para vaciar los depósitos de corcholatas y si uno no se pone águila se las llevan con todo y cascos, o si no las tiran desperdigándolas por toda la calle y luego es un güeva andarlas levantando. Todo esto se lo explicamos al ministerio público que se portó bien cuatito. Agarró y le dijo a su chofer que nos llevara de volón. Nos fuimos por Insurgentes, y a la altura del Kuautémok el chofer que



baja el vidrio que separa el asiento delantero del trasero y que saca un puro choncho. Mi abuela se atascó hasta la madre, y yo, pues detrás de ella. Llenamos casi tres bolsas y nos fuimos corriendo con el cura. Tres, y dos de la mañana, son cinco. El cura se puso muy contento y nos invitó a comer mierda. Estaba de rechupete, era caca fresca de monja poblana. Luego el sacristán se trajo una jarra de orines hervidos y nos pusimos un pedo que para qué les cuento. Esperamos otro rato, y cuando vimos que el cura ya estaba hasta atrás, agarramos y lo puteamos con los crucifijos. No lo matamos de puro milagro, pero le dimos duro en el coco. Luego le metimos un pinche crucifijo por donde les platiqué y ya para salir cargamos con las bolsitas de las indulgencias. A esa hora habían abierto de nuevo los churros y el olor del chocolate se colaba por nuestras rendijas. Estuvimos haciéndolo no sé cuántas horas, y a los pocos meses me enteré de que ya iba a tener otro tío. ¡Ojalá y sea varoncito!, decía la abuela. ¡Ojalá y no!, decía yo, mejor sería que fuera hembra, añadí, ya ves cómo me gustan las nalgonas. Mi agüelita se ruborizó notoriamente, y haciéndose la desentendida se puso a acomodar las corcholatas en el balcón.

¡CÁSPITA!

Ella, por qué no decirlo, había encontrado la manera de mantener los ojos cerrados. En su rostro, claro. Caminaba por ai por la facultad como por la calle: deslizándose sus muslos y nalgas o pies sobre el flujo de la pura inercia. La veíamos casi a diario. Es que, lo que sea de cada quién, ella tenía lo suyo: desafortunadamente nosotros no contábamos ni con un cacho de su humana humanidad: vivíamos en el queje cotidiano: "Qué se me hace que esta nena bate un rico chocolate abuelita" "Oh no, a mí no se me hace que más quisiera" y por las tardes, sentados en la escala de la entrada del umbral de la biblioteca, la mirábamos pasar. Un buen día, cuando pululábamos sobre el gelatinoso hedor de la escasez, decidimos pasar a zarandearla. Antes de las 19:00 horas habíamos concluido el plan. Ella salió puntual de su aula, cruzó el estacionamiento y se encontró con el cuarteto enmascarado: la tomamos, la halamos, la metimos en el auto y nos dimos a la Bach. Las calles estaban frías y sucias como el calzón de un muerto de miedo. Descendimos del auto con gran sigilo. A mí me tocó meterla al cuarto para las ocho y cerrar la puerta. Oye, le gritamos desde fuera, no tengas pendiente. Al sobre la mesita está tu cena. Come, ojalá te guste. Encima del tocador pusimos unas cremas y lociones. Te dejamos un ratón. Ponte cómoda, descansa, relájate; nomás queremos desquintarte. No se vayan a ir, dijo ella. No, le informé, si más tardamos en decirte esto que en estar de regreso. Ella sollozó: pero es que no sé qué va a ser de mí. No tengas pena por eso, le dijimos, seremos meticulosos. En fin, para no hacerles el cuento largo les diré que me tocó la mano. O sea que fui el primero ¿no? Entré al cuarto, pues ya había pasado una hora. Le dije: fijate que estoy sentido contigo. Ella dijo: pues allá te lo haya, bien sabes que no siento nada por tí. Entonces nos pusimos a coger. Yo salí como entré y volví a salir como había entrado y el asunto se deslizó con demasiada facilidad y así estuvimos más de media hora. Luego después le dije que no me lo fuera a tomar a mal, pero que a mi parecer ella no era virginia como se supone sino una buena cuatita mía. Ella me dijo que sí, y que estaba contenta de haberme dado las nalgas en aquel colchón. Después salí y volví a entrar, ya saben cómo son estas cosas. Cuando al fin deje el cuarto, a la media, me hallé a los cuates preocupados. ¡Jole, me dijeron, hasta pensamos que era una de esas monjas que tienen una yilet en el coño para rebanar la mantequilla. Simón, hasta se nos hizo que te estabas desangrando por ahí; ya estábamos medio asustados. Igual yo, confesé, vieran que no se dejaba. También les dije que nos habíamos tardado porque limpiamos la sangre, para que luego no se fueran a sacar de onda. El caso es que todo mundo se animó. Uno por uno fueron pasando al cuarto, pues duraban una hora. Muy contentos la llevamos entre to-





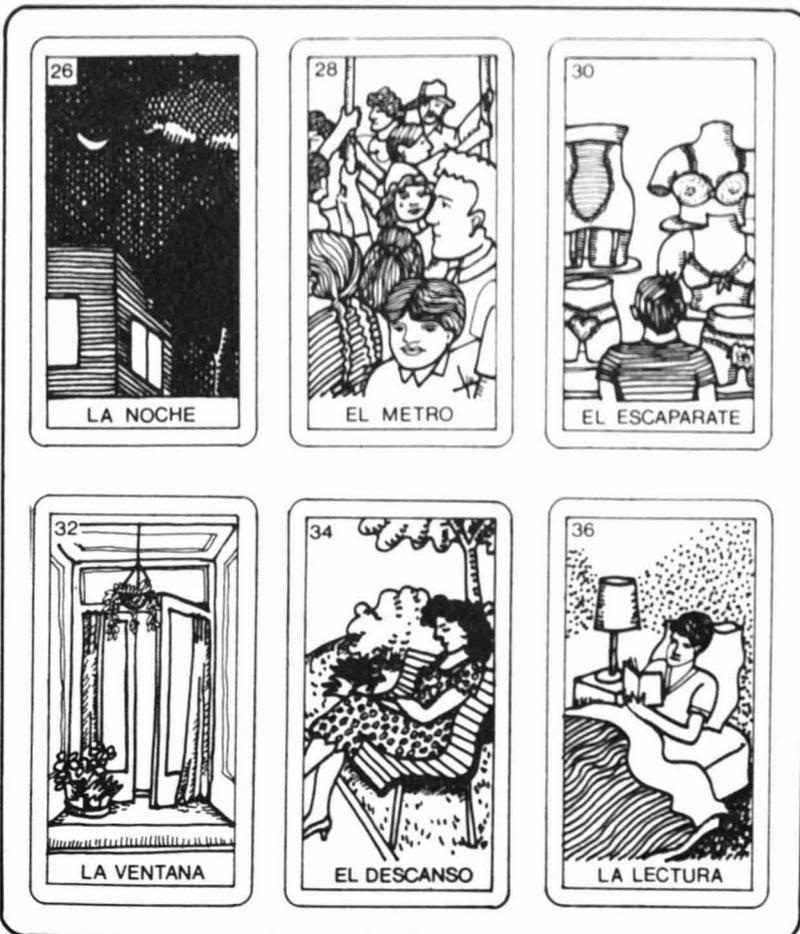
EL BAR

dos a su hogar. Después pasaron un montón de cosas, pero como esa onda ya me había cagado mejor me corté. Agarré por un pinche eje vial y me fui mucho a la chingada.

**TERCERA PARTE: AQUELLA NOCHE NO PUDE DORMIR**

Había sido un día muy difícil para todos. Muy tempranito, casi de madrugada, recibimos el encargo de organizar el asunto. Por lo que a mí toca diré que quise ser breve: las circunstancias no permitían otro retraso. Había que poner en una balanza cada tercera parte; había que lograr en resúmdas cuentas que la primera tercera parte, la segunda tercera parte, y la tercera tercera pesaran igual. Había que medirlas, había que hacerles justicia. Si la primera, pongámosla por ejemplo, pesaba más que la segunda, entonces teníamos que ir a la tercera y comparar cuál de las dos primeras (la primera o la segunda) se acercaban mayormente al peso de la última. Supongamos que la primera (la que pesaba más que la segunda) pesaba casi lo mismo que

la tercera. En ese caso había que quitarle un cacho a la que pesara más de estas dos últimas (me refiero a la primera y a la tercera) y echárselo a la otra (a la que pesara menos de las dos) hasta equilibrarlas. Ya que ambas pesaran o pesasen exáctamente igual se tomaba a la última (a la segunda) y se le echaba lo suficiente como para que igualara su peso con la primera (en este caso la primera), de modo que a la vez su peso en comparación con la tercera fuera (o fuese) si no muy similar sí semejante. En el supuesto de que no fuera la primera la que pesara más que la segunda sino al revés, lo que habría que hacer sería repetir cada paso pero con signo negativo. Así, donde en el primer ejemplo se pone de más, en el segundo ejemplo se quita de menos y de esta suerte sucesivamente. Ahora, si fuera o fuese el tercero el que pesara o pesase más o menos que el primero o el segundo, lo que habría que hacer o intentar es o sería cambiar o poner en lugar del primero o del segundo al tercero o al último, dependiendo ésto de cómo quisiéramos o quisiésemos nombrar o llamar al que viniera o viniese en seguida o inmediátamente del segundo o sucesor del primero o inicial, de manera que lo que al principio llamamos tercero ahora fuese primero y viceversa, o también que lo que en primera instancia llamáramos segundo ahora quedase en lugar del tercero y al revés. Creo que sería la única manera de evitar repeticiones a lo tarugo, porque si en lugar de ponerle al tercero segundo o primero lo dejáramos como último tendríamos que, sin desechar el primer camino, idear otro, el cual por supuesto tendría que comenzar en un principio con los primeros pasos del anterior; además de que aunque después cambiase, al final tendría que regresar a lo mismo, porque si no sería imposible comprobar si el segundo pesaba en realidad lo mismo que el tercero o más o menos que el primero.



**CINCO GATO (BRINCA ESE CUATRO)**

La desaparición de los poderes en el estado más representativo de la península obedece al reestablecimiento de relaciones. Hoy por hoy, la negligencia administrativa nos ha dejado, si no encuerados, sí en un plano exhibicionista que ni viene al caso comentar. Tu culo, desde donde lo puedo mirar, aparece hediondo y marchito. Las flores que juntos regamos ¿qué ha sido de ellas? ¿en qué jardín, pues, fulguran? No se puede salir a altas horas de la noche sin llevar en el pecho la penitencia. Porque ahora que estás a mis pies atizando la yerba que habrá de hacerme muégano la piel lo sabes reconocer: ¡Suave!. piensas en lo más profundo, te voy a quemar, ya verás que te voy a prender. Así vas encendiendo esa hogera en tu pecho podrido. Dejándome atrás.

**V. NO HAY QUINTO MALO.**

ALBERTO BLANCO  
CUATRO POEMAS

¿Y de quién se trata?  
preguntaban las criaturas  
con los ojos encendidos...

I

Con la luna entre las cejas, con su paciencia, con las ágatas que guiñan y lo saben: una vez más, río de peces, árbol del cielo, son hojas que nunca volverán... criaturillas que encuentran su destino en el borde anaranjado del mantel.

Duerme, pero ya despierta, ya la serpiente parte en dos el horizonte: es un sol que baila en la pura línea de la muerte y del nacimiento. Es necesaria su punta de flecha para animar a los miembros ociosos.

Altas aves en las alas y curva de pensamientos bajo el brazo; con ellos construyo este tejado que me protege de las lluvias.

Hay una estrella que se enciende porque el Padre lo quiere.

II

Recuerdo la escalera, la negra, su paso de barco ebrio en las pálidas alfombras de ceniza, y seguramente atrás, el sombrero blanco sobre lentes negros: son contrastes que sustituyen a las fotos.

Un cielo mejor que el hierro, mejor que el concreto deslavado, un aire nuevo y sin embargo... lengua de algodón, este silencio que entusiasma, que prende un halo voluntario alrededor de los velices.

En necesario este campo de plumas, el humo que hace llorar los ojos: plumas atómicas y verde corazón. Está la Madre sentada o de pie, custodiando las puertas del aeropuerto, mientras el loco sube las escaleras.

Nada importa al estupendo bailarín que hace girar los corazones con una cuerda muy antigua. Busca el fondo del avión para recuperar con su sueño el mundo de los sentidos y el de los resentidos.

III

No tiene la vida nada mejor que esta hora de clara frescura en que juntos desayunamos sobre el mar de nubes. Barcos de vapor que sin ángeles propicios hallan su rumbo, que levantan acordes en el cielo justo a la altura del médico interior.

Uno y otro sin otra pretensión que dar la mano, cruzar esa fragancia que dobla los sauces sobre el río. Colcha de claridad donde las vacas lentamente se disuelven, y ese caballo que sacude las alas, ese sudor que no puede confundirse en el espejo.

Gracias por la tierra, por el agua que se agita en el corazón. Después de que todos han abandonado el pasillo, ella aparece: trae las luces prendidas.

El camino es una cinta de palabras entre nubes de sentimentales. Ha pasado el dragón quemando las hojas nuevas de los árboles. Hay estrellas que dulcemente se balancean y no saben salir del laberinto. El toro y el deseo se dan la mano: ya la vasija recobra su batalla, su perfume.

IV

Cada tunel es un descanso; la oscuridad sella las imágenes portentosas de la sierra madre: nacimiento perpetuo, pronta muerte.

Sigo la voz del tren que nunca cesa, mientras los rancheiros se limpian el sudor y las viejas americanas retocan los labios incololoros. Esta vía que logra dar la vuelta a la montaña, desciende gravemente y por fortuna, hacia los valles más a tono con mi espíritu, que recibe el perfil de sombra recortado con la misma gratitud con que vivió las puntas.

Fortalezas que quitan el aliento, y en la raja sin final el vaho silencioso, la rosa de los vientos labrando su destino.

Llegar es morir un poco, y mucho más si aquí quedara... sé muy bien que no es el sitio, que no vale la pena gastar tinta en este espacio, por más que el alimento no fue malo ni la noche muy ruidosa.



## SALVADOR CASTAÑEDA ÁLVAREZ

# ¿POR QUÉ NO LES DIJISTE TODO?

El alambre torcido de dos polos atraviesa la pared rompiendo tabiques de confitillo blanco, viniendo desde fuera, se sigue por el ángulo de hierro herrumbroso y descascarado que sirve de viga, como aferrándose a él para no caer, luego a la mitad del techo de cartón alquitranado se descuelga medio metro. De ahí cuelga un foco prendido e indiferente. Es de noche, su luz es opaca y grasosa por el cochambre acumulado.

Desde que llegó, hace recuento de todo una y otra vez, empezando desde que sus camaradas lo dejaron en aquella calle solitaria del centro de la ciudad.

De este recuento obtenía conclusiones propias, pero mañosamente escamoteaba lo que no le era agradable, adhiriéndose así a una realidad torcida. Luego, con una satisfacción fingida se seguía fantaseando hasta trasladarse muy adelante en el tiempo y los acontecimientos futuros, todo en una atmósfera diferente.

Cuando sin ningún contratiempo llegó a donde vivía y después de bajarse del camión suburbano, una sensación de seguridad lo envolvió por completo y le hizo ver hacia el futuro con mucho optimismo, al mismo que un viento suave y fresco le acariciaba el rostro caliente por la aglomeración del autobús. Ahora sí, de aquí no me sacan —se decía— confundido entre más de un millón de gente: jóvenes, viejos, niños y mujeres ¿quién puede encontrarme? ¡A mí precisamente! Ahora que si así fuera, con sólo atravesar el panteón estoy en los cerros y de allí menos. Claro está que si alguien de aquí supiera cuando menos algo, sería muy fácil atraparme: las granadas para el caso de una retirada, la Browning de catorce tiros con tres cargadores más y el dinero en el estuche de la *Olivetti*, serían muchas pruebas en mi contra, y aunque se determinó no llevar nada a la acción que pudiera identificarnos en caso de que alguno cayera, con

todo lo que tengo aquí cualquier medida de seguridad resulta inoperante. Pero no, no hay que exagerar, la exageración es mala, no es posible siquiera que sospechen lo del banco; todavía ni la noticia dan y menos van a pensar que estuve ahí o que tengo la tercera parte del dinero con la tarea de hacerlo llegar hasta arriba. Porque sólo ésa es mi tarea; hacerlo llegar hasta arriba.

Al irse acercando a la casa y saludando al paso a los amigos de siempre, aquella sensación aumentaba llegando al máximo al estar dentro, cerca de todos; ahí sintió que algo muy parecido a un caparazón invisible lo protegía contra todo.

Por ser la primera vez estuvo bien, se estudió todo con detalle: la llegada al lugar de la acción, la retirada, la vigilancia, las cajas y hasta la cantidad de gente que a esa hora estaba ahí, depositando o retirando alguna cantidad de dinero. Además todos hicimos lo necesario.

La granadas y lo demás ya lo tengo en un lugar seguro; hasta arriba del ropero. Los niños no las alcanzan y mañana las llevaré a uno más seguro todavía.

Nadie nos esperaba cuando llegamos, ¡se vio! todos estaban asustadísimos y nos obedecían en todo, ¡cabrones burgueses!

Cada vez que en sus recuentos amañados llegaba a esta parte, experimentaba una satisfacción nunca antes sentida y lo hacía recordar ese hecho nuevamente antes del siguiente recuento.

Todo el alambre está cubierto de moscas que se apiñan, tratando de estar cerca del calor que despiden el foco grasoso. Una pasan sobre las otras tratando de quedar hasta delante, lo más cerca posible.

La cajera principal no se quería callar ni tirarse al piso como los demás y tuvo que golpearla en la cara porque gritaba mucho, como en una ataque de histeria y de plano le metí el pie y la tiré, al caer el vestido le quedó en la cintura y sus pantaletas ajustadas entre las piernas delimitaban con precisión un equilátero contrastando notoriamente con el color de su piel, en una especie de geometría sexual estremecedora.

Esto lo veo ahora, pero cuando estaba ahí no me fijaba en nada semejante, pues toda la atención se pone en lo que en esos momentos hay que hacer.

—¡Agüelito, agüelito! ¡Venga que ya se me 'stan saliendo otra vez! —dijo como si quisiera llorar y con repugnancia uno de los niños.

Mi papá se levantó de la silla, junto a la mesa, y dejando el periódico que leía, acomodó el Delicado en la orilla.

Volviendo bruscamente a la realidad y sin pensarlo salí por la bacinica que estaba bajo el lavadero de cemento.

—¡Espérese allí, no se baje, deje que le traigan la bacinica! —dijo como si en verdad al bajarse me impidiera ir por ella.

—¡A ver deje ver cuántas se le salieron 'ora a mi'jo! —y empezó a buscar afanosamente sobre el colchón manchado de orines secos que parecían curvas de nivel con un paralelismo perfecto, haciendo a un lado las cobijas.

—¡Ustedes no se rían cabrones, que también se les salen pa'juera y más grandotas!

—¡Mire, mire como se hacen agüelito! —decían los demás niños al ver que se retorcián desesperadas, como si alguien les hubiera hechado sal o limón encima y se revolcaran agónicas.

—¡No, no las agarre, no sea cochino! —le dijo al más grande, haciéndolo a un lado al mismo tiempo



que las empujaba con un papel de periódico para hacerlas caer dentro de la bacinica que sostenía con la otra mano.

La puerta se abrió de pronto con una patada que le dieron quebrándosele los vidrios al golpear contra la pared. Quiso cerrarse cuando iba de regreso, pero ya estaban dentro. Entraron como una jauría, gritando, y veían para todos lados tratando de cubrir todo el espacio con la mirada al mismo tiempo.

—¡No te muevas cabrón! No-te-muevas-porque-te-mueres —dijo uno de ellos, a la vez que me ponía la metralleta en el pecho empujándome contra la pared.

—¡Ya sabemos todo!

—¡Dónde tienes el dinero! ¡El dinero cabrón! —decía y acompañaba cada frase con el mismo empujón en el pecho.

—¡Ustedes —dijo a los que venían con él— busquen en todas partes y busquen bien.!

—¡Ya sabemos que aquí está, hijo de la chingada, así que no te hagas pendejo!

—¡A ver ustedes qué saben —les dijo a los dos, que estaban, ella llorando sin poderse explicar nada y él sorprendido, uno en cada rincón, ajenos por completo a lo que pasaba y mezclados en ello.

—Nosotros no sabemos nada —dijo mi madre desde su rincón, con la cara descompuesta por el llanto— mi'jo no ha hecho nada; ¿en qué los ha perjudicado? él no se mete con nadie.

Mi padre no decía nada y no se si era porque entendía lo que estaba pasando o porque de plano no entendía nada o entendía menos que ella; quizás un silencio premeditado.

Mi boca estaba seca y amarga, la cabeza caliente y mucha sed, una sed que nunca antes había sentido, ni siquiera en las marchas forzadas; la lengua se me pegaba al paladar y la sentía inútil, inservible, ajena, como un pedazo de algo que estorbaba; las manos sudorosas; escuchaba los gritos y el llanto

de todos al mismo tiempo en una maraña espantosa de ruidos y movimientos entretreídos con el ladrido de los perros que arremolinaban contra la pared en una defensiva por instinto.

Ahora se encontraba como aquella primera vez hace años.

Los interrogatorios casi terminaban. Eso pensaba porque ya lo habían dejado en paz y creía haberlos engañado al cuidarse de no mencionar para nada lo pasado.

El sólo hecho de pensar que tenía que volver, no a la misma prisión sino a otra, que para el caso le resultaba lo mismo, le provocaba una sensación desconocida y la cara y la espalda se le encojían por una contracción in-

voluntaria de la piel.

Lo que nunca olvidó y recordaba una y otra vez era aquel recibimiento que le hicieron al llegar. Y lo recordaba aunque no quisiera, como si lo acabara de vivir.

—¡Echenme a ese cabrón pa'ca!

—¡Me gusta ese bizcochito y necesito uno!

—¡A los guerrilleros me los cojo!

Inexplicable al principio; pronto llegó a entender que la cárcel es un lugar como cualquiera, si se vive fuera de él, pero un mundo aparte estando dentro. Dos dimensiones en una misma, diferentes e iguales a la vez. Recurso legal para la humillación y el rebajamiento; una dimensión casi secreta donde la sociedad se esconde para exhibir su verdadera fisonomía.

En aquella prisión, el Señor de los Afligidos estaba cubierto de la espalda por un manto rojo de terciopelo, terminado por todo el borde en espiquilla dorada que zigzagueaba a intervalos cortos e iguales como un chorro delgado de miel. La figura humana en aquel rincón, tiesa y volumétrica, pintada de colores que pretendían confundirse con los de la piel natural. Las manos atadas por delante desde que fue hecho prisionero, sosteniendo una vara, como bastón de mando, que no se sabía de que árbol o arbusto era. La expresión de conformismo y derrota, cuajada e inalterable. Sin zapatos y el tronco del cuerpo echado hacia adelante, sentado sobre algo indescriptible por desconocido. La veladora a sus pies en un envase de vidrio, encendida siempre, con una llama interminable que teníamos que perpetuar encendiendo la siguiente antes de que se apagara la anterior, como si dejarla extinguir fuese para todos la muerte.

Las paredes eran de adobe y se desmoronaban muy lentamente como si quisieran defenderse del





paso del tiempo. Sus dimensiones eran limitadas. Estaba ruinoso, infecta y mal oliente. Fría por las madrugadas y como un horno a la mitad del día. La mugre haciéndose fuerte en todos los rincones, escondida para quedar a salvo de la limpieza general que hacíamos por la fuerza. No había crujías o todas quedaban resumidas en una.

Por dentro, las cuatro paredes estaban ocupadas por celdas que se apretujaban una contra otras. Por fuera, un pasillo y una muralla. También había unos espejos, que al quebrarlos para hacer muchos, adquirían formas geométricas planas difíciles de clasificar en la geometría conocida. Incrustados en las paredes o colgando de ellas parecían agujeros libertarios a través de los cuales sólo era posible ver desde dentro hacia dentro, en una ilusión óptica frustrante de libertad; estaban sucios y el azogue les caía a pedazos, sin saber si por la humedad o por la acción prolongada del tiempo o por ambas cosas.

El piso adoquinado con piedra volcánica traída de algún lugar desconocido era como una pared horizontal que rompía con lo convencional de las paredes verticales que tienen que luchar contra la gravedad. Los tendederos improvisados para siempre en las hojas de las puertas de cada celda, ocupadas por ropa mal lavada y raída: calzones amarillosos por el orín que siempre gotea a pesar de los movimientos estrangulantes y los jalones hacia delante con la mano para sacar por la fuerza todo lo que tiene que salir de una vez, herrumbrosos como si estuvieran oxidados por los residuos fecales.

Hoy parece que todo se repitiera. Estoy aquí y sin embargo no sé dónde me tienen, y por más esfuerzos que hago no logro ubicar este lugar. Lo único que consigo obtener es un croquis mental mal hecho y burdo que aparece y desaparece en mi mente confundíendome más todavía.

La celda tiene una ventana hasta arriba, en el lado opuesto de la puerta. Fuera de ella un pasillo siempre iluminado con lámparas fluorescentes; lo cual me impide saber si es de día o de noche.

Hasta el fondo de la prisión estaban los retretes sin puerta, despidiendo una mezcla acumulada de olores por las evacuaciones y la criolina sin diluir, que penetraba por la nariz causando dolores de cabeza los primeros días.

Los recipientes, que en otros tiempos eran blancos, parecían monstruos insaciables con sus enormes fauces siempre abiertas. Sólo sobrepuestas, sin ningún vínculo con la base, de tal manera que cada vez que se tapaban debían desmontarse. Para usarlos era necesario acomodo-

darse bien haciendo movimientos laterales y semicirculares con juegos de cinturas que más bien parecían movimientos coitales. Al sentarse en ellos había que hacerlo sin descansar todo el cuerpo, extendiendo los brazos en cruz, colocar las palmas de las manos sobre las paredes crujientes de madera y repartir el peso del cuerpo en todos los puntos de apoyo. Parecíamos reyes crucificados en el trono.

Esto provocaba una irritación por no quedar uno satisfecho, además de los comentarios de quienes veían; esos cabrones gritando siempre que iba uno a cagar; ni dejaban hacerlo a gusto.

—“¡Así, así papacito acomódate!”

—“¡A la hora de cagar todos los culos se abren, cabrones!”

—“¿Te ayudo?”

—“¡Ya córtale!”

—“¡A'í te va esta pa' que te lo limpies güey!” —al mismo tiempo que se agarraban el miembro por encima del pantalón y empujaban hacia adelante.

Al sentarnos en los retretes, los gusanos, semejantes al arroz descarado, rugosos y semitransparentes, con movimientos contráctiles, salían de la base de la taza, desesperados a través de las fracturas del piso, buscando residuos lechosos de criolina, yendo al encuentro de lo que debieran eludir, como suicidas.

La cuesta de las horas y los días también la he perdido otra vez. Ya no sé ni la hora ni el día. Si no me hubiera dormido llevaría la cuenta. Pero sin reloj ni sol, en un silencio tan grande y refundido como me tienen estos cabrones es muy difícil saber las horas o el día; sólo estando despierto siempre. Pero quién aguanta tanto.

En aquella cárcel nos asoleábamos por las mañanas como reptiles somnolientos salidos de las profundidades de la tierra, despertando de un sueño oscuro perdido en el tiempo. La piel hongosa y sucia. Nuestros vientres fríos y diarreicos. Sin hablarnos, reprimiendo con dificultad un odio que quería escapar y que debíamos atragantarnos con él todos los días.

El escape de la realidad por el camino del sueño profundo, prolongado, enajenante y pesado, siempre terminaba bruscamente a la hora de la cuenta, acumulando odio y frustración. Moviéndonos como desconocidos en la aglomeración. Taciturnos. Esperando que cualquiera nos provocara y cuidándonos de no provocar a nadie. Un odio suspendido, engarrotado y flotante.

Las enfermedades carcelarias originadas por situaciones de inseguridad; ambiguas y desesperantes.

Procesos que no avanzan, justicia que se estira o se encoje como si fuera de hule; fianzas que no se fijan o que no se pueden pagar; expedientes anquilosados o perdidos. El pago de la deuda por la droga o los garrotazos; un familiar que se muere o un





hijo que nace. Las macanas empuñadas, los fusiles y las metralletas con cargadores curvos; las torretas de concreto armado; el candado, la celda de castigo para encarcelar más al preso; las rejas, las cadenas, los pasadores. La falta de dinero o los abogados defensores chupando hasta el último centavo; el estado de ánimo de los jueces a la hora de la sentencia; los careos con la policía. El trabajo que no se vende o el material de trabajo que no llega; el cateo general y sorpresivo; los uniformes de los guardias y los guardias mismo. Los papeles escritos. Las puntas. Los frijoles con gorgojos, duros y enteros; el atole blanco de maíz sin azúcar. Los gritos de alerta; los aventones de los guardias; el insulto; la cuenta a mañana y tarde. La lucha casi salvaje por un pedazo de celda. El miembro que cada día se atrofia más. Las mismas canciones de los que siempre cantan. La mata de mota escondida que crece peligrosamente y pueden encontrar. Las mismas conversaciones gastadas. La negativa para la visita conyugal; la incertidumbre del engaño de la que está fuera. El radio a todo volumen. El comité ese pro-presos políticos que se chinga desvergonzadamente nuestro trabajo o lo que producimos para ayuda de nuestras familias.

En la puerta metálica hay letreros grabados. "Mexico 68", "2 de Octubre"; consignas y nombres de personas que seguramente estuvieron aquí. Hay una cama de fierro y uno de los lados más cortos está incrustado en la pared, sus dos únicas patas descansan sobre una base de fierro también, agarradas con tornillos que penetran en el piso atravesando la pequeña plataforma, unidos con grandes costras de soldadura como tejidos degenerados en el proceso de cicatrización. Como si alguien se las fuera a llevar. No es alta, se levanta apenas medio metro sobre el nivel del piso, cubierta con colchas viejas atestadas de chinches que no me han dejado dormir. Aunque ni ganas tiene uno esperando que

vuelvan en cualquier momento.

Saber si es de día o de noche o dónde estoy, en realidad no me preocupa tanto como saber lo que vendrá. Cada vez que lo pienso me duele el estómago y sudo frío; luego la salida de los gases que ni yo mismo aguanto por pestilentes y las ganas de orinar a cada rato.

Teníamos los rostros amarillentos y las uñas largas atascadas de mugre. Pantalones y camisas descocidas, a propósito, de la entrepierna y las mangas, bajo las axilas, para que los piojos no anidaran en esos lugares. Donde más se juntaban era en los huevos, dejando puntitos rojos cada que nos picaban. A veces chingaban más que las chinches,

porque estos van a donde uno va. Flemas por todos lados y descalzos. Moscas apretujadas alrededor de cada escupitajo como si fueran caminantes sedientos que de pronto encuentran un oasis.

Encima del lavabo, en la pared, un espejo de aluminio donde nada se refleja claramente. Distorsionante de la realidad. Si pudiera verme la expresión de la cara quién sabe cuál sería, creo que nadie se ha visto realmente en un espejo estando en un estado de inexistencia como éste. Y seguramente lo hicieron así para no reflejar la verdad o bien para que al quebrarlo no se pueda usar como arma. Han de creer que voy a cortarme las venas.

La puerta tiene un postigo con barrotes verticales que se abre por fuera, por donde se alcanza a mirar la cara la altura de los ojos del que se asoma a cada rato. Porque de seguro esa consigna le dieron, para que no les gane la iniciativa en el suicidio. Suicidarme, cabrones, como si eso fuera tan fácil.

No todos teníamos vista conyugal. Apestábamos a espermas por las emanaciones precipitadas en la soledad o de plano delante de todos, como los días después de la visita, cuando me tocaba tallarle las nalgas al Zurdo. A este cuando hablaba, le escurría saliva transparente y pesada que se limpiaba con el dedo índice y pulgar de la mano izquierda, que luego se secaba en la pierna del pantalón del mismo lado.

—¡Entrenle que ya v'empazar! —gritaba con todo lo que podía el promotor de aquella especie de exhibición primitiva, alargando la voz, prolongando los gritos como si estuviera anunciando alguna pelea. Nos caía de la chingada y daban ganas de agarrarlo del cuello y sacudirlo con fuerza para que dejara de gritar como lo hacía.

—¡Este contra éste! gritaba en medio de los dos a la vez que ponía su mano izquierda en el hombro de uno y la derecha en el del otro.

Luego giraba con ellos despacio, como si de verdad estuviera sobre algún cuadrilátero. Después iba y venía paseándose por la pequeña pista que formábamos los presos a cada lado cuidándonos de no pisar las marcas que hacíamos en el piso con jabón a manera de tiza; al mismo tiempo que golpeaba las manos para despertar el interés de todos por las apuestas.

—¡A ver quién va más, quién va más! ¡Juegas, juegas! ¡Háganse pa'llá porque los van a salpicar!

Aquella vez les aseguré que los que apostáramos al Zurdo ganaríamos nuevamente porque la metida del dedo no podía fallar.

Los dos se colocaban uno al lado del otro como si fueran dos caballos en el partidero, concentrándose en lo que iban a hacer. Pedían silencio y todas las miradas se concentraban en sus miembros erectos; algunos nos cuidábamos de no vérselos con insistencia.

Todos participábamos en las apuestas con tal de ver el proceso de aquello que poco a poco acababa



por contagiarnos por igual en un frenesí eyaculatorio, salvaje y primitivo.

Antes de dar la voz de arranque, se procuraba la mejor erección con la mano propia o con la ayuda de algún partidario.

El cruce de las apuestas no era para ver quién conseguía *venirse* primero o en mayor abundancia, sino para ver quién los aventaba más lejos.

Los dos se quitaban hasta los zapatos pues decían que así se exitaban mejor al sentir en la planta de los pies el contacto con el piso.

El ganador debía ser el que lograra contenerse durante más tiempo; además de poder regular la salida presionando y aflojando repentinamente en el momento preciso, ni antes ni después.

Para alcanzar una mayor distancia estaba permitido que echaran hacia adelante la pelvis, siempre y cuando no se pasaran de la raya donde comenzaba a medirse la distancia.

—¡Ora sí ya v'empesar ñeros! ¡A la una ... a las dos... y a las tres! —para entonces ya habían llegado a la mejor erección y comenzaban a tallar un sin número de veces rítmicamente, con una y otra mano o con las dos, si era posible.

Después cerraban los ojos poco a poco imaginándose estar encima de la mejor de todas las viejas, o quizás con la que siempre lo habían hecho.

Al *Zurdo* lo teníamos por favorito, porque casi siempre ganaba, o más bien porque yo lo hacía ganar.

Parándose sobre la punta de los pies empujaban para adelante embistiendo salvajemente —como animales— contra un cuerpo bien formado e inexistente, tal como si la especie humana hubiera ya perdido la capacidad del placer sexual de la relación directa. Mutantes.

La respiración de los dos era ya desesperada y jadeante, confundida con el griterío enloquecido de los partidarios de uno y de otro que también estaban ya manipulándose entre sí. Unos y otros en un manoseo entrecruzado para mayor satisfacción, en aquel ambiente de enajenación sexual primitiva.

Cuando la eyaculación estaba cerca, comenzaban a alargar el ritmo de la respiración deformándose tanto al contraer el cuerpo, que adquirirían una imagen monstruosa, como de alguien que quisiera concentrar toda la esencia de su ser en algún punto de la mitad del cuerpo para arrojarla violentamente al vacío, a la nada.

El que siempre se *venía* primero era el derecho —aunque esa ocasión sus partidarios aseguraban que sí ganaría por que era incapaz para aguantarse, y aunque los dejara escapar en tres ocasiones, siempre alcanzaba la misma distancia.

—¡Dos metros y tres rayitas, ñeros! ¡Dos metros sesenta; casi tres! —gritaban como consolándose por lo que pudo haber alcanzado si se hubiera dominado un poco más.

Los ayudantes del *Zurdo* seguíamos trabajando para exitarlo al máximo. Uno le acariciaba las pier-

nas peludas con mucha delicadeza, mientras yo le palpaba las nalgas, al mismo tiempo que le decía pausadamente —en contraposición violenta con el griterío— lo que le estaba haciendo al deslizar las manos por toda la superficie casi esférica.

Cuando las piernas comenzaban a temblarle y se encorbaba demasiado, le metía el dedo, en ese preciso momento, presionándole la próstata para que la eyaculación llegara más lejos.

El que a cada rato se asoma por el postigo tiene huellas de barro en la cara y unos ojillos de rata. Cada que lo hace parece por un momento que es él quien en verdad está encerrado y no yo, pero no, no es así.

Cuando levanta la puertecilla, sus ojos ratoniles buscan instintivamente y con rapidez en toda la celda como si la viera por primera vez. Al cerciorarse de que no me he colgado ni cortado las venas, se retira sin decir nada.

Aquí está uno como animal enjaulado, pero con la posibilidad de salir algún día, lo que no pasa con ellos; uno tiene mejor suerte. Los animales de circo o los del zoológico están jodidos porque nunca saldrán. Para estos no hay sentencia determinada de tiempo, ni el dos por uno, ni las tres quintas partes. No hay libertad preparatoria, menos una salida por secuestro, ni desistimiento, ni fianza o amnistía. Luego, cuando desesperados se abalanzan sobre el domador o sobre quien les da la comida ahí mismo los matan y si logran escapar, se organiza una jauría humana para su persecución y exterminio.

Desde mi celda escucho que el de los ojillos de rata conversa o simplemente saluda en otras celdas a los que están dentro; seguro que esos ya tienen más tiempo que yo y les han de haber sacado todo lo que saben, porque cuando uno *afloja* o logra enganarlos, lo dejan en paz. Claro que esto no dura mucho y vuelven a la carga con más furia al darse cuenta del engaño.

Oigo voces hasta el fondo del pasillo, luego pisadas rápidas con un taconeo acelerado que me hace sudar de pronto las manos dejándome la boca seca y amarga. El silencio se retira. ¿Vendrán por mí?

Ya estan frente a la puerta de mi celda. Pasan segundos que se eternizan deslizándose pesadamente, como magma. Se oye un manipuleo precipitado de llaves que suben y bajan buscando la de esta puerta. Me hago preguntas que no tienen respuesta, suposiciones y recuerdos que me asaltan despiadados llegando desde lejos en la distancia del tiempo, desde atrás, de todas las direcciones de la vida. Todo se amontona y no puedo ordenar nada en ninguna dimensión, ya no hay tiempo que alcance. ¡Están aquí! El pasado y el presente quedan confundidos con el futuro en una maraña sin forma. La puerta se abre. Intempestivamente aparecen tres de ellos, con semblantes de rasgos duros.

## CARMEN BOULLOSA DOS POEMAS

### DEL EXTREMO

Cortan plumas del extremo del ala.  
Cortan plumas una tras otra y todas,  
surge la carne como un borbotón

El vuelo así ha perdido la cordura  
El aire nada roza ni detiene  
La punta del ala, segundo pico  
engañoso que nada dice, avanza  
sustentada en nada, se introduce, ala  
¿adentro? ¿afuera? El pene roza, mete  
la cabeza, el cuerpo, está dentro, afuera:  
es el mundo.

### AMOR

Viento, espada, baba escurridiza son flor, tallo y raíz del que arrebató.

Amor lo llaman.

Hosco, blanda nota, línea son pensamiento, facilidad del sordo,  
trazo en anuncio de la cólera.

Hoces, ruidos de pájaros son sus brazos deleznales,  
sus voces que como gusanos devoran mierda sobre el pasto.  
... destruyen el estéril manto de la soledad hasta dejarla desnuda



# EL MURO DE LA HISTORIA

## POR ADOLFO CASTAÑÓN

A la altura de 1930 podía ya verse la historia de México como una carrera que terminaba ante un muro. Ese muro que todavía no hemos podido saltar ni perforar.

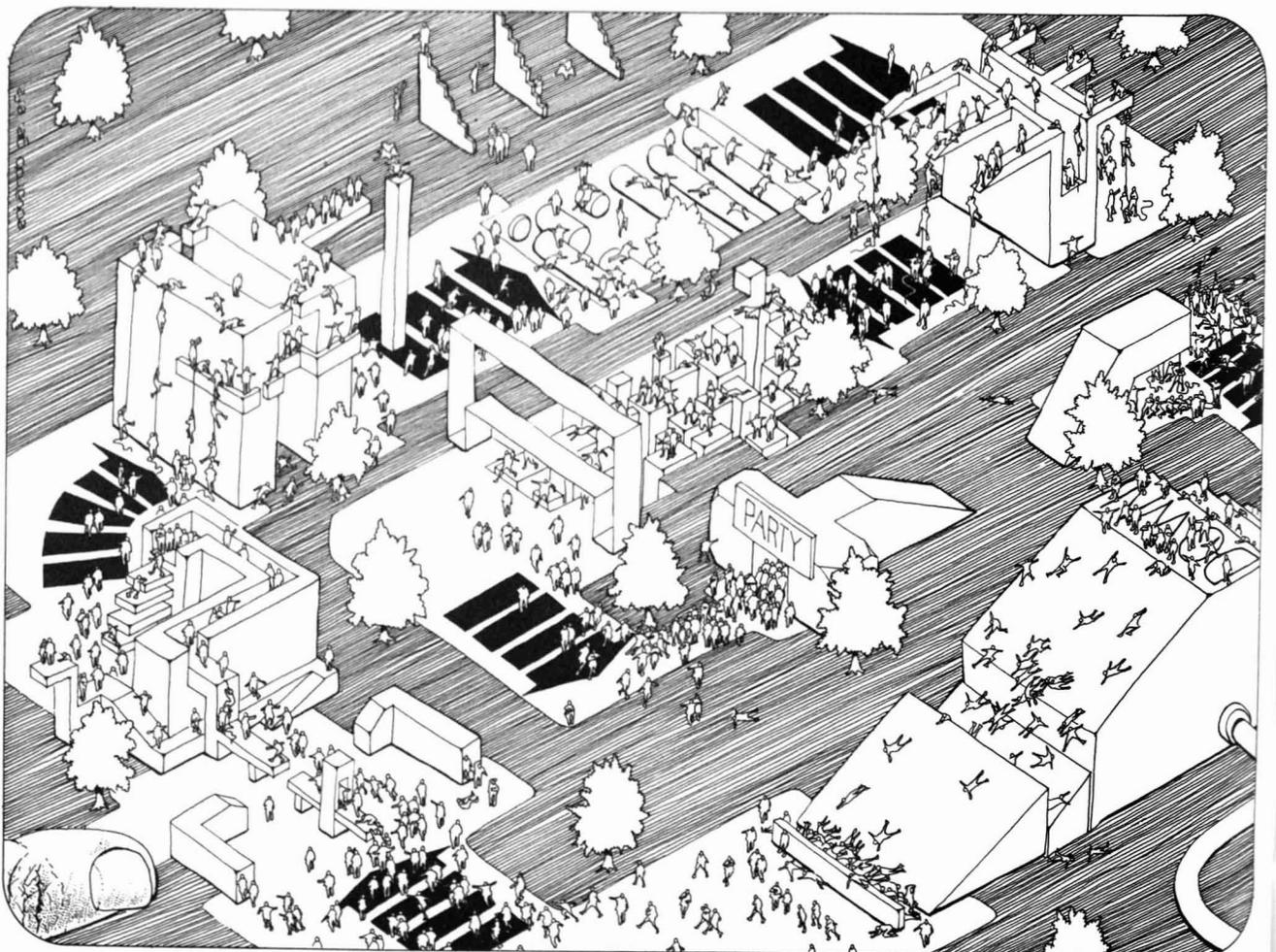
Octavio Paz

Hacia mucho tiempo que intentábamos subir el muro. Lo hacíamos sin dificultad. Extraño muro, a veces hecho de piedras y tierra, a veces de ladrillo. Una fuerza nos impedía caer. Todo parecía indicar que el muro se encontraba al pie de una llanura pues cuando soplaba el viento una corriente ascendente nos recorría la espalda manteniéndonos pegados a él. Inútil desistir; inútil renunciar a la escalada. Bajar de allí nos tomaría tanto tiempo como terminar de subir y, quizá, aún más. Era posible que ya subiésemos cerca del punto más alto, aunque desde donde estábamos apenas podíamos ver cómo el muro se curvaba en lo más alto. ¿Y si un día se derrubaba el muro? Habíamos subido tanto que con toda seguridad caeríamos y caeríamos sin llegar a estrellarnos. A pesar del cansancio, el desaliento alimentaba la inercia que nos mantenía sufriendo con la boca seca por ese potro vertical. A veces pensábamos en morir. Como si fuese una

canción de cuna, tarareábamos entre dientes la tonadilla. Pero teníamos demasiado miedo. Aquella muralla al menos nos proporcionaba cierta seguridad, pues si bien ignorábamos cuándo terminaría la escalada, encontrábamos algún consuelo en poder apoyar el pie entre ladrillo y ladrillo.

Si algún día llegábamos a columbrar la cima, ¿quién de nosotros no desfallecería, quién sería capaz de resistir el amanecer? Era mejor no preguntar, no volver la cabeza hacia abajo; mantenerla erguida con los ojos puestos en lo alto. No importaba cuántos llegáramos a la cima. Casi todos habían desistido y, cuando había sido posible, habían agrandado, escarbándolo con las uñas, un escondrijo en el muro. Aquí y allá había hombrecillos alojados en sus grietas y fracturas. No se trataba de gente temerosa, pues todos sabemos que se necesita tanto valor para quedarse en un boquete como para seguir adelante.

El nuevo amanecer fue más terrible de lo que nos habíamos atrevido a pensar. El muro no lo era y habíamos trepado por un engaño. Sembramos clavos y tendimos cuerdas a lo largo de una vasta planicie. Nos tomaría años volver a aprender a caminar.



# EN ESTA OSCURA MEZQUITA TIBIA

POR CORAL BRACHO

Sé de tu cuerpo: los arrecifes,  
las desbandadas,  
la luz inquieta y deseable (en tus muslos candentes la lluvia incita),  
de su oleaje:  
Sé tus umbrales como dejarme al borde de esta holgada, mumurante,  
mezquita tibia; como urdirme (tu olor suavísimo, oscuro) al calor de sus naves.  
(Tus huertos agrios, impenetrables) Sé de tus fuentes,  
de sus ecos maduros y turbios la amplitud luminosa, fecunda;  
de tu sueño espejeante, de sus patios:

Basta dejar a su fuego nocturno, a sus hiedras lascivas, a su jaspe inicial:  
las columnas, los arcos;  
a sus frondas (con un gesto leve, incisivo).  
Basta desligarse en la sombra —olorosa y profunda— de sus tallos despiertos,  
de sus basas vidriadas y suaves:

Distendida, la luz se adentra, se impregna (como un perfume se adhiere  
a los limos del mármol) a este hervor habitable; en tus muslos su avidez se derrama:  
Basta sostener esta sed. En sus nichos, en sus salas humeantes y resinosas;  
deslizar. Vino, cardumen, manto, semillero: este olor, (en tu vientre la luz cava un follaje espeso  
que difiere las costas, que revierte en sus aguas) Recorrer  
(con las plantas ungidas: pasos tibios, untuosos: las faldas rozan en la bruma  
los pasajes colmados y palpitantes; los recintos:  
Basta retornar, imprimir:  
De tu huella: los relentes umbrosos, el zumo denso, visceral; de tus ingles: Basta concentrar

(En tus ojos el mar es un destello abrupto que retiene su cauce  
—su lengua induce entre estos muros, entre estas puertas) en los pliegues, en los brotes abordables;

Entregada al aroma,  
a los vapores azulados, cobrizos; el roce opaco de la piedra en su piel.

Agua que se adhiere, circunda, que transpira —sus bordes mojan irisados— que anuda  
su olisqueante y espesa limpidez animal. Médanos, selva, luces; el mar acendra.  
Incisión de arabescos bajo las palmas. Vidrios. Basta deslindarse. La red  
de los altos vitrales crípticos. Lampadarios espumosos. Toca con el índice  
el canto, los relieves, el barro (en la madera los licores se enroscan, se densifican,  
reptan por los racimos alveolados, exhudan);  
el metal succionante de los vasos, el yeso, en el granito;  
con los labios (lapsos frescos, esmaltados, entre la tibia, voluptuosa ebriedad):  
los mosaicos, la hiel  
de las incrustaciones.

La mezquita se extiende entre el desierto y el mar.

En los patios:  
El fulgor cadencioso (rumores agrios) de los naranjos;  
el sopor de los musgos, los arrayanes.

Desde el crepúsculo el viento crece, tiñe, se revuelve, se expande en la arena ardiente, cierne entre las ebrias galerías, su humedad. Aceites hierven y modulan las sombras en los espejos imantados. Brillo metálico en las paredes, bajo los ígneos dovelajes.

(Agua: hiedra que se extiende y refleja desde su lenta contención; ansia tersa, diluyente)

— Entornada a las voces,  
a los soplos que cohabitan inciertos por los quicios—. Hunde en esta calma mullida,  
en esta blanda emulsión de esencias, de tierra lúbrica; enreda, pierde entre estas algas;  
secreta, hasta la extrema, minuciosa concavidad, hasta las héngiras entramadas,  
bajo este tinte, la noción litoral de tu piel. Celdas,  
ramajes blancos. Bajo la cúpula acerada. Quemar (cepas, helechos, cardos  
en los tapices; toda la noche inserta bajo ese nítido crepitar) los perfumes. Agua  
que trasuda en los cortes de las extensas celosías. (Pasos breves, voluptuosos). Peldaños;  
Azúl cobáltico; Respirar entre la hierba delicuescente, bajo esta losa; Rastros secos, engastados;  
Estaño  
en las comisuras; sobre tus flancos: Liquen y salitre en las yemas.  
De entre tus dedos resinosos;



## GONZALO CELORIO

# ESTATUA DE SAL

(FRAGMENTO DE NOVELA)

DESDE un butacón probablemente color guinda; por encima de la pierna izquierda, que descansa en un taburete de marquetería, don Santiago mira, indiscreto, a Rubencito —quien sigue entronizado en el retrete— con la misma mirada transparente con que otrora se despediera de la Costa Cántabra, pero ahora circundada de abotagamientos. Durante los once años escasos que caminó a tropezones por el primero de sus matrimonios, sufrió la afeción cada vez más insidiosa y más frecuente de la gota, fertilizada por las comilonas y el vino, que nunca menguaron en su mesa, y por el ejercicio desmesurado de la sexualidad en el suyo y otros muchos aposentos. El mal, que comenzó por inflamarle los pulgares de los pies, por endurecerle los tobillos, por congelarle las articulaciones, acabaría por romper las propias leyes de la gravedad. En efecto, la gota, que don Santiago sentía caer en su primera acepción de la rodilla al pulgar del pie; en su tercera terminaría por colmarle, cual generoso surtidor, los codos, el cuello y hasta los lóbulos de las orejas de orines rejegos a la eliminación del organismo. Cuánto más preferibles los dolores del espíritu que los del cuerpo, pensaba don Santiago cuando lo asaltaban los achaques: ese frío de adentro, resistente a las palanganas con agua hirviendo y a las mantas encorcadadas; ese dolor que no se soba ni se mima, que no

se apacigua con linimentos ni cataplasmas porque es un dolor del alma misma de los huesos. Los padecimientos de la carne lo envilecían y lo denigraban, mientras que las penas morales, como la viudez reciente, le devolvían una dignidad que hacía muchos años había perdido en una travesía.

Con el cuento de recobrar la dignidad perdida antes de que la gota, como ahora el daguerrotipo, lo inmovilizara para siempre, don Santiago se dio a la conquista de otras tierras, que para eso, gracias a la prodigalidad del Señor, tengo el calabrote bien acomodado en su lugar.

Honorables caballeros del Centro Gallego de la Habana, con los hombros en las orejas, y en la papada una voz extreñida, que salpica a sordos interlocutores: honorables caballeros del Centro Gallego de la Habana, con los hombros en las orejas, y en la papada una voz extreñida, que salpica a sordos interlocutores: honorables caballeros..., dicen que don Santiago abandona la isla por asoluta dinidá; no estaba dispuesto a negociar sus ingenios y sus cafetales con los nuevos conquistadores, esos jóvenes bárbaros que de la noche a la mañana, ayudados por el mismo Lucifer, habían destruido la Armada Invencible, que antaño sólo traicionó el adjetivo de su nombre ante la furia de los elementos y de vulgares piratas —padres de los actuales bastardos— que no respetaron los más elementales códigos de honor, pero que salió victoriosa en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros; no señor, no estaba dispuesto a comerciar con esos lampiños, deslavados, desabridos, nuevos ricos de sonrisa sonsa y de mirada imbécil que habían abrigado la ilusa esperanza de someter al más vasto y dilatado imperio que la historia del mundo hubiera parido ni parirá jamás. Ni dólares ni cañonazos podrían exterminar la lengua, la religión y la cultura de las ínclitas razas ubérrimas, de la sangre de Hispania fecunda, de los espíritus fraternos, de las luminosas almas porque si contáis con todo, yanquis hijos de puta, falta una cosa: ¡Dios!

Otros caballeros menos honorables no dijeron pero sí pensaron que don Santiago emigraba por asoluta cobardía: había envejecido el león castellano —seamos realistas, coño— y su antiguo y espantable rugir se resolvía ahora en débiles maullidos. ¿Dónde pararía aquella sonrisa socarrona de los marines que se orinaban en las fuentes de los parques públicos de la Habana?

A las damas del Centro Gallego las dinidades y las cobardías les tenían muy sin cuidado porque lo asolutamente cierto —decían arrebatándose las palabras unas a otras como si estuvieran en oferta, aumentando cada vez más los decibelios de sus voces zetudas y jotosas— es que Santiago, el pobre, se marcha de la isla porque desde la muerte de Lucía, que Dios tenga en su gloria, si era un ángel la criatura, un encanto, una monada, está que no lo calienta ni el sol de Cuba, que ya es decir bastante.



EL POETA

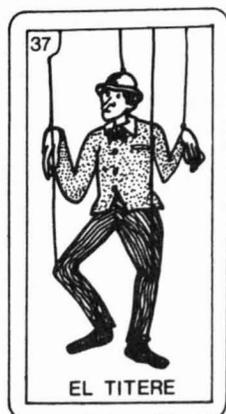
LA MUÑECA

LA VISITA

LA NANA

LA MODELO

EL ANTIFAZ



Pero cómo habría de calentarlo, mujer, con la pena que tiene, con la desgracia, con la deventura. Está deshecho, destrozado, inconsolable. La niña Lucía fue la única mujer a quien amó en su vida. Dicen que la idolatraba y que cuando sus negocios lo obligaban a ausentarse de La Habana le escribía cartas amorosas que terminaban con un círculo mal trazado, abajo del cual se leía *Amada besa adentro de esta rueda porque aquí yo he besado*. La quería mucho... pero la verdad es que se le iban los ojos a la menor provocación. Si todavía es capaz de abarraganarse con la primera negra, blanca o mulata que responda a sus requiebros. Bueno, es que en honor a la verdad, don Santiago fue hombre de una sola mujer pero no de una sola cama. Si dicen que tiene regadas de retoños las seis provincias de la isla. Y que en sus viajes al interior se pasa el tiempo dando bendiciones y haciendo gatatumbas a cuanto chamaco se le acerca por aquello de que coño, quién me dice a mí que este chaval no lleva sangre de mi sangre.

La aspersión de las fecundas calenturas de don Santiago nada tenía que ver con su más verídica pasión. Lucía, a qué dudarlo, había sido la mujer de su vida, tal vez porque nunca acabó de conquistarla: se le escapaba de las manos y de las caricias y de las palabras, y jamás pudo poseerla en cuerpo y

alma al mismo tiempo. El apacible abandono de la niña más tenía que ver con la indiferencia que con la entrega y todos los momentos de felicidad que don Santiago supo procurarle fueron fingidos o disimulados.

Con todos los recursos del énfasis, las damas lunarasas, peinetudas, papadonas, aseguran que don Santiago echa menos de menos a la esposa que a la madre de los críos, cómo se va a ocupar él de las criaturas, es que aunque quisiera no podría, digan lo que digan la madre es insustituible... porque desde la muerte puerperal de la niña Lucía, don Santiago no había hecho otra cosa que lidiar en desigual batalla con el servicio de inservibles sirvientas —si ese es el verdadero problema, ya no son los tiempos de antes, decían las varoniles damas inaugurando frases hechas, moviéndose como peces en el agua, yo no sé qué les ha pasado a éstas, yo no sé qué se han creído, la culpa es de nosotras, por tratarlas como iguales, es que la educación se mama, yo las trato como hijas, y así responden, les da la mano y te agarran el codo, comen de lo de uno, si salen caras por la boca, porque no sólo es la paga, es cama, comida, agua, cariño, mira, yo soporto todo menos la ingratitud, todo menos eso, no se puede con éstas, están destinadas a desaparecer... y de orgullosas nodrizas que exigían consideración de amas y no de siervas que al fin y al cabo amas de cría eran, y que al menor disgusto amenazaban con que se me baja la leche y usted tendrá toda la plata del mundo pero yo no tengo porque andar aguantando sus majaderías y ahora no, señor, aunque quisiera, con la vergüenza que me ha hecho pasar, mire usted, no me queda ni una gota, toque usted nomás... Tantas nutrices llegaron para amamantar a la niña Loreto y tantas se fueron con las jetas en alto y las petacas retacadas, que sumaron cincuentaiseis las nodrizas que pasaron por la casa de don Santiago. Cuando se hubo agotado la leche senil, el flamante viudo no tuvo más remedio que hacerse de una chiva criandera de cuyas ubres mamaba directamente la niña, tal y como consta en una placa, retocada con tal evidencia que más parece dibujo que fotografía, que fue publicada en calidad de tarjeta postal por Ediciones Jordi en un librito de 21 selected views que lleva en la portada el título de *Havana Pictures*.

Lo absolutamente cierto, dice el casi omnisciente narrador de este relato, es que desde la fatal eclampsia de Lucía, en cuyo cuerpo el nombre de la enfermedad confirmó su resplandor etimológico, don Santiago se pasa la vida encerrado en la casona, dando tumbos bastonados por todos los lugares que recibieron la sonrisa de su dueña, para aprehender, no su recuerdo, que se había esparcido sin pudor alguno por todas las habitaciones de la mansión, sino la certeza de su muerte. Don Santiago, quien padecía como es sabido una suerte de daltonismo espiritual por el cual veía todas las co-





sas en blanco y negro, estaba sofocado, ahora, por un sopor enrarecido, enturbiado por la confusión y por la duda. Como la presencia de Lucía nunca había gravitado visiblemente sobre las duelas de la casona ni sobre el bejuco de las mecedoras ni sobre las sábanas de lino, su ausencia, más que romper de tajo con aquella presencia leve y lejana, apenas esbozada, apenas sugerida, venía a prolongarla, con idénticas calidades y texturas, en las evocaciones de Santiago. Su intangible transcurso por la vida no difería de la débil corporeidad que su figura recobraba en los suspiros artificiales del indiano. Santiago no podría olvidar a Lucía, pero tampoco podría hacerse a la convicción de que hubiera muerto. Había dudado tanto de su vida como dudaba, ahora, de su muerte. Por eso perseguía con desesperación la nostalgia, que se le escapaba del corazón apenas alcanzada, quitándole la efímera certidumbre de que Lucía estaba muerta de verdad y para siempre. Sólo de labios para afuera decía joder, cuánto más preferibles los dolores del cuerpo que los del espíritu, mientras trataba, inútilmente, que le estrangularan el ánimo las huellas que Lucía había dejado en las lunas del ropero, en el agua de colonia, en las iniciales de las sábanas solitarias. Con la poca suavidad y nula calma de que eran capaces las yemas ásperas de sus dedos y el hervidero

del temperamento, Santiago acariciaba los encajes de Bruselas de la bata de Lucía, rascaba el interior de las zapatillas, manoseaba, apretaba, estrujaba, olía, besaba, babeaba, mordía las prendas íntimas pero sin llegar a sentir la excitación del dolor, coño, no sé qué me sucede, creo que me estoy poniendo viejo, decía extenuado, e inmediatamente se enderezaba tanto como se lo permitía la gota, respiraba profundamente, hasta la tos, echaba para atrás los hombros, que era la única manera que tenía para sacar el pecho y, temeroso de quedar convertido en estatua de sal por andar volteando la cabeza a los recuerdos, volvía a poner los ojos en el mar.

Flanquean a don Santiago, en el daguerrotipo, sus dos hijos varones, Bernal y Severino. Quién habrá sido el primero que tuvo a bien ponerle a un hijo suyo el nombre de Severino, cuya terminación frágil y tierna debilita y aun contradice su principio austero. Sólo un padre en la historia pudo cometer este desaguisado libremente. Todos los demás, de seguro, tuvieron que supeditarse a las presiones emotivas de la tradición inaugurada por aquél: Severino, como su padre; Severino, como su abuelo; Severino, como su tío; Severino, como su padrino. Sólo así. Severino era el nombre del anciano de la Costa Cántabra, a quien Santiago no volvió a ver desde aquella mañana tan distante en que abandonó el poblado terregoso para buscar fortuna en América: *Trabaja, trabaja, que nunca te encuentren dormido en el lecho las luces del alba*. Cuando nació el primogénito y Lucía, al verle los testículos, que le llegaban a las rodillas, sintió saldada la cuenta pendiente de su primer parto —el de la niña Refugio—, Santiago, antes de ver el bultito inflamado y seboso, dijo éste es Severino, Severino Salas, sí señor, como mi padre, como su abuelo, no faltaba más. De haberlo visto, habría comprendido que el susodicho primogénito no valía ni un plato de lentejas. Esmirriado y lacio, como se ve en la fotografía al lado de don Santiago, no parece el primer heredero varón de una estirpe recién fraguada (a fuerza de negocios no siempre higiénicos y de postizos apellidos), sino, famélico y prógnata, extrañada la mirada, traslúcido el pellejo, el último descendiente de la casa en franca decadencia. Aun así —o quizá por eso—, Severino pasaría a los anales de la historia de México como héroe revolucionario, muerto criminalmente por las hordas del traidor en el más recrudescido de los días de la Decena Trágica, y sería venerado por tropas y caudillos, y exaltada su memoria en historias patrias, discursos políticos y celebraciones oficiales.

Al pie derecho de don Santiago, en un taburete paralelo al que le sirve de apoyo a la hinchazón siniestra, Bernal sonríe, más que con los labios, con las mejillas regordetas, marcadas por dos hoyuelos pícaros y con los ojos inteligentísimos. Es hermoso. No hurta, sino hereda, la elegancia de Lucía y el desplante de Santiago. Este debe ser mi papá, musita Rubencito desde el excusado.



## RICARDO CASTILLO UN POEMA

Es cuestión de lastres que nos dejan los días  
verificaciones de momentos roncamente desapercibidos  
pesos opresiones cicatrices  
mañas del peinado  
despojos de cirugía fermentándose en la oscuridad  
lastres  
resultantes de un producto de un veneno  
de una enfermedad familiar  
cáncer de la frescura  
pulmón artificial a todas luces  
en fin  
la edad

Es cuestión de que la edad resulta el collar  
y el hombre el perro  
el hombre viene siendo un rumbo clausurado  
por leyes no dichas  
donde el presente es un espejo metido en el congelador  
y tragando la realidad en píldoras noticiosas  
come el perro en su plato  
después ronca desde la cáscara de sus células  
y le aparece nítida la grieta del entrecejo  
por el peso de la duda

por la insatisfacción arrepentida  
y es cuando la cicatriz si no reacciona se petrifica  
en un gesto sin profundidad  
todo queda en la peculiar manera de distribuir el pelo  
en la tardanza o rapidez de reaccionar  
cuidando los galones del mérito personal  
"yo soy yo y mi casa es mia"  
pero nadie es nadie y no hay casa posible  
en condiciones de semejanza con las sombras  
y las fotografías tamaño credencial de la cartera  
siempre de puntitas  
siempre bien peinados  
siendo continuamente lo que nunca han sido  
con un quiste  
un tirón en la humanidad  
que pone oídos a la edad  
como a un recuento de pedos clandestinos  
imposible de ocultar.

## CARLOS CHIMAL

# BRAVO NUEVO MUNDO

"Platero, tú nos ves ¿verdad?"  
Juan Ramón Jiménez

Nacida de una esquelética polea cámbrica y un domador de salones platerescos, Georgette sudó su primera sal hepática a los tres días del Festival Orgiástico Senatorial. Los padres tejían una red treisiana y, al verla, sus corazones depositaron tres docenas de leucocitos y tres más de linfocitos en la plaqueta del recuerdo infantil. Sonrientes, se miraron algunas glándulas lacrimal y se sintieron satisfechos de haber engendrado el el DNA más hermoso de la Tierra. La madre transportó y recogió. Luego no tuvo más que exclamar suavemente.

—La fémina que a mi hogar arribó una noche de inquieto plexus solar será la amatista más fina de todos los granos de malta en la América.

El padre, conocido en la región como "Platero el Jiménez", reforzó los nudos que habían resultado del nudo metafórico por sus brazos. Buscaba absorberse en la tierna femineidad que llenaba su casa para opacar el cruento y expectante futuro de la nación.

—Si ella sola fuera la esperanza que necesitamos —ahuecó sus labios, mayores y menores, dejando pasar a su lengua el viscoso líquido salado—; si esta niña reflejara en el azul la inutilidad de la procla-

ma —abrió aún más los labios y deslizó su lengua—; si por un momento detuviera a los cientos de cuerpos putrefactos que ocuparán las sillas constitucionales —respiró evitando el contacto con el pelo y cerró los ojos al sentir su boca desprovista de saliva virgen.

La mañana había traído tres enormes ballenas a las playas de la Bahía Norte, aplastando las declaraciones del general, Director del Triunvirato Astrocítico que gobernaba años atrás, respecto de la división en el partido mayoritario, Acción Oligodendrocita Nacional, y blandiendo los insistentes rumores acerca de una proclama que inquietaba a los cultivadores de mariguana, publicada clandestinamente por "facciones factiblemente factores de sublevación". El comunicado militar aparecía en la página 32 y este era un signo infalible del ocaso gorilense.<sup>1</sup>

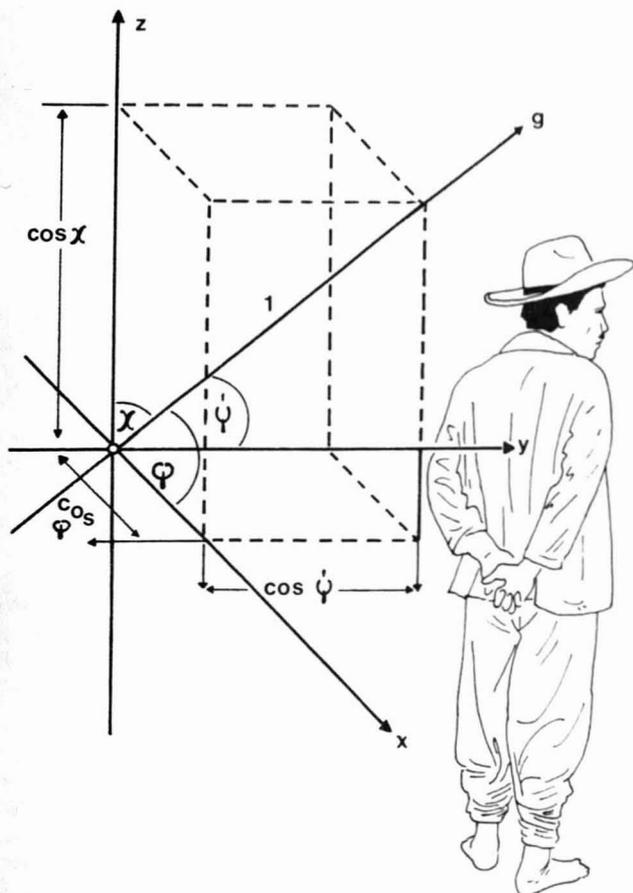
Durante el primer día de vida de Georgette, frente al balcón y mientras observaban los festejos por un año más en la gracia del Estado, "Platero el Jiménez" comenzó a hablarle cosas al oído, acariciando su pequeña y aún desnuda cabeza.

Esto es, comenzar por una especie de explícita agitación, por la certidumbre de una cuestión empapada de escalofríos. Una noche de violencia que, supongamos, podría comenzar con tu carta. No la que me enviaste el mes pasado, ni mucho menos la última, pobre desesperada, sino con la mía. Ahora, por favor linda, comencemos por la mía, tan sutil, tan fina, y sobre todo tan llena del odio que exhala sin interrupción. Una noche que, según dice Mateo, es como cualquier otra. No lo dudo, la simplicidad y su búsqueda, paradójicamente, reducen la capacidad de impresión ante lo maravilloso al mínimo de sensibilidad. Por otra parte, ni él ni nadie está obligado a sentir, mucho menos a entender, la violencia, el estupor, el agotamiento de esta noche. Y no quise arribar de día aquí, a la cavidad de tu memoria, porque hubiera tenido que pintar las calles con saliva y con timidez, arrinconado por la urbe, delimitado el camino por el tránsito. Preferí afiliarme a la noche no obstante su posible traición. Caminaba hacia aquel viejo rincón de la imágenes (tu pubis de trigo) y especulaba, con ironía y regocijo, sobre la autenticidad de la confesión que César me había hecho pocos minutos antes de partir.

—He comprobado —dijo con satisfacción— que la Gioconda ha sido excelentemente reproducida por la propaganda comercial. A ellos le debemos su enorme popularidad; Boticelli también puede estar orgulloso de llevar Levis.

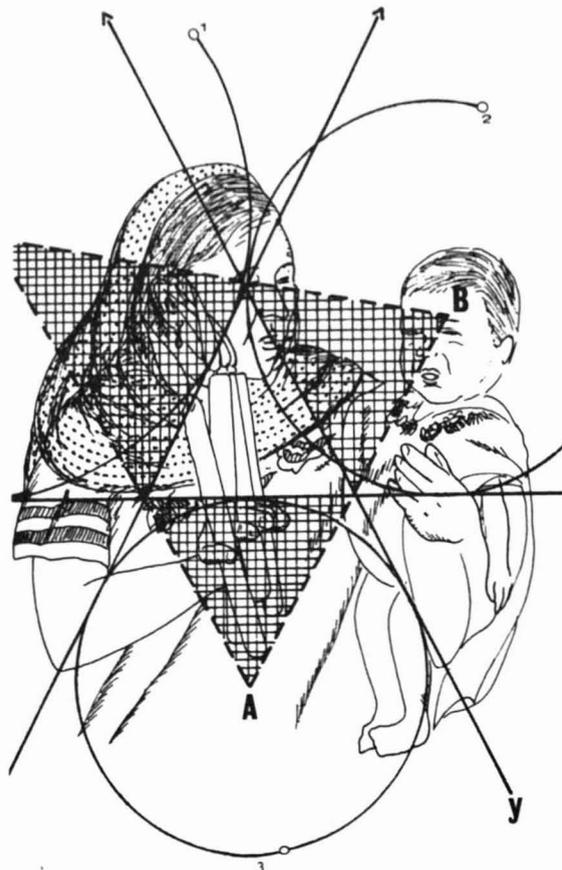
Lo miré con extrañeza y bufé para expulsar mi incompreensión sin lastimarlo. Fui brusco; lo sé ahora porque enseguida echó a reír, disipando su propósito de manifestarse más en aquella ocasión, la última en persona que tendríamos por mucho tiempo.

1. Véase *Rayuela*, capítulos prescindibles núm. 85.



La carta que podría ser, supongamos por segunda vez, el comienzo de un epistolario. El descenso del turbión o la inalterable promiscuidad o las contracciones irrepetibles o la recreación (inútil, créeme) de la noche de mi llegada. Un epistolario, pretexto para jugar nos mi rabia y el calor de tus muslos. Crecí sin la convicción de mi propia niñez, hundido en la nebulosidad afásica de la adolescencia y sostengo, hoy, que te amaba como un niño mientras la pasión adolescente inflamaba un insano fervor por ti que me obligaba a permanecer detrás de tu piel, como aquellos jóvenes músicos, sin piel para sus tambores, ignorados por las casas disqueras, no más *Rolling Stones*.

La noche que sufrí el frío crepuscular de esta ciudad vi a Mateo. Era un convencido de su futuro fracaso. Lo preveía con desparpajo. Su figura quebradiza, romboide, elíptica al caminar, lo mantenía alejado de cualquier especulación. Hablaba del blues como ablandando posibles iniquidades; palmeaba sobre sus piernas sin la necesidad de un refugiado. Confiaba en la suerte, siempre rentable, de la coexistencia, ahora, después de su "retorno de Africa", como él mismo, entre sollozos, decía. (Había llegado a la ciudad de Oaxaca y se había encontrado con cierto chofer de algún camión de la Secretaría de Obras Públicas, quien lo guiaría junto con otros desconocidos a la Sierra, anhelada.



Pero él no fue. A un paso de ella, la noche anterior había bebido incansablemente hasta encontrarse con dos gabachos. Les escupió, lo incrustaron en una columna del portal, quebró una botella en algún rostro, lo metieron a la cárcel. Un mes después, sin dinero, regresaba a la ciudad de México.) Esto me lo contaba mientras se animaba y se repetía la historia —nunca dicha por él— de las desproporciones entre el poseedor de un bastardo jardín y el intruso que acaricia sin respeto la piel de los frutos; que besa, imbuido de un viejo augurio, las almendras y los musgos y los pequeños árboles, sembrados por él mismo, más que nada ingenuo y curioso, incrédulo de su propia fertilidad, sin ser lo suficientemente precoz como para advertir las consecuencias, los grotescos reveses, la solidaridad con otros nada más por simple simpatía. Mateo descubrió, frente a mí y pletórico de acechanzas, sus cálidos rodeos a través de una duda dolorosa de días, que desdeñaba por existencial pero que guardaba con devoción por viva. Las pequeñas cosas de Josué —también ha regresado, casi al mismo tiempo que tú, me dijo—, por ejemplo, en este inaplazable descubrimiento. Sus angustias dentro de un destino anhelado. Sus impresiones, sobradas, grises, inexplicablemente. Y en un momento de



grosera imaginaria, las batallas, las conquistas y la pérdida de la Sierra, se reducirían a la figura del mesero que llega, limpio y descansado, a cubrir el segundo turno, y nos invita a pagar la cuenta, a arrojarle la propina, a salir sin historia.

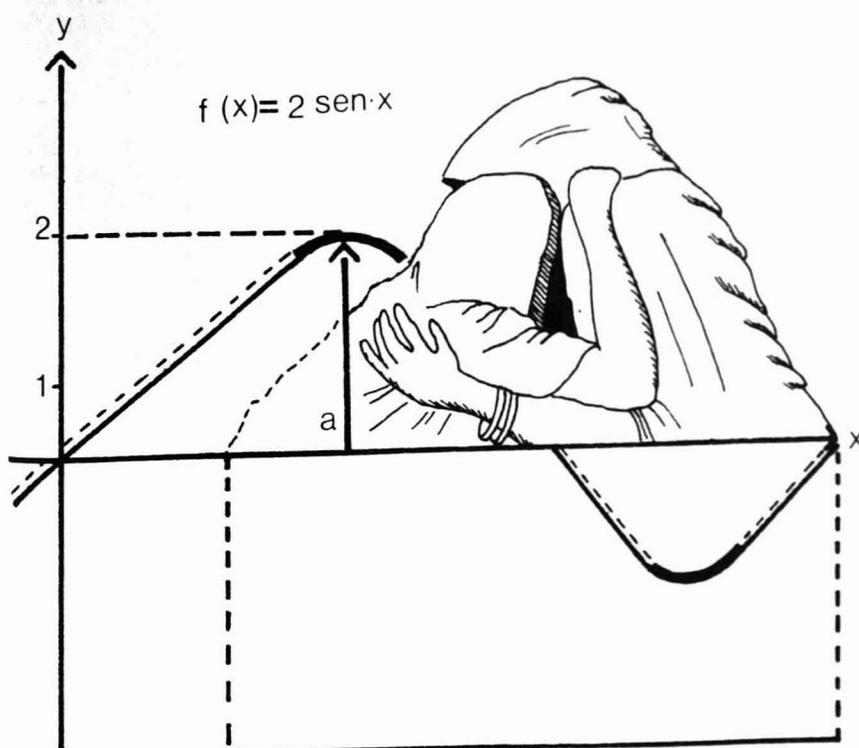
Ahora supongamos que ella accedió a vivir conmigo sólo obligada por la crisis, por la obnubilación, porque cerca no había nadie más, y mis caricias y hasta mis indiferencias le agradaban; yo, por mi parte, me sentía fuertemente atraído por su sensualidad. Su excitable sonrisa. El candor de mi insomnio.

Ella me había pedido que la entretuviera en México mientras se iba a San Francisco. Porque eso, y no un encuentro de arrebatos y fervores, era nuestra intimidad, Debíamos inventar, momento a momento, pequeños detalles; luchábamos angustiosa-

mente por construir ladrillo por ladrillo y sonreírnos entre las rendijas. Pasábamos noches descubriendo fallas y fisuras; nos divertíamos localizando cimientos falsos. Las carcajadas (ella de lado y yo mirando el pálido techo) sobrevenían en cuanto lográbamos definir el monto de mi carga. Yo, entonces, le daba la espalda y mi creciente rabia evocaba al imbécil que, sin saberlo aún, aguardaba en San Francisco. Su piel morena, fuerte. Sus 28 años y su corta estatura. Su rostro agradable, favorecido por el mostacho negro, lo convertían en la figura adecuada para remover mis recelos. Baterista de una mediocre canadiense banda funkíe, esperaba la oportunidad que le ofrecieran los observadores consuetudinarios, alcohólicos por costumbre laboral. Ex rocanrolero, ocasionalmente vendía pastas y coca para sostenerse cuando la banda no lograba renovar el contrato semanal y, a pesar de haber vivido muchos años en San Francisco, nunca había conocido a Kerouac. No le interesaba más Country Joe McDonald no obstante haber aprendido de él los primeros pasos en la música. El blues era ya clásico y el rock había que hacerlo a un lado según la exigencia del público; ese mismo blues que se nos revienta en la garganta. Conocerlo camino a Nueva Orleans, junto con ella, quien al fin había aceptado acompañarme antes de partir a San Francisco, fue una premonición, una creciente pe-

sadez que más tarde se quedó justo en la puerta del cuarto del hotelucho. Adentro, las cosas se largaban por una pequeña ventana. Huían por temor o por compasión. O quizá debido a una especie de melancolía por los basureros que abajo danzaban sin respetar al hombre de decenas de gatos sobrecogidos. Un arrebatado. O más bien, y ante todo, no desenfrenado ganzúa ni güevón, como los desatinos de ella, efímeros descolones, le habían recubierto pómulo pecho alma, sino, llanamente, un soñador sin sueño. Su discernimiento, después de la ciudad y sus menesteres, resultaba un suave y chusco reto a su piel. Pero no para la de ella. Allá, entre sus brazos, su cuarto helado, la playa del golfo, su bastión impenetrable y sordo, el refugio y las dádivas eran como la densidad de los pueblos invadidos a fuerza de cotidianas húmedas violaciones. Los sobresaltos de ella, no más lejos de su contorno, se convertían en venganzas. El arrebatado, su imaginería podrida por imperecedera, le llegaba a través de viejos silbidos, de numerosos organillos de boca (dispuestos a fajarse sin contemplaciones, qué carajo decía yo), por la gracia (decía ella) de su estupidez. Su distracción (decía yo) le venía de dos anunciaciones: el hundimiento prematuro del Potemkin y la desquiciada muerte del príncipe Igor. Sin embargo, a nadie le importaba, a veces ni a él mismo, puesto que significaban bodrios del pasado, tardanzas sin espera, así como estridencias sin escucha. Puras imaginaciones. Demasiado tarde, decía ella, pero nunca como para empezar, decía yo, es todo, a pesar de que te amo decía ella pero espérate un rato nomás decía yo, exhausto, sin fuerzas decía ella sin convicción, espérate un poco decía yo, la imaginación, esa no nos va a traicionar, a dónde decía ella, en dónde nos vamos a meter, a la boca del demonio decía yo, a la cueva de los ladrones, a un antro de vicio, al meritito fango sin lugar a dudas decía ella: no, entiéndelo, ya no puedo más pero ni siquiera hemos empezado decía yo; no, dijo ella con sus frágiles ojos húmedos. Me detuve mirando cómo adelantaba algunos pasos y sus ansias desertaban, empobrecidas; sopesando entonces la inutilidad agolpada en mis manos, miré a una rebotar en su cabeza. Una sacudida, como a los árboles en el otoño, despreciando las últimas caricias, buscando conciliar mi piel con la de ella en un acto de sublime abolición.

De madrugada, miré al Greyhound perderse rumbo a San Francisco, a los pequeños negros con sus risas incompletas, a las máquinas de pedir y me acordé de los cronistas de las ciudades, de Penn, por ejemplo. Me metí en una sala pornográfica. (Conocer a los poetas norteamericanos, a los drogadictos, homosexuales, jardineros, comuneros derrotados, uno por uno, en las barriadas de la cultura; confinados, tras los amaneceres del embotamiento, a recrudecerse dentro de las ciudades, extraña suerte de mónadas feudálicas, destinadas a expandirse por un destino impostergradable.)



A Uli la conocí esa noche. Fue la empecinada atracción sobre sus giros faciales la que me obligó a sentarme, sin saber cómo, en la única mesa que ellas ocupaban (amigas de peregrinaje) en el pequeño restaurante atendido por italianos sin ánimo para emprender el regreso.

—Una centuria llena de esquizoides —gritó un joven, tambaleándose y arrastrando una mochila mientras salía del local.

Ellas se alarmaron. Yo las tranquilicé explicándoles de la forma más coherente posible los efectos de la cocaína con cerveza sobre el coco de cualquier individuo. Sus caras se tornaron apacibles, refugiadas en el barullo de datos y afirmaciones. Les hablé del viento, de la forma de encontrarse con la felicidad que produce la amargura. En ese momento, por supuesto, ni yo mismo entendía en toda su magnitud tal felicidad. Los acontecimientos le darían, con el tiempo y su cóncave, su cruel reconocimiento. Hablaba y hablaba, convencido de que ese era el remedio contra el recelo, pero sólo una imagen, o mejor dicho, un sonido prevalecían en mí.

—Bajo su piel enervada se oculta todo un cúmulo de sugerencias. Sabe, les aseguro, que mañana va a llorar; que nadie le dijo quién era ya que lo aprendió tensando las cuerdas de una guitarra; que la irracionalidad gritando a través de cientos de de-

partamentos, testigos inermes de su nacimiento, le han impuesto la lucha dentro de él mismo, sin posibilidades de salir. Ya no le resta más que hablar de sueños, ilusiones o vivir en barcos...

En ese momento el sonido atrajo irremediablemente mi atención. Perdí la frase. Apenado, busqué algún feliz término, pero ella se adelantó:

—¿En barcos de cristal? —esperó.

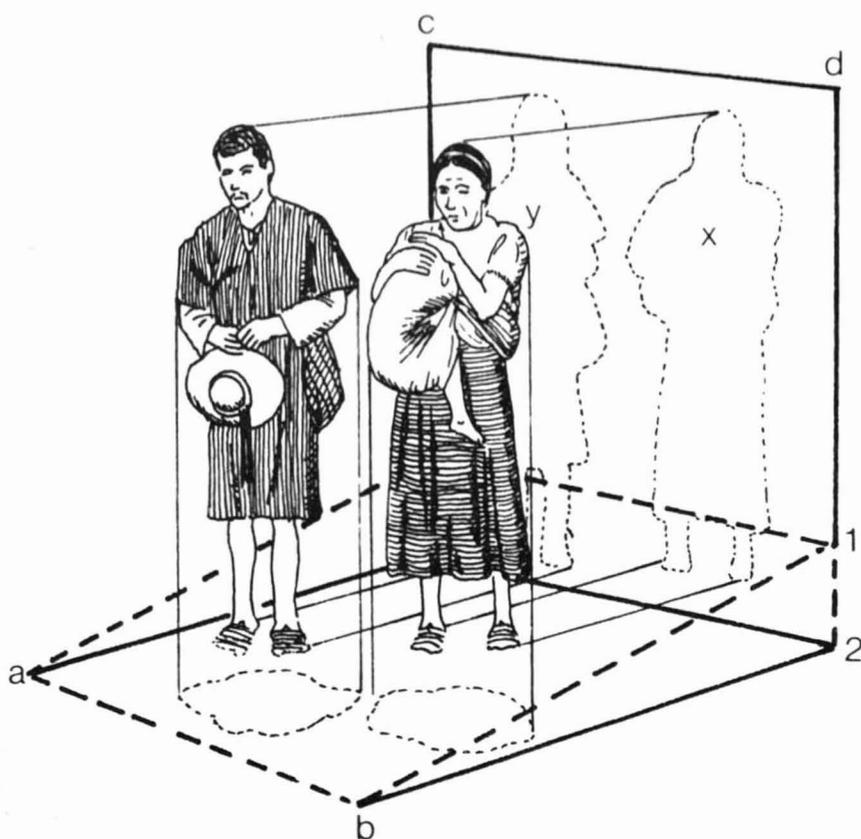
Supuse que algo debía responder, pero el aderezo de sus ojos rozó mis labios. Sonreí. Sonreímos subsanando la herida de aquel olvidable incidente.

Luego de escuetas preguntas y respuestas y harcos de esperar a que el debate entre meseros, cocineros y algunos trabajadores acerca de cómo debía redactarse el menú del día siguiente terminara, optamos por dejar un par de dólares de propina. Ellas tenían que regresar a su hotel para descansar y abandonar la ciudad al día siguiente. Forzosamente, y no molesto en lo más mínimo con ello, me vi obligado a acompañarlas. ¿Las veré en México? fue mi primera pregunta al comenzar la caminata por las solitarias calles del centro. Respondieron entre carcajadas que eso era claro. Yo no comprendí la causa de las risas pero de cualquier manera hice mi parte. A la distancia se escuchaba la boca del jazz. Nos acercábamos a su hotel y enfrente había un bar remojado por las insaciables gargantas sedientas de saxofones y trompetas. El piano mecía los cuerpos de los negros recargados en la entrada. Llegó la hora de despedirnos. La compañera se adelantó. Uli, acariciando mi mano dijo también adiós. Impulsado por un contrabajo lleno de regocijo mantuve mis dedos entre los suyos. Ninguno dijo nada hasta que la compañera regresó y la llamé. De inmediato propuse la cercanía del jazz,<sup>2</sup> del *cream jeans*<sup>3</sup> bar.

— Al rato voy —le contestó.

Por tercera vez, sin historia y sin cartas, dejaste de. (No dejaste nada en realidad; pasa que el escudo de armas, longevo, supuraba abuelos, grandilocuentes mamás, de esas que nos tienen hasta la madre por su grandeza.) ¿Entiendes? ¿Sabes distinguir el desgarramiento producido por la destrucción de tu soledad y los deformes aspavientos de un solitario "hasta la madre"? Pagado de ti mismo. Mistificado. Y no se refiere (quien lo quiera decir, no musitar) a la soledad sino a Soledad, a sus nalgas y vientre. A sus hombros sin enmendaduras. Al coño, carajo; al coño, tu minoría.

Doble decisión: Una, mirar a la muchachita que alza su mano, lenta, y muestra la palma como pequeña Sioux importada del viejo John Ford; mirarla reseca la viscosidad de sus labios siempre mayores y menores (siempre). Su pincel y los grises herederos de sus engaños por la vida, de sus suplanta-



<sup>2</sup> En caló, copulación, vagina.

<sup>3</sup> En caló, orgasmo.

ciones generalizadas, sus pequeñas inversiones. Desde muy adentro, la acidez del amarillo para solventar la cuenta creciente, la especulación activa. Reconociendo desde su puño hasta la tela recobra por un momento la ansiada revelación, la palabra en sesgo, su estado en clave, personal, unívoco. Desde abajo, atrás, desde los rincones, la resina muestra las capas, las mutaciones. Su inoperante estado de cuenta. Ella misma pinta su devaluación dijo alguna vez ella misma.

Dejó su abrigo sobre la cama como si fuera él mismo. Alisado, enmohecido, el cuello tenso quizá sin garbo si estuviera dentro. Caminó hasta la recámara vecina y besó la máquina, la fabril Adler, mientras decía arriben arriben cordones de la pesca mayor; suban por el tejado, arañen paredes y rasguen los ventanales. Inmiscúyanse. Tomó la mano de su madre y la apretó de paso. Ella, sin impulso, le preguntó por las caricias de su padre. Siguió hasta la ventana, decidido a escuchar los agrios embates de un automóvil (subcutáneo le caería bien) tras una camioneta que, para disgusto de él (sin su madre), no podía verla ahora. El conductor del automóvil descendió, miró de frente, en dirección al espejo de la camioneta, y se quitó el saco; lo echó sobre el asiento trasero y entró de nuevo, agachándose, jalando con irremediable ánimo la puerta. Su madre la pidió que no ocultara el rostro. No pasa

nada, ¿eh?; nada, le repitió. Son las caricias irreverentes de los muslos de una bailarina. Es la gritería de los arcabuces rotos. ¿Los viste en el río? ¿Me puedes decir si está completo, si estoy sin cuarteaduras? Cuando se fueron, le dijo la madre, insistente, me propuse callar. Hay una mujer madre, hay una chiquilla que silba rock, que suda blues. No es por nada pero nos ponemos hasta el gorro juntos, en el cine, a veces; con cerveza y pizza, a veces. Miró dar vuelta a la camioneta y dio vuelta él mismo. Se prendió en la madre un propósito, uno que había sedimentado por años, desde que su padre la había descubierto vistiendo ratones para el circo de los hermanos, juntos en un rincón de la Casa Mayor. Ahí no había más que subir las escaleras y saltar a la otra azotea. Saltó y su padre se paralizó, deteniendo bruscamente el cinturón. Tal propósito comenzó a gestar en su vientre. Pidió que el Sereno le cantara una canción. El se encontró con un trofeo de boliche y le dibujó la mirada interna (de Josué y sus iniciados magos del año). Un día de éstos podría seguirla (a ella) gritó porque, en realidad, no tenía ninguna razón para decirlo; por eso lo gritaba. Madre, cuando algo no se quiere decir, se grita. Salvaje descubrimiento, tan salvaje como ella dice que es. O al menos sus labios saben así. No es sencillo, carajo madre, no es sencillo; pero cuando se me entume la boca sólo sus labios saben así. Ella me lo dijo; mira madre, cuando nos embriagamos, nos detectamos. Y si ella no está, y están otros, nos falta nuestra propia reseca aquí, en los riñones, en la lengua. Me cae de madre, madre. La madre aguantó el hilo y lo pasó por la aguja. Prendió la lucecilla sobre la tela. Presionó el pedal. El buscó las páginas del pasado, vieja canción extraviada de la moda.

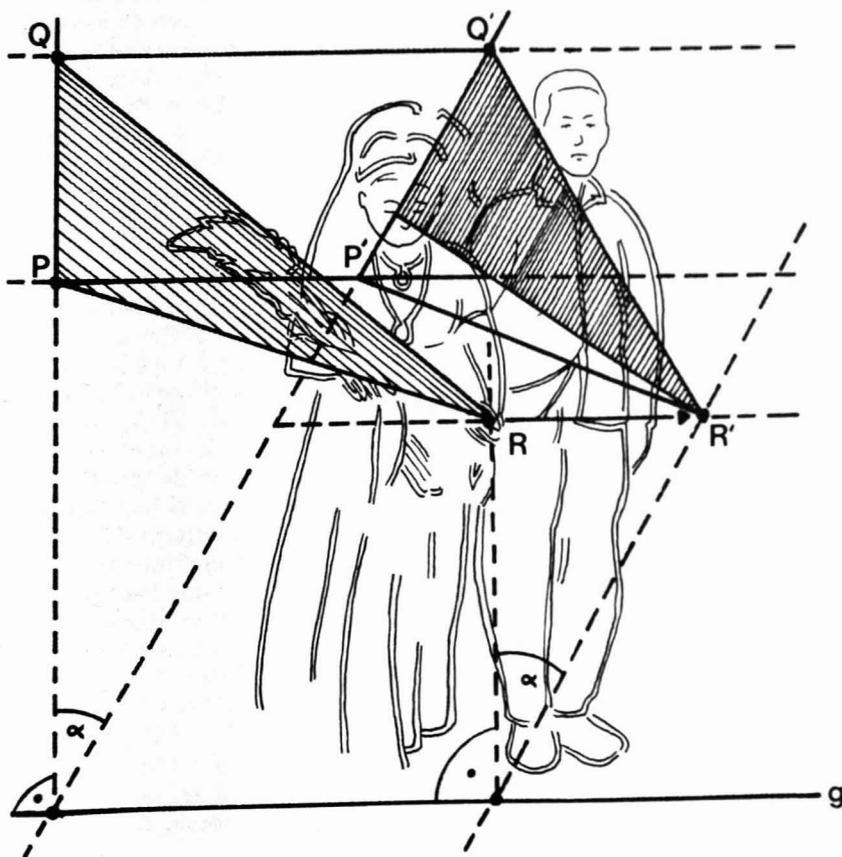
— ¿Qué te pasa? — le dijo mientras volteaba la tela —; hace semanas que no vienes. ¿Cómo estás?; saluda al menos.

— Hola.

Al día siguiente nos reunimos Josué y yo; él me había enviado una carta, lo recordaba ahora que lo tenía enfrente, estrechándole la mano. "A veces te miro y te me haces un gato", pensé; "a veces ni te escucho", volví a pensar. Josué no me habló de su carta, aunque de hecho se había tratado de una sorprendente (por la incoherencia enfermiza de sus entusiastas impresiones) apología del estado de California. Se dirigió al trabajo sin prefacio alguno; habló de su éxito en San Francisco, de los alucinados conciertos de Yes, de las playas y los amaneceres, de los atardeceres y la luna, de ese gran pulmón cósmico.

— Supe que te habías metido un ácido — le dije con toda la socarronería contenida.

Se metió las manos en los bolsillo, asintió y mascó sin tener nada en la boca. Toda su adolescencia, hinchada, se le clavó en el entrecejo. Me acordé de que, según decían ella, el canadiense y el mismo Josué, San Francisco, santo patrono de los animales,



“¿Es preciso convencer a estos seres de que son resultado de un espejismo



o bien darles ocasión de manifestarse?”

A. Bretón

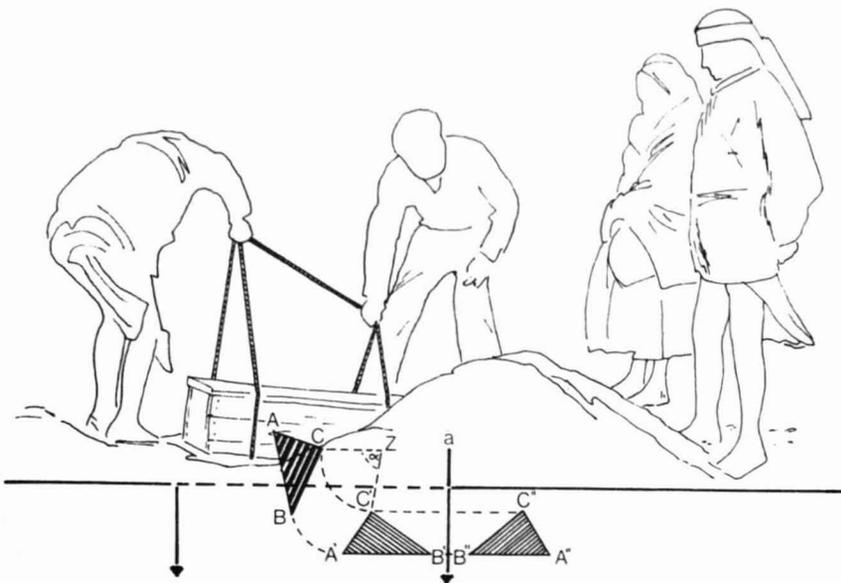
era la libertad en persona. Las viejas hipótesis pensé mientras Josué relataba próximos advenimientos. Recordé una de las viejas hipótesis, una no tan perdida en el tiempo y en el espacio, una obsesiva intimidad en tanto que Josué llenaba de nuevo su vaso y los desquiciados ciudadanos sin techo hacían planes para esta noche. Pensé en mi primo, en cómo sus dóciles e inexpertas manos masturbaban mi miembro (la fotografía, dice Josué, es mi sucia socia, y ríe), regresando el favor y cómo, ardiendo, mirábamos pasar a una mujer, no mayor de 16 años. La imaginábamos de centeno, con sus ojos negros y sus labios grandes. Las piernas brillantes. Josué se levantó al baño y yo y mi primo decidimos hacerla nuestra. No una simple tarde dando vueltas a la manzana, sino nuestra. Sonrió y se sentó junto a nosotros, en un escalón de la puerta. Mi primo, a su lado y una huella más arriba, disfrutaba mejor de sus senos que, sin duda después de discusiones y comprobaciones, caían desnudos. No platicamos demasiado porque su prudente coquetería la despertó. De pronto, sin más preámbulo, se levantó y se despidió. Mi primo, astuto, la invitó al cine. Ella aceptó y me tendió la mano. Repitió que sí y preguntó la fecha, mirándome. Mi primo dijo mañana. Ella separó su mano y se fue. La vi por detrás: escudriñé en su piel de cacao y encontré, sin quererlo, un corazón de espadas, lleno de sables y de hachas, y de dagas y espadines. También hallé un machete.

Crucé mis manos. Mi primo me observó y me

apostó que tendríamos orgía asegurada. La llevaríamos al hotel donde se hospedaban él y su padre, con el pretexto de pasar a recoger algunos encargos, y la meteríamos sin precedentes. Josué regresó y pidió otra cerveza pero yo y mi primo, uno de cada lado, la guiábamos al cine, a prepararla como él decía. Cuando llegamos, la función había comenzado apenas o iba a la mitad. No importa, dijo mi primo, qué carajos te fijas en eso. (Josué cuenta cómo el arte en los Estados Unidos es real, verdadero, no sombrío como aquí.) Subimos al primer piso y nos sentamos atrás, clarificando nuestras intenciones. Ella me preguntó por el nombre de la película y yo no supe, pero le expliqué que por lo menos Sofia Loren se veía muy bien de doncella y que la película era más bien una porquería y que me gustaban sus ojos. (Josué me define: Vaticinio: algo que cae aproximadamente entre una predicción y una profecía; carece de la dirección divina de la última y de las bases empíricas de la primera.) Ella volteó a verme y se regocijó en silencio, acariciándome la mano. Mi primo, atento a la atmósfera, se percató de la indiferencia de la gente y la abrazó. La besó decidido. Le apretó el hombro con energía. Le acarició las piernas. (Yo me imagino, dice Josué, un organismo, ya sea planta o animal, como una especie de oligarquía en la que una minoría de átomos, que actúan como catalizadores, dirigen la gigantesca masa de moléculas plásticas.) Yo intenté desentenderme. La película y sus murmullos se volvieron una plasta de incomodidades. El Renacimiento era entonces superfluo para la lengua de mi primo, el cuello de ella y mi vista fija en la Loren declamando su fidelidad por el hombre que defiende su reino y cultiva las garantías de un pedazo de tierra llamada por Dios para salvar a los hombres. Los cuchicheos se acrecentaron y mi primo fastidiado por la docilidad inerte, la dejó.

— Que te faje aquel cabrón —dijo rabioso.

Ella continuó paralizada. Yo, inmóvil también, escuché con toda la atención que pude el júbilo por la conquista sacrosanta, la euforia por el triunfo de la épica eterna. Al fin, ella se movió hacia mí. Dudé. Me agité. Viejos alcázares fueron rociados por el agua renovadora. Con las manos sudadas, sin haber movido un solo rincón de mi cuerpo, miré encenderse las luces y aproveché para restregarme los ojos. Sin hablar, nos levantamos y caminamos de regreso. Frente al hotel, mi primo hizo aún el último intento. Ella, asustada, con los brazos cruzados, dijo que debía llegar de inmediato, que tenía frío. Me miró y mi primo y yo nos quedamos en el restaurante del hotel, bebiendo refrescos, lamentándose él de la mala suerte. Josué, cansado de esperarme, pidió la cuenta y salió. “Hace mucho tiempo que no lo veo gato”, pensé, cerrando la puerta del coche y poniendo una cinta, cualquiera, alguna de las traídas por Josué, de moda en San Francisco.



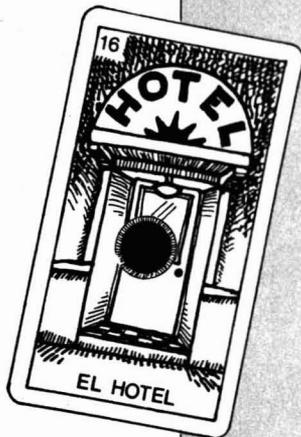
SANDRO COHEN  
A PESAR DEL IMPERIO

El hambre es una guerra de silencios,  
otra forma de medir el tiempo  
entre el sol y los dedos que buscan  
eludir el vacío cada vez más vacío,  
entre el sol y el primer golpe del estómago,  
el cemento y los cascarones de huevo  
revueltos con periódico y cartones de leche.

No hay otra forma de medir el tiempo,  
desde esta esquina la noche se levanta  
sobre la ciudad al acecho de una salida.  
Se retuerce en su cada hora,  
en su cada siglo a pesar del Imperio,  
a pesar del hambre que la viola impune,  
a pesar de sí misma debajo del mundo  
desenfrenado en su preferida casa de putas,

Me detengo frente a un lote baldío  
a lamer mis heridas en toda la ciudad,  
a cubrirme con la única lengua  
que me queda despúes y a pesar del Imperio,

el hambre es una guerra de silencios.



# DOS DE NOSOTROS

JAVIER CÓRDOBA

Sin embargo, sólo la muchacha parecía ver lo que los demás no veían y lo que las casas sólidas ni siquiera sospechaban: que éstas habían sido levantadas sin cautela como quien en la oscuridad se duerme sin haber en un cementerio.

Clarice Lispector. *La Manzana en la Oscuridad*.

PIENSA QUE ESA CARA DE NIÑO LEJOS DE SU CASA sabe pelear, de ángel a la puerta del infierno; puede pasar por asesina. Delmónicos me capta con su par de ojos extraviados en otras contemplaciones. Algo así como Punto Muerto ¿recuerdas? A veces tenía accesos de risa inoportunos; en el vestíbulo alfombrado de rojo, royendo palomitas de maíz como tejón, como mapache. Como... Lobo? Ja, no te burles.

Yo he marcado y esgrafiado mujeres desnudas en la dura madera del pupitre, con la punta del compás un lápiz sin punta, roto. Y una regla de metal. "Estaba solo bromeando" y "Piernas Calientes", no querían hacernos caso, y era mi deber fabricar muñecas obedientes.

—Soy muy feo. Lamentaba. —Es sólo cuestión de reír un poco y tirarlo al olvido. Yo, con la seriedad que el caso ameritaba, y una risita gratificante y maliciosa al final.

En el recreo destripa las tortas y tira el aguacate y dice que no le gusta. Se mueve como robot y mastica. Es demasiado grande para su edad y da la sensación de apachurrarlo todo.

Se limpia las migajas de la torta y abre una golosina con los dientes. Sus dientes son grandes, como de caballo; bastante tonto y enamoradizo. Míralo ahora en esa fotografía. En el recuerdo parece una araña capulina. Por lo negro y deshabitado, por lo duro y brillante del cuerpo.

Músculo sobre músculo adquirido en el gimnasio. Madriza sobre madriza en los pómulos, la nariz, los labios. Sin contar sus cejas de diablo.

—El muy diábolito. Solía decir la Pituca cuando yo le informaba: —Lalo no sabe más que pensar en ti. Y sonreía; pero nunca dijo sí. Aquí te espero, nos vemos en la noche.

Inflado de orgullo, con el saco durísimo y pesado frente a él; Se dedicaba a soltar derechazos, hasta que le dolían los puños y regresaba a casa.

Sueña con apuñalar, destruir, capturar.

Pero una vez despierto sólo le quedan dos puños como marros para desconectar esa bomba de tiempo que es vivir, que es amar, que es estar aquí.

Pituca no me quiere, piensa. Y quizá es cierto, pero para él tiene un efecto demoledor, aplastante. Ese es el drama, la chingadera.

—No hay peleadores guapos. Se mofa. Empezaba a levantar 150 kilos, y de un apretón de manos podía hacer que le pidieras perdón.

AHORA EL ARCANGEL ES UN HOMBRE GRANDE, Y tiene un público que lo sigue, lo saluda cuando va en la calle y le aplaude y apoya cuando esta sobre el ring. —Soy gladiador porque luché en el Coliseo. ¿Y el que lucha en el Coliseo qué es?

Pues a güevo un gladiador.

Borracho, con su cara de caifán. Tiene el cuarto tapizado con afiches de Los Angeles, los trae por kilos cada que va ahí. Es rico partir gabachas madres —solía decir a sus amigos. Los dedos pesados de anillos y una vida que de pronto resultaba tolerable. Sonriente con sus amigos, no muy borracho y buen entrenador.

Digo, un accidente era lo peor que podía pasarle. Era su punto débil y le pasó.

—Te pago el pasaje, la estancia, la comida. Qué más quieres. Estás jodido si no conoces Los Angeles gratis. Y yo: tengo exámenes. Mejor otro día. Y es que sentía que se iba a poner pesado, y borracho.

Dicen y es cierto, que más peca quien supone quién se robó la gallina que el mismo que se la robó. Pues esa noche mi amigo el boxeador se lastimó casi todos los huesos a grado de fractura y se cortó cabeza, cara y cuello en un accidente aéreo. Algunos de sus órganos internos también sufrieron magulladuras y derrames diversos.

Era una momia cuando lo ví, y tardó muchos meses en recuperación. Como un embudo que se va llenando de vida alimentado por esas mangueritas huecas. Algo así como un capullo; con una mariposa negra y mecánica al final de metamorfosis.

Es una máquina de asesinar, sin embargo nada ha cambiado dentro de él, para con la Pituca. Su amor ha permanecido ahí como un duro cristal de brillante.

Pero la figura de ella es solo un fantasma como las otras.

Un fantasma dividido en pequeños fantasmillas: seis fotografías; donde aparece todo el grupo escolar desde primer hasta sexto grado. Las seis sonrisas de la Pituca parecen ser las mismas. Los ojos, las bocas. Todo.

Y él pasa horas contemplando las fotografías con cara de felino sin presa. De vampiro huyendo en la madrugada. Corriendo a encontrarse con la última y trasnochada puta, después de pasar la noche buscando un sueño.

A veces las golpea, las cachetea, las sangra. Y les paga con un billete de tres ceros. Se embriaga, se masturba.

Ahora comprende que su amor, es un amor a muerte.

Otras veces se desquita en el ring. No por nada ha sido campeón tres veces. Le gusta ver la sangre de sus contendientes manchando el cuero de sus guantes. Por lo común sale en hombros sobre una multitud beoda, hilarante: dedos alefantiáscos, piernas cabañales, cara de monstruo y corazón de pájaro.

"Qué tan tonto era yo" canta Rod Stewart, mientras él llora. "Que nunca pude ganar". Está a punto de mandarse morir. El rostro de ese sueño se estrella en mil pedazos como un espejo. Y él finalmente no ha tenido nunca nada de ella.

ARCANGELO TIENE UN RESTAURANT, DONDE SIEMPRE va a comer, vestido de azul casimir listado. Ha luchado con el negocio también en el campo de las finanzas. Y tiene la suficiente zagacidad como para pasar hombres respetables y sus respectivos lujos, muchachas; la cara agría del que odia gastar, y es lo único que pudo hacer en la vida.

El gesto de aquella otra foto de periódico me parece representativo. Podría apostar que es el rostro con que se presentó alguna vez en su historial, en una agencia de ¿como llamarlo?

La mujer simplemente tomó la fotografía que era requisito indispensable, y le tendió un papel crujiente, marcado con agujeritos, señalándole el sofá rojo muy confortable.

Cinco minutos más tarde apareció de nuevo, toda vestida de blanco como enfermera. "De angelito", sonrió él entre sí; y lo condujo por un pasillo estrecho y blanco, con la tarjeta sudosa, marcada con su dura caligrafía de escolar bajo el brazo.

Ya no puede creer que Pituca solo sea lo imposible. Ahí empieza una larguísima temporada de idilio con la pluma. Casi siempre

termina con varias hojas atiborradas en un sobre manila y cinco pesos de timbres. El buzón es ahora un gran amigo de él; porque él no cree más que en esas cartas que parecen trozos de Pituca. Trozos que le ayudan a sobrevivir ese cuerpo agonizante que habita. Del otro lado, una mano delgada, casi siempre fría; recoge el sobre amarillo.

**DEL OTRO LADO HAY UNA MUJER SOLITARIA QUE sale de su departamento y se dirige al edificio de Correos en las primeras horas de la mañana.**

Es imposible creer que dos estén de acuerdo en ese constante rechinar de puertas que se abren, autos que arrancan y multitudes que caminan como autómatas.

Quizá piensa que es calvo y terriblemente tímido. Un poco gordo, también; y debe trabajar en una oficina de gobierno.

Estruja el sobre y lo ingresa en el bolso negro. Piensa que se está haciendo viejo y quiere casarse porque su mamá ha muerto y tiene miedo a quedar solo.

Juega a escribirle cartas y a enamorarse de ese loco romántico que parece vivir para comprar papel y plumas. O quizá porque tiene miedo también a la soledad o porque amar a un hombre por lo que escribe es amar a un hombre sin sexo.

Cree, la muy inocente, que el amor no tiene rostro. Su único problema con los hombres ha sido la corporeidad. No pudo nunca resistir la idea de agresiones como un beso, una lengua, una penetración...

Juega a buscarle una cara agradable a ese hombre autor de páginas estrujadas que parecen tener un origen muy remoto. No sabe

que el hombre la mira todos los días desde su buró, desde veinte años atrás; desde esa fotografía que compró en doce pesos y que únicamente se ocupó de anmarcar y colocar y llevar consigo en sus múltiples cambios de departamento.

Animales de dos caras, ya lo dijeron. Van a encontrarse o a desencontrarse como lo hicieron en el pasado.

**MUCHAS VECES HABLO DE ESA SENSACION DE VACIO, de infinita dicha y esperanza con que se había acercado a la Pituca. Para todos nosotros no era otra cosa sino la compañera gritona, inconforme; odiosa por su inteligencia y sus gafas. Demasiado flaca para conmovier y agresiva.**

Esa sensación había vuelto de forma inesperada al escribir la carta descisiva, ya que no era posible conformarse con las cartas. Su cuerpo pedía siempre otro cuerpo. Y él estaba sembrando un camino de papel escrito hasta su puerta.

"Sería hermoso verte venir vestida de verde" escribió. "Un bolso café con cierre plateado".

Piensa en el rostro juvenil que ha guardado en la memoria. Una daspositiva blanquecina de una jovencita de dientes blancos, y una playera ban-lom, donde surgen sus brazos como trozos de mármol.

La ciudad se desliza detrás de la ventanilla; para él sólo existe el murmullo de voces apagadas durante mucho tiempo dentro del pecho, la cabeza. Ha querido ser demasiado listo. En lugar del traje gris rata, se ha puesto uno gris oxford. Convertido en mancha negra avanza penosamente en las calles cada vez más oscuras.

Y ella ha sido derrotada por el miedo poco a poco. Ha pensado y repensado y analizado un posible error. Al salir hacia el viento cargado de polvo, no lleva el vestido verde de seda. Simplemente lleva un trajecito marrón de dos piezas.

Están ahí esperando, desesperando cada minuto. Se miran, sospecha. Pero el pudor les impide hablarse. Llega el momento en que no creen en nada, que se arrepienten.

Ella enloquece bajo la mirada escrutadora de aquel mastodonte capaz de violarla. Las sombras alarmantes de la noche y el alumbrado público la ponen en una estrecha franja de estabilidad emocional.

Quiere llorar, morir, destruir con fuego todas las cartas y recuerdos.

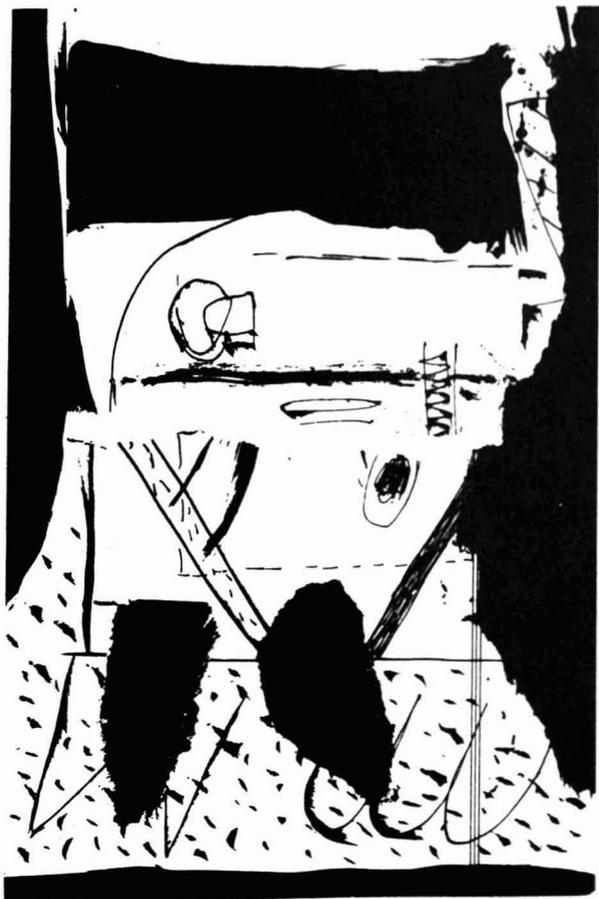
No hay palabras para explicar mejor lo que dice una ausencia. El tiempo pasa y con el hastío viene el cansancio.

Las dos figuras buscan un lugar cómodo para reconciliarse con sus más antiguos sentimientos. Se deslizan, casi sin vida, en un crepúsculo violento y airoso.

Direlococomio odia sus manos que sólo sirven para doblar latas de cerveza, corcholatas de refrescos. Cierra los ojos para no ver a la gran ciudad celebrando el centenario de su caída. "¿Qué esperanza puede haber para un hombre solo, que escucha el llanto de una mujer sola, en una banca de parque el domingo por la noche?", piensa. Y sus manzanas se estrujan entre sí, torpes como las de un bebé.

Sufre, tiene celos, tiene sueños; pero quiere que no le importen. Sólo quiere una mujer. Sólo quiere darle el consuelo que necesita esa mujer, sentada a unos cuantos centímetros en la dura losa de cemento.

"Disculpe usted", dice, tratando de tragar su voz ronca. Mirando el trozo de mujer que parece tenerle miedo: "¿No debería venir vestida de verde?"



DIBUJO DE GILDA CASTILLO

GLEN GALLARDO  
DOS POEMAS

TRANQUILIDAD

Je n'ecrive pas un poeme  
todo lo contrario  
hago lo que las reglas de urbanidad  
indican:  
buena salud moral higiene  
y mantener la mente libre de  
cualquier cosa  
ajena al pudor

Je ne suis pas un boheme  
sino un tipo con indicativos  
neutros  
de buena conciencia  
de ideas lúcidas

¿Podía esperarse algo mejor?

¡Ah, no!  
Je ne serais jamais un mal  
homme  
Estoy seguro

TEMA 2

Después de ese principio  
con que toda nueva canción dice  
eso que va a venir,  
pues no,  
resulta otra cosa, un rompimiento audaz  
con la forma de la propia lógica  
que hay en la música.  
Aquellos gloriosos desenlaces, en medio  
del fin de una época en que el movimiento de  
hoy  
ya inundaba tobillo y pantorrilla  
con los primeros bailes,  
pasó a ser una feroz debacle,  
un desmoronamiento en cuyo vacío  
no cejamos de caer hasta el momento actual.  
La música no era más música:  
preconizaba una fe,  
y hoy se ha roto el hechizo.

# DESPUÉS DE LA LUZ

POR JULIO DERBEZ

Los periódicos de todo el mundo destacaron en sus informaciones del día de ayer un acontecimiento que ha llamado poderosamente la atención internacional. Dos astrónomos norteamericanos, los doctores H. E. Wright y J. Henderson se suicidaron en su laboratorio de la Universidad de Berkeley, California. El enigma de este doble suicidio se complicó aún más cuando se supo que, en ese preciso instante, el catedrático Agustín Ibarrola se quitaba la vida en la ciudad de México. Debe recordarse que los tres científicos fueron figuras laureadas en el mismo campo de investigación: la antimateria y su probable unión con la materia. Los norteamericanos acababan de recibir el Premio Nacional de Ciencias de su país como reconocimiento a la labor que desarrollaron conjuntamente por espacio de casi dieciocho años. Por su parte, el doctor Ibarrola recibió el Premio Nobel en el año de 1979. La comunidad científica mexicana afirma que, a pesar de que el Premio se otorga como reconocimiento al trabajo realizado a lo largo de toda una vida, el doctor Ibarrola lo recibió gracias a su libro titulado *Teoría sobre las adaptaciones necesarias en la estructura de la antimateria a velocidades inferiores a la de la luz*. Este ensayo, mejor conocido como la teoría Ibarrola, ha sido traducido a todos los idiomas y, hasta la fecha, es objeto de innumerables polémicas.

Como siempre, se levantó ya tarde. Después de vestirse leyó el periódico, no a la opep, pemex, al tiempo que tomaba una taza de té negro sin azúcar. Cuando finalizó su inspección noticiosa se fue ca-

minando hasta el instituto. Vivía con Ema muy cerca de aquella construcción redonda porque muchas veces trabajaba de noche. Si decidía irse a pie era porque necesitaba un poco de ejercicio para sentirse bien, para ponerse de buen humor; como hoy, cuando llegó saludando a todo el mundo. Después se encerró en su cubículo y no regresó a comer.

Por la tarde se encontró una misiva dirigida al personal del Observatorio de Berkeley. El contenido de la misma era el siguiente:

“Queridos compañeros:

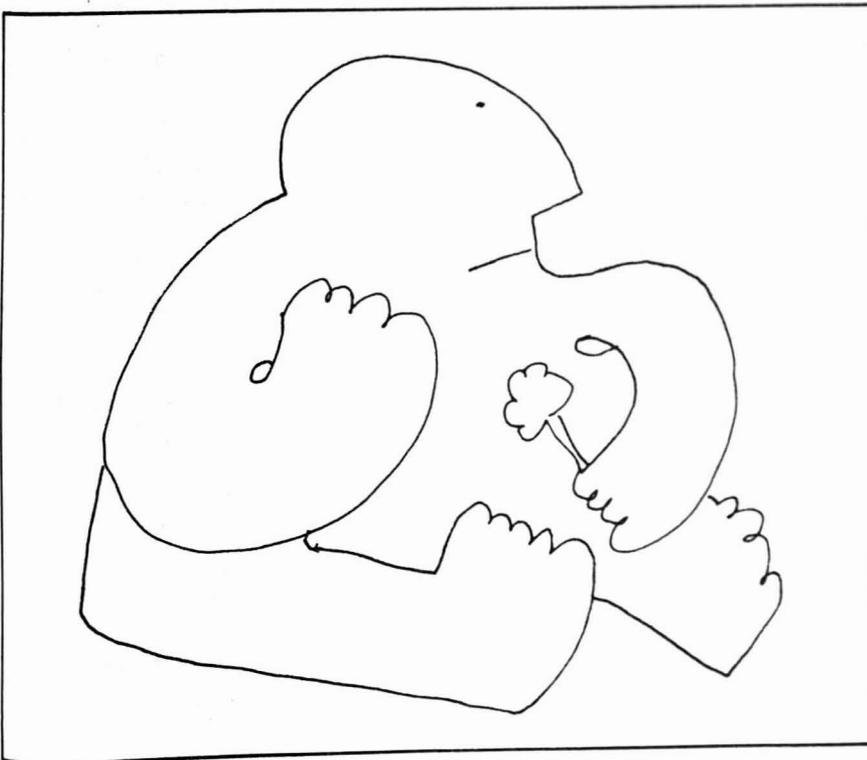
Nos resulta difícil, muy difícil, elaborar una nota de despedida en una situación como ésta. Sabemos que nuestro acto les parecerá incomprensible en sí, por lo tanto, sentimos la obligación de explicarnos: pero desgraciadamente se trata de algo superior a nuestras fuerzas. Sin embargo, estamos seguros de que algún colega mirará a través de su lente la causa que hoy callamos, ya que el cielo es generoso con quienes lo escrutan.

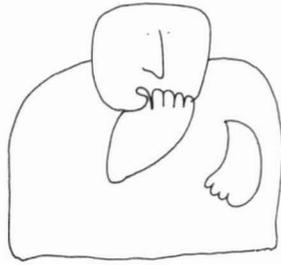
H. E. Wright  
J. Henderson”

Las miradas de todo el mundo están pendientes del resultado que arrojen las investigaciones practicadas en torno al caso del desaparecido doctor Ibarrola. Tal vez él haya dejado la respuesta a esta angustiosa interrogante. Desde ayer, las diferentes agencias noticiosas iniciaron sus pesquisas a lo largo de todo el planeta entrevistando a cuatro distinguidos colegas de los tres ilustres suicidas. Ellos son los doctores Gong y Sanders de los Estados Unidos, el germano Rahal —discípulo del doctor Ibarrola— y el checo Simberitzkii. Sus opiniones coinciden en señalar que no es en el cosmos donde se encuentra la respuesta que Henderson y Wright no pudieron proporcionar. Pese a estas aseveraciones, la opinión mundial no se ha tranquilizado. Mientras tanto, los diferentes organismos internacionales continúan investigando, aunque sin indicios de una clara y pronta solución, el enigma que gira en torno al misterioso suicidio colectivo.

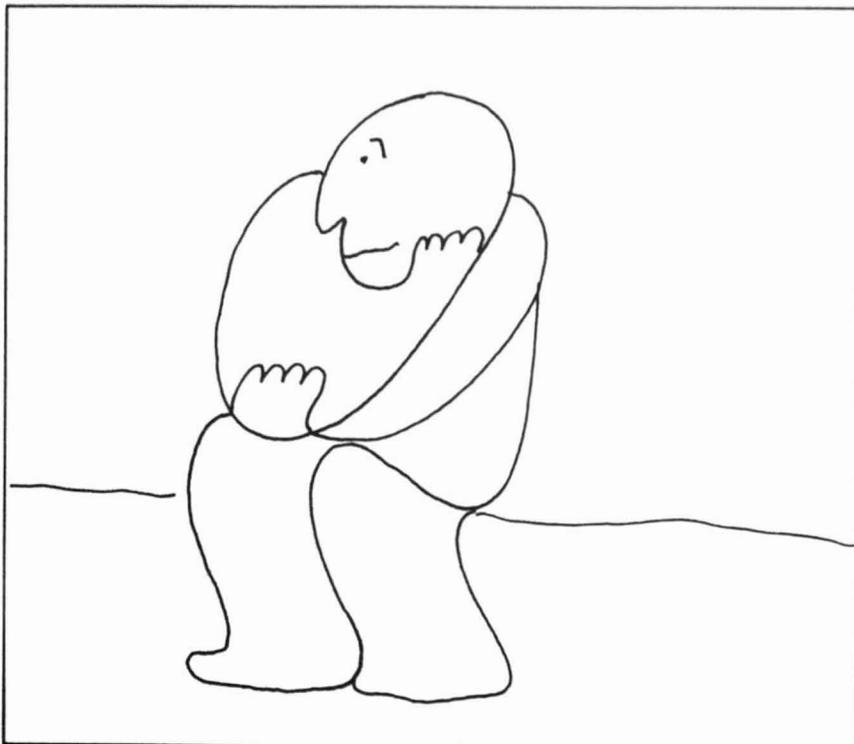
Sono el teléfono y Ema pensó que sería Agustín para decirle que no llegaría a comer. Colgó y salió del departamento sin prisa, pero al llegar al instituto se dio cuenta que se trataba de algo más grave. Policías, periodistas y ambulancias rodeaban el edificio. La vigilancia era tan severa que no pudo entrar sino cuando el doctor Rivera la reconoció. Agustín estaba acostado boca abajo, como lo hacía en sus noches de insomnio en las que no podía dormir.

El doctor brasileño Roberto Santos ha afirmado que tal vez la respuesta al apasionante caso de los tres ilustres suicidas si se esconda en el cosmos. Santos explica que nuestra galaxia está siendo atraída por unos hoyos negros que son el paso ha-





cia lugares en donde nada viaja a velocidades inferiores a la de la luz y el tiempo es negativo, precisamente lo contrario a lo que sucede en el resto del Universo. Si nuestro planeta llega a tener contacto con ellos, no podemos precisar qué sucederá, ignoramos las repercusiones que ésto pueda tener sobre la vida en la Tierra. La duda concreta se plantea en términos de la unión entre tiempos negativos y positivos. Lo único que sabemos a ciencia cierta es que todos los organismos vivos, incluyendo al hombre, no están preparados para un cambio tan drástico. La evolución es un proceso que requiere de tiempos positivos para llevarse a cabo. En tiempos negativos lo que podría darse sería una involución. Santos ha explicado su teoría en los siguientes términos: "al igual que signos opuestos se atraen, el universo y el antiuniverso se encuentran en movimiento el uno hacia el otro. En el momento mismo, que no es cuantificable, en que nuestro planeta llegue a establecer contacto con el antiuniverso ocurrirá una involución instantánea. Si, por ejemplo el proceso evolutivo requirió de mil años para darse, ahora se realizará el mismo proceso en uno entre mil años (un milésimo de año) y en sentido inverso. Es decir, la Tierra revivirá su historia pero ahora como si se tratara de una película proyectada al revés. No habrán luz ni oscuridad, como tampoco existirán ni la vida ni la muerte; en una palabra: la síntesis total". Desde que el doctor Santos hizo públicas sus afirmaciones, la intranquilidad ha ido en aumento, hasta llegar a un grado en el que las compras de pánico han hecho escasear



los alimentos y cada día es mayor el número de personas convencidas de que algo grave ocurrirá. Ayer se registraron impresionantes manifestaciones frente a las embajadas de los Estados Unidos que se encuentran en el hemisferio occidental. El movimiento estuvo coordinado por Amnistía Internacional. El Papa y el Secretario General de las Naciones Unidas lanzaron hoy un comunicado conjunto en el que apelaban a la serenidad y paciencia mundiales. La Bolsa de Nueva York registró la baja más fuerte que se recuerde desde la Gran Depresión. Únicamente las acciones de las industrias dedicadas a fabricar alimentos han experimentado un repunte considerable.

Al parecer existe una pugna aguda entre dos grupos de científicos. Las revelaciones del brasileño Santos fueron confirmadas por otros astrónomos, sin precisarse más detalles. El bloque de hombres de ciencia encabezados por el doctor Duville afirma que ha habido una especie de explosión de los hoyos negros, lo cual condenaría a nuestro sistema solar a cuando mucho dos años de vida. Por su parte, los científicos encabezados por el doctor Gong señalan que no son más que artimañas para provocar pánico mundial con fines de evidente manipulación política. Por lo pronto, las investigaciones realizadas en la ciudad de México parecen haber rendido frutos. El doctor Ibarrola interrumpió su trabajo para anotar una serie de reflexiones incoherentes, a decir de los expertos, en torno a la historia de las ideas, lo cual los ha llevado a pensar en la posibilidad de que el Premio Nobel mexicano haya padecido, durante los últimos días de su vida, graves afecciones de tipo nervioso, con lo que se explicaría su suicidio. Sin embargo, una comisión mundial de peritos y filósofos estudia los apuntes con la esperanza de obtener algún otro indicio. Además se encontró un sobre cuyo contenido está a punto de ser revelado.

Ema sabía cuando estaba preocupado, pero jamás se le acercaba porque era una especie de acuerdo tácito entre los dos. También sabía que no faltaba mucho tiempo para que se sintiera mejor. Hoy ya leyó el periódico, después me va a hablar para decirme que no puede venir a comer y en la noche me va a platicar qué fue y cómo lo resolvió. El teléfono que sonaba parecía darle la razón.

La carta no tiene destinatario y dice así:

"Me resulta difícil, muy difícil, elaborar una nota de despedida en una situación como ésta. Sé que mi acto les parecerá incomprensible en sí, por lo tanto, siento la obligación de explicarme: pero desgraciadamente se trata de algo superior a mis fuerzas. Sin embargo, estoy seguro de que algún colega mirará la causa que hoy callo, ya que el cielo es generoso con quienes lo escrutan

Ibarrola".

EMILIANO GONZÁLEZ

## LA MUSA

La musa ya despliega sus alas de vampiro.  
Su boca, una ventosa voraz, aplica al cuello  
Del joven sacerdote, y el purpurino sello  
Se ensancha mientras arde su amor en un suspiro.

A cambio de su sangre, la musa lo alimenta  
Con esa leche amarga que fluye de sus senos:  
Dos péndulos albinos, dos péndulos obscenos  
Que tienen un relente de cuerpo que fermenta.

Entre los muslos grises, de vellos erizados,  
Como gusanos fofos colgando de una ojiva,  
En torno de la vulva destilan su saliva  
Infecta siete falos rojizos y atrofiados.

Las alas membranosas repliéganse y acaba  
El himeneo oscuro del joven con la harpía.  
Entonces los cuadernos se llenan de poesía  
Que a la razón disuelve, que a la virtud socava.



## MARÍA LUISA ERREGUERENA

# UNA CUESTIÓN DE NOSTALGIA

Tal vez si alguien podría recordarla diría que estuvo ahí. Que se presentó puntual como todos los estudiantes en su primer día y que con seguridad fue al auditorio a oír una conferencia, que se repite todos los años, de su papel como médico interno en aquel hospital.

Lo cierto es que ella estuvo ahí como lo demuestran unos papeles que alguien tuvo el cuidado de buscar en ese hospital. La olvidaron, debieron olvidarla si algún día la conocieron porque los estudiantes proliferan ahí con tal asiduidad y monotonía que es fácil terminar por olvidarse, incluso, de su presencia.

Lo cierto es que estuvo ahí. Que arrastró con más o menos orgullo su ignorancia y su falta de práctica de médico que empieza. Que contó las horas del reloj para salir de aquel hospital, que como todos los hospitales, está lleno de desesperanzas y huidas secretas a mundos nuevos y felices.

Tal vez estuvo en el sexto piso porque una paciente que por esos meses tuvo un hijo recuerda haber visto a una doctora que por su descripción podría ser ella. Debió hacer historias clínicas y adquirir una forma apresurada y precisa para preguntar. Debió perder aquel gesto de asombro que dicen siempre llevaba consigo.

Un médico cree recordarla. Cree haberla visto discutir por no sé qué asunto de una noticia en el periódico. Dice que la recuerda por una vehemencia inesperada para él, gratuita, puede que tenga razón. Lo cierto es que ella defendía ciertas cosas con una convicción poco explicable.

También una enfermera cree recordarla porque, aunque no está segura, le parece que un día la vio llorar. Pudiera ser porque era una mujer algo triste que cuando estaba sola se sentía inclinada al llanto. Tal vez por esto no le gustaba estar sola y sin embargo cuando se alargaban las horas de compañía extrañaba cálida y arbitrariamente su soledad.

Por ejemplo contaría ella algún tiempo después que un día a la hora de cenar bajó al cuarto piso con el fin de ir hasta la ventana y sintiendo al aire sospechar el privilegio de estar sola. Pero, absurdamente, no pudo porque una de las enfermeras le preguntó que a dónde iba y ella perdió la respuesta porque sabía que era inútil tratar de explicar que iba a la ventana a escuchar un poco la noche, y si era posible, el roce de las estrellas al moverse escandalosamente en el universo y le dijo balbuceando que no que nada que era médico interno y que. Contaba que volvió al sexto piso donde no había ventanas, ni noches y mucho menos, claro está, estrellas.

Pero aquella noche, contó después, vio a la oscuridad cayendo entre sus dedos. Con seguridad hubiera dicho que respiró la noche como presa de un futuro inédito. Tuvo algunas horas para dormir. Se recostó al parecer para recordar con más tranquilidad la primera vez que se sintió vieja, porque a los 26 años algún desencanto la hacía sentirse vieja.

Tal vez se sintiera vencida pero tal vez no y recordó aquella otra noche en que se sentó junto a su hermana para hablar de sus padres y por primera vez, cada una con su historia tristemente secreta, sentirse viejas.

Después tal vez recordara a María Luisa; una amiga suya que había dejado medicina para dedicarse a escribir. Está loca, habrá pensado, antes de decirse que de todas formas es inútil, que a los escritores nadie los lee y a los médicos, seamos razonables, nadie les hace caso.

Pero después debió acostarse, doblar su pijama quirúrgico y sentir las sábanas frías en su piel y recordar a su amante. Es un amante, le dijo alguna vez a María Luisa, tan metido en sus propios asuntos, tan indiferente a ella y tan frío que bien podría ser un marido casi perfecto. Pero no contó más de aquella noche sino que se durmió y soñó que toda la vida era una novela de Onetti y que el Dr. Díaz Grey se paseaba por los pasillos tirando su sueño y su insomnio de una manera más que despreocupada.

En la madrugada le habló uno de sus compañeros, que bajara, que había trabajo, que era hora. Se levantó, es seguro, cansada y diciéndose, lo contó después, que su sueño tenía mucho sentido, que las novelas de Onetti eran más realidad que la vida y que Díaz Grey tenía sin lugar a duda una existencia mucho más real que muchos de los médicos que deambulaban por el hospital.

No tuvo tiempo de sentirse desconsolada o sola porque cuando bajó había mucho trabajo. Aunque algunas veces parecía imposible las guardias siempre llegaban a su final.

Cuando acababa la guardia pensaba en ir a ver a María Luisa. Después de todo con ella podía escuchar música, quejarse más por costumbre que por convicción de lo mal que estaba el país o la universidad. Pero la mayoría de las veces prefería estar sola. Tal vez le hubiera gustado estar con su amante pero sabía con una exactitud absolutamente predecible que estaba ocupado en sus asuntos.

Nos contaba después que prefería estar sola. Perderse en las calles llenas de gente que la llevaban a su casa. Que dormía un rato largo, que a veces la despertaba la lluvia. Una lluvia torpe y ambiciosa aclaraba ella.

Recuerda María Luisa que algunos días iba a visitarla. Que le proponía que escribiera una novela pográfica para hacerse rica. Que le daba argumentos del todo convincentes de que hacerlo, por supuesto, no estaba a mal con la ética. Recuerda María Luisa haberla visto cansada, aburrida (vencida dice con esa manía que tiene de dar adjetivos contundentes) y negarse a hablar de la vida del hospital. Decirle que de eso no valía la pena hablar, que su anonimato la llenaba de una vergonzante humillación. María Luisa le contaba después de lo que estaba escribiendo, de que tal vez la publicaran en este o aquél lugar y de algún concurso, que más

por esperanza que por convicción iba a entrar. Oían música, se quejaban como era habitual de lo mal que está el país, la universidad y algunas veces de sus amantes. Después, recuerda María Luisa, se hacía un silencio que parecía terminar de quitarle el sueño que siempre parecía llevar con ella.

Cuando llegaba después a su casa ya estaba su amante Manuel, cenaban o hacían el amor y después casi invariablemente hablaba ella de San Sebastián, recuerda Manuel.

San Sebastián era un lugar que se vestía de blanco en invierno y se quitaba el follaje en espera de una helada inexistente. Debíó existir, pero ella lo inventaba cada noche para sorprenderme a mí dice Manuel, o a sí misma.

María Luisa cree sin embargo que ese lugar no existe, lo cierto es que ella solía inventar cosas. Inventó por ejemplo un día de fiesta. No fue un día al hospital, como lo atestigua un puntito rojo en alguna lista, donde aparece su nombre y según algún versado en papeles significa una ausencia. Con seguridad la vieron tomar un camión hasta Reforma y desayunar con el sabor de un día de fiesta, con tiempo, le dijo después a alguien, para sentirme cansada y sola.

Fue a dar con seguridad a algún parque y supimos después que le tocó ver una manifestación, jugó es seguro, con las miradas desdeñosas de los jóvenes que tal vez creían hacer una revolución. Contó después que se sintió inclinada a unirse a ellos pero que no lo hizo porque prefirió ver a los niños del parque no haciendo ninguna revolución.

Se sentó tal vez en una banca sola y quizás recordó a Estela una niña pequeña que había conocido en el hospital poco antes de que muriera. Ver morir a una niña, le dijo alguna vez a María Luisa, es como probar el sabor de la tierra, sentir su ternura dormida y amarga en el paladar. No quiso, contó también, seguir pensando en Estela. Pensó en la manifestación, pero el sabor a la tierra ya había quedado y recordó, Tlatelolco. Ella no estuvo ahí. Tal vez lo conocía por recuerdos soñados o contados por alguien, pero ella no estuvo ahí.

Estuvo es cierto en la universidad y conoció ahí la exaltación de los mítines, la sonrisa condescendiente de los líderes, el espectáculo sorprendente de una manifestación. Estuvo el 10 de junio. Le contó a Manuel alguna vez que fue un día de sol, con mantas pintadas de rojo y altoparlantes invitando a una marcha que por su importancia, decían, sería histórica. Fue una tarde larga, recuerda Manuel que le dijo, se escuchaban sirenas por la ciudad y llovía una lluvia absurda de desamor y nostalgia. Sonaban sirenas y llovía; era como si la muerte explorara a caballo la ciudad. Después ya noche hubo un gran silencio como si se nos quedaran dormidos los recuerdos.

Fue entonces cuando tuvo miedo, aclara María Luisa, después ya no. No se sorprendió siquiera cuando encontró la facultad llena de barricadas,

manchada a ratos de sangre. En el auditorio había un joven muerto, un joven que, decían, había tenido la audacia de ir ahí a morir. Lo velaron y lo sacaron después absurdamente orgullosos de la posesión de un cadáver. Tolerantes, misericordiosos e irremediamente perdidos ya.

Recuerda Manuel que con él al menos no quería hablar de aquello. De su olvido de la exaltación, de esa tristeza que ya veía en las tardes lluviosas, de aquel silencio que fue guardando cada vez más largamente hasta dejarlo en algún lugar mal alcanzable ya.

Se sentó es seguro en una banca sola, pasó con certeza un viejo de esos que siempre hay en los parques y ella tuvo misericordia de él. Era, recuerda María Luisa, una mujer ingenuamente misericordiosa. O tal vez no y tuvo un poco de lástima de sí misma de ese despertar amargo y triste en la madrugada, cuando se soñaba caminando en aquel desierto y quería gritar y no podía hasta que despertaba sobresaltada para ver a Manuel dormido, moreno y pensaba más tranquila ya, que le gustaba el color de su piel y su respirar tranquilo, que él estuviera ahí.

Se levantaba, después cuenta Manuel, descalza sin saberlo seguro con el único fin de sentir el piso frío y terminar de despertar y olvidarse de aquel desierto, de aquel grito que no había pronunciado y se acercaba a la ventana y veía las calles vacías, oscuras, habitadas por nostalgias y recuerdos que a ella la hacían sonreír, porque le daban un pretexto para no pensar, en el hospital, ni en exámenes. Se ponía a hablar de cualquier cosa, añade Manuel por ejemplo de aquel tiempo azul de después del 71, de aquellas conversaciones de entonces de la impotencia y prisa de los jóvenes que no llegaron a ser guerrilleros.

Del hospital nadie más puede recordarla y sin embargo terminó su internado como lo demuestra un brillante diploma que por lo demás nadie fue a recoger.

María Luisa piensa que tal vez murió en un desatendido suicidio que ni siquiera alcanzó la nota roja. No es muy confiable, los escritores tienen una tendencia más bien marcada a exagerar. Manuel piensa que tal vez estudia en el extranjero. Pudiera ser. Lo cierto es que después de su internado se nos perdió a todos. No volvió, es tan solo una cuestión de nostalgia pero lo cierto es que ella estuvo ahí.







# LOS FURIOSOS GUARURAS DESENCADENADOS

POR ALEJANDRO GARCÍA

al ingeniero Alcaraz.

Yo sé por qué quieres sacar plástica, pero no creas que vas a satisfacer tu necesidad de recordarla nada más porque sí; antes tienes que saber muchas cosas, muchos problemas en que anduvimos metidos mientras tú seguías clavado en tu amor platónico, idealizando su piel blanca y sus arranques de coraje, pese a los montones de pendejadas que decías de ella ante los demás. Claro que la mayoría de las cosas que estuvieron ligadas directa o indirectamente a la Güera y los que la acompañábamos, con el movimiento y la actitud de las autoridades, nunca se supieron; se lo tenían bien prohibido dar a la publicidad. A poco crees que nada más porque sí nos fuimos a meter al edificio central a picarles la cresta, en el mismo momento en que cuentan que tú empezaste a tomar, que porque decías que si no fuera por lo revoltosa, le hablabas, o de plano te la jalabas al cerro. No, si los periódicos dijeron únicamente lo que les dejaron publicar y/o les convinieron: que los estudiantes de derecho estaban muy engallados contra los huelguistas y que ya mero se armaba el merequetengue; pero dime cuáles huelguistas, si éramos los de la Prepa que hicimos el viaje a la capital del Estado porque traíamos el pellejo hirviendo por lo que le habían hecho a la Güera un día antes.

Y créeme que no era tanto el coraje de los estudiantes ésos; si ellos estaban más asustados que nada y los meros revoltosos no eran más que guaruras enviados a evitar cualquier cosa que favoreciera el movimiento y que salieron a cerrar la puertota principal cuando les dijeron por woki toki que nos habíamos colado y amenazábamos bombardear o no sé qué el edificio. Y dime nomás con qué lo íbamos a balear siquiera; a lo mejor dijeron eso porque uno llevaba una navaja de esas de cinco centímetros para cortar pendejaditas y porque a mí me gusta mucho mascar chicle bomba. Y eso de que nos colamos está por verse. ¿Quién se les puede colar así tan fácil a nuestros guardias y guaruras que los acompañan? Y es que a la entrada de la ciudad estaban todos los soldaditos como de juguete, muy derechos, esperando algo, luego paraban los camiones grandes y pasaban a ver qué tan sucios traías los bigotes o qué cara tan de maleante tenías. Entonces ahí tienes que se subieron y antes que nada preguntaron de dónde veníamos, aunque ya habían visto las letrotas de la manta que traíamos en cada uno de los tres camiones. ¿Tú crees que no iban a saber que todo era para reclamar lo que le había pasado a la Güera el día anterior? Empezaron por decirnos que no deberíamos entrar a la ciudad porque estaba muy intranquilo el asunto; entonces se subió un señor con cara de mayor colmillo y nos trató de lavar el coco: que no era necesario hacer más mitote ahorita, y que las cuestiones ideológicas se deben arreglar como caballeros y que precisamente eso estaban arreglando las auto-

ridades universitarias y los del sindicato y que entonces para qué íbamos a poner más piedras en el camino. Pues no te miento: nos bajamos dejándolo con las palabras en la boca y ya abajo gritamos que era para protestar por lo sucedido un día antes y que esas agresiones no son de caballeros; porque la mera verdad en ese momento no pensamos que los muñequitos de verde nos pudieran dar una probadita de su amor por la patria y eso fue más que nada porque el coraje es canijo ante la impotencia de exponer y tener la certeza de que nadie te escucha, es más, que se burlan de tí en plena cara; todo eso te hace irte por lo temerario. Eso pasó, creo que ya te expliqué, a la entrada de la ciudad, lejos todavía del edificio central, entonces nos fuimos caminando. Yo creo que en parte no nos pegaron para poder echarle más tizne al sindicato y al movimiento y no hacer una pendejada disparándonos.

Ahora tú vienes muy escurridito a pedirme que te platique lo que pasó al final con la palomilla y preguntas que por Chuy, el Largo, Vazquitos, Pluto; al final, con un temor de los diablos, me insinúas que te recuerde a la Güera, te recree lo desprecupado de su sonrisa, el claro de sus ojos y sobre todo su voz que se escuchaba por todos los rincones de la Prepa; pero no te vas a salir con tu capricho, ya que te voy a contar todo eso pero hasta que termine lo que considero más importante.

Cuando nos fuimos acercando a la Universidad, nos cerraron la puerta los guaruras y no quedó más remedio que irnos a pegar como sanguijuelas a la entrada y en los muros para que nadie pudiera salir y así fuera imposible que se escurriera el Rector; era necesario que supiera cómo la habían jodido, cómo la dejaron las fuerzas vivas. Te debo aclarar que los verdaderos estudiantes de derecho estaban en clases. No voy a negar que el movimiento no podía tener la comprensión debida en una universidad tan cerrada, tan ligada al partido oficial; que según esto Guanajuato es cuna de la independencia jijos de la decencia y como tal no puede moverse nada, se tiene que seguir viviendo en el feudalismo. El caso es que los maestros de derecho hicieron sus clases en el edificio central y los viejillos y jilgueros y funcionarios se estuvieron lamentando horas y horas clase sobre lo nefasto que ha sido para todos el nacimiento de pingos como Marx y los diablitos Lenin, Mao y Castro. El caso es que mientras los futuros abogados estaban en clases, los muy mulas de los guaruras llenando el recinto de la universidad, untándole por donde quiera sus frustraciones, se dieron a fortificar la puertota y a preparar los golpes de Kung Fu por si algún mundano trataba de penetrar al nicho bendito del Rector y la escuela de Leyes. Y los gritos iban en aumento de parte nuestra: que saliera el Rector, que supiera todo lo que había pasado; aunque a quién carajos se le iba a ocurrir que siendo el jefe de la universidad por obra y gracia del Gobernador, no iba a estar bien enterado de la avanzada de guaruras. Yo creo que

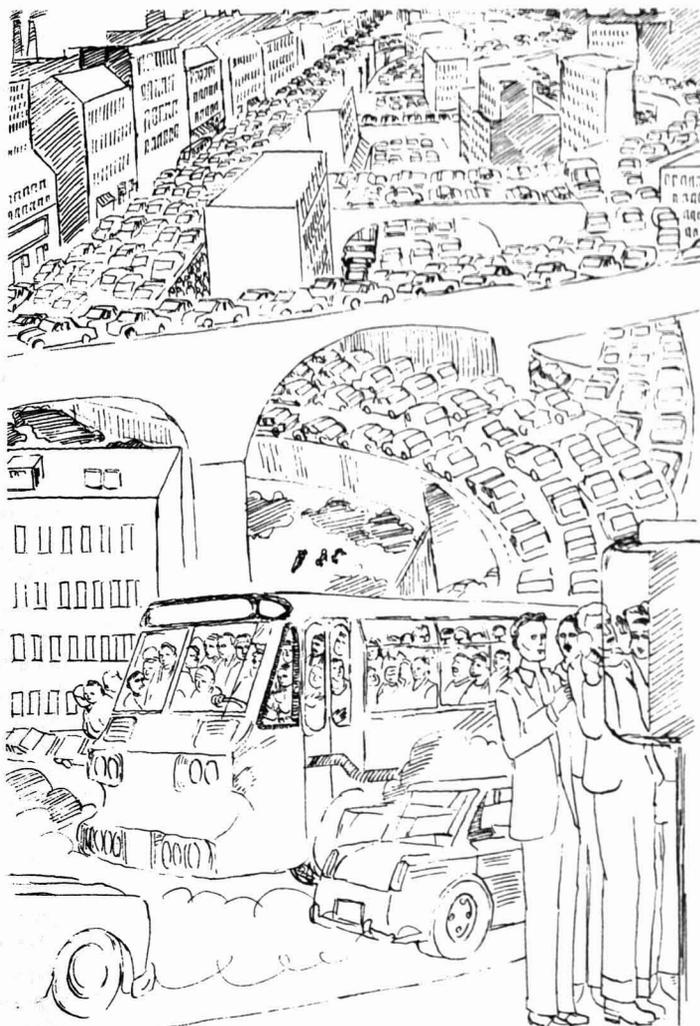
si nos hemos quedado ahí, todavía lo estaríamos esperando. Fue después cuando salieron dizque a perseguirnos los supuestos estudiantes de derecho, que porque era necesario cortar de raíz el mal, pero ya cuando nos retirábamos al ver que por una de las calles se acercaban los policías.

Lo de la Güera fue antes, pero te voy a pedir que no empieces con parpadeos, que te guardes muy bien el sudor que calcina tu piel y esos ojos que se pierden en el vacío, en una búsqueda inútil. Hubieras visto qué días, qué tardes de lo más hermosas, con un airecito caliente hasta el anochecer y mientras, las banderas rojinegras se columpiaban de los muros como queriendo zafarse por la ciudad y anunciarles a todos que sí, que estaban en huelga, que ahora sí el sindicato le iba a quitar a la uni el olor a cirio y a guillotina burguesa que le han dado estos jijos de su pelona. La Güera y algunos otros nos unimos por hacer mitote, empezamos por hacer política entre los compañeros para que no se fueran con la finta, pero la mayoría de ellos no tomaron partido por ningún bando hasta que vieron

y supieron lo de la Güera, ahí sí se les fueron los miedos a un lado e intuyeron que algo andaba mal, sepa la bola qué sería, pero si no para qué tenían necesidad los otros de hacer chingaderas como ésas. No te voy a negar tampoco que luego que el movimiento casi terminó, siguieron apáticos a todo, fue más que nada solidaridad al calor de los hechos. Nosotros anduvimos casi desde el principio, la vez que el Director de la escuela, con la cara de muerte, dijo que empezaban a infiltrarse manos extrañas a una universidad tan seria y que mejor no nos metiéramos, ahí fue cuando la Güera lo hizo tartamudear y lo puso al borde de un ataque al irle reclamando lo injustificado de sus acusaciones y le preguntó si no existían malas condiciones de trabajo, compadrazgos, maestros que reprobaban según el cálculo del dinero a percibir por exámenes extraordinarios; el director, que no fuera antipatriota, que se abstuviera de hacer comentarios de niña con sueños color de rosa, que a su edad todo parecía fácil y que mejor ahí terminaba la sesión y luego no anduviera diciendo que no le había advertido a tiempo. Entre los maestros, ya cuando los de ingeniería hablaron con ellos, hubo más simpatizantes, pero quedaron muchos que por debajo del agua hacían ojitos a los dos bandos y enseñaban lo torneado de sus piernitas por lo que pudiera pasar más adelante.

En esos primeros días la Güera y la pandilla lo que queríamos era dar a conocer nuestro descontento contra lo jodido de todo esto y eso lo hacíamos de la manera más imbécil, sin comprender que a grandes rasgos la cosa es que la Revolución Mexicana es como una mojigata que sale a bailar en todos los mítines con la iniciativa privada y que cuál distribución equitativa de la riqueza o eso de que los campesinos siempre andan panza contra panza con los latifundistas y los obreros del chongo con los patrones. Entonces, había un mitin de los sinarquistas, pues ahí íbamos a gritarle cosas al gobierno, al puro gobierno, sin tener para nada en cuenta al sistema, o a la tele, los curitas, los richachones o venían a decirnos que ese día era la coronación de la reina, pues ahí nos tenías pintándole bigotes a la soberana en todos los posters y en las peregrinaciones gritando que arrastrados o que la virgen de Guadalupe se había acostado con el Juan Diego. Creíamos que era la mejor forma de reclamar.

Si acaso nos había quedado algo de valemadrismo, se nos quitó de plano cuando vimos a la Güera tirada, entre los restos de la agresión de los guaruras desencadenados. Y qué quieres que hayamos sentido, justo en el momento en que el sindicato agarraba vuelo y convenía a los escépticos, aunque la radio y los periódicos escupían que no eran más de 50 los agitadores. Y ya te digo, se quedó con los cachetes manchados de sangre y moretones; es que esos jijos de su madrecita no respetaron nada, llegaron como lo que son, unas máquinas fu-



riosas con cara de gente y los puños listos junto con los gritos de apoyo al Rector, al orden, a la democracia, a las patadas, los garrotazos y todo.

Cuando se anunció el emplazamiento a la huelga nosotros dijimos: éstos están contra el gobierno y vamos a ofrecernos; ellos que cómo no, el caso es que tu te debes de acordar (aunque estés metido en el pezón izquierdo que se le notaba de vez en cuando a pesar de la blusa) al menos de las amenazas de los periódicos día tras día, como si fuera el conteo que antecede al lanzamiento de un cohete a la luna: 5 días para la supuesta huelga y el sindicato no ha obtenido la autorización para existir como tal; 4, si se lanzan al paro estarán en peligro de quedar despedidos; 3, el Gobernador les pide toma de conciencia, asimismo reitera su respeto absoluto a la comunidad universitaria en la búsqueda de soluciones a sus problemas; 2, la rectoría afirma que no se suspenderán las labores dado que el grupo subversivo es minoritario y además piden cosas tan irracionales que ni con el subsidio de muchos años se podrían conseguir; 1, los huelguistas piensan tomar a cualquier precio la universidad, se está al borde del conflicto, y al fin O, el gran día, cuando los del sindicato fueron a tomar el edificio central y no pudieron por culpa del ejército; mientras, nosotros acá, a 90 kilómetros, tomábamos la Prepa y Agronomía; pero allá en la capital sólo se pudieron tomar Filosofía y Letras y Ciencias Químicas. En eso sí que tuvo parte de razón la maestra que dijo —toda alborotada— que cómo iba a permitir el Gobernador que esos canijos tomaran la escuela donde él aprendió tanto.

Días después de iniciada la huelga, empezó la contraofensiva: amenazas de despido, insultos, provocaciones, ablandamiento psicológico, los enormes desplegados en los periódicos por parte de los profesionistas; tú sabes, los portadores de la voz del partido en el Estado. También nos enteramos de que ese dinero lo dieron de arriba, que tan sólo llegaban con el texto a las oficinas públicas y despachos y firmale compadre, ora si vas a salir en el periódico, no te preocupes por lo demás, la democracia invita. Entonces fue cuando se hizo la manifestación. El aire es lo que nunca se me va a olvidar, como si fuera el portador de un mensaje, una sentencia ineludible, un aire de primavera y la seguridad bien mezclada en la saliva de que lo que hacíamos era justo. En cambio los otros abrían de capa y espada sus intenciones; tú te paseabas por uno de los jardines de la ciudad con las lágrimas coqueteando y las palabras que le querías decir cuando la tenías cerca, esas ganas inmensas de llegar a sentir siquiera el rozar de sus senos en tu pecho o de perdida una guiñada de ojo, hasta llegar a querer que de plano te rayara la madre para estar seguro de que te veía, que en un ínfimo porcentaje te tomaba en cuenta. Llegamos a la capital, esa vez si acaso seríamos 11 estudiantes, o sea la palomilla en pleno; pero unos poquitos por acá, otros por

allá fueron engrosando el contingente. Esa vez entramos con la escoba a una ciudad aferrada a leyendas de enamorados muertos, gente encantada, la culebra que se carga al minero y que éste no tiene que voltear para atrás porque si no la ciudad seguirá siendo un misterio. Eran las mismas calles cenizas, los movimientos lentos, los rostros perdidos, las telarañas que nos enredábamos en los zapatos y los tubos del pantalón. Y cuál quieres que haya sido nuestra sorpresa al ver que no éramos nada más estudiantes los que acompañábamos a los del sindicato, sino que iban campesinos y obreros de otros pueblos y ciudades del Estado y se juntaban en las calles cercanas al centro. Luego en la tele dijeron que eran como 500 gentes y que si se habían visto más era porque se cruzaron con una peregrinación que iba a la Basílica; pero todos los que estuvimos ahí sabemos que por lo menos fueron 4,000 en una ciudad de 30,000. Estoy seguro que si han sabido que iba a haber tanto apoyo no nos dejan entrar hasta el centro y el edificio central, porque ellos creían que el hecho de no haber tomado todos los edificios y no haber suspendido todas las clases en las escuelas, era más que suficiente para estar derrotados. Por eso le dieron a la Güera su calentadita y con ella a todos nosotros, era más que nada para que supieramos quién era el de la fuerza y también para que aprendiéramos que los de Bachillerato no nos debemos meter en política.

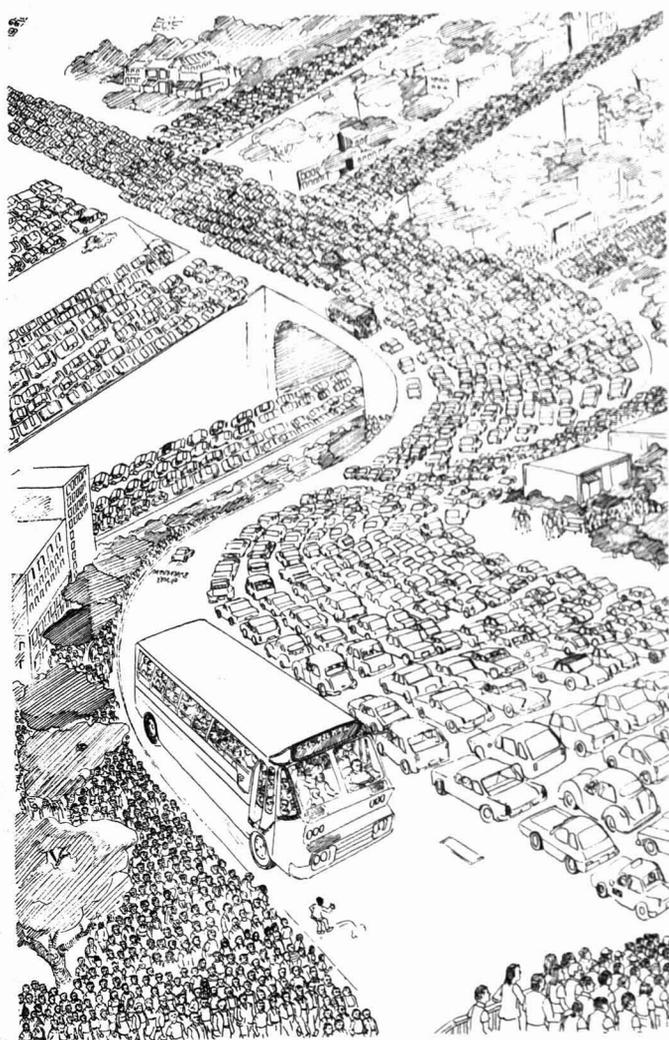
Ahí tienes que al regresar a la escuela, ya cuando la noche iba enseñando sus partes oscuras, encendimos una fogata en el patio, de ahí sacaron que queríamos incendiar la escuela y hasta fueron de maricas al Ministerio Público; que esos Nerones querían gozar con la destrucción de la escuela mientras cantaban la estrategia revolucionaria del Che (y esa canción para que lo sepas no existe) y que cómo iban a dejar que le quemaran la piel a la patria.

Otra cosa que se me olvidaba decirte fue acerca de la cara de cursientas que tenían las cotorritas y señores distinguidos de la capital al vernos desfilar debajo de sus balcones, al sentir que les temblaba la tierra y el olor a tranquilidad se alejaba y su rictus era de ora si nos agarraron con los calzones en la mano y hasta cuentan que un viejillo con fama de cabrón se metió debajo de la cama y ahí se insertó en la bacinilla llena de orines azucarados, mientras decía que los comunistas lo iban a matar. Esos fueron nuestros momentos más felices, en los que nos dejamos llevar por la ingenuidad, después supimos lo que es la desgracia y quiénes y cómo son los hijos de su pelona.

La otra manifestación se efectuó al día siguiente y fue un fraude, porque a la Prepa llegaron los de la Sociedad de Alumnos muy temprano (tú sabes que los del grupo de la Güera siempre anduvimos de la greña con ellos), a poner una bandera rojinegra, diciendo que los estudiantes apoyaban al Rector y que como lo apoyaban entonces estaban en



huelga contra el sindicato y por lo tanto que la bandera que estaba puesta no valía, sino que ésa era de los estudiantes y que ellos podían hacer y deshacer como dirigentes. Y todo en esa forma tan tarola; si la huelga estaba ya en vigencia desde el día en que tomaron el edificio, además, muchos de los de las escuelas ni siquiera conocían al Rector. Ahí nos tienes silbádoles y ellos ni cómo convencernos, ni cómo hacer que mordiéramos el anzuelo, hasta que salieron en medio de pambas y mentadas de madre y mientras nos quedamos comentando lo de la marcha del día anterior. Pues al rato regresaron los muy hijos de perra con 5 camiones y que ándenles, súbanse con todo y novias y familias, al terminar va a haber carnitas, mariachis, vino y, claro, el Rector y sus bigotes; al final nada más se fueron ellos con unos cuantos. Aquí es donde la cosa se puso cómica: se largaron con los camiones a las secundarias —que no pertenecen al sistema de la uni— y ahí tienes a muchos chavitos de todo el Estado metidos con paleta y niñas que no me dejó ir mi mamá o todas asustadas porque se les vino la



primera menstruación; luego la caminata con un señor gordo adelante aventando saludos y ellos, sin conocerlo, admirando al héroe de la película. Dime nomás qué iban a saber ellos de los golpes de los guaruras, de los sindicatos, de los problemas que se presentaban, ellos nomás supieron que estaban muy buenas las carnitas y las sombras de los árboles después de la asoleada. De esa manifestación salio la bola de guaruras desencadenados que asaltaron a la Güera afuera de la Prepa, que era lo que querías saber, o enterarte si acaso cuando la tumbaron se le vieron las piernas y los calzones; a poco crees que no te he seguido la mirada todo el tiempo, el regodearte con sus senos, sus muslos que alguna vez dijiste eran de yegua fina, y cómo los has buscado en tus momentos cachondos en el baño, el pensar en cómo serían los vellitos que rodean su sexo, todo sin querer comprender que la Güera es de un cobre muy distinto al tuyo, aunque se la hayan llevado; no te sonrojes, no hagas globitos de saliva, porque es bien cierto eso de que te trae cacheteando el pavimento.

Al terminar la manifestación de apoyo al Rector, los guaruras fueron despojados de sus cadenas y con gentes desuniformadas se avalanzaron sobre los edificios ocupados que porque había que salvar a la uni, y un camión lleno de guaruras se vino directo a nuestra ciudad y en poco menos de una hora ya los teníamos enfrente, amenazantes; entonces la Güera fue la primerita en caer en sus garras, ella se quitó el zapato y más de una cabeza guarura quedó como alcancia; pero de rato ya no la vimos entre el argüende y es que ya estaba sin sentido, sin enterarse de lo que estaba pasando. Lo demás ya es parte del joder y joder, los edificios por angas o por mangas volvieron a poder de las autoridades.

Por eso fuimos a parar al edificio central, nada más a tratar de decirle al Rector que no la chingara, pero nunca salió, lo esperamos hasta que se vinieron las fuerzas vivas por la escalinata tratando de hacernos sandwich con los fortificados y ahí nos retiramos ante el olor a guarura enojado.

Por eso también al Chuy y al Largo los sacaron sus papás de la escuela, para que no anduvieran de revoltosos; también por eso al Vazquitos lo mandaron a la universidad de curas cuando terminó la Prepa. A la Güera — y no empieces a querer bufar— la puedes encontrar alguno de estos días en una de las miles de calles de Houston; es que sus papás dijeron que se había quemado y mejor adiós. Pluto —y en esto cuidate—, cualquier día te agarra a los madrazos porque te la tiene sentenciada; a mí —aunque nadie te interesa más que ella—, aquí me tienes de pendejo agudizándote el platonismo, recordando que hace unos días vi al Rector por la calle, ya sin gotas de sudor en la frente; me quedé mirando que se alejaba y cómo, sin que nadie se diera cuenta y a pesar de los arbotantes, se lo iba tragando la noche.

# NARCISO SE DISFRAZA

POR EDUARDO HURTADO

## I

Este hombre  
teme al rastro  
sutil  
de su indolencia:  
sombras, trasgos,  
fantasmas  
/muy antiguos propósitos  
finados/  
en las horas más lacias  
(T.V. y nostalgia)  
perturban su fijeza

## II

En cama  
bajo el grato cobijo  
de nada aconteciendo  
/algo apenas  
(incierto)  
sensualmente apuntando/  
sueña excesos  
con álgido  
candor  
inapetente

## III

### Fuera de foco

Escapas. Te preservas  
de toda inquisición  
retrospectiva  
(nada tan cruel  
como asomar  
al estanque glacial  
de tus memorias);  
excepto  
cierta réplica  
imprecisa:  
Julieta en vaga pose  
lava un resplandor exhausto

En tus noches  
de trance hipocondríaco  
reajustas el diafragma  
inútilmente

## IV

La violencia /Narciso/  
turba el plácido curso  
de tus cavilaciones  
Tal vez como un rumor  
llegue a tu dócil mundo  
a la deriva  
El infortunio entonces  
(no lo sabes)  
pisa el vedado umbral  
de tus ensueños:  
hiede tu absurda muerte  
-no tan remota

## V

*El amor es un árbol que da frutos  
dorados sólo cuando duerme.*  
Eduardo Lizalde

Disturbios en la trampa  
de tus más graves horrores  
De fuera llegan sucias  
noticias infamantes:  
esta puta /magnífica/  
exhibe tu impotencia  
No lo comprendes Tiembles  
Onán y sus modelos  
te observan con desprecio

## VI Anestesia

*Si soy su dueño  
¿por qué lo palpo extraño?*  
Eliás Nandino

El dolor Pincha el miedo Vuelve, olvido  
De otro será, no tuyo,  
vencedor de las más drásticas úlceras  
Pero alerta Torna Punza  
Un cuerpo se rebela De carne se revela  
Quizá exija otras manos /las tuyas/  
que lo calmen  
(mil veces lo has previsto masacrado,  
semejante a otros cuerpos,  
sometido a un vulgar padecimiento)  
Un salto sin embargo  
(siempre un salto),  
un exigido giro a tus temores:  
cunde la desmemoria por tus miembros

## VII

Jamás el mar ha sido  
(salvo en tu breve infancia  
inmemorable)  
para tu incauto azoro  
sino un amplio tumulto  
indescifrable  
Porque te asusta el brillo  
de su largo renuevo  
cotidiano  
Ciego de cuanto temes  
prefieres el escarnio  
discreto  
del olvido

## VIII

Pulcro este cuerpo  
y triste,  
privado de la honesta  
tortura  
de un exceso,  
pendiente de su diario  
ejercicio inevitable:  
un kilómetro al trote,  
medio andando  
/hip-hop,  
hip-hop-hip/,  
obsesivo, angustiado

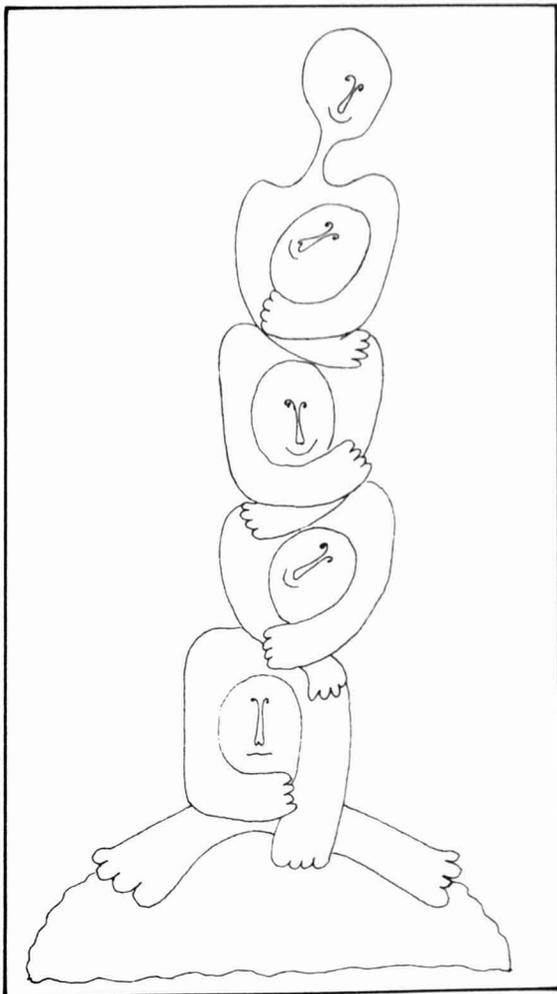
## IX

Mira la carne fofa  
de tu estúpida niña inmaculada,  
marchita de soñar  
un lujurioso encuentro inconfesado:  
tan lejos; inviolable  
como cachonda rubia  
de portada

## RODRIGO GARNICA

# UN DIA MEMORABLE

Cuando Miguel regresó a su departamento de la colonia Morelos encontró a su esposa muerta. Esperanza yacía en la cama matrimonial vestida con una modesta falda, la blusa de algodón de rayas amarillas y un suéter azul que comenzaba a luirse de los codos. Era el tercer intento de suicidio y como dice el dicho a la tercera va la vencida. Así que se había matado sin rebuscamientos y esta vez sin dar la oportunidad de salvarla, de que le hicieran el lavado de estómago en el hospital y todo de una manera calculada y fría convencida de que era mejor dejar este mundo en el que se habían sumergido los dos desde hacía como un año. El, sin empleo, ella vendiendo ropa en casa de sus amigas sin ganas de estar en ninguna parte sin hijos jóvenes angustiados toda la vida. Así que se había decidido a que esta vez no fuera a fallarle y no le había fallado allí estaba livida fría ya mientras él había estado caminando por toda la ciudad con el pretexto de buscar trabajo aunque en realidad lo que deseaba era salir de aquel departamento que se descascaraba al que le faltaba ya el papel tapiz que le habían puesto para que tuviera ese aire pretencioso de ser más caro y cobrar más renta y en el que estaban su-



biendo la renta continuamente aunque la dueña se hiciera oídos sordos (a palabras necias decía el dicho pensó Miguel) de tantas veces que le pidieron que compusiera la cocina que renovara el papel tapiz que volviera a encalar el techo de la recámara que ya se había caído una vez sobre la cabeza de Miguel despertándolo en medio de un sueño convertido en pesadilla y que lo había obligado a lanzar un alarido que despertó a Esperanza que después los había hecho reír a pesar de que llevaban varios meses sin compartir una buena carcajada y esta vez sí los dos habían reído juntos y pensaron que tal vez podían hacer algo juntos todavía si eran capaces de compartir ese movimiento de los labios y la fuerza de sus bocas para tomar del vacío el pedazo de felicidad que les correspondía.

Pero ella estaba muerta ya. Si al menos él hubiera encontrado el trabajo que buscaba eso sí con ahínco las primeras horas de cada mañana tal vez ella hubiera esperado un poquito más antes de tomarse las pastillas de aquel frasco nauseabundo que él había querido tirar pero que ella no lo dejó porque le decía que había que tenerlo siempre para en caso de que se les fuera el sueño o en caso dijo y soltó una mueca que quiso ser una risita de que nos desesperemos y nos cansemos de seguir buscando trabajo sobre todo tú que eres más desesperado que yo porque yo aguanto más ya te lo he demostrado como cuando lo del aborto estoy segura que tú hubieras estado chillando todo el tiempo yo en cambio solamente me sentí como borrachita y me desmayé pero eso porque había perdido mucha sangre y tenía la anemia fuerte como dijo el médico.

Y menos mal que tenían todavía esa botella de ron guardada y allí quedaba para tomarse varios tragos y no soltarse llorando luego luego porque eso empeoraba las cosas entraba la desesperación y uno quería volverse loco porque si se acordaba uno Esperanza había sido una buena compañera aunque no es cierto que aguantara mucho aguantaba el dolor físico pero lo demás la impacientaba porque siempre estaba preguntándome si había conseguido algo y había que explicarle que había mucho desempleo en la ciudad y en todo el país y no era culpa mía que leyera los periódicos para darse cuenta de la gran cantidad de fábricas y negocios que estaban cerrando dejando a los obreros y hasta los oficinistas sin empleo y el problema no era nada más mío sino de la crisis económica que vivía el país ya lo dije y que preguntara a sus amigos y total si no quería entender y si no podía seguir esperando entonces ni modo que se regresara con sus papás a la provincia y se dejara de pretender estudiar antropología en el Museo que no teníamos ni un quinto y no podíamos andar presumiendo de aspirantes a sabios si no teníamos para comer y ella ya lo sabía pero no se iba a dar por vencida así como así mucho menos regresar a su casa con su carota de "ya vine" cómo te fue pues mal hombre primero

muerta y ahora estaba muerta pues así era de terca y siempre se salía con la suya.

A la quinta copa de ron el cuarto daba vueltas y el rostro de Esperanza lucía hermoso con sus rasgos afilados por la muerte y la palidez que iba tomando y el amor que partía como si se rompiera un hilito sin dar oportunidad a nada más y Miguel prefería seguir sirviéndose ron aún saldrían dos o tres copas más levantó la botella y la miró a contraluz porque era oscura y así a simple vista era difícil saber cuánto le quedaba.

Sólo que eso de matarse era una idea descabellada una idea loca en una cabeza loca como la de Esperanza aunque él también lo había pensado y hasta lo platicaron algunas veces los dos si las cosas no nos salen bien vale más que nos peguemos un tiro y en ese momento Miguel se acordó de la pistola que guardaba desde hacía como un año pues desde que se había casado con Esperanza y que la tenía desde antes pero que siempre la guardó en casa de su hermano Andrés y después de casarse Miguel le dijo dame la pistola —se la había regalado su tío Enrique para ti que vives solo en la ciudad, para que te cuides uy de eso ya hacía varios años cuando le dió por venirse a vivir a la ciudad— ¿Pos que piensas matar a tu mujer a las primeras de cambio? No es que ya no me acordaba y ahora que ya no voy a vivir en casa de asistencia y voy a tener mi casa con mi mujer pues quiero tenerla conmigo además es mía y a ti qué te importa para qué la quiero.

A la sexta copa la botella se había acabado y total ni se le había subido tanto a pesar de tener el estómago vacío desde la mañana porque ya se había cansado de ir a comer a casa de su hermano Andrés porque también empezaba a joder que cuándo vas a conseguir trabajo por qué no solicitas en alguna oficina de gobierno mira todas las prestaciones que tenemos ya vamos a comprar casa no le hace que no sepas hacer nada total en esto nadie sabe hacer nada tomas la chamba te haces pendejo y con eso tienes para llevarle algo de comer a tu mujer que la tienes muerta de hambre y hasta trabajando.

Allí estaba la pistolita una escuadra "Llama" ligera trescientos ochenta suficiente para despachar a cualquiera a una distancia de varios metros y sopesarla y limpiarla y Miguel la limpió y se acordó de una película en la que uno había estado limpiando una pistola para matar a su mujer pero Esperanza ya estaba muerta y de todos modos a él no le hubiera gustado matar a su mujer al contrario quería que viviera y palabra que sí deseaba conseguir ese maldito trabajo y poderle comprar cosas a ella y que se fuera a estudiar antropología o lo que quisiera estaba chiflada por el estudio como era de Oaxaca y allí llegaban muchos gringos oía desde chiquita que en su estado había muchas riquezas de nuestros antepasados y ella decía que por qué nada más los gringos venían a descubrir esas cosas que ella iba a estudiar algo en donde le enseñaran a descubrir esas cosas también viejas pirámides pie-

zas arqueológicas que pudieran llevarse a los museos para que la gente se diera cuenta de lo que había en su estado y le dijeron que ya todos los sabían pero ella insistía en que por qué nada más los gringos o los franceses podían hacer esas cosas y le dijeron que también había muchos mexicanos que sabían de eso y habían encontrado cosas de esas en todo el país y le mencionaron a Alfonso Caso y ella preguntó que en dónde estudió ese señor para ella estudiar en donde mismo y encontrar también esas cosas entonces le dijeron que eso se estudiaba en el museo de Antropología fue cuando se le metió en la cabeza que eso es lo que quería hacer estudiar en el museo de Antropología pero también le explicaron que debía estudiar primero la preparatoria y ella nada más tenía hasta el certificado de secundaria entonces se vino a México para estudiar la preparatoria y después antropología y llegó a la ciudad de diez y seis años y parecía una varita de esas de la canción que cantaba su abuelo es cuando Miguel la conoció o no fue un poco después porque ya había cumplido los diez y siete y estaba en su momento con unos senos que parecían dos manzanitas así de duros y jugosos y las piernas fuertes redondas con las rodillas llenas de agujeritos estaba más sana que nada hasta que se casaron y empezó a comer mal y a traspasarse de hambre y a vender de casa en casa o con algunas amigas los alteros de ropa que cargaba y que vendía muy poco mientras que Miguel acababa de dejar la escuela porque le mandaron decir de su casa que ya no iban a poder darle dinero mejor que se pusiera a trabajar o que se regresara al rancho para ayudar a su papá que ya estaba muy viejo y le pesaban mucho las faenas del campo pero Miguel pensó que después de estar en la ciudad algunos años le iba a ser muy difícil regresar al rancho y como después consiguió un trabajo que perdió enseguida pero como después también conoció a Esperanza y dijo qué linda muchacha ni modo que me regrese ahora y ella le dijo no le hace que no tengas trabajo ahorita nos casamos somos jóvenes si no tienes trabajo yo consigo cualquier cosa pero consigo luego tuvo lo del aborto y él que ni por equivocación encontraba nada hasta que ella dijo esto es como una apuesta vamos a ganar y él dijo sí es como una apuesta pero no estaba tan seguro de ganar y allí estaba ella muerta cuál ganar y tanto que creyó que iba a ser fácil Miguel tenía más experiencia Esperanza pasaba de la ilusión más grande a la desesperación y había tratado de matarse porque no le gustaba la vida que llevaban no era como la había pensado él evitaba llegar temprano a la casa para que no lo estuviera molestando otra vez con lo del trabajo y en el tercer intento ella se había salido con la suya. Yo tenía razón para no ser tan optimista pensó Miguel. Acabó de limpiar la pistola: recargó el cañón sobre la sien derecha y en el momento de jalar del gatillo se dió cuenta de que ambos habían perdido la apuesta.

JAIME MORENO VILLARREAL

## GATO DE LUNA

La noche es el andamio de los gatos  
cuando su territorio es la mirada.  
Esta luna hace cuerpo lo que toca,  
piel huidiza en las sombras que acaricia.  
El párpado del sueño se detiene  
donde el gato bordea la memoria  
con un pase de cola que quisiera  
fingir que no se graba en la retina.

La espera no se mueve de la mesa,  
está en su mancha de mantel grasoso.  
Ante un plato de fruta mordisqueada  
el gato aplica su lengüeta sobre  
la pegajosa costra de la loza.

Desde la madera seca  
zarpa acre un dejo de orines  
que navega inadvertido.

Cómo se parapeta en la ventana.  
Quisiera que el silencio transitara  
sin detenerse a conocer su casa.  
Gato de luna, el párpado sin sueño  
caza el ojo.

Fricciona, no humedece,  
arena, arcilla, astilla.

Atrapa y suelta

como el zapato hostiga  
el caos de la hormiga.

Sístole y diástole, retoma y daca.  
Sólo el pulso sucede, y en su sien  
la cefalalgia.

Y ese pestañeo  
de la encina de otoño, no es un viento  
en vela ni una danza de pabilo,  
es la sangre que ocurre en un fantasma,  
en un ojo, en un cráneo, en una cuenca.

El cadáver del gato ronronea.

Esta luna es un cráneo sumergido  
que descansa a la orilla del insomnio.  
Ya no hay cielo esta noche, todo es luna  
y nubes que la pulen agotadas  
como frota la mano el ojo abierto.

EDUARDO GUERRERO TAPIA  
**LA GRABADORA**  
(FRAGMENTO DE NOVELA)

... una vez en casa, recibí la noticia. Estela había venido a buscarme y avisado que me necesitaba con urgencia. Su figura de atleta del placer emergió en mi pensamiento. En tales ocasiones hay que mostrarse atento, como mercader, complacer los más extravagantes caprichos del cliente. Las oportunidades no se ofrecen en la esquina.

Me costaba trabajo quitarme del seso su imagen. Siempre su recuerdo me congestionaba las ideas. ¿Para qué me querría?

La mácula en nuestra relación consistía en que sólo me elevaba al rango de amigo en casos de necesidad. La mayor parte del tiempo era únicamente un conocido suyo. Siempre que me concedía ascenso semejante tenía algo que pedirme, invariablemente. Así, lo que en realidad hacía era pasarme la bola, la de sus necesidades, excluidas las eróticas, claro está. Para éstas un simple conocido es inser-

vible. Debe guardar la distancia suficiente para evitar tentaciones. La espera del autobús impidió, además, que me hinchara de optimismo.

En su departamento en la del Valle me recibió con una sonrisa a flor de labios. Rezumaba corte-sía por cada poro. De inmediato me hizo pasar al comedor para invitarme un buen trozo de pudín, mi postre favorito. Comencé a sospechar.

En efecto, a medio plato, súbitamente, me soltó el paquete, para que lo deglutiera junto al postre.

—¿Sabes que Gina está por recibirse?... Cuestión de unas semanas —dijo, para comenzar.

Me dio pormenores. Gina, su hija, estudiante de Letras, estaba por finalizar su carrera. Sin embargo, debía realizar una tesis que implicaba una labor ardua: realizar un estudio a fondo sobre el lenguaje vernáculo y las expresiones populares.

En conclusión, mi amistad en este caso se redujo a comprometerme a realizar algunas grabaciones en sitios sórdidos, vedados naturalmente a la fragilidad femenina. El aprecio que sentía por ellas impidió que me rehusara. El amigo iba a poner su pequeña contribución.

La propia Gina me explicó los detalles y me facilitó una grabadora.

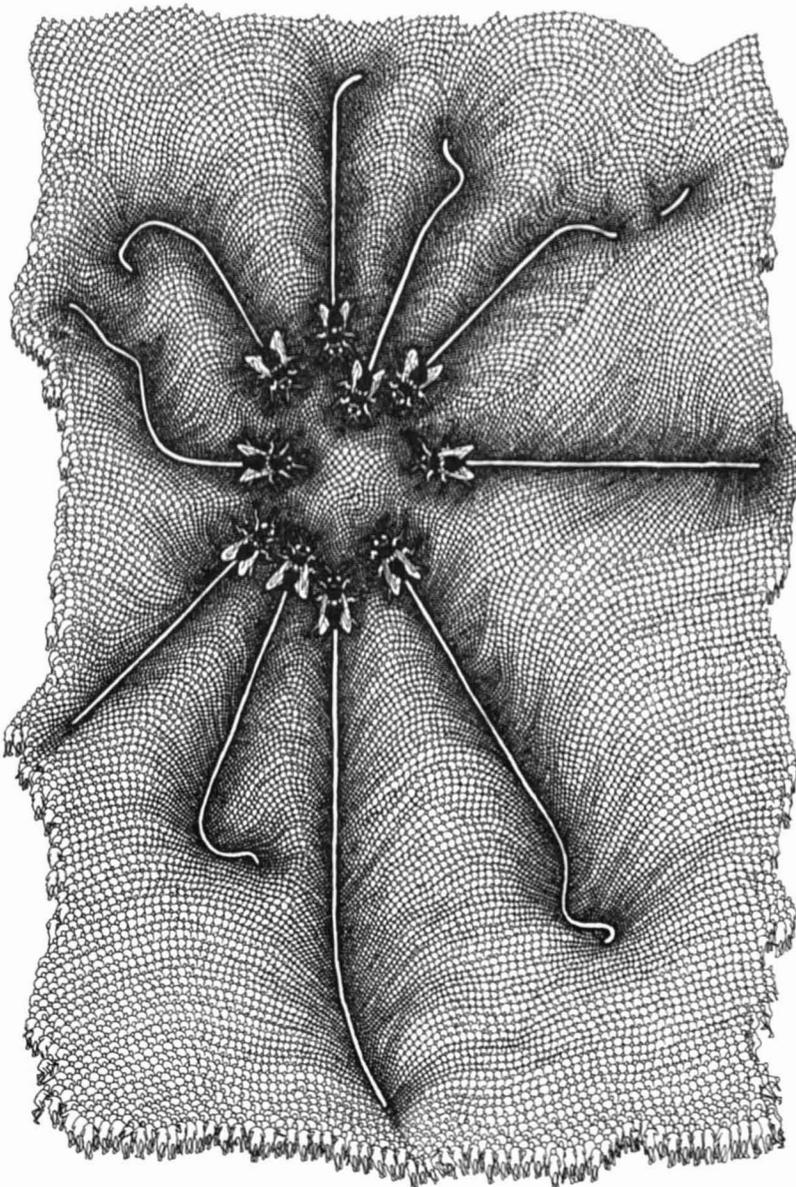
La verdad, una vez que abandoné el departamento, no sabía por donde empezar. Decidí aplazar el asunto para el día siguiente.

El domingo por la mañana se me ocurrió comenzar por los futbolistas llaneros. La bola a veces torna agresivos a los equiperos, no sólo deportiva sino también expresivamente hablando. Esos momentos me proponía registrar.

Viajaba en autobús hacia unas canchas en el sur de la ciudad. El chofer parecía no tener prisa. Raro. Esperaba a que los pasajeros subieran o se apearan limpiamente, según el caso. Embobado por decencia semejante casi pasé desapercibido que ante nosotros se formaba un tumulto, a mitad del arroyo. La gente impedía el paso de vehículos. A todas luces un accidente. Permanecimos inmovilizados varios minutos al cabo de los cuales opté por apearme e ir a sondear el terreno, esperanzado. Los tumultos suelen a veces ser viveros de expresividad.

En medio de un impresionante charco púrpura yacía un hombre. Un pintor, sin duda, por las manchas multicolores en sus ropas y un bote de pintura regado en el pavimento. Alguien colocó a su lado la descuajaringada bicicleta, como si en este momento hubiera de necesitarla.

El accidentado no tuvo a bien contribuir en nada a mis propósitos. Se hallaba en el preciso instante de entregar el equipo (no precisamente el de las brochas y pintura). Era evidente que agonizaba. Para saberlo no había necesidad de auscultarlo. Se limitaba a emitir ahogados quejidos. Me hubiera gustado que pudiera expresar su última voluntad, para grabarla. Podría ser una contribución a la si-cología de los moribundos.



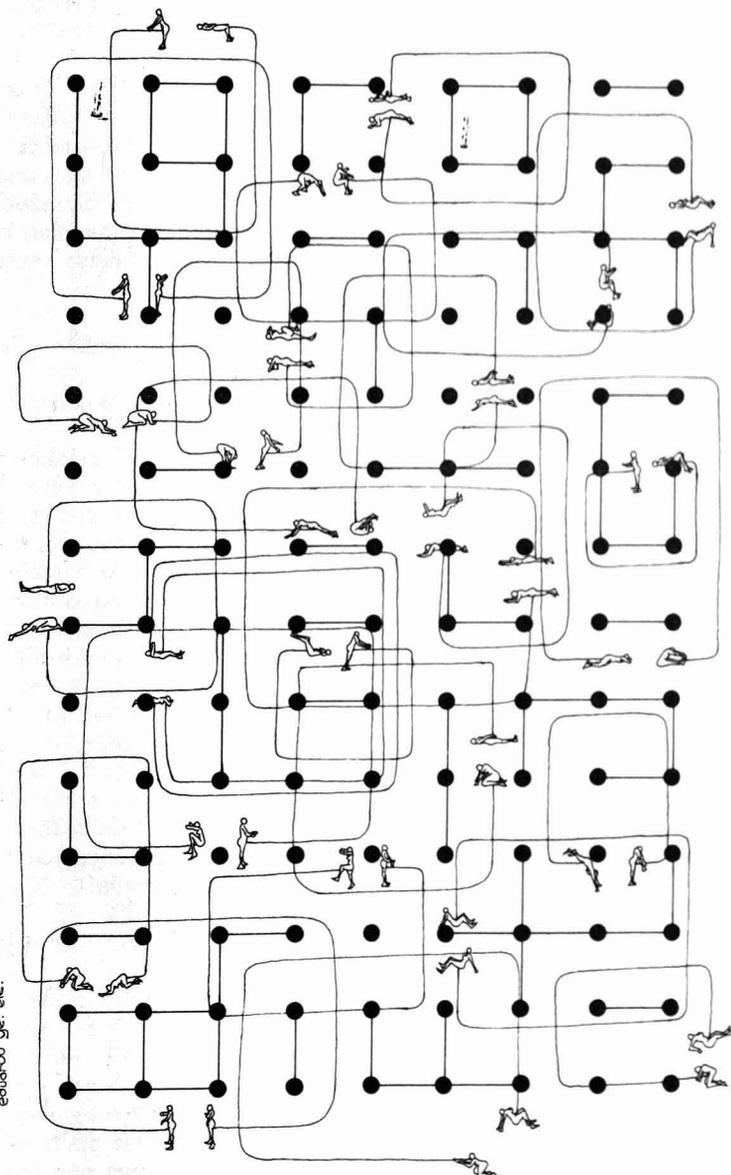
Apenas se escuchaban débiles cuchicheos entre la muchedumbre consternada. Cuando quise abordar de nuevo el autobús, éste había partido.

A poca distancia se extendía un parque. Decidí explorar.

Algunas parejas se besuqueaban en los prados al lado de muchachillos jugando a la pelota. Me senté sobre el césped a observar. Pronto el parque fue poblándose de los tonos chillantes de las sirvientas y de la alharaca de familias pobres. Los pobres y las criadas se van de día de campo a los parques... y también las lacras como yo.

Pero esta vez iba en misión oficial.

Cerca de una fuente se aglomeraban pequeños grupos de ociosos que observaban el espectáculo de los payasos, merolicos y pájaros pitonisos. También había un conjunto norteño haciendo ruido. Sin proponérmelo había encontrado algo de



eduardo g. efr.

probable utilidad. Anteriormente había escuchado los discursos de los merolicos y la gama alburera de los payasos ambulantes. Tuve la certeza de que tenía frente a mí el material que inauguraría mi labor.

Me situé estratégicamente entre el círculo de espectadores observando a uno de estos hombres y de inmediato encendí el aparato para no dejar escapar ni uno sólo de sus dichos. El merolico se hacía acompañar de un muchacho que vestía harapos multicolores y llevaba la cara pintarrajeada a la manera de los payasos. Un auténtico bufón. Se embromaban mutuamente enfatizando sus palabras con gestos y ademanes vivaces y a veces obscenos que producían la hilaridad del público. Lo dije, la oportunidad estaba presente.

Pero al levantar la grabadora para sacar mejor provecho acústico, el merolico y su comparsa se volvieron a mirarme. El merolico dio unos pasos en mi dirección en medio de exclamaciones y aspavientos.

—¡Ey! ¡Ey! ¡usted! ¡el de la grabadora! ¡Hágame favor de guardar su aparatito! Usted sabe que soy trabajador no asalariado y no voy a dejar que nadie plagie mi trabajo. Uno utiliza el talento, echa a andar la imaginación y son otros los oportunistas que quieren comerse la tajada. Por ahí han salido recientemente discos, libros y revistas que se han fusilado los productos de nuestra inteligencia y que han hecho ricos a vivales mientras que nosotros los verdaderos autores no recibimos ni un clavo. A menos que m'extiendan un contrato por el cual me lleve el 40% de las ganancias y que mi nombre y fotografía se den a la publicidad y se me conceda una entrevista con la prensa para dar a conocer todas las injusticias de que somos víctimas y lo dura que's nuestra vida y se nos de chance de formar un sindicato y gocemos de todas las prestaciones de la ley y seguro social y se nos den lugares decentes para trabajar y divertir al pueblo ganando un sueldo justo y...

Apabullado, desconecté la grabadora. Confieso que no lo esperaba. El magnífico discurso seguro que no haría ningún bien a la tesis de Gina. Para mi fortuna había tela de donde cortar.

Me pasé a otro grupo de curiosos. Esta vez el entretenedor era un hombre de mediana edad, estaba algo canoso y lucía una mirada vulpina de galán en bancarrota. Llevaba un clavel en la solapa y manipulaba distraídamente una boa desdentada. Dentro del círculo que enmarcaba su área de trabajo tenía amontonadas un sinnúmero de baratijas: pócmas amorosas, amuletos, joyería de fantasía, tarjetas con oraciones milagrosas. En suma, el comercio y la publicidad fundidos en un solo pellejo: la quimera de las grandes empresas.

Un poco cortado, ocluté la grabadora bajo la chamarra, como medida previsoras. El merolico-mercader, al descubrirme situado detrás de una muchachona, sitio en el que había caído sin preme-

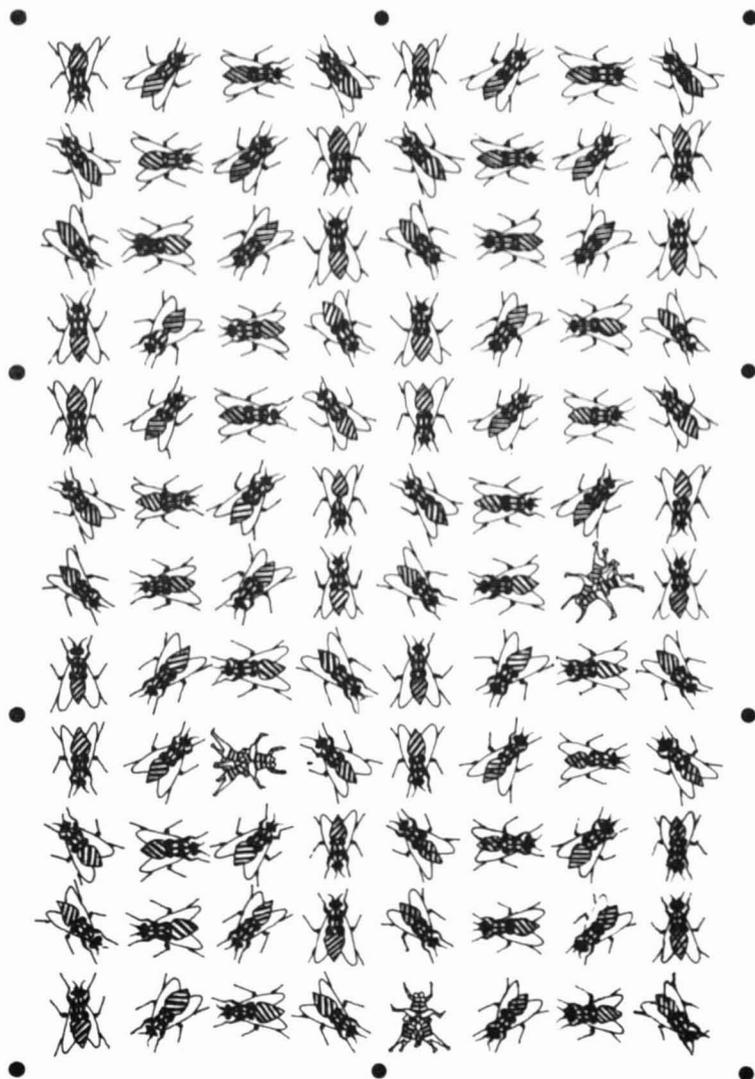
ditación ni alevosía, imaginó que no iba precisamente a apreciar su arte sino más bien a restregarme contra el trasero de la chica.

—Si eres desos que se hacen los dormidos en el camión para no dejarle el asiento a quien lo necesita o se paran detrás de las mujeres y se aprietan contra su humanidad...

Definitivamente la grabación se había frustrado; de cualquier modo llevaba un discurso de hambre justiciera y un sondeo psicológico sobre erotismo camionero, inservibles ambos, hay que decirlo, a menos que a Gina le interesaran estas cuestiones. Me marché desalentado.

No creo en la mala suerte pero dice el dicho que cuando la traes chueca hasta los perros te mean. Yo, el incrédulo, habría de confirmarlo instantes después.

El mugriento telón de la tarde se venía encima



eduardo  
efe.

por lo que decidí pasar con Gina y contarle mi fracaso.

En la del Valle las calles mostraban el típico aspecto dominguero: se hallaban casi desiertas salvo dos o tres ancianas que paseaban al perrito para el pipí de la tarde.

Las ráfagas de viento arreciaron. Quise ponerme presentable frente al espejo de un auto. Blandía el peine cuando un auto se detuvo a poca distancia. Un perro con cara de mandril se apeó y me agarró de un brazo.

—A ver, cabrón, acompáñame... es la tira.

Ordenes son órdenes, así que obedecí. Me aventó al asiento posterior donde también se aplastó. Al volante iba un mandril con cara de perro. La pareja ideal.

—¿Ibas a echarme un cristalazo, verdá, cabrón? —interrogó el perro con cara de mandril mientras me pasaba a la aduana— ¿Cuántos carros te has robado?

—No, señor; no soy ratero.

—¿Nooo? ¿Entonces qu'eres? ¿excursionista? ¿adonde pensabas llevarte ese Volkswagen d'excursión? —preguntó el que iba a mi lado. Lo miré bien, de frente. Lo había apreciado mal. En realidad no era un perro con cara de mandril sino un cerdo con corbata y grandes manchas húmedas en las axilas y, por lo visto, un deseo vesánico de hacerme confesar ladrón.

—Este cabrón es conejo.

—No, señor... soy... fotógrafo— dije, por decir algo. Error No. 1.

—... Y sacas bonitas postales con esta grabadora ¿eh?

Los errores se pagan caro... máxime si los comes frente a la ley. Aunque la tarde era sólo húmeda y me encontraba bajo techo, por así decirlo, comenzó a lloverme copiosa y abundantemente, y no agua precisamente. En parte lo merecía por abrir la boca a lo pendejo. El de las axilas húmedas era un imbecil, un inepto para cualquier otra cosa que no fuera golpear. Incluso se pasó dos altos. Puso sus dedos pringosos en cada una de las teclas de la grabadora tratando en vano de hacerla funcionar. Al fin logró encenderla: "... para dar a conocer todas las injusticias de que somos víctimas y lo dura que's nuestra vida y se nos dé chance de formar un sindicato y gocemos de todas las prestaciones de la ley y..." Fue suficiente.

—¡Este cabrón es un agitador! —bramó el de las axilas húmedas.

—¡Un comunista! —lo secundó el del volante. Todo estaba dicho.

Bajo el cargo de sospechoso me condujeron a la Jefatura. Sale sobrando decir que la grabadora y los pocos clavos que portaba pasaron a formar el botín de guerra de los puercos que me capturaron. Quedé detenido mientras investigaban mis antecedentes. Dos días después me pasaron al Carmen, donde me enchiqueraron nuevamente dándome de

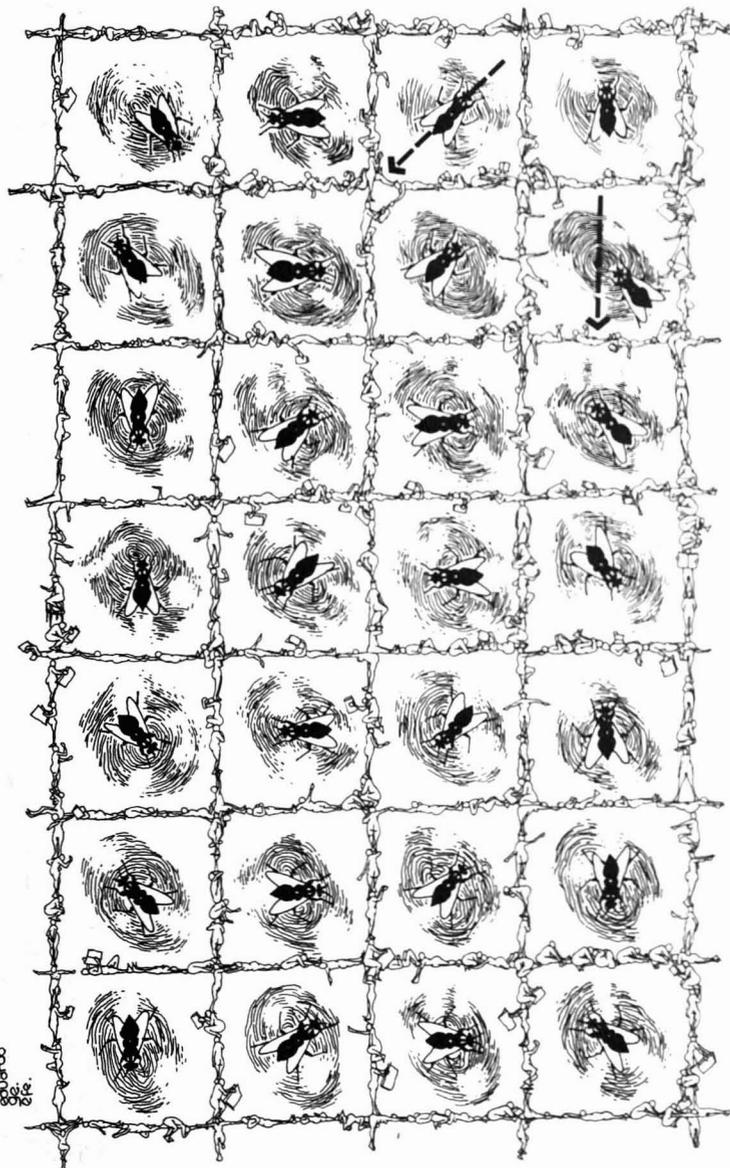
alta por el delito de sospechoso.

En la celda perdí la chamarra pero salvé la dentadura y también muy a la forzada tuve que permutar mis zapatos por otros con aire acondicionado. No tenía caso jugarle al héroe con el bandón de la Morelos que ahí se encontraba.

Las horas transcurrían pesadas, espesas. Los observaba hacer y deshacer, jugar baraja, atracar a los nuevos detenidos y, lo más importante, escuchar el caló original. ¡Lástima que no tuviera la grabadora! ¡Había como para formar tres tomos de la tesis de Gina! A uno de los más veteranos, un tipo apodado el Ronco, le gustaba referir anécdotas.

—En mis tiempos —comenzaba—, se trabajaba con cabeza, con finura... puro trabajo limpio que no admitía reclamación...

Después de la segunda vez que lo escuché referir



cuando  
dijo.

la misma historia, tomé sus relatos por el lado bueno, por su efecto narcótico, para dormirme. Era una cualidad que agradecía en secreto.

En la celda éramos cinco. Además del Ronco y yo, estaban el Piteco, el Púas y el Gori. Vicioso, cristal y zorrero respectivamente, para enriquecimiento del conocimiento mutuo. El Ronco era el que mayor tiempo llevaba enchiquerado. Sostenía que le era imposible dormir con la luz prendida. Dos focos del pasillo daban directo a nuestra celda. El Ronco había puesto fuera de circulación tantos de ellos como en celdas había estado. Ahora mismo miraba siniestramente a los de enfrente. Extrajo un cerillo y lo mascó por un extremo. Lo encendió y con magistral puntería lo acertó en uno de los focos. No tardó en estallar. Iba a repetir la operación cuando se oyeron pasos en el corredor. Dos tiras, uno de los cuales venía armado con una macana, llegaron hasta nuestra celda acompañados del llavero.

—¿Quién rompió ese foco? —bramó el de la macana.

Silencio.

—¿Qué quién cabrones rompió el foco??? ¡Hablen o les quebramos la madre a todos!

Nuevo silencio.

Nos sacaron uno a uno y nos formaron en fila. El Ronco permanecía sereno, el muy ladino. Preguntaron una vez más y como nadie respondiera nos obsequiaron una andanada de patadas, macanazos, imprecaciones y manotazos que a mi en lo personal me quitó el frío. Luego nos devolvieron a la celda. El Ronco, que había recibido un mal golpe en el pubis se quejó: “¡Aquí no es uno libre ni de dormir!” Tenía razón.

Desaliñado y fatigado abandoné la prisión quince días después. Fui con Estela directamente, sin preocuparme de ponerme elegante frente a ningún espejo. Me contó cuan preocupadas habían estado, por la grabación, naturalmente. Hice una sinopsis de la tragedia, misma que deglutieron muy a su pesar. Lo lamentaron; pero lamentaron todavía más la pérdida de la grabadora, que les había vendido un fayuquero a precio elevado.

No obstante, como se disponían a cenar, tuvieron que invitarme. No opuse mucha resistencia que digamos.

La cena me devolvió el ánimo. Hasta me dieron ganas de bromear.

—Antes no creía que la mala suerte durara más de dos días, pero esta vez comprobé que incluso puede durar más de quince... pero se acabó la racha... de ai p'al real, feliz feliciano. Bueno, me retiro del aire... traigo una poca de mugre de más y muchas ganas de dormir... Nos estamos viendo.

Esperé el camión en la esquina. Mientras llegaba leí los encabezados de los diarios. Accidentalmente vi la fecha en uno de ellos: martes 13 de agosto de 1971. Me apresuré a llegar a casa cuanto antes para no salir el resto de la tarde.

## ANDRÉS ORDÓÑEZ UN POEMA

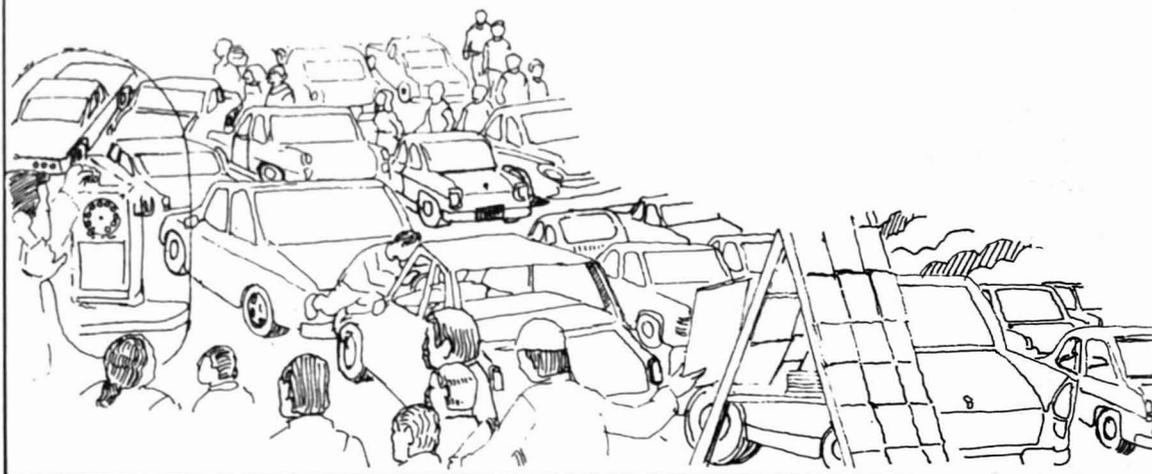
*a Davo*

Hubiera querido regresar y esperar el sol sentado junto a un peón del  
ajedrez,  
créeme que eso hubiera querido.  
Pero ya ves tú que las cosas son como son  
y que en vez de cualquier otra fui como el pardo velador de la inmovilidad,  
un soñoliento guardián de la memoria.

Más tarde imaginé una baranda y vi la madrugada en su blusón recién  
llovido.  
Después sólo quedó el murmullo de un cielo que se precipitaba remoto.

Sali a beberme la ciudad *empapado de reflejos*;  
todo a la vista era el agua penetrada de callejas,  
el deseo de dejar la huella a mitad de la ventana  
—porque pensé en las cosas de este mundo y tuve miedo del agobio;  
me vi en los asientos del agua como al fondo de un vaso de vidrio,  
cerré los ojos, luego bebí mi imagen y tuve la sensación lejana de una  
caída silenciosa.

Hubiera querido regresar. Te digo que eso hubiera querido.  
Pero ya ves, la incertidumbre volvió a intoxicarme, no otro cosa:  
de nuevo fui una palabra empobrecida que falsifica su silencio.



# HACIA EL SUBTERRÁNEO

POR FRANCISCO HINOJOSA

*Junto a una tienda de discos.* Alex propone una dirección, pero es el Tigre quien decide: dos cuerdas más y a la derecha, otras dos a la izquierda, hasta el square; luego un silbido, diez minutos, y si el armenio no aparece, hacia el subterráneo para seguir el plan de Alex. En el aparador de la tienda se repite una portada: un hombre inflado y sonriente a punto de soplar un sax.

*En el square.* Es el Tigre quien silba. Alex está notoriamente tranquilo y confiado. Ante tan remota posibilidad de éxito, la espera que se habían fijado les parece excesiva, pero ninguno de los dos se atreve a sugerir un cambio. Tres minutos más. De un bar Oeste sale el armenio y se dirige hacia ellos. Lleva puesto su aburrido abrigo azul, bufanda azul y guantes beige. Sin moverse, con las manos en las bolsas, Alex y el Tigre observan al armenio: un mismo punto de fuga que se acerca con pasos lentos. El cono se cierra y la ciudad, ahora, es la boca grande y roja de un embudo.

*Hacia el subterráneo.* Los tres caminan sin cruzar palabra. Gris el pavimento, las nubes, el pelo de los ancianos, la camisa del armenio y los colores de la ciudad. Alex canta y tararea una famosa pieza de J. M. ante los gestos desarticulados y amenazantes de un punk color malva que pasa por allí. Pero Alex no advierte al personaje: mira hacia el suelo y eleva el volumen de sus armónicos grititos. Su largo cabello avanza con él, avanza, se aleja con un repentino golpe de aire helado. Vuelta en la esquina: el pelo cae revuelto y abundante sobre su espalda.

*Frente a una puerta giratoria.* Dubitativos juegan al "ajedrez de las miradas". Deciden:

*En un bar Este.* Los tres gruesos abrigos cuelgan de diferentes perchas. Dos azules y uno café. El Tigre anima la barra con una amena conversación acerca de la música (en general) y el rock (en particular). Piden más cerveza a través de la correcta pronunciación de Alex. La barwomen sabe mucho de la historia del cine. Por eso ríe amigablemente. Las tres espaldas.

*En la puerta del bar Este.* El frío es un verdadero estímulo para Alex: con renovada energía vuelve a cantar a J. M.

*Hacia el subterráneo.* Bien arropados, con una agradable placidez en los rostros, Alex, el Tigre y el armenio se detienen frente al aparador de una tienda de discos que no habían advertido en sus largas caminatas por esa calle. El Tigre husmea felinamente. Entran. A ver. El armenio aprovecha para encender un cigarro y para imaginar un iglú rosado suspendido en el aire caliente de la tienda. Una

punk espantada menea su cola de diablo, roja. Salen. El Tigre y Alex con delgados paquetes bajo el brazo. Alex no espera a llegar al cuarto del hotel para recordar los grifos y cadenas que ilustran la portada de su disco. El disco.

*En el cuarto del hotel.* Escocés. El armenio sube al sexto piso por el hielo y las sodas. Ligeramente, piensa en el costo, el trabajo de instalación y las calidades de los aparatos de calefacción que hacen del hotel una plaza de verano moscosa. Las ventajas. Las superventajas. Alex abre en dos la portada terrosa de su disco y en voz alta recita algunas letras de canciones elegidas al azar. Un gran sentimiento se apodera de él. Luego una nostalgia por aquel singular rincón de su casa que se llama *tocadiscos*. Y más tarde: epilepsia, el bien del siglo. El Tigre se despereza como rascacielos, retira las ventanas de su camisa escocesa. Toma una toalla y frota con ella el borde de plástico de sus dos nuevos discos.

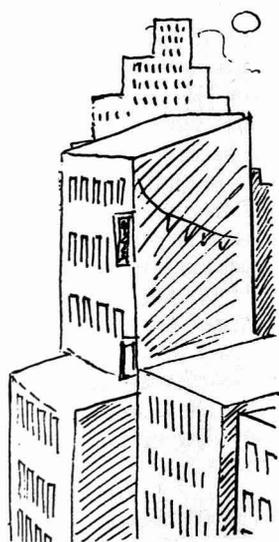
Los guarda junto a los otros que ha ido acumulando a lo largo de estos días neoyorkinos. Va al baño. El armenio bebe y hojea una revista pornográfica. Dice algo de unos muslos. De tanto sentimiento Alex llora. O parece.

*En el baño del cuarto del hotel.* El Tigre extiende su nueva pasta dental sobre su viejo cepillo de cerdas punk. Se frota rítmicamente las piezas con el instrumento, seguro, como si ningún accidente pudiera modificar el orden de siempre. Las rutas platina-das de los molares. Escupe sobre el lavabo una abundante espuma azul y luego la huele.

*En el espejo del baño del cuarto del hotel.* El Tigre sonríe.

*En el ascensor.* Descienden.

*Hacia el subterráneo.* Son las siete con treinta y dos minutos de una noche particularmente helada. Las sensibles puertas del hotel se abren automáticamente con un decidido y fundamental paso de Alex. El armenio se registra: soba la bolsa trasera de su pantalón y encuentra allí el bulto que hacen los tres boletos del concierto de rock. Los tres deciden tomar el subterráneo a caminar catorce cuerdas. Con ese frío más vale temprano (cuarenta minutos antes) que temprano (veinte minutos después). Caminan. Una mujer, apostada en la barra de un bar, los mira a través del cristal y piensa que en verdad los tres son felices. En cambio, un niño que casi tropieza con el armenio pasa de largo, indiferente. Alex dibuja con los labios a J. M. y hace los movimientos (de manos, pies y cabeza) de quien toca el bajo ante el auditorio de la Wembley Arena. Sólo la mujer del bar imagina los acordes (seguramente graves) que arroja el aparato de



Alex, porque ni el Tigre ni el armenio se han dado cuenta del concierto. El bar (y la mujer) se quedan atrás cuando, precisamente, deberían haber estado los aplausos, los silbidos y los gritos.

*A una cuadra del subterráneo.* El Tigre tiene hambre. Calculan los minutos, los pasos y el dinero.

*En un restaurant Oeste.* Dos sandwiches del 4 y uno del 1, tres cervezas de conocida marca y pepinillos. Los tres gruesos abrigos cuelgan de la misma percha. El Tigre lame un pepinillo mientras el armenio platica cosas fundamentales y trascendentes, incluso una experiencia vital. Alex saborea su sándwich del 4 ante la maternal mirada de una enana sencilla. La mesa contigua.

*Hacia el subterráneo.* El Tigre mira su reloj y da la noticia: se ha hecho tarde. Lo dice sin expresión de dolor, esperanza, alegría, indiferencia o rencor. Lo dice igual que si dijera *un sandwich del 4*, (como si pensara) en casi todos los sicoanalizados, en el gobernador de todo el Estado de Massachusetts y en los dueños de las fábricas de helados italianos. Los *Gelati*. No sin antes recordar su condición felina y decir: *The Tiger*, el Tigre propone otra actividad. Caminan en sentido contrario, hacia otra línea (la rosa) del subterráneo. Felices.

*Hacia el subterráneo (línea rosa).* La conversación se anima con intervenciones equitativas, desordenadas. El armenio platica una experiencia sexual. El Tigre platica una experiencia sexual. Alex platica una experiencia sexual. Lo que anima fundamentalmente los relatos son los detalles. Rien con tal pudor que cualquiera (la mujer que viene en sentido contrario a ellos cantando *Oh Lord*) pensaría que han compartido esas gratas experiencias. Los tres.

*En un buzón.* Una carta que Alex envía a Carolina del Norte.

*A cuatro pasos del aparador de una librería (ligeramente) Oeste.* La escalera que los habría conducido a un vagón de la línea rosa se ha quedado atrás. Con precisión: dos cuadras, en contraesquina. Caras inquietas, excitadas, del lado frío de la vitrina; ojos *ídem* + danzantes, castaño de dientes. (¿Esos números son precios, Mr. Fahrenheit?)

*Del lado cálido de la vitrina.* Portadas, cascadas de libros, destellos de estaño, una pantalla con números (temperatura y hora), cifras rojas y negras, letreros, "Sale". El armenio señala una portada. Tres proyecciones = seis ojos veloces descargan las niñas sobre un fondo blanco con letras azules. ¡Oh!, poemas de P. S. Más títulos.

*En un bar Oeste.* El Tigre, el armenio y Alex senta-

dos frente a la barra. Un lugar particular con luces intermitentes. Piden bebidas distintas: un escocés con soda, un martini seco y una cerveza. En una barra paralela más amplia y con grandes espejos en los muros, tres mujeres bailan rock and roll. Con pequeños, medianos y frondosos pechos, las mujeres provocan ondulaciones rítmicas en los espejos y en los ojos burdelosos. Sin duda, la fiesta de trapezios ópticos resbala a la boca, cae fresca al estómago, tibia al vientre, caliente al sexo, regresa a las retinas, se alimenta de puntos, estalla en los oídos. Alex canta disimuladamente la misma pieza que retumba en el bar. Tararea y canta. Canta y silba. Afina. Sube el volumen.

*Sobre la barra del bar Oeste.* Erguido, desgreñado, sobre la barra, Alex canta con fuerza. El vaso de escocés como si fuera su micrófono. La empleada trata de bajarlo con palabras cariñosas, pero Alex —lleno de sí, ahíto— no cede. Las mujeres que bailan se descontrolan, pierden dos pasos, y luego reinician con normalidad sus escarceos festivos. Los versos de J. M., a través del volumen y la correcta pronunciación de Alex, llegan a todos los oídos e incluso salen sin dificultad de las puertas del bar. Un salto felino: el Tigre interviene. Un dueto, dos micrófonos de cristal. El armenio, aún sentado en su banco, toca sobre la madera de la barra una especie de combinación de tumbas y batería al ritmo que le marcan los espejos, sus ojos y la ondulante cabellera de Alex.

*Del otro lado de la barra del bar Oeste.* Alex pega un brinco hasta las bailarinas, el micrófono vacío aún en la mano. Aprovecha el silencio de la grabación para entonar nuevamente la canción de J. M. El pequeño auditorio del bar golpea las mesas, la barra, los vasos, el suelo. Unos cantan, otros silban, otros bailan. El Tigre y el armenio pegan un brinco hasta el escenario donde está Alex. El Tigre se reuerce con el requinto. El armenio baila escandalosamente. Alex.

*Hacia el subterráneo.* El auditorio del bar, los empleados y las bailarinas salen a la calle encabezados por Alex, el Tigre y el armenio. Hacia el subterráneo. La canción de J. M. hondea violentamente en el aire, envuelve las dos torres, hacia el sur, y el parque, como mesa de centro de la ciudad, hacia el norte, se cuela por todas las calles numeradas, hasta la 176. Los peatones que observan la caravana se unen al conjunto con instrumentos improvisados, un punk anaranjado golpea latas vacías, un viejo soba los cristales de los aparadores, un sicoanalista toca un pito, un gaucho se sienta de golpe en los pianos de las casas, un tirano mordisquea un arenque y un grupo de jóvenes abogadas aplaude. Del doceavo piso de un edificio alguien sopla una trompeta imaginaria, potente.

*En el subterráneo.* Alex, el Tigre & el armenio.



GÉRARD MACÉ

# RIMBAUD

## RECIENTEMENTE RELEGADO

TRADUCCIÓN DE SUSANA CHAURAND



"Cuando leemos la biografía de Rimbaud— escribe Maurice Blanchot en *Faux Pas (Pasos Falsos)*— no podemos evitar apresurarnos hacia el momento que lo transforma en algo extremo que no ha tenido precedente y que no volverá a darse." Pero al leer la *Correspondencia* de Rimbaud,<sup>1</sup> biografía de primera mano, la misma prisa nos atrapa, para llegar esta vez al momento del regreso y de la muerte o, mejor dicho, de la segunda muerte de Rimbaud. Entre tanto, por la sucesión acelerada de fechas cuya progresión se sigue gracias al título corriente, progresión muy lenta a nuestro parecer aun cuando saltamos a menudo algunos meses, hemos comprobado la monotonía, el aburrimiento, el cansancio (la cuenta regular y a la vez fantasiosa de los ahorros de Rimbaud, sus cambiantes esperanzas y "sobre todo esto": sus miedos), la sequedad entrecortada de relámpagos que no solamente nos hacen reencontrar al Rimbaud de la *Saison* sino que, en las "cartas a los suyos", enviadas durante cerca de veinte años, tenemos todo para conocer mejor a Rimbaud, aun si primero es para espantarnos de este hombre que sobrevive a un niño muerto, y quien sin adornarse —conoce muy bien el precio— nos deja ver el espectro de un hombre sin memoria y sin deseo, por lo que se acaba quizás toda poesía verdadera, anticipando sobre la muerte de su autor.

En compensación, como si de antemano se pudiese preguntar al vagabundo, al caminante que fue Rimbaud desde el principio hasta el fin, una carta que fecha el adiós definitivo a Europa nos cuenta, de orilla a orilla de Saint-Gothard, lo que es realmente franquear un paso. Esta carta, escrita en Genes el 17 de noviembre de 1878, la víspera del embarcamiento, nos narra detalladamente su partida y su descenso que lo llevan a no querer regresar al "otro lado", al "fastidio blanco", al "blanc a songer", a lo que más tarde llamará "el horror presunto de los paisajes lunares". Como se ve, lo que sigue siendo realmente alucinante para Rimbaud, mucho después de haber dejado de escribir: de la montaña al desierto, es decir de la nieve a la arena y del congelamiento al delirante calor. ¿Cómo no acordarse entonces de esas "manos dilatadas por la transición del calor al frío, enrojecidas de sabañón?", detalle que regresa a la memoria de Mallarmé más de veinte años después de su único encuentro con Rimbaud. Son las manos de una "joven de pueblo", dice, "por su estado blanquecino".

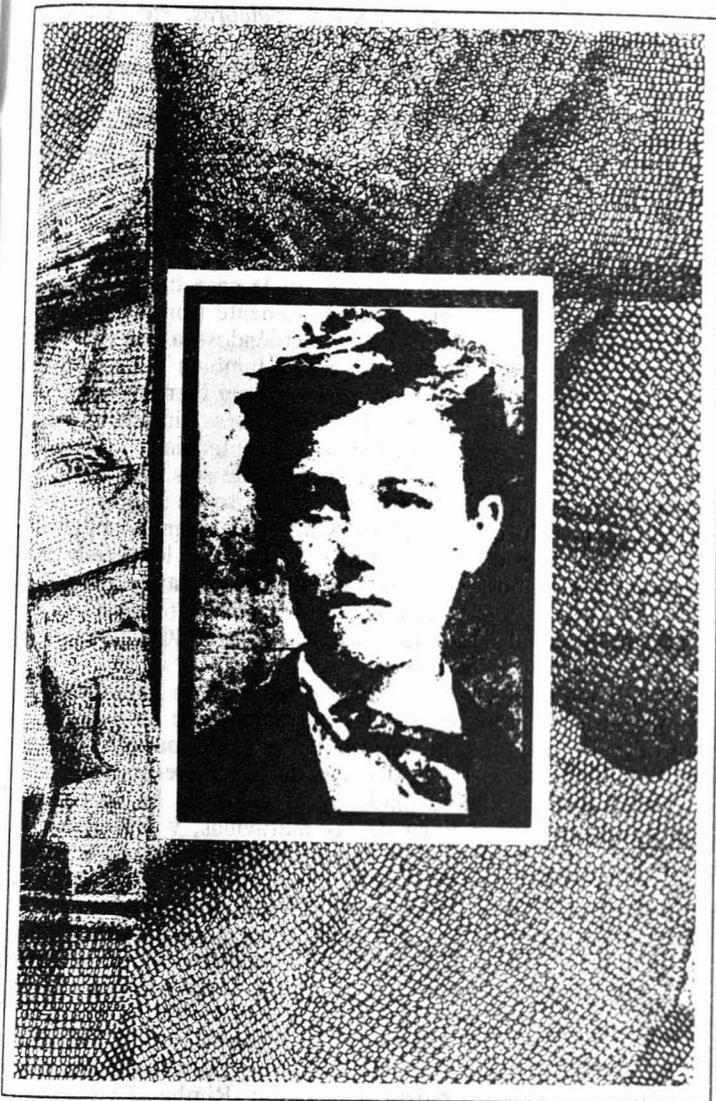
Pasando Saint-Gothard, Rimbaud deja tras de sí un país "muy trabajado y trabajador" en cuyo valle resuena el ruido de la herrería y, para nosotros, el eco de ciertos lugares cuyos nombres revela Rimbaud: Le Pont-du-Diable, L'Hospital. Pero también deja atrás los derrumbamientos de nieve, las tormentas de granizo y el cierzo que desgarras las orejas; ese día fue un adiós definitivo al invierno que seguirá siendo hasta el final de sus días una verdadera obsesión. Para él que no tendrá más pasado, el único recuerdo de Europa será el de un frío horrible; durante quince años expresará lo mismo: "siempre he tenido horror a la lluvia, a la neblina y al frío", (Aden, 15 de enero de 1883), un frío mortal que vuelve imposible todo deseo de regreso: "La gente que ha pasado algunos años aquí no puede sufrir otra vez el invierno en Europa, morirían en seguida de alguna fluxión de pecho. Si acaso vuelvo será en verano, y me veré forzado, al menos en invierno, a bajar al Mediterráneo", (Aden, 15 de enero de 1885). "Estoy excesivamente cansado... No puedo ir a Europa por estas razones: primero, moriría en invierno";<sup>2</sup> (El Cairo, 23 de agosto de 1887). "Y después, ¿qué hacer en Francia? Es cierto que no

puedo vivir sedentariamente pero, sobre todo, mi gran miedo al frío..." (Aden, 8 de octubre de 1887). "Todo lo que hay de bueno en este país", escribe a favor de Harar el 18 de mayo de 1889, "es que jamás hiela".<sup>3</sup>

Pero el último viaje de Rimbaud sólo lo llevó de un infierno a otro: de un infierno frío —Europa y sus inviernos— a un infierno hirviente —África y sus desiertos. Las descripciones de Aden, en las cartas a su familia, propiamente hablan de un infierno parecido por completo al que promete la religión, el que Rimbaud oyó describir en su infancia por su madre o cualquier otro provinciano devoto. "No se imaginan el lugar: no hay ni un solo árbol —ni aun seco—, ninguna rama de hierba, ninguna parcela de tierra, mucho menos una gota de agua dulce. Aden es un cráter de volcán ya extinguido y colmado en el fondo por la arena del mar. No se ve, y por lo tanto no se toca, absolutamente nada que no sea arena y lava, que no pueden producir ni el más mínimo vegetal. Los alrededores son un desierto totalmente árido. Pero aquí, aún peor, las paredes del cráter impiden que el aire entre y nos rostizamos en el fondo de este hoyo como en un horno. ¡Hay que tener necesidad de trabajar por el pan para emplearse en infiernos parecidos!", escribió el 28 de septiembre de 1885; y el 18 de noviembre del mismo año habla de las "riberas incandescentes del mar Rojo". Ahora bien, estas riberas no son el último círculo: "...el lugar más aburrido del mundo, después del que ustedes habitan", precisó a los suyos el 22 de septiembre de 1880.

Del dominio familiar de Roche y de las Ardennes, Rimbaud parece no tener ningún recuerdo más que el del clima, que nunca deja de imaginar al final de sus cartas para compararlo, estación tras estación, al del desierto. Sus anotaciones son abundantes, y a menudo muy precisas, como si su memoria se dirigiese a esta sola sensación. Ahora bien, es muy cierto que los "climas" (caprichosos y húmedos o atroces) parecen llevar consigo, en sus brusquedades y cambios, todos los males que sufre Rimbaud: es su propia carne la que resiente los atentados y nadie ha experimentado como él, físicamente, la desgracia de existir. "Este clima es traicionero para cualquier especie de enfermedad. Jamás se cura uno de una ruptura. Una cortada de un milímetro en un dedo supura durante meses y pesca la gangrena con mucha facilidad". (Harar, 15 de febrero de 1881).

Es más, existe un uso rimbaudiano de la palabra "clima" (así como de la palabra "estación") a menudo utilizada en plural en lugar de "regiones" o "comarcas": "¿Qué existencia más desoladora llevo bajo estos climas absurdos y en condiciones tan insensatas". (Aden, 5 de mayo de 1884). De cualquier país, primero es el clima (y el idioma, de lo que hablaremos más adelante) lo que retiene a Rimbaud. El planeta se divide para él en dos hemisferios: uno frío y el otro caliente. Entre estas dos inmensas regiones únicamente hay, o mejor dicho, hubo antaño, la *frescura* (aun la de las letrinas como en *Les poètes de sept ans*). Lo que Rimbaud perdió con la infancia (el purgatorio antes de la condenación de la edad adulta) es ante todo los lagos y las praderas, los ríos ardenianos y belgas, las cavernas, las grutas: todo lo que le pesaba, pero nada más. En una carta escrita a Delahaye en junio de 1872, cuando sufría el calor bajo el techo de una buhardilla parisina, lanzaba este grito terrible: "Tengo tanta sed que temo la gangrena". Cuando el mal se hizo realidad, escribió a los suyos desde Marsella el 10 de julio de 1891: "Me gustaría regresar con ustedes porque ahí hace fresco, pero... tengo miedo que de tan fresco haga frío".



Todo lo que reclamaba al mundo (aparte de "un trabajo conveniente, interesante") seguía siendo un "buen clima". (Harar, 2 de septiembre de 1881). Esta forma prosaica del "paraíso verde" la entrevió Rimbaud en Abyssine, ahí donde, según dice, "no hace ni frío ni calor". Un país "sin inviernos y sin veranos: primavera y verdor perpetuos, ¡y la existencia libre y gratuita!" (Tandjoura, 28 de febrero de 1886). Lejos del infierno no hay más estaciones: "Por lo tanto, tampoco heladas ni sudores". (Harar, 4 de agosto de 1888). Pero, ¿no es esto sino soñar que el tiempo sea abolido?, ¿no es soñar un sueño más profundo que la misma muerte?

La muerte, es decir el otro nombre de este "reposo" que encara Rimbaud como una liberación (para un día lejano que retrocede sin cesar), reposo que no faltaría... ¡de haber ahorrado suficiente dinero! El otro nombre de esta "absoluta pereza y de esta nada" de la que habla Maurice Blanchot, agregando un poco más adelante: "El mismo quiso la absoluta porosidad del sueño, inocencia de orugas, topos, limbos, osividad del sapo,

paciencia infinita capaz de un olvido infinito".<sup>5</sup> Rimbaud soñó un estado muy parecido al de la hibernación, al de una vida sostenida por una temperatura lo justamente suficiente: vida prenatal reencontrada, al abrigo bajo los soles fríos del oro y de la avaricia que apagarían la fiebre y apaciguarían al fin la sed.

Pero es contar sin la tortura de todos los vicios (mentira, pereza, lujuria) y es olvidar que los sentidos verdaderamente descompuestos se llaman el hambre, la sed, la fatiga, la rabia y el sueño —este "sueño es un nido de llamas" que hace el infierno cotidiano...

Según una opinión muy difundida, la correspondencia de Rimbaud, a partir de Chipre, es decepcionante, plana o está mal escrita. Maurice Blanchot se sorprende con razón de tal juicio pues, por el contrario, encuentra en esta escritura "avara" la misma "sequedad extraordinaria" que en la poesía propiamente dicha. Y se sorprende también del "tono siempre terco, testarudo, furioso, sin vuelta, que a través de las fatigas del trabajo y los remilgos de todas clases, hasta en su lecho de muerte, continúan —según él— perpetuando a Rimbaud".

Si se quiere medir hasta qué punto el tono de Rimbaud no varió, dictado siempre por la urgente necesidad, basta con leer, en la biblioteca de la Pléiade, las líneas que abren la *Correspondencia*. Se trata de una esquila más que de una carta, dirigida a George Izambard para pedirle algunos libros de los que adjunta la lista antes de agregar simplemente: "me serían muy útiles". Esta manera brutal de despedirse que impide todo acercamiento, toda intimidad y todo ánimo afectivo, la encontramos siempre en Rimbaud, en las cartas a su familia, así como también infinitas peticiones de libros (hasta 1885 era una vez de dos el objeto de la correspondencia). Su nomenclatura seca iba acompañada de un sólo comentario: siempre la urgencia y la utilidad de esos libros.

De todas las bibliotecas imaginarias en donde nos gustaría deambular —bajo el cielo en uno de los lugares secretos de la poesía— la de Rimbaud sería ciertamente la más heteróclita y la menos literaria: compuesta de curiosidades históricas, de periódicos ilustrados y, sobretudo, de innumerables libros pertenecientes a géneros impuros "literatura fuera de actualidad, latín de iglesia, libros eróticos sin ortografía, novelas de nuestros antepasados, cuentos de hadas, pequeños libros de infancia..." (alquimia del verbo). Como si Rimbaud presentara violentamente no el "vuelo" sino el derrumbamiento de la poesía.

Sin embargo Rimbaud nos hereda otra biblioteca, una biblioteca del desierto, que también es un inventario de lo real y de donde podemos establecer un catálogo a través de la *Correspondencia*; pero si, en esta biblioteca de manuales y tratados, anuarios y diccionarios de todas clases, no deja ningún lugar a la literatura ¿no es precisamente porque Rimbaud jamás renegó de una poesía que quería confundir visión y realidad? (En relación a este absoluto, parecen irrisorias las compilaciones románticas o parnasianas). Es cierto que muchos de los libros que pide y que jamás llegan pronto, cuando llegan, le son útiles simplemente en sus actividades comerciales, pero al ver la lista uno se da pronto cuenta que sus peticiones sobrepasan una utilidad inmediata y que la "sed" de conocer no se ha extinguido en él.

Existe en Rimbaud el viejo sueño del escolar que quisiera saber todo: el 14 de octubre de 1875, por ejemplo, cuando acabó después de dos años *Una Temporada en el Infierno*, le pide a Ernest Delahaye información sobre el bachillerato de ciencias y el medio de procurarse los libros de matemáticas,

de física y de química empleados en su colegio; y tres meses antes de morir, evocando el calor y el frío, causas de su enfermedad, se lamenta: "¿Por qué en el colegio no se aprende medicina, al menos lo poco que cada quien necesitaría para no hacer estupideces parecidas?" (Marsella, 15 de julio de 1891). En fin, si los libros son una manera agradable de pasar el tiempo, (como el "bachillerato", con la instrucción militar, que le hizo pasar dos o tres "agradables temporadas"), cómo no pensar que tenían todavía otro uso, aún en Harar, cuando después de pedirle a Delahaye, el 18 de enero de 1882, que le enviara (además de manuales de minerología, de química industrial...) *El Cielo* de Guillemin, escribe a los suyos el 15 de enero del siguiente año: "Hace ya un año que me acuesto continuamente a la intemperie". Hasta 1885 al menos, Rimbaud no renunció a su proyecto absoluto; estrechar la realidad.

También la correspondencia africana aparece como una lucha sin tregua entre un sueño de idiota (la tentación de ceder al desaliento, de abandonarse a una necedad reposada) y la voluntad de vivir una poesía en actos. A condición de leer estas páginas de Rimbaud al ras de su significación (como se coloca el oído sobre la arena del desierto para escuchar un paso lejano) se escucha entonces lo que queda de la búsqueda terca del lugar y de la fórmula: una manera de hacer resonar todavía las palabras más pobres que confieren al detalle más anodino al esplendor de una revelación y a la menor palabra toda su fuerza *literal*. Es una vibración seca; es "el método" al cual Rimbaud se apegó hasta el fin, hasta mostrarnos tras el derrumbamiento aparente el último estado de la poesía.

Lejos de la literatura (aún la moderna, no menos irrisoria para él: el adolescente, al desembarcar de Charleville, lo comprendió inmediatamente, perdiendo toda ilusión al tiempo del banquete), muy lejos de París, Rimbaud percibió en otra parte a los hombres que le vuelven a dar un sentido a la palabra poeta, y que él consiente en utilizar sólo por una vez. Está dicho en algunas líneas, y si no se le ha prestado la mínima atención hasta ahora es tal vez porque estamos muy tentados a creer que no se trata de poesía cuando no se trata de sus obras. *Le Rapport sur L'Ogadine* (Pléiade, p. p. 375-381) es el modelo de una prosa próxima o de una poesía de sentido propio; ahora bien, a la evocación de avestruces machos y hembras, de los elefantes a los que se les tajan las corvas traseras, de las serpientes cuyo soplo es mortal, o bien de este veneno tan lento que uno se puede salvar amputando el miembro atacado, se ve uno obligado a reconocer ahí las obsesiones de Rimbaud y de ver en estas páginas una "estación" convertida en realidad. En este mismo informe, publicado por la Sociedad de Geografía, se encuentran estas palabras: "Hay *wodads* (letrados) en cada tribu: conocen *El Corán* y la escritura árabe y son poetas improvisadores".

*El Corán*: precisamente el único libro que reclama Rimbaud aparte de los manuales y tratados pero, ¿existe una diferencia entre todos estos libros? ¿no les exige Rimbaud la misma verdad práctica y el mismo valor de uso que él se esperaba encontrar antaño en la poesía? El 7 de octubre de 1883, por medio de su familia ruega a M. Hachette que le envíe, tan pronto como sea posible, "la mejor traducción francesa del *Corán*, con el texto árabe si acaso existe, y aún sin el texto". Y es hasta entonces, a propósito del árabe, cuando hace la única alusión en la correspondencia a sus preocupaciones ancianas: no precisamente la poesía, sino el estudio de las lenguas. "¿Cómo no encontraron el diccionario árabe, cuando debe estar en casa? Digan a F. que busque en los papeles árabes un cua-

derno intitulado *Placeres, Juegos de palabras, etc.*, en árabe; y ahí debe haber también una colección de diálogos, de canciones o no sé qué, útiles a quienes aprenden la lengua". (Harar, 15 de febrero de 1881).

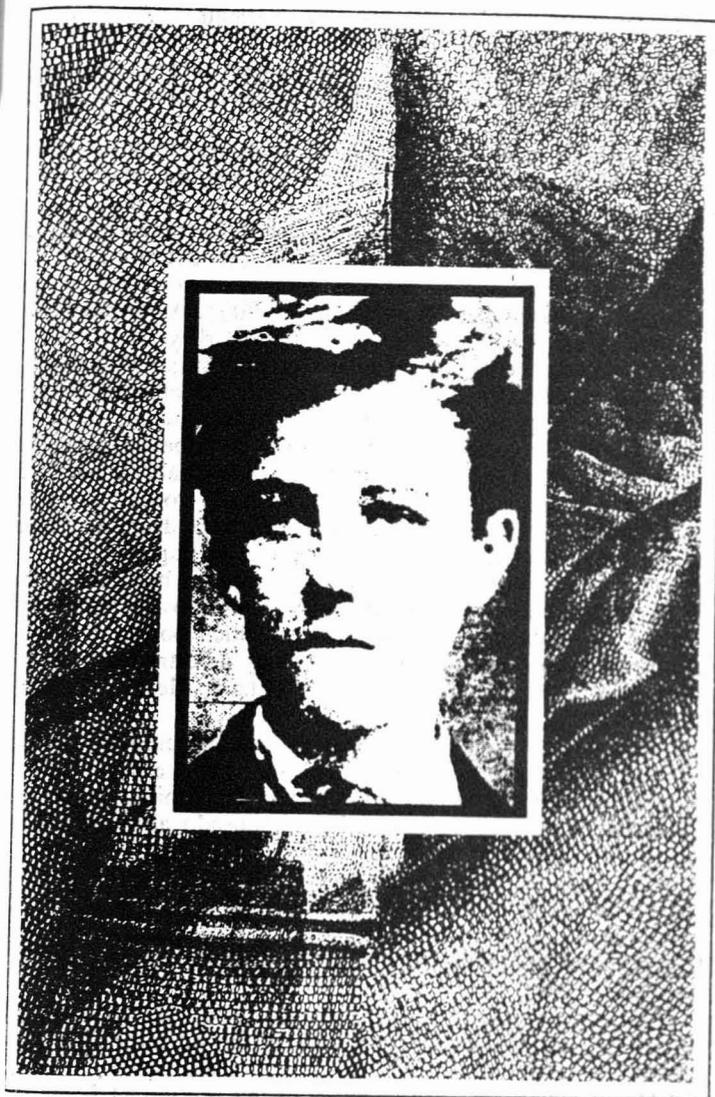
Ahora bien, estos papeles están lejos de ser para Rimbaud documentos cualesquiera; si son útiles para quienes aprenden la lengua, tiene para él un valor más particular: son todo lo que su padre, el capitán Rimbaud, dejó al abandonar el domicilio familiar. "Mi padre —escribirá más tarde Isabelle Rimbaud en una carta sin fecha pero posterior a febrero de 1892— era un lingüista árabe distinguido. En la casa hay una gramática árabe revisada y corregida enteramente por él; una cantidad de documentos franco-árabes refiriéndose a las guerras de Argelia, anécdotas, cuentos, etc. Había también una traducción del *Corán* (texto árabe), manuscrita y muy bien cuidada, ahora perdida". (Pléiade, p. p. 813-814). Para Rimbaud, todo lo que se refiere a África está ligado a la infancia y al recuerdo de su padre, que conoció hasta la edad de seis años. Según el testimonio de Isabelle, quien tiene el mérito de hacernos conocer, al menos, lo que los niños Rimbaud sabían o imaginaban de sus padres, éste había vivido en África de los veinte a los treinta y siete años, antes de regresar a su país para casarse con Vitalie Cuif; y es allá a donde regresa ("a una oficina árabe muy alejada") —nos dice ella— en 1860 cuando deja definitivamente las Ardenas.

Se adivina el efecto que debieron tener en la imaginación de Rimbaud los cuentos árabes, las narraciones de su padre y, sobre todo, la caligrafía misteriosa de este idioma que él quiso también descifrar a su vez después de haber creído reencontrar su magia en las luminosidades y el color de las vocales. *El Corán* fue para él el libro de las maravillas, y África un país de fábulas tan presente que la realidad a su alrededor se volvía un milagro. "Me habitué a la alucinación simple: sinceramente, en lugar de una mesquita veía una fábrica...". Y cuando lleva a su hermana Vitalie, al recibirlo en Londres con su madre, al Museo Británico, un domingo de julio de 1874, ésta anota en su diario que lo que más la impresionó (sin duda bajo la influencia de Arthur) fueron "los despojos del rey de Abyssinie, Theodoros, y de su mujer."

Sí, África era esta comarca del mundo con un encanto tan poderoso que pudo hechizar a su padre. Rimbaud va a revivir en Oriente, por una parte, una vida anterior a su nacimiento, empero con la inocente esperanza de regresar a su país para casarse con una viuda y tener un hijo; es decir, con la esperanza de recomenzar todo. Regresará a los treinta y siete años, a la misma edad que su padre, pero para morir en el hospital marsellés de la Concepción. Porque los viajes y "el silencio" de Rimbaud, alejándolo del país natal, le permiten revivir una vida anterior (que sueña en confundir con la de su padre), pero la regresión no tiene otro término que la muerte.

## II

Rimbaud, quien al terminar *Una Temporada en el Infierno* no sabe hablar más y quiere pedir perdón por haberse alimentado de mentiras, quizá no renunció a la poesía. Tan es así que en sus viajes ulteriores continúa aprendiendo idiomas y leyendo diccionarios. Hay en esta pasión, como en las listas de palabras que recopila, una poesía en estado puro que no ha dejado de asombrar a Mallarmé, quien a propósito de Rimbaud habla de "ese don para los idiomas que él coleccionaba, habiendo renunciado a toda exaltación en el suyo".



En 1875 vive un tiempo en Stuttgart para aprender el alemán, y el 5 de marzo escribe a Delahaye que "insulta el idioma con frenesí"; en mayo se encuentra en Milán: un dibujo lo representa leyendo una "traduzione"; en junio tiene el proyecto de descender a España "con el cuento de aprender el español". En fin, el 14 de mayo de 1877, dirigió al Cónsul de los Estados Unidos de América en Breme una declaración en inglés, en la que afirma: "Speaks and writes English, German, French, Italian and Spanish".<sup>6</sup> Y en la misma declaración apunta esta fórmula extraordinaria, ya que es para nosotros mucho más que un simple estado civil (y además falso): "Late a teacher of sciences and languages —Recently deserted...".<sup>7</sup> ¿Quién podría decirlo mejor?

En ese momento Rimbaud no había perdido el gusto por los idiomas, y sueña todavía con "encontrar" uno. En efecto, la poesía según Rimbaud está ligada al deseo de dar a las palabras formas monstruosas por medio de empréstitos, injertos y contaminaciones: el lenguaje también tiene verrugas que

hay que cultivar. En estas cartas, como en su prosa, se reencontra sin cesar —desbordamiento razonado del sentido— el argot del colegio, los títulos y las palabras inglesas, las deformaciones ortográficas o lexicales, las pronunciaciones extranjeras: placer y rencor mezclados para este idioma que él maltrata y metamorfosea, y en el cual busca en vano reconocerse. "Jamás terminaré de verme en mi pasado, pero siempre solo, sin familia; es más, ¿qué idioma hablaba?" (mala sangre).

Para Rimbaud el idioma no es espejo, y puesto que yo es cualquier otro, sólo le queda hablar de otros idiomas. Pero en la dispersión del lenguaje, Rimbaud no acepta más que dolorosamente que su yo perdido está dividido. También la renuncia de Rimbaud significa el abandono de los idiomas, el final de su creencia en su poder: "Pero, en el presente, estoy condenado a errar, ligado a un proyecto lejano, y todos los días pierdo el gusto por el clima y las maneras de vivir y aún por el idioma de Europa. ¡Helas! ¿De qué sirven estas idas y venidas y estas fatigas y aventuras con razas extrañas y estos idiomas de los que se llena la memoria...?" (Harar, 6 de mayo de 1883). Y la correspondencia que sigue del adiós a Europa en 1878 está marcada por otra ruptura, brutal y definitiva: después de noviembre de 1885, Rimbaud no pedirá libros de ninguna clase. Aunque el último libro, que estuvo obligado a reclamar muchas veces, (esta espera sigue siendo causa de sus grandes enojos), es un diccionario, el más alejado de su lengua natal y el más ininteligible para nosotros: el Diccionario de la Lengua Amhara, con la pronunciación y caracteres latinos, por M. D'Abbadie, del Instituto.

Hacia el Oriente, Rimbaud camina contra la ascendencia de los signos, y nos parece en la carta incomprensible; su prueba no fue quizás tanto su silencio como el cruce de lenguas cada vez más extranjeras: errante hasta la muerte, deriva sin fin a partir del momento en que se sintió extranjero en la suya: extranjera maternal. Las mismas palabras para designar la lengua y sobre todo aquella que, justamente, nombró con una palabra extranjera: mother...

La madre de Rimbaud, Vitalie, Frederic, (la viuda, la pequeña muerta, el idiota) después Isabelle y Paternie Berrichon, son personajes de una crónica familiar ocupada de los alejamientos, de la muerte y, en una palabra, de la ausencia de Arthur. Pero sólo las mujeres dejaron señales escritas de su amor por un hijo o un hermano que se rehusaba a ellas; hoy, las cartas de la madre, el periódico de Vitalie en Londres, el de Isabelle en Marseille, son los primeros escritos "rimbaudianos". Una novela de familia que no tiene necesidad, por primera vez, de ser imaginada; novela de una extraña familia en donde cada uno, a pesar de los reproches y los resentimientos, vive por aquél a quien ama hasta el punto de idolatrar después de su muerte, y en donde dos hermanas nos relatan su bohemia y su agonía, mientras que una madre recorre Europa, de Londres a Marseille, para encontrarlo.<sup>8</sup>

Sólo el padre, quien también partió, está totalmente ausente de esta crónica: ni una sola línea acerca de él, ni una alusión, ni un recuerdo. Y la única "señal" que nos deja, aparte de los papeles árabes, es esta *Gramática Nacional* en cuyos márgenes se agregará a la suya la escritura de su hijo. Detalle biográfico que se antoja revelar, con algunos otros, porque por encima del deseo grosero de la interpretación, tienen el valor de un significado. Como si Rimbaud nos hubiese enseñado a leer todo a través del vértigo y la transparencia de los signos, de esta evidencia de lo que es dicho o vivido "literalmente y en todos los sentidos", y que acobarda la razón.

Sin embargo, las figuras alrededor de Rimbaud se vuelven

rápidamente emblemáticas: si el padre es este errante de quien no se tienen noticias, Frederic es el "otro" que lleva el nombre de padre y que se llama también "Rimbaud". Hermano e idiota: lo excesivamente contrario al genio. En la correspondencia, Arthur se dirige a él con un desprecio definitivo, como si se sintiera amenazado por la idiotez de este hermano, a quien él desea "todo el bienestar posible sobre la tierra y particularmente en el cantón de Attigny (Ardenne)", o de quien se expresa en estos términos: "Me molestaría muchísimo, por ejemplo, que se supiera que tengo por hermano a tal pájaro... Es un perfecto idiota, siempre lo hemos sabido, y nosotros admiramos siempre la dureza de su calamorra". (Aden, 7 de octubre de 1884). La figura del idiota, como el temor al embrutecimiento, aparecen frecuentemente en los poemas antes de encontrarse, en estado bruto, en la correspondencia; ahí, como en otras partes, el símbolo es también una realidad próxima; la carga de sentido no es tan turbadora porque tiene, en su origen, la claridad de un manantial, aun si éste no es el lugar de la verdad, vuelve límpida la profundidad más negra.

La madre de Rimbaud compartía la opinión feroz de su hijo sobre la idiotez de su hermano, y lo demostró más tarde hasta el punto de rechazar a sus nietos, echándolos bajo sus ventanas: nada tenía que molestar el entretenimiento infinito que perseguía con el fantasma de Arthur. Fantasma que se le apareció verdaderamente, mientras rezaba en la iglesia, como le cuenta a Isabelle el 9 de junio de 1899: "Ayer acababa de llegar a misa. Estaba todavía de rodillas rezando cuando se acerca a mí alguien a quien no presté atención; y veo colocar bajo mis ojos, contra el pilar, una muleta como la que tenía el pobre Arthur. Volteé la cabeza y me quedé paralizada: era él mismo, la misma estatura, la misma edad, la misma figura, piel blanca grisácea, sin barba pero con pequeños bigotes y además sin una pierna. Este muchacho me miraba con una simpatía extraordinaria. No me fue posible, a pesar de todos mis esfuerzos, detener mis lágrimas; lágrimas de dolor, claro, pero en el fondo había algo que no sabría explicar".

Esta carta de la señora Rimbaud, como otras dos o tres, cuentan entre los escritos "rimbaudianos" de primera importancia, si se quiere tomar en cuenta la medida de la pasión loca de una madre por su hijo muerto; la medida también de lo que Rimbaud tuvo que afrontar en ella durante su vida (de lo que se abrigaba detrás del sentido del deber y los sentimientos religiosos). Toda la religiosidad de la que Rimbaud fue el objeto, tanto por parte de su madre como de su hermana Isabelle (bajo la protección de un cuidado moral, pero aceptarlo sería querer también ser ciego como las dos mujeres) no quiere decir que Rimbaud esté sobre el común de los mortales como un ser elegido al que debemos adorar como a un dios. La hermana que velaba póstumamente sobre él y sobre todo la madre que lo quería todo para ella, estaban convencidas, si no de su genio, sí de la superioridad de Rimbaud, y soñaban para él una ascensión. Por otra parte, sus escrúpulos religiosos habrían sido muy fuertes si no hubiesen disimulado, evitando primero decirlo abiertamente, una pasión casi incestuosa: contar las aventuras de Rimbaud como las de una vida de santo, acumulando testimonios, llenándolo de todas las virtudes y prestándole todos los arrepentimientos, era la expresión más inocente de un amor verdaderamente inmoderado. No era tanto a él a quien traicionaban, sobre todo cuando tenían la necesidad de ser astutas con ellas mismas.

Sería prudente quizás reír menos a propósito de la madre de Rimbaud y su devoción para ver mejor la locura que esconde. Sus cartas a Isabelle, en mayo y junio de 1900, acerca

de la sepultura familiar son prueba suficiente: "Ayer sábado se hizo la exhumación de mi pobre Vitalie y, como había expresamente defendido que ninguna persona tocara, me llamaron a las cinco de la tarde. Cuando llegué el féretro estaba ya abierto. Retiré todos los huesos y las carnes podridas, lo que llaman ceniza; ningún hueso estaba roto, pero estaban todos desprendidos unos de los otros, la carne podrida. Había costillas que todavía se mantenían juntas de dos en dos, conservando completamente la forma del pecho. El cráneo estaba totalmente intacto, todavía cubierto por la piel deteriorada y por muchos de los pequeños cabellos finos, tan finos que apenas se veían". (Charleville, 20 de mayo de 1900). A los pocos días anuncia la exhumación de su "pobre Arthur" y de su suegro. Y hay algo de terrible en el relato de esta mujer desenterrando a los suyos hasta el punto de encontrarse ella misma turbada, como torpemente lo confiesa: "Acabo incluso de derramar el tintero". Cuatro días más tarde describe los restos de su padre, (todos los huesos bien conservados, cabeza completa, la boca, las orejas, la nariz, los ojos. Nada roto), que pone en el mismo féretro de Vitalie. Después trata de mostrarle su futuro lugar (Arthur, nos dice, estará a la izquierda): "Los obreros me hicieron deslizar cuidadosamente hasta el fondo de la tumba; unos me detenían por los hombros, otros por los pies... la salida de la tumba fue más difícil porque está muy profunda, pero estos hombres están muy adiestrados y me jalieron muy bien, aunque con pena". (Charleville, 1o. de junio de 1900).

Curiosamente falta en esta carta la descripción de Arthur. Para él será según sus propias palabras, "una especie de hijo de familia, féretro prematuro cubierto de lípidas lágrimas". (Mala sangre). Que su madre haya rehusado abrir su féretro o que no haya osado describir su cadáver, el sentido del rechazo es el mismo: el de que no se viola la tumba de un dios (el cuerpo de su hijo). Imaginariamente debe quedar entero, ahora que está segura de tener la eternidad para gozar de él: "Mi Dios, ¿es entonces mi pobre Arthur que viene a buscarme? Estoy lista..."

Qué lector apasionado de Rimbaud, delante de las pocas fotografías y retratos que tenemos de él, no ha interrogado largamente esta mirada que no nos ve para arrancarle, si no un secreto al menos una presencia; y no ha sentido al final (tan dolorosamente como si su propia imagen se desvaneciera en el espejo) que no sabremos jamás quién fue Rimbaud. Estamos delante de él como delante del criminal o del ser amado: no nos queda más que querer dormir en su sueño; soñar en sus sueños para comprender más...

Pero, como a la salida del sueño precisamente, no podremos asir la identidad de Rimbaud porque nadie se ha parecido a sí mismo menos que él, cambiando siempre de un documento a otro. ¿Estaba él entre los niños de *Memoire*, "leyendo en la verdura florida su libro de tafilete rojo?" ¿Es acaso el pequeño vestido de primera comunión (fotografiado con su hermano) quien mejor nos recuerda la "pubertad perversa y soberbia" que Mallarmé veía en él? Desgraciadamente hay una sombra demasiado blanca sobre la foto que tomó él mismo y que la envía a los suyos. Ahí se parece a los presidiarios que le fascinaban en su infancia. Se ve también a "este francés grande, seco, ojos grises, bigotes casi rubios pero pequeños..." (carta del cónsul de Aden, 5 de agosto de 1887); en fin, el "trozo inmóvil", el "culo-de-tazón" de los últimos días —Rimbaud emplea estos términos para hablar de sí mismo.

Todo escritor deja atrás de él, a los ojos de su lector, una especie de espectro. Pero si es tan difícil representarnos a



Rimbaud (y primero físicamente) ¿no es precisamente porque al leerlo experimentamos su vana obsesión: la de robarse, un día, igual que el fuego, su propia imagen? De este deseo siempre frustrado (se le promete la caída porque nada es espejo, ni aun el lago cuyo fondo ve inmediatamente) deja en la correspondencia una prueba emotiva y manifiesta: la carta del 6 de mayo de 1883, que acompaña al envío de fotografías. "Esas fotografías me representan, una de pie sobre una terraza de la casa, la otra de pie sobre un jardín de café, otra más con los brazos cruzados sobre un jardín de plátanos. Todo se volvió blanco a causa de las malas aguas que me sirven para lavar. En adelante procuraré hacer un mejor trabajo. Esto es únicamente para recordar mi figura y darles una idea del paisaje aquí". Como siempre en Rimbaud, ningún lazo es visible y nada está subrayado (ni aun los vértigos y los escalofríos en *Una Temporada en el Infierno*: se contentaba con "notarlos"); cómo no ver sin embargo, en estas fotografías que les recuerdan a los suyos su "figura" (cuidado casi extraño), el "desen-

volvimiento" de una fantasía expresada algunas líneas más arriba. En esta carta (la misma en la que decía haber olvidado el idioma de Europa) habla también de su "hijo", "un hijo al que dedico el resto de mi vida a educarlo como yo creo, a adornarlo y armarlo de la instrucción más completa que se pueda esperar en esta época, y a quien veo convertirse en un ingeniero afamado, en un hombre poderoso y rico por la ciencia". Se ve sin pesar a quién se parece este "hijo", ya que para Rimbaud no es más que su propio fantasma: no es el sueño de un bienestar mediocre, como se pudo haber dicho, sino la ensoñación del doble que le permite ser al mismo tiempo pródigo y arrepentido, hijo perfecto de un padre ideal.

Así, la "novela familiar" se desarrolla a la inversa: dentro de un futuro remoto en donde Rimbaud se convierte en el padre que casi no ha conocido ("deserted" también él) de un hijo que debió haber sido él: sueño genealógico gracias al cual se engendra a sí mismo, imposible descendencia que acontece a partir de la mujer (de quien Rimbaud no habla por otra parte más que para evocar a la "viuda" que lo deseará, ya que él se convertirá en un anciano precoz: la futura esposa es entonces un ser estéril y separado).

Después de esta carta, y la anterior, la correspondencia de Rimbaud, si acaso contiene todavía la cuenta maníaca de su dinero o proyectos irrisorios y rápidamente abandonados, se vuelve casi por completo la crónica de sus miedos, de sus enfermedades, de su envejecimiento tan breve e intenso como su vida poética. Luego de la comedia de la sed, de las fiestas de la paciencia y el hambre (en donde los tormentos se acoplaban todavía a la forma literaria), aparecen las letanías de la fatiga ("fatigas extraordinarias que no han provocado más que la fiebre") y su prosaísmo desanimado: "Estoy acostumbrado a vivir de las fatigas"; "tengo miedo de abreviar mi existencia y en un año ahí la gente envejece lo que en cuatro años envejecería en cualquier otra parte"; "estos días me encuentro atormentado por un reumatismo en los riñones que me condena; tengo otro en la pierna izquierda que me paraliza de vez en cuando; un dolor arterial en la rodilla izquierda; un reumatismo (ya viejo) en el hombro derecho; tengo los cabellos absolutamente grises. Me imagino que mi existencia peligra". Y de nuevo: "Un año aquí son cinco en otra parte", o "estoy excesivamente cansado". Hasta el pavoroso final: "Me volví un esqueleto: doy miedo". "Soy un pobre enfermo que hay que trasladar con sumo cuidado".

Se puede, claro, no encontrar nada banal o muy decepcionante en este correo de alguien que confesaba por sí mismo: "...no encuentro nunca nada interesante qué decir", y que da motivos tan simples, tan evidentes, a ese silencio que iba a volverse para nosotros un enigma mayor: "...¿qué quieren que les escriba acerca de aquí? que uno se aburre, que se enfada, que se embrutece, que se harta pero que no se puede hacer nada, etc., etc. He ahí todo, todo lo que uno puede decir por consecuencia y, como eso no divierte a nadie, tampoco hay que callarse". (Harar, 25 de febrero de 1890). Estamos lejos del desafío de la *Saison* cuando Rimbaud prometió guardar para él sus alucinaciones. "Me lo callaré: poetas y visionarios estarán celosos. Soy mil veces más rico, seamos ávaros como el mar". Lo que Rimbaud nos recuerda sin cesar, en los poemas de la correspondencia, es que la aventura más audaz no es en sus poemas la menos trivial, y que la poesía más libre no se salva de las contradicciones ni de una vida cotidiana. De hecho, nadie ha puesto con igual furor en una obra los principios contrarios del deseo y de la realidad, hasta que todo se vuelva contra él. Esto explica porqué lo que debería acer-

carlo a nosotros contribuye a alejarlo más...

Lo que es cierto, hasta en los peores momentos, es que hay alguien en Rimbaud que sigue viendo: primero verse envejecer, después de haber sabido cuándo iba a comenzar. Tiene treinta años cuando escribe, encarando julio del 86 u 87: "Tendré 32 ó 33 años en esas fechas. Comenzaré a envejecer. Será quizás el momento de recoger los veinte mil francos que habré podido ahorrar aquí para casarme en el país, en donde se me verá únicamente como a un viejo, y sólo las viudas me aceptarán." (Aden, 29 de mayo de 1884). Sin embargo ninguna premonición, ningún don profético en la "visión" de Rimbaud, a pesar de esos "feroces achaques al regreso de los países calurosos", y tantos otros pasajes de la *Saison*. Simplemente cuando se acaba de leer o releer la correspondencia africana, es inevitable encontrar en *Una Temporada en el Infierno* el sentido de Eurídice a punto de desvanecerse —referencia tan cercana y al mismo tiempo ya desaparecida. Aun en lo que parece límpido, no se puede diferenciar lo que es claramente deseado de lo que es oscuramente padecido. Rimbaud tiene miedo de ser la víctima de lo que desea perdidamente —una poesía que se transforme en actos— tan es cierto que para él todo deseo debe ser pagado con un castigo. Así, el atractivo por el desierto ¿no es entonces el castigo soñado por aquél que, delante del agua de la infancia o los licores de oro, jamás pudo beber? Rimbaud tenía un deseo demasiado irreal: el de que "los desiertos del amor" no fuesen más que una metáfora.

Rimbaud es atraído por sus obsesiones; y cuando comprueba las metamorfosis brutales de su cuerpo, que le hacen pasar bruscamente de una edad a otra, no hace más que vivir lo que había previsto, antaño, como si fuese el destino poético. Por ejemplo, en 1889 le pesa no poder hacer un *tour* por la Exposición Universal, antes de agregar con una risa amarga: "Será entonces para la próxima, y entonces podré... exponerme a mí mismo, porque creo que se debe tener una apariencia excesivamente barroca después de una larga estancia en países como estos" (Harar, 18 de mayo de 1889). ¿No somos a menudo arrastrados a la famosa *Carta del Vidente* de mayo de 1871 y a estos *comprachicos*<sup>9</sup> cuya historia había leído Rimbaud al principio de *El hombre que ríe* de Víctor Hugo? A tal punto llegó esta diferencia que Rimbaud, para cultivar verrugas sobre su rostro y hacerse el alma monstruosa, no se vendió más que a él mismo. Es decir, el niño se vendió al negrero, el genio al idiota, el adolescente al viejo.

Vivir en su cuerpo —con la rabia ciega que da una voluntad de autocastigo— el destino mismo de la poesía, es querer casarse un día con el horror, y Rimbaud lo sabe: "Un hombre que quiere mutilarse está bien condenado, ¿no es cierto? Si me creo en el infierno, entonces ahí estoy". Toda su vida está dominada por este peligro, por el "Reencuentro que persigue y que aprehende"<sup>10</sup> y que termina por suceder. Rimbaud nos lo dice muy claramente el 15 de julio de 1891, cuando encuentra por primera y última vez la música y aun las palabras de una poesía de la que, sin embargo, parecía no tener memoria: "He ahí el bello resultado: estoy sentado y, de vez en cuando, me levanto y brinco un centenar de pasos sobre mis muletas y me calmo. Al caminar no puedo voltear parado en un solo pie y con muletas. La cabeza y la espalda se inclinan hacia adelante, y uno se encurva como un jorobado. Se tiembla al ver a los objetos y a la gente moverse alrededor de uno, temerosos de tirarlo y quebrarle la segunda pata. Se burlan cuando lo ven a uno saltar. Sereno, con las manos tensas y la axila amoldada, se conserva la figura de un idiota". Esta vez, Rimbaud es quien conserva la figura de un "sentado". Hizo

falta que encarnara el horror para que las palabras vinieran seguidas a él; para que la poesía vuelva a ella, la que quería ritmar la acción, pero convertida en prosa y además coja.

Reencontrando al otro, yo reencuentro al demonio del miedo, después de haber padecido sus prestigios; y Rimbaud tan consciente como horrorizado intenta una vez más huir: "Dígame a qué hora debo ser transportado a bordo..." son las últimas palabras que escribe, el 9 de noviembre de 1891. Mientras tanto su hermana Isabelle olvidó que había que leer en todos los sentidos este pasaje de la *Saison*, escrito veinte años antes: "Sobre mi cama de hospital, el olor del incienso volvió poderosísimo: guardia de aromas sagrado, confesor, mártir..." Claudel, menos inocente, olvidará esta advertencia en cuanto a él: "Las gentes de la iglesia dirán: Está entendido".

No, no entendemos, aun sabiendo que "eso no quiere decir nada". Y si finalmente Rimbaud se nos escapa a todos, es que del violín él es la madera —"peor para la madera que se cree violín"— la cuerda y el arco. Y la mano faltará siempre.



#### NOTAS

<sup>1</sup> Rimbaud, *Obras Completas*, "La Pléiade", Gallimard.

<sup>2</sup> (El subrayado es nuestro, G. M.)

<sup>3</sup> (El subrayado es nuestro, G. M.)

<sup>4</sup> Rimbaud retoma una metonimia corriente en la lengua clásica.

<sup>5</sup> Maurice Blanchot, *La Part du Feu*, Gallimard, p. 158.

<sup>6</sup> Según Isabelle, "A. R. era políglota: sabía inglés, alemán, ruso, italiano, español, griego moderno y árabe". Hay que tomar en cuenta que esta declaración es exagerada (como la de Arthur). Pero no son los conocimientos reales de Rimbaud lo que tanto importa aquí, sino la relación que él mantenía con los idiomas, independientemente de su verdadero conocimiento.

<sup>7</sup> Se declara desertor del 47o. Regimiento de la Armada Francesa: regimiento del cual su padre era capitán en 1852.

<sup>8</sup> En abril de 1891 Arthur tuvo una especie de periódico. El itinerario: notas tomadas de Harar a Warambot (Pléiade pp. 659-661) durante su transporte en una angarilla (hizo 300 kilómetros en 12 días para llegar al puerto de Zeilah). Ahora bien, esta preocupación de tener un periódico (¿para los suyos o para quién?) y viajando en condiciones atroces cuando era torturado por el dolor, no deja de sorprendernos.

Pero no hay sorpresa si se recuerda bien que *Una Temporada en el Infierno* era en sí misma una "relación" y que es un trato común en todos los escritos de Rimbaud: de la prosa más evidentemente poética al periódico más parco (un horario acompañado de notas breves), el tono es siempre el de una "relación".

<sup>9</sup> "¿Quién conoce en este tiempo la palabra comprachicos?"

¿Y quién sabe el sentido?

(...)

Comprachicos, igual que comprapequeños, es una palabra española compuesta que significa "les achete-petits."

Los comprachicos hacían comercio con los niños.

Los compraban y los vendían.

Jamás los hurtaban. El robo de niños era otra industria.

¿Y qué hacían de estos niños?

Monstruos.

¿Por qué monstruos?

Para reír.

(...)

Era todo un arte. Había expertos. Tomaban a un hombre y lo convertían en aborto; tomaban un rostro y lo convertían en morro. Aplastaban el crecimiento; amasaban la fisionomía. Esta producción artificial de casos teratológicos tenía sus reglas. Era toda una ciencia. Imaginemos una ortopedia en sentido inverso. Ahí donde Dios había puesto la vista, este arte metía el estrabismo. Ahí donde Dios puso la armonía, se metía la deformidad. Ahí donde Dios puso la perfección, se restablecía el bosquejo. Y, a los ojos de los conocedores, era el bosquejo lo perfecto."

Víctor Hugo

*L'Homme qui rit* (El hombre que ríe).

<sup>10</sup> René Char, *Arthur Rimbaud* (en *Recherche de la base et du sommet*. Poésie/Gallimard, p. 128).

## ROBERTO DIEGO ORTEGA

# SOBRE LA CUERDA

*Tras mucho tiempo de congelación en los laboratorios de lo que llamaré mi huida, tu flotante discurso, ya muerto, no perdía su virulencia, sus cabellos mirando la intención del espejo.*

José Carlos Becerra

Ha terminado el tiempo de los *clowns*.  
En los laboratorios de la noche tres indicios que pudieron desecharse,  
es como la historia tras las bambalinas:  
no hay más sino tu rostro, maquillajes retrocediendo al espeso sudor,  
el cansancio que termina otra estúpida función  
y tu cuerpo prematuramente ajado y pálido;  
mira la intención del espejo, desnuda y sin ambages;  
todo aparece con ambigua claridad, con inmanencia de duda.  
La luz concede su seguridad brumosa,  
señala la distancia entre los muebles,  
sus designios y el callado reclamo de pisar la tierra firme.  
*Tierra firme*: si lo piensas un fulgurante vacío llega a tus brazos  
y si construyes una posible justificación siente muy pronto cómo caen sus eslabones,  
puedes incluso constatar el estruendo si sales a la calle  
que a su modo repite tu exacta desnudez, tu manera frágil de *permanecer...*  
y una rotunda pesadez de plomo te satura.  
Qué fácil así sentirse aparte, qué fácil mostrarse muy distante  
y sin embargo permanecer. Dar por vencidos los indicios,  
romper con religiosidad "todos los lazos" que te ataban  
y sin embargo seguir permaneciendo.  
¿Pero de qué modo pudo ser distinto? ¿Cómo si hasta el último de los horarios que  
en verdad te ataban  
fue cumplido en todas sus configuraciones?  
Ni siquiera atreves un mínimo pretexto —sabes que volverías a mentir.  
Algo te hace sospechar que los perfiles de la noche,  
tu deshacerte de ellos, no era lo que en verdad habías cumplido;  
y no te sirve esa incierta claridad:  
Las dudas palidecen  
hasta descubrir la más patética y risible desnudez,  
la tensa, nerviosa, artera desnudez;  
"una pesadilla flota por todas partes".  
Parece que te escucha la intención del espejo  
pero el tiempo de los *clowns* ha terminado,  
la cuerda se despelleja:  
nos preparamos al espectáculo con un placer inexplicable.

# SALVADOR MENDIOLA

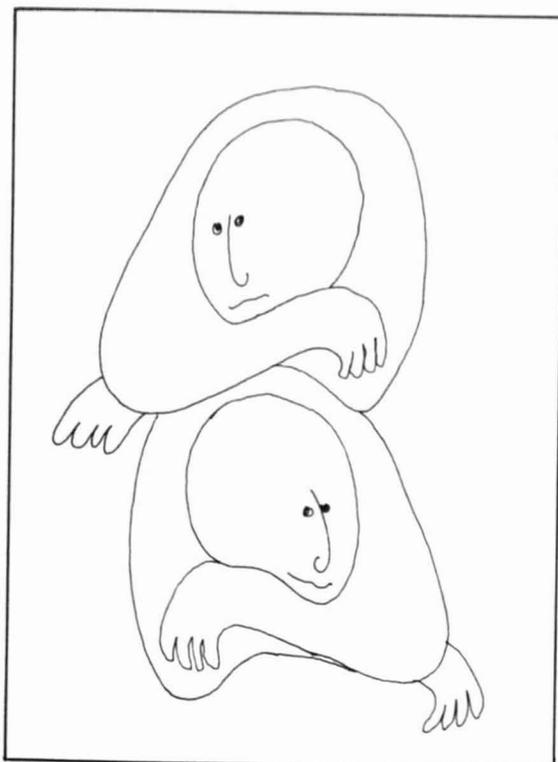
## EL FLACO NOVALIS

(FRAGMENTO DE NOVELA)

Para Otaola.

EL FLACO NOVALIS ESTABA CAYENDOSE DE BORRACHO. Jaló aire por la boca, trató de detener el carrusel y siguió caminando por Parque Lira hacia la estación de Tacubaya del Metro; mientras tarareaba *Riders on the storm* y cavilaba pendejadas. Eran las seis de la mañana; el día había amanecido algo nublado, pero no hacía mucho frío en la calle. A esas horas la ciudad fingía estar despertando; aunque —como todo mundo sabe— desde hace varios años el insomnio, hermano siamés del miedo, no le permite cerrar los ojos durante la noche. La ciudad, enferma de insomnio crónico, vive con los ojos abiertos; pero está ciega. Si el Flaco no se derrumbaba antes de tiempo o se perdía en el camino, calculaba llegar al departamento del Bóiler Villaurrutia antes de que dieran las siete.

Novalis había pasado la noche en casa de Virgilio M. Casanova. No durmieron. Mientras discutían, leían poemas, guardaban silencio y escuchaban discos de los Doors (“pura nostalgia precoz, puro afán de seguir envejeciendo a contracorriente”); consiguieron vaciar doce latas de cerveza Tecate, una botella de a litro de ron Bacardí Carta Blanca y la mitad de otra de brandy Viejo Vergel; además de fumarse la provisión semanal de marihuana de Virgilio (“saboréala, pinche Flaco, me la acaban de traer desde Oaxaca”). Ya en pleno éxtasis dionisiaco, hubo un momento en que las cosas se pusieron demasiado teatrales, es decir, bastante ridículas. “Me cae de madre que ahora sí me suici-



do”, gritó Novalis, al abrir una ventana para fingir a Casanova con que se tiraba de cabeza a la calle. “¡No mames, pinche Flaco! Lo que pasa es que ya estás pedo”, le dijo Virgilio, cogiéndolo de un brazo y tratando de calmarlo. La cosa no pasó de ahí; pero eso sirvió como primera advertencia de que el Flaco Novalis sí tenía ganas de matarse ese día. “Quédate a dormir aquí”, dijo Virgilio, cuando comprobó que el Flaco se había calmado y que la mota se estaba terminando; pero Novalis no aceptó su invitación. “No tengo sueño y todavía me quedan muchas ganas de seguir chupando”. Casanova comprendió que su amigo ya estaba muy borracho, tan borracho que de nada serviría tratar de darle explicaciones; así que mejor optó por dejarlo hablando solo y se retiró a dormir. Además de estar quedándose dormido, a Virgilio no le gustaba tomar alcohol sin estar quemando mota, y no tenía ganas de seguir soportando los caprichos de Novalis.

El Flaco no quiso darse por vencido. Al verse solo, descolgó el teléfono y marcó el número del Bóiler Villaurrutia:

—...

—Boilercito, ¿eres tú?

—...

—Oh, cabrón, no te enojés. Necesito verte ahora mismo, es algo muy importante.

—...

—Estaba empedándome con Virgilio...

—...

—Aquí, en su casa. Pero el muy ojete ya tronó, se fue a dormir y me dejó abandonado a mi suerte con media botella de Viejo Vergel.

—...

—No, no puedo esperar. Te digo que es algo muy importante.

—...

—¡Agarra la onda, pinche Bóiler! Necesito hablar contigo.

—...

—Bueno, entonces voy para allá. No te vayas a dormir, eh. Hoy tengo muchas, pero muchas ganas de empedarme.

—...

—Sí, pero todavía no estoy tanto como quisiera. Quiero echarme unos hidalgos contigo.

—...

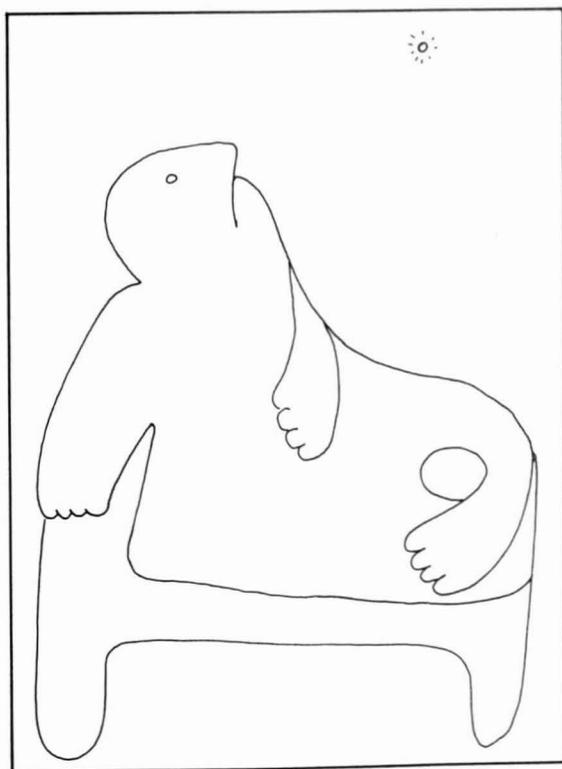
—O’key, nos vemos al rato. Te juro que no me tardo nadita. Nomás no te duermas, aguántate un ratito, ya voy para allá.

Colgó el teléfono, tomó la botella de Viejo Vergel, recogió la libreta con sus poemas y gritó: “Virgilio M. Casanova, hijo de tu reputísima madre dormilona, ven a abrirme la puerta que ya me voy a seguir chupando en otra parte.” Pero Virgilio no respondió. El Flaco buscó las llaves, las encontró y salió a la calle. Durante un buen rato se sintió completamente desorientado; no recordaba en dónde estaba ni a dónde iba. Luego, nada más por pura

intuición alcohólica, comenzó a caminar hacia la estación del Metro. No podía perder tiempo, el Bóiler le advirtió que solamente lo esperaría hasta las siete de la mañana; a esa hora descolgaría el teléfono, desconectaría el timbre y se metería a dormir. Villaurrutia también estaba desvelado; pasó la noche despierto, escribiendo su colaboración para *Nexos* y corrigiendo los poemas del libro que entregaría a los de *La Máquina de Escribir*.

Al llegar a la estación del Metro, Novalis recordó que estaba terminantemente prohibido el paso a personas en estado de ebriedad; mas no se dejó intimidar por las prohibiciones, estaba en plan terco. Destapó la botella de brandy y le dio un trago, luego la ocultó bajo su chamarra; sacó el dinero exacto para comprar un boleto, se pasó la mano por el pelo, arregló un poco el estado de sus ropas y trató de aparentar serenidad (pues le resultaba imposible controlar la borrachera que se cargaba). Lo que más trabajo le costó fue tratar de caminar en línea recta; hizo lo que pudo.

Sin ninguna dificultad pudo pasar la prueba de encarar a la cajera, que ni siquiera se molestó en mirarle la cara. Llegó a los torniquetes: el guardia estaba distraído, discutiendo con una señora que quería entrar cargando sus bolsas del mandado (que también está prohibido). El Flaco aprovechó la coyuntura: metió su boleto, pasó lo más rápido que pudo y, trazando eses y zetas, corrió hacia las escaleras, parapetándose tras de un grupo de obreros que también bajaban corriendo. Arribó al an-



dén justo a tiempo para abordar el carro; saltó y las puertas se cerraron a sus espaldas. Todo había salido a la perfección, estaba salvado y en camino a la casa del Bóiler Villaurrutia. Se felicitó a sí mismo y —para festejar su triunfo sobre la Ley— sacó la botella y le dio otro trago. Ahora sólo tenía que preocuparse por no quedar dormido y no equivocarse a la hora de transbordar en Balderas.

No hubo contratiempos, Novalis llegó a Tlatelolco en menos tiempo del que había previsto; en el reloj de la estación vio que apenas eran las siete con treinta y dos minutos.

Al pegarle el aire, la borrachera se le subió. No recordaba el nombre del edificio donde vivía el Bóiler Villaurrutia; pero, todavía en plan terco, creía recordar por dónde estaba situado (“está cerca de la Torre, casi enfrente del Teatro del Ferrocarrilero”) y, confiando en su suerte de borracho caprichudo, estaba seguro de reconocerlo en cuanto lo viera. Por desgracia, a esas horas su sentido de orientación y su suerte se encontraban bastante mellados por la cantidad ingerida de alcohol. Dio vueltas y vueltas sin poder encontrar el edificio que buscaba: todos eran iguales, nada los diferenciaba. Se dio por vencido, era inútil seguir caminando a lo tonto. Dirigió también sus tambaleantes pasos hacia un teléfono público: estaba descompuesto; también el siguiente. Hasta el tercero pudo llamar de nuevo al Bóiler para pedirle ayuda. Minutos más tarde, visiblemente enojado y con cara de enemigo público número uno, llegó Villaurrutia a buscarlo.

El Flaco Novalis estaba tirado debajo del teléfono, profundamente dormido. La botella de Viejo Vergel, vacía, estaba entre sus manos, junto con la libreta de poemas. Villaurrutia trató de despertarlo:

—¡Orale, pinche borracho, ya levántate!

Novalis siguió dormido, roncando ruidosamente.

—Flaco, Flaco, despierta. Ya llegué, vámonos. ¡Caray, esta no es la hora ni el lugar para que me salgas con estas payasadas! ¡Andale, levántate de ahí! ¡Cabrón, despierta! —el Bóiler movía al Flaco y trataba de hacerlo reaccionar golpeándole la cara.

El Flaco Novalis abrió los ojos:

—Buenos días.

—¡Chale, no mames! Levántate de ahí y vámonos para la casa, allá nos saludamos todo lo que quieras.

—No puedo moverme, pendejo. Estoy pedísimo.

—Ya lo veo. Bueno, pues entonces aquí te quedas hasta que se te pase la borrachera. Ni pienses que te voy a llevar cargando hasta la casa. Al rato, cuando puedas moverte, pasas a buscarme.

Novalis, apoyándose en los hombros de Villaurrutia, consiguió ponerse de pie.

—¡Ya ni la amuelas, pinche esqueleto de esqueleto borracho, mira nada más cómo andas!

El Bóiler, deteniendo al Flaco de un brazo, lo ayudó para que comenzara a caminar hacia su departamento.

—Estoy pedísimo y no fui a dormir a mi casa, Boilercito.

—¡Uy, qué novedad! ¿Y qué quieres que haga?

—Pero es que ya no quiero regresar.

—¿A dónde?

—A mi casa, pendejo.

—Si me vuelves a pendejear nada más así porque sí, me cae de madre que te quedas a dormir aquí en la calle.

—Oh, tú cálmate. ¿Qué no ves que no estoy en plenas facultades? Estoy muy borracho y quiero decirte algo muy importante.

Llegaron al departamento, el Bóiler recargó al Flaco en la pared, abrió la puerta y entraron a la sala. Novalis se desplomó en uno de los sillones.

—¿Está tu jefa?— preguntó Novalis desde su limbo alcohólico.

—No, por suerte tuvo que salir de viaje hace dos días.

El departamento era propiedad de la madre del Bóiler, y estaba decorado con todo el mal gusto que una mujer divorciada de la clase media cree que debe estar decorado un departamento de soltera: muebles de Knoll, réplicas de cuadros muy famosos, un librero sin libros, ceniceros de cristal cortado, macetas con millonarias, una enredadera colgando del techo y adornos de porcelana por todas partes.

—Boilercito.

—¿Qué quieres?

—Ponte un disco de los Doors, ¿no? El que tú quieras y gustes. ¡Ah! y tráeme un vaso de algo, necesito beber más alcohol, ya me estoy desbielando.

—¡Sí, cómo no, lo que usted mande, patrón! Pero ¿qué tal si mejor nos vamos a dormir? Al rato seguimos chupando y platicamos con más calma; ahorita me estoy cayendo de sueño, trabajé toda la noche.

—Yo no tengo sueño.

—Tú no, pero yo sí —el Bóiler no escondía el disgusto que le provocaba la mañanera visita de su amigo.

—Oye, ¿Ya leíste el nuevo libro de Gerardo Deniz? —preguntó Novalis, que de veras no tenía ni la más mínima intención de irse a dormir.

—Sí, ya lo leí. ¿Qué onda con ese libro?

—¿Qué te pareció?

—Bueno, muy bueno. Pienso escribir algo acerca de él.

—A mí también me parece bueno, pero Virgilio dice que...

—¡Oyeme, cabrón, no me vas a salir con que nada más viniste para platicar conmigo del libro de Deniz, verdad!

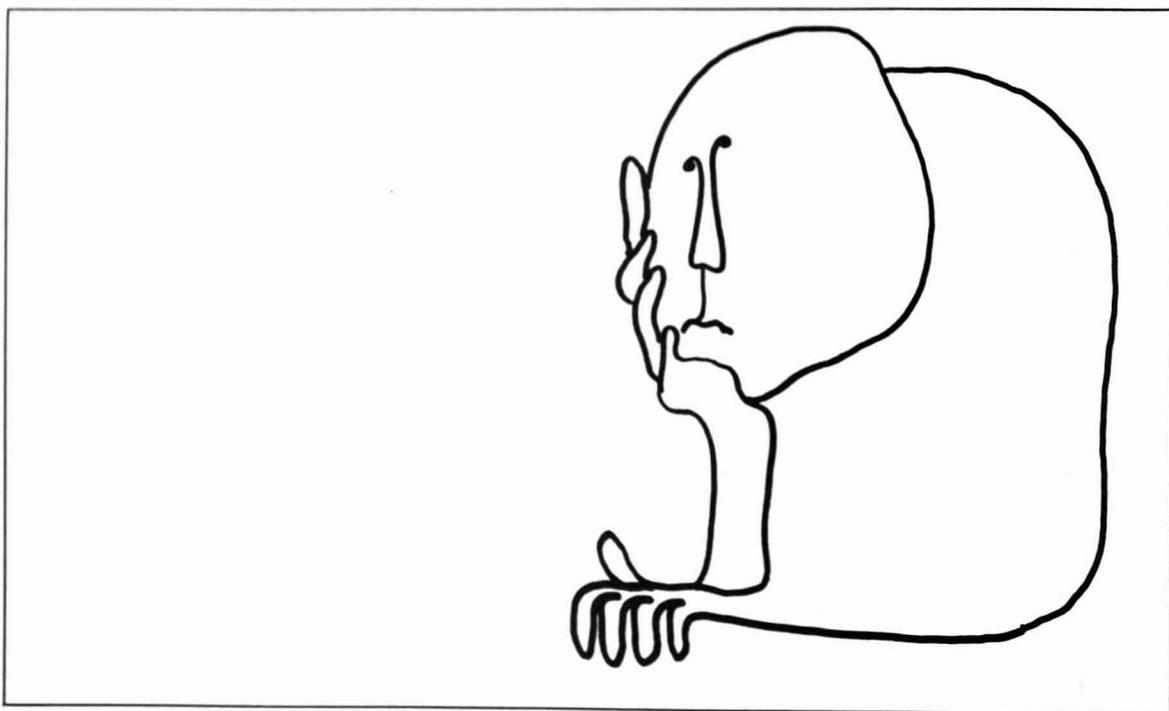
—...

—¿Sabe Cristina en dónde andas?

—No, a ella no le importa lo que yo haga.

—¿Cómo que no? Es tu esposa.

—Me vale.



—¿Por qué no fuiste a dormir con ella?  
 —Porque no tengo ganas.  
 —¡Pero si todavía no llevan ni un año de casados!  
 —Me vale. Estoy cansado, cansado de todo. Me siento cansado con zeta, ¿entiendes? Estoy hasta la madre, no sé por qué, pero estoy hasta la madre. Tengo muchas ganas de matarme.  
 —¡Ah! ¿Te cae?  
 —Me cae de madre que quiero suicidarme; si no hubiera sido por Virgilio, ahorita...  
 —¿Entonces por qué me vienes a molestar, cabrón? Si tienes ganas de matarte, pues máatate y ya, pinche loco; pero no vengas a joder a los cuates que tienen sueño.  
 —Estoy hablando en serio, pendejo.  
 —Yo también. ¿A poco crees que me voy a preocupar mucho si te suicidas? Haz lo que se te pegue la gana con tu mediocre vida, yo no te voy a decir que no te mates. Lo que me molesta es que hayas venido a moler a estas horas del día. Deveras que me vale madres si te vas a matar, ahorita tengo mucho sueño.  
 —Pero es que quiero decirte algo muy importante, por eso te vine a buscar, pinche Bóiler pendejo.  
 —...  
 —¿A poco crees que vine hasta aquí nada más para que me regañaras? No, necesito de tu ayuda. Quiero decirte algo muy importante.  
 —Bueno, ¿qué es lo que me quieres decir?  
 —...  
 —...  
 —¡Chin, ya se me olvidó! Ahorita no puedo acordarme, pero no te enojés, me cae de madre que es algo muy importante.  
 —¡Chale, deveras que te la estás jalando regacho, pinche Flaco! Lo que pasa es que estás borrachísimo. Bo-rra-chí-si-mo, ¿entiendes? Mejor vámonos a dormir. Ahorita ya nada más estamos hablando a lo pendejo.  
 —Sí, estoy pedo, pedísimo; pero no hay pedo con que esté pedo. Tengo ganas de platicar contigo.  
 —Yo tengo mucho sueño.  
 —¡No mames! Igualito me acaba de hacer el ojo de Virgilio.  
 —Pues hizo bien, estás insoportable. Al rato seguimos platicando, yo ya me voy a la cama. Si quieres, creo que hay una botella de ron en la cocina. Pero mejor vámonos a dormir.  
 —Boilercito, no me dejes hablando solo. Necesito decirte algo muy importante... No te vayas... Echate un hidalgo conmigo.  
 Cansado de discutir con un borracho, el Bóiler Villaurrutia dejó al Flaco Novalis en la sala y fue a meterse en su recámara.  
 —¡Pinche puto egoísta, no me dejes solo!  
 Al verse de nuevo solo, el Flaco Novalis se levantó del sillón y caminó, tropezando con cuanto mueble y objeto se interpuso en su camino, hacia la

cocina. Si nadie quería platicar con él, no le importaba. Estaba dispuesto a terminarse esa botella de ron escuchando discos de los Doors. Pero a mitad del camino le dieron ganas de orinar y, sin dejar de trastabillar y chocar hasta contra las paredes, caminó hacia el baño. Una vez allí, no pudo hacer otra cosa más que vomitar, vomitar y vomitar; con tan mala puntería que ensució la taza y el piso.

—¡Pinche loco, mira nada más lo que estás haciendo! —gritó el Bóiler Villaurrutia, al llegar corriendo para contemplar el desmadre que se traía su amigo—. Ahora vas a tener que limpiar todo esto. No, mejor ya vete a la cama; al rato, cuando se te baje la borrachera, limpias tu vomitadota, pinche cerdo. Y da de buenas que no está mi mamá; si no, me cae de madre que ahorita mismo ya te estaría sacando de aquí a punta de chingadazos y patadas voladoras. ¡Carajo, esto es lo que me saco por andar consecuentando borrachos!

Novalis estaba mudo. Caminó sumiso hasta la recámara, con grandes trabajos se sacó las botas y entró en la cama de Villaurrutia. El Bóiler lo vigiló desde la puerta, pues temía que en cualquier momento le volvieran a dar ganas de vomitar; cuando vio que el Flaco se metía en la cama y permanecía quietecito, se quitó la ropa, se puso la pijama y también fue a meterse bajo las cobijas, empujando a Novalis para que le hiciera un lugarcito.

—Boilercito, perdóname, te juro que fue sin querer— dijo Novalis, que seguía empeñado en no dormir.

—Por favor, ya duérmete, ¿sí?

—Pero antes dime que me perdonas, me cae que me siento muy mal por lo que hice— el Flaco se dio la vuelta y abrazó a Villaurrutia.

—¡Suéltame, pinche puto! —el Bóiler le dio un empujón que por poco y lo saca de la cama.

—Perdóname, te juro que fue sin querer. Tú sabes que te quiero un chingo. Si no fuera por ti, ya me hubiera matado. Lo que pasa es que...

—¡Oh, cabrón, te digo que te duermas! Date cuenta de que son las siete de la mañana y estás muy borracho; mejor platicamos al rato. Ahora duérmete.

—Pero es que...

—¡Suéltame, que no estás con Cristina!

—No te enojés, nomás te estoy tratando de explicar...

—¡Carajo, ya duérmete!

Novalis quiso seguir hablando, pedir perdón por lo que había hecho; pero de su boca ya no salió ninguna palabra. Estaba totalmente agotado por la borrachera, la desvelada y la vomitada. Los ojos se le cerraron y quedó profundamente dormido.

El Bóiler Villaurrutia todavía permaneció despierto por otro rato. Quería entender qué era lo que le estaba ocurriendo al Flaco, a quien sentía cada vez más a punto de valer madres. Pero el cansancio y el sueño lo vencieron antes de que pudiera pensar algo claro.

JOSE MANUEL PINTADO  
DONDE SE HABLA DE UNOS  
RESTOS LLAMADOS CIGUANABA

Sea en el encuentro de un sueño, en tu territorio  
erigido desde salvador hasta el soconusco  
donde yo me tope con la furia de tu grupa.  
Sea en la orilla de la arena, en el resquicio de un viento  
norte soplando a 85 kilómetros por hora noche y día,  
sea en cualquier borde de las sábanas donde ocurra tu aparición  
definitiva, la que habrá de dejar  
tu latido galopando sobre mi cuerpo, tus ojos  
mirando por mis pupilas mientras contemplo  
cómo se pierde el tiempo en tus lagunas, en tus cavernas íntimas.  
Sea en el centro del mediodía  
cuando caiga el relámpago de tu crin,  
cuando tus belfos beban todo mi aire  
y dejen nomás transparencia pura en lugar del accidente, del suceso.  
Entonces acudirán las hembras de todas las especies  
como ante el conjuro de un crimen.  
Entonces una manada de sirenas atormenta el oído encadenado  
de odiseo mientras se sueltan los apagadores de una tormenta eléctrica  
que le da forma al mundo de otra rosa de fuego.  
¿Dónde florecen hoy las ruinas de tus antiguas ciudades, Ciguanaba?  
¿En qué gruta de la selva nace la mano deseante de acariciar tus estelas  
entre oscuras vegetaciones?  
Por esos rasgos pasa la constancia de tus últimos despojos,  
la escultura que tu imagen dejó impresa en moldes de lava,  
el eco de un relincho lejanísimo  
y no se sabe ya si es de amor o de combate.



DAVID OJEDA

## PIERNAS DE DAMA BLANCA

Mira. Yo estaba ya en el café cuando llegó uno. No le puse atención mientras permaneció solo, bebiendo jugo de naranja, con el periódico en las manos. Al entrar al lugar el otro, minutos después, me fijé en ellos; no sé por qué. Supongo que les dio mucho gusto el encuentro porque se abrazaron y rieron un buen rato. De todas maneras noté a uno raro; no tanta alegría. Que bueno que me esperaste, dijo otro. Se sentaron a platicar las cosas que recordaban y luego, poco a poco, enmudecieron. Como que se les había terminado la memoria. Bueno, así. Quise que nos viéramos para proponerte algo, anunció otro. Uno no respondió, se veía los dedos, parecía ansioso; de pronto preguntó, pronunciando casi por separado las sílabas: ¿que te casaste con la magdalena?. Si hermano, contestó otro, y te manda saludar. Después, tras un breve silencio, le contó a uno de su nuevo puesto. Era como político. En seguida se entretuvo en extraer un puro de su tubo metálico, en buscarse el encendedor y eso. Uno quiso replicar con un murmullo que aludía a su tipo de trabajo, yo creo, pero de inmediato decidió callarse. Los observaba desde mi mesa y pensé entonces que discutirían la propuesta de otro; no obstante, uno daba la impresión de no tener interés. Habían dejado ya de verse y únicamente uno fingía sonreír con nadie en tanto que tosía el como político poniéndose una servilleta frente a la boca, forzando el hilo de entrada al preguntar a su amigo si todavía jugaba igual que en la facultad. Uno hizo que sí con la cabeza. Una partidita pues, así hablaremos a gusto, propuso otro. Solicitaron un tablero. Yo ordené más café y me dispuse a curiosear desde mi lugar, ahí, a dos metros de los tipos. Al de la esposa magdalena le tocaron blancas.

Negras. Surgen mis trincheras y mis soldados entre nubes de mañana fría, desempolvamos uniformes para ganar o perder esta guerrita contra examigo. Jugar en un día que todo quiere hundirse porque el oponente se presenta a la batalla magdalena acompañado de recuerdos y entonces a darle versus dragón y princesa magdalena. La propia suerte depositada en dieciséis trozos de madera.

Eso se descubre en los primeros momentos, ¿no?, por el modo de coger las piezas para alinearlas o principiar la apertura: ritualmente (P4R). Será un buen juego, me dije. Tú lo hubieras notado también. ¿Verdad?

Avancemos (P4R), que se entable una lucha gris, negritas, donde la mayoría somos nosotros, inermes, metidos en nuestra ropa, buscando una loza firme que nos brinde apoyo. Atacar durante un momento frágil que nos empuja a cruzar viejas puertas magdalena y a recorrer pasillos en ruinas, lugares abandonados en silencio alguna vez. La cueva del dragón, por ejemplo, dentro de la que un eterno cadáver magdalena descansa pálido y mustio en su caja de madera. Nos frotamos las manos

para demostrar entereza en una contienda que nos lleva a echar la vista atrás para reconocer nuestros pasos que brillan sobre las lozas indicándonos que nunca hemos abandonado los laberintos que conducen a nuevos pasadizos nuevos lugares amenazas antiguas sensaciones magdalena que se han venido gastando a fuerza de mimos magdalena. Antes, es cierto, corrimos por aquí sin reparar en el lugar; ya no más ahora que el tiempo nos pesa y hace falta, que cada recoveco es habitado por arañas golosas que devoran los insectos menores de la memoria. Así se ve el asunto y a quién le importará, negritas; ninguna amiga vendrá a tendernos una mano que nos acaricie la cabeza, ningún amor viejo magdalena se levantará para indicarnos la salida a dónde magdalena. Nadie. Y sin molestia por la oscuridad intuiremos miradas de alianza dentro de una soledad que nos seca el cuerpo y nos empuja a la habitación más alejada y húmeda; ahí, una gota terca marcará el tiempo y nuestro fin tarde o temprano. Hablamos, sí, contamos medianas aventuras a nuestros compañeros, mencionamos fobias, negritas, el odio al enemigo, los planes acordados; pero nada de nosotros sale a flote finalmente. Siempre metidos en las fauces de un monstruo que apenas nos permite sacar pocas palabras. Sin embargo alzamos los puños y rechinamos los dientes demostrando que el desamparo es aparente. Vemos caras que se mueven, negritas, y cubren el horizonte, blancas todas; detectamos a lo lejos voces de mando y consignas que nos dibujan como un débil enemigo. Entonces despegamos nuestras piernas de las lozas y sentimos que los nervios se nos tensan; luego, una niebla fría vuelve a rodearnos, ocultándonos varias aves perezosas que dejan caer sus plumas viejas sobre campanarios derruidos. Nos encogemos de hombros y calentamos una sopa antes de repeler los ataques que se inician sobre flacas cabalgaduras (C3AR), intentos de cobardes asesinatos a los que debemos responder, negritas, con energía (C3AD). Las puertas se multiplican y cargamos llaves que para nada sirven pues éstas permanecen abiertas, arrojando trozos inservibles de cuerpos magdalena y vapores que nos rodean de pestilencias. También revivimos pesadillas que sólo nos atrevemos a contemplar en sus principios antes de voltearles la espalda sin enmudecer con ellos los gritos de actores mediocres que figuran una locura triste e inútil y muy pinche. Habría que recordar, negritas, caminos de salida, tácticas brillantes; ojear mapas y planos aunque sepamos que se nos esfuman en la parte derecha de la cabeza hasta ser únicamente manchas y rayas grises de difícil interpretación. Y a qué muchacha se pide auxilio así; a quién magdalena que nunca desentrañará la razón de tales marcas y piedras, de este sol apagado que no sabe calentar y descansa los brazos con desaliento antes de largarse. Nosotros, negritas, seguimos sobreaviso, calándonos las botas bajo la lluvia fina, preparando monturas y salvan-



do documentos. Las familias amadas alguna vez llegan a despedirnos y llenarnos el morral con pan caliente. En nuestra última mirada hay rastros de ternura, lágrimassimuladascon un vistazo a los perros. Las palabras, los pequeños reproches y las promesas mueren en un árbol. Quisiéramos entonces que alguien nos pasara un brazo sobre los hombros. Y no es así, ni siquiera el amor más insistente intuirá los momentos en que a todo le da por desmoronársenos. Sólo nosotros a la espera de lo previsible (P4D), buscando las señales de mayor peligro para adelantarnos en la estocada (PxP). Tírar golpes, eludirlos, medir sus intenciones mientras alrededor se fortalece el griterío. Vemos nuestros ojos en el otro: espejo donde se estudia el propio valor. El notará un desasosiego en su mano a la hora de tomar la taza magdalena sabrá que nuestros caminos se orientaron desde el principio magdalena el uno contra el otro y ejecutará su movimiento (P3A) que nos impone una elección definitiva; privilegio de blancas. Y se nos antoja permitirnos un vistazo abajo: valle ocultado paulatinamente por las nubes. En él alguien presentará por un instante magdalena que la lucha se ha instaurado en este café; sin embargo, volverá a sus quehaceres sin sobresaltos o molestias. Solos los dos arriba, manejando combinaciones inofensivas antes de reconocernos del todo en una colina manchada por nubes grises, espesísimas, desembarazándonos de cualquier rastro de cariños. Así, eligiendo una porción del enemigo magdalena le enterraremos dedos y dientes para acabarlo y destruir con él sus amores magdalena aunque crea que caímos en sus trampas: PxP.

Perdiste pinguito, ya te chingaste con esa jugada, gritó de pronto blancas luego de haber estado en silencio. Se puso a reír entre burlón y viejo amigo y después tarareó desafinadamente. Las negras alzaron sus cabecitas; de inmediato confirmaron sus posiciones. A éste se le olvidó la cortesía en el juego, ¿pensaría uno? que sólo limpió a escondidas, con un pañuelo blanco, el rastro de sangre de sus dedos que ya habían colocado el despojo a un lado del tablero. La apertura lucía completa. Uno se veía quieto y extraño. Blancas calculaba el salto de su caballo dama. Los meseros transitaban en silencio por ahí, sin provocar el choque de vasos en la charola. Tense el cuerpo de negras, derecho sobre la silla, frotando constantemente el pañuelo entre sus manos. Otro, seguro de sí mismo, espoleó su caballo (CxP) y volvió a cantar; hacía la voz de modo que sonara chistosa y golpeaba la base de la mesa con sus zapatos, marcando un ritmo monótono. Te voy a joder, pinguito, advirtió arqueando las cejas. Ni siquiera cuando alfil rey negro se impacientó quiso callarse.

A5C. El enemigo, negritas, con los trucos estúpidos de siempre, con olores a loción magdalena y a tabaco, con el leve bulto del bolsillo donde debe cargar la foto magdalena de su mujer y su nenito.

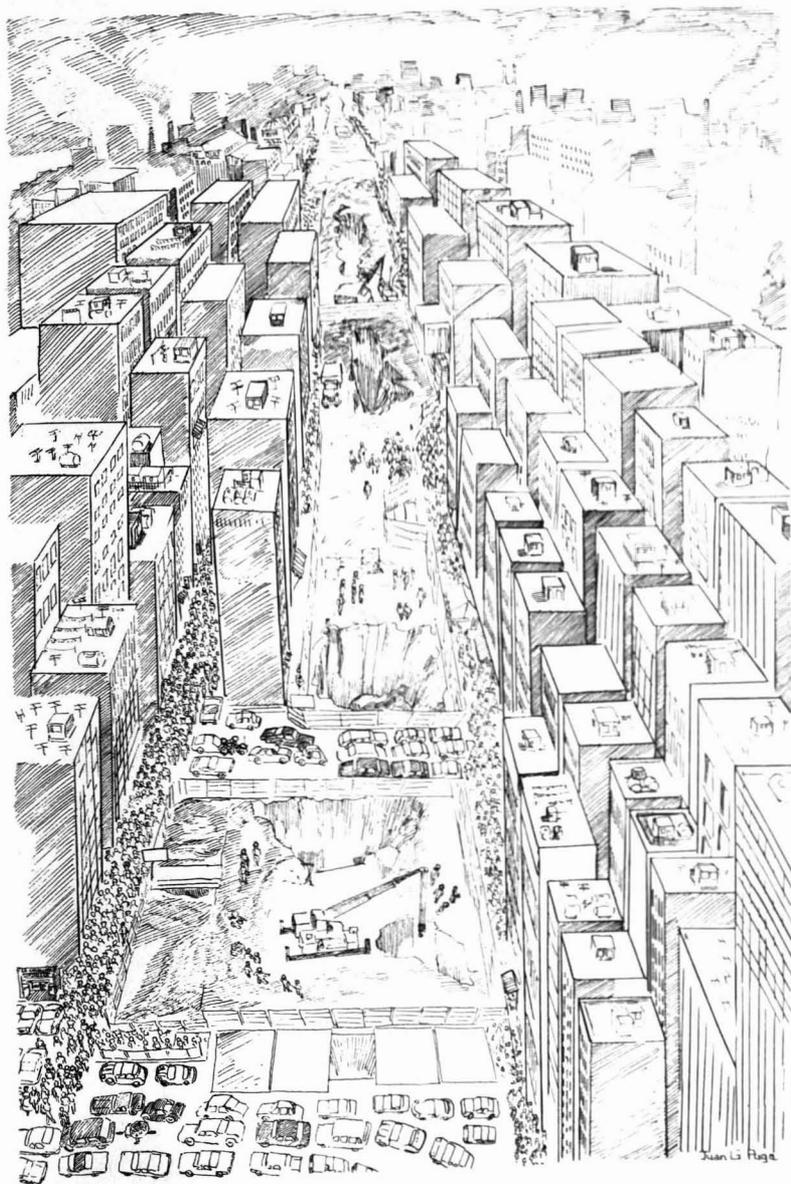
Contendiente que con idiotas canciones pretende arrojarnos un puñado de tierra a los ojos cuando la maza le busca el cuerpo y nuestras torres, negritas, prueban sus cañones. De igual modo habremos de acabarlo al hundirle nuestras manos duras en el abdomen y cortarle la cabeza para mecerla después por los cabellos frente a una multitud improvisada en este lugar. Con un simple juego negritas, con la pérdida de tiempo en un café.

Mi alfilito te va a chingar, repitió blancas balanceando la pieza con un gesto muy lento. Las negras lo vieron instalarse confiado (A4AD). Sobre la mesa se oyeron vocecitas. Curioso, te digo.

P3D. Seguro, con la constante obviedad de su táctica. Intenciones babosas. Y observamos al rival, cómodo frente a nosotros, aliviando su mediocridad con un juego que no evitará nuestras derrotas. Paseamos la mirada por el terreno, ansiosos negritas, buscando magdalena en un árbol con la que podamos ayudarnos a sonreír a pesar del cansancio. Pero ojo negritas, que este hombre no adivine, no, el abatimiento que mostrábamos antes que él apareciera; oigámoslo cantar con indiferencia, como si no fuera aquel tipo a cuyo lado bebimos cerveza cierta vez en una taberna que nos castigó con voces y cánticos de viejos alcohólicos. El, borracho feliz, entonces confesó escribir también poemas a esa dama y después juramos con las manos sobre las dagas respetarle a ella su decisión sin resentirnos. Enemigo examigo, y ahora defiende confiado la risa magdalena de su mujer, la alegría de su hijo; analiza con sorpresa nuestras ropas comunes y gastadas. Nosotros sabemos, negritas, que allá adentro, en su memoria, recreará con burla nuestras alianzas y promesas, los planes de pelear por un futuro que de realizarse ahora acarrearía su muerte, la sinrazón de su avaricia. Por ello hay que manotear contra la niebla que nos cubre, disipar el alcohol de nuestra cabeza, resistir el abatimiento, negritas, y empujar nuestras lanzas en el vacío esperando toparlas en algún cuerpo tibio para luego echar a tierra una rodilla y testificar con deleite su agonía, la pequeña victoria en una larga lucha de la cual esta batalla es un símbolo más: tablero que se transforma en la calle, en el trabajo de todos los días, en la angustia de cada odio.

Tras enrocarse (O-O), blancas se levantó disculpándose con uno: que iba a telefonar, que debían saber donde localizarlo. Negras ni se movió, seguía contemplando algo que no estaba allí y que parecía ser representado por dama blanca. Su pañuelo se teñía de rojo. En ese instante me miró por casualidad y sentí miedo al notarle los dientes tan apretados, los ojos tan brillantes, tanto odio chingado en él. Otro regresó un minuto después, viendo la hora en su reloj muy de oro; anunció que no se preocuparía durante un buen rato. Empezó de nuevo a cantar y dijo por cierto pinguito, la cosa es ésta, me gustaría que colaboraras de algún modo conmigo, puede haber un puesto fregón para tí.

AxC. Por qué nos obliga a escucharlo, negritas, en momentos que la lucha se torna secundaria, justo cuando la memoria reinicia su caracoleo para deslumbrar nuestros ojos y distraernos ante la estocada del rival. La imagen del dragón agita sus alas magdalena al aflojarse las cadenas por descuido. Y entonces, negritas, se adelgazan los diques de los ríos y la seguridad de nuestros paseos por las riberas se ve amenazada. Debemos aferrarnos al odio, negritas, a pesar de los temores por la derrota, hay que forjar planes para festejar el triunfo con antorchas en los montes y verbenas en los jardines que habían poseído mayor trizeza antes de él. Ahí



emergeremos con timidez al principio y luego cantaremos, dueños al fin de nosotros mismos, sin avergonzarnos al vomitar frente a nuestros hijos que sabrán comprender y cuidarán nuestra borrachera cobijándonos con una manta y preparando un café cargado. Negritas.

Pues te chingo tu alfil (PxA), mira, pero no importa, casi gritaba blancas echando el cuerpo atrás y arreglándose el nudo de la corbata, tú podrías ayudarme pinguito, en estas cosas uno necesita de alguien inteligente, qué más que somos amigos, ya verás, decía y decía. Yo captaba sus palabras sin despegar mis ojos del tablero: sobre él los brazos sudorosos se aferraban a las rocas. Uno calculaba el salto de su caballo apoyando los pies como para hacerlo cruzar de un solo impulso el campo de batalla, darle una oportunidad de acercarse a la dama blanca que erguía su cuerpo envuelto en una túnica transparente bajo la cual se delineaba un sostén mínimo y unas piernas lechositas con vellos dorados. No eran deseos de jaquear dama, acosarla, expulsarla de la lucha; sino de cogerse dama, violarla sobre el tablero. En serio.

C3A. Bloquear los caminos que nuestros arrebatos le han posibilitado, negritas; aunque hayamos de despreciarlo todavía: su pesadez le impedirá atacarnos. Veamos su dama solamente, su arma poderosa magdalena. No importa que por las carreteras transiten refugiados solidarios que nos alertan: el dragón se reproduce y nuestro ejército se traba en románticas batallas para las cuales consultamos, negritas, códigos secretos de guerras cuya nobleza fue sólo una apariencia. En el fondo nos vencen los recuerdos magdalena. Abramos pues los ojos, mantengamos vivo el odio, sin permitir, negritas, que las voces que el dragón imita magdalena se perciban sobre el silencio de la pelea.

Negras me asutaba ahí quieto, viendo las piernas de dama blanca e imaginándose, de veras, el sabor agridulce de su sexo; con desinterés del reyecito amilanado en su refugio. Fijate. Yo miraba nomás, para qué moverme. Blancas, muy desenvuelto el señor ese, tronó los dedos para ordenar otro café; contemplaba las mujeres sentadas en una mesa y no cesaba de hablar con el puro aún en su boca. Que ya habían crecido, dijo, no seamos pendejos pinguito, hemos crecido, la papa está en la grilla, allí solamente, ahorita se chinga tu caballo (P5R), entiéndelo, me empujas y subes conmigo, como cuates ¿no? Blancas no lo notaba, yo sí: uno hacía temblar su pierna derecha, nerviosamente, sobre la punta del zapato.

CxP. Y proseguir, hacer que dama se acerque para propiciar de nuevo una despedida triste magdalena observar su cuerpo dar vuelta en aquella esquina donde el dragón apareció por primera vez. Y luego simular la buena cara aunque se aproximasen los vientos de diciembre y uno debiera engañarse con la imbecilidad de sus fiestas usuales, negritas. Se acabó con ella, pobrecita, éntrale a con-

solarla si quieres, anunciarle después a examigo con una falsa sonrisa. Pero nada igual, negritas, jamás, ni siquiera en esta partida donde unas piernas y nalgas magdalena permanecen frías sobre una loza blanca magdalena.

Estás regalándome el juego, cabrón, dijo blancas muy fuerte, alardeando al aprovechar su turno (CxC). Uno, terco, se limpiaba aún los dedos luego de tomar cada pieza. Otro chupaba su puro sin reparar en los gritos que se oían en el tablero, maldiciones muy débiles a veces. Yo en mi mesa, ocultando el interés. Blancas le insistía a negras y éste, sin responder, nomás sentado, miraba por un instante el humo del puro y volvía a concentrarse en la dama rival.

PxC. Así negritas, abrirle el camino, que se presente a impedirnos de manera definitiva el refugio fácil del enroque, recibir su olor a muchacha que se instala a nuestro lado en una clase aburrida y contemplar su cabello, el pecho que le sube tenuemente con la respiración dos senos blancos y firmes ahí esperando un beso cuando no hay maldito escupe-fuegos que lo impida porque nada es recuerdo todavía aquí ella riendo discreta coquetería al bailar magdalena hembra que se emociona con poemas rubia de pecas en la nuca magdalena. Pero no haya memoria en este momento, negritas, con amenazas de desbandada ante la falta de manos que nos alienten desde una casa tibia magdalena, de hijitos que en ella, al mirar la foto de papá soldado, predigan la derrota del enemigo. Solamente el odio contra un mediocre general que muchas veces nos acompañó en inocente borrachera y que ahora nos acosa dama en fila magdalena tras alfil (D3C) para que un antiguo bienestar siga enquistado en el presente magdalena, sin extinguirse los olores del jardín donde mis manos acarician sus nalgas sobre la ropa y se meten bajo su blusa palpan espalda tirantes de sostén que bastaría deslizar y senos libres pero no, negritas, no murmuraba a tiempo antes de despedirse violenta ¿se masturbaría en casa después? a tiempo antes de masturbarse de irme a masturbar a tiempo magdalena antes de preferir los cortejos convencionales de examigo matrimonio. En fin negritas. Y luego aquí está ese odio.

Blancas se impacientó; ¿vas tú pinguito?, repetía. Uno quieto, deslizando su mirada sobre la dama contraria. Se trata de colocar amigos en el comité estatal, continuó blancas, te puedo dar algo ahí hay que moverse, deja ya tus ideas de contaminación, qué marxismo, no seamos pandejos. En el tablero corrían los pobres desertores, asustados, créeme. Negras jugó entonces: cálmate cabrón, dijo cortante. Blancas lo observó sorprendido, como si hubiera adivinado el rencor por primera vez; luego prefirió desentenderse y sonreír. Hasta que hablaste pinguito, comentó.

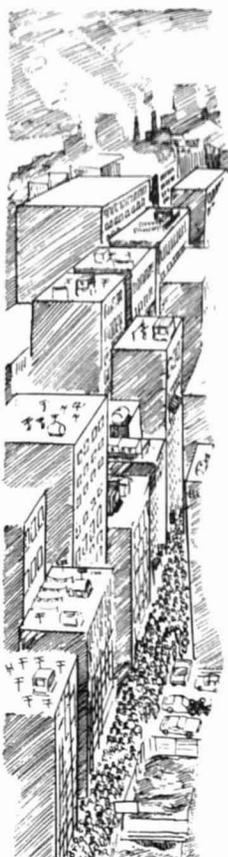
D2R. Tenemos que cubrirnos, cavar nuevas trincheras desde las cuales luce firme el enemigo, devorando pasteles calientes en tanto que noso-

tros, negritas, dormimos en el lodo y bebemos café aguado y frío. Y si la razón no está de nuestra parte, nos preguntamos. Al contestarnos que sí alzamos la cabeza, sin envidiar ya la blancura de aquel cuartel ocupado por guerreros que visten limpios uniformes y nalguean cariñosamente a sus damas cuyos perfumes magdalena nos llegan confundidos con la pólvora ahora que el dragón arroja uno magdalena olor a pastilla de menta mi modo descuidado de rozarle el cuerpo provocarla así y ella no darse por aludida nada de eso sabía no aceptar la humedad de su sexo magdalena y el calor las pesadillas donde yo los besos y mis manos que lucían enormes como en blanco y negro llenas de pelos duros que la hurgaban y jamás y despertaba llorando con el ansia entre los muslos de llamar por teléfono anunciar que me odiaba pero que fuera una y otra vez pero que vaya y la obligue no llorará magdalena no. Y ahora la batalla, ahora un dragón que nos distrae aún y se niega a esfumarse y sonrío desde sus ojos magdalena y disví nuestra lanza del cuerpo examigo, de su conciencia barata y retorcida que nos amenaza, negritas, concentra sus fuerzas frente a nosotros (A3T). Defenderse, buscar refugios estratégicos, no permitir que el asedio nos enflaque o nos haga suspirar por una paz que apenas se ha vislumbrado en los mejores sueños a pesar del acecho de dragones que frustran nuestros ataques con viejas fotografías donde magdalena montando en bicicleta ella acariciando gato magdalena y amigo buen amigo jugando damas mientras sonrío ignorante al tomar foto pendejo de mí con cámara en la mano. Pero continuemos no defensa apresurada que no semejante idiota nos derrota al demonio que se vaya magdalena (P4A) demonio.

Blancas gozaba, adivinando el triunfo volví a cantar. Conservaba el puro encendido en su mano. Que me contestas, pinguito, decía insistente, te conviene cabrón, al fin comenzaremos a trabajar juntos, como pensábamos hacerlo, aquí te va un jaquecito preventivo (A5C+), a ver, qué respondes pues.

Chingas mucho rival magdalena a largarse ¿no negritas? la batalla no se inicia todavía enemigo fantasma caricatura que no pertenece a ésta sino a otra lucha magdalena tampoco ni dragón anciano que se hunde araña mis baúles los incendia en su agonía qué bueno porque niebla levanta y aunque nadie espere en casa bajar encender chimenea prepararse alforjas para batalla negritas de veras reír en un jardín donde quememos fotografías perfume magdalena magdalena chinguen a su madre enemigos magdalena.

Entonces negras se puso de pie y trató de sonreír; no seas pendejo, le dijo a otro antes de tumbarle el rey blanco en su lugar. Después tomó entre sus dedos la dama blanca, como acariciándola, y finalmente la dejó caer sobre el tablero. Jaque mate, murmuró al marcharse.



# SOÑANDO ENCONTRÓ EL MITO, VIO AL CAZADOR, Y FINALMENTE DESEMBARCÓ EN ISLAS FRAGANTES

POR ISABEL QUIÑONES

*entre vanidades vino y en la oscuridad se  
va mientras su nombre queda oculto en las tinieblas*

Eclesiastés 6,4

Cuando miríadas de mariposas cubran  
con sueño las pequeñas flores  
sus alas nítidas serán,  
antes parvadas amarillas;  
quebradizos cardúmenes desplazan  
la frescura de sus alas  
y aletearán tornasoladas,  
cuando el azul casi se pose en la pupila.  
¡Monarcas! Lo real espeso,  
mas un párpado azulmente emerge,  
y se zambulle ¡libre!  
Hundir las fosas en los sedosos pliegues del emperador,  
planear en la penumbra  
impulsado por la brisa  
sentir los pliegues blandos  
de las alas que se abren:  
¡Libre! Y una boca musitando soy,  
Soy ondulante, y soy y soy.  
Mucho antes,  
en una acera mercaderes orientales pusieron amuletos:  
ámbar, ágata, amatista,  
pendientes de cordones bermellón y carmelita:  
en ámbar los círculos perfectos me contaron que juzgaban.  
Y esa era una leyenda.  
Los cordones enfriarían la mano que tocara;  
calcularían, prolongándose como un pequeño  
y fresco falo.  
Así que juzgarían:  
y casi sin sentir, regresaría el corazón hasta su carne,  
y luego, el entibiado fósil iría trayendo sus penas, sus  
culpas, su querencia.  
Mas sólo en prenda deberían recibirse tales amuletos ¡Qué  
si rescataban!  
Entonces, los chinos susurraron: Te dicen a dónde perteneces.  
Así creen en la tierra.

Mas antes vi un corazón de madera,  
iba carnosamente convirtiéndose, pulpando en rojo, y lo  
besé, lo fui comiendo.  
Flores de aguamarina no de turquesa jaspeada, detallan la  
inflorescencia, hortensias mínimas,  
Rosas de corales rojos, y rojas flores de un día crecían  
desde mis palmas, sin aroma ¡tornando mi nariz tan suave!  
¿ Látigos de seda ? Bastones con piel encordelados  
disfrazaban sus puntas con mechones.  
Pero no aquí, aquí no habría ninguno que pasara.  
¡ Quietos sobre túmulos de flores !  
Cabelleras de seda, ¿ látigos ?  
Los chinos merodeaban, pero aún pude mirar:  
Dos muñecas con las piernas rotas. Que predicen. .  
Una se inclina y me dice sí, ¡ sí !  
¡ Corre ! Sobre el laberinto hay una tierra, hay un refugio.  
En el laberinto las paredes son húmedas, hasta las jaulas,  
¿dormir aquí? Yo no lo haría, Aunque la jaula esté apenas  
techada.  
Sí, me dijo un fauno: sentir la lluvia. Yo no dormiría en  
una jaula.  
Moja la red de bugambilias. Desenjaula, nunca la muerte  
perfecto engaño cumple.  
Es buena la humedad, herrumbra.  
Y entonces. los jadeos de un puma perseguido. Pero huimos.  
Revivir era nacer en otra jaula.  
Mas antes aún, algo se movió frente a mi cara.  
Alzó leñoso rostro, antes inmóvil sobre las ramas que él mismo  
había cortado;  
levantó su cabeza cerval, su astada melancolía, liebre me  
observó, y estremecían sus ojos los ladridos.  
Lo vi temblar, frutal entre las varas. Andaban cerca los  
verdugos, con látigos de seda,  
con voces querían atraparnos, con ensalmos  
¡ Blancos cardúmenes, al aire ! Alas amarillas.  
¡ Monarcas azules, en el aire !  
Ondulantes amarillos ¡Vamos desplegados!  
y voy entre los vientos,  
curvándome en el Soy, y soy no siendo, Soy.

# LA FIESTA DE LA VICTORIA. 1952: LOS HENRIQUISTAS

POR JAIME DEL PALACIO

“Los hombres políticos del poder, o los cercanos al poder, acusaron a los hombres de letras (es preferible “hombre de letras” —de Voltaire y su tiempo— a “intelectuales”, término éste de imprecisa y genérica masificación); y con cierta dosis de buena fe, con cierta inocencia, si consideramos que los hombres de letras tendrían en determinado momento la alucinación de haber generado aquella realidad.”

L. Sciascia

No se arrepentía de haber jugado mal una vez más. Era suficientemente lúcido como para saber que siempre había perdido y que ésta no sería la última vez. Seguía cobrando en Economía; el sindicato de Educación lo había hecho dar de baja inmediatamente después de su encarcelamiento en el Carmen y él no había armado escándalo alguno con la esperanza de conservar la otra plaza y así había sido. Con suerte podría continuar de la misma manera; si no, ya habría algún modo de arreglarse. Perderían y a todos se los llevaría el carajo. Esa era su conclusión. No habría rebelión ni nada. De nada habría servido la promesa repetida hasta el cansancio, hasta el ridículo, de un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Por la misma razón por la que no se arrepentía, por la misma causa por la que se conocía con una rara perspicacia y nunca se había hecho mayores ilusiones ni en cuanto a su vida política ni en cuanto a su vida íntima, había percibido, hacía ya tiempo, que el henriquismo había unido no a una o varias corrientes políticas, no

rias posiciones ideológicas: el general Henríquez Guzmán había concentrado en su persona la esperanza de llenar todas las ausencias *políticas e ideológicas* que durante muchos años habían dormido en todas las personas más o menos conscientes; el general Miguel Henríquez Guzmán había polarizado en su persona la mínima posibilidad de realizar las promesas del cardenismo. No se había puesto en marcha, pues, una estructura política, un proyecto alternativo de país, un ideal de sociedad; se habían más bien disparado un tumulto de intereses contrapuestos que querían ver en el líder de la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano, multimillonario y buen vividor, al paladín de todas las causas que los más distintos grupos consideraban justas. Pero Arturo resumía durante su adormecimiento y su borrachera toda la complejidad del henriquismo en su sensación de derrota que ahora se le había hecho una convicción compuesta de otras tantas convicciones y otros tantos conocimientos. Por ejemplo, su experiencia asambleísta le había llevado más de una vez a localizar los diferentes intereses comprometidos en la causa por la que había luchado con pasión durante casi dos años y le había hecho saber que había en ella por lo menos dos corrientes irreconciliables: la que formaban los henriquistas y la que cristalizaba en el propio general. Este había puesto de su lado a los líderes de la burocracia agrarista tradicional, a los adalides de la reforma agraria cardenista. Una vez obtenido el triunfo era claro que la burocracia sería perfectamente neutralizable (lo había sido durante el avilacamachismo y el alemanismo), ¿pero lo serían las masas campesinas que parecían escuchar la misma voz con la que se habían levantado en el 34? Aun cuando Cárdenas había insistido en su neutralidad, ¿no había sido bastante la presencia de su familia en los mítines del henriquismo? ¿No era suficiente la militancia henquista de los más connotados cardenistas? Para muchos, para quienes querían una vuelta al radicalismo cardenista era evidente no que Cárdenas con sus lejanas muestras de simpatía fuera henquista, sino que Henríquez Guzmán, con su programa lleno de promesas tácitas, fuera cardenista y esto para ellos era lo importante. Se prometía la supresión del recurso de amparo en materia agraria, la eliminación de intermediarios en la comercialización de los productos y la libertad absoluta de organización para los campesinos. En la estrategia del general era claro que estas promesas significaban una concesión, o una ganancia para los agraristas de la Federación de Partidos. Ignorante maestro de ciudad como Arturo era, se daba cuenta de que ésto, una vez llegado el general al poder, sería imposible de cumplir. El amparo había significado una reivindicación de los propietarios que el gobierno de Alemán había concedido para lograr lo que él entendía como desarrollo del campo, ¿permitirían los beneficiados que esta reivindicación les fuera arrebatada-





da? ¿Tendría Henríquez la base social necesaria para conseguirlo? La base del control gubernamental estaba cimentada en las confederaciones obrera (para ésta no había lugar en el programa henriquista) y campesina. El general había prometido libertad de organización a los campesinos: esa manera en que el poder mantenía al campo en un estado de efervescente equilibrio, en permanente disputa y, en consecuencia, en permanente desgaste, ¿qué resultados tendría en la libertad organizativa del henriquismo? Este prometía también el respeto a los derechos políticos de los diversos partidos, la reforma a la Ley Electoral para evitar el fraude sistemático del invencible, la derogación de las reformas del Código Penal que habían introducido el delito de disolución social, la liberación de los presos políticos; es decir, toda una plataforma de atracción para las clases medias de las ciudades que podían tal vez embarcarse en una aventura de inciertos resultados. Pero todo esto, Arturo lo sabía perfectamente, no era sino política; es decir, un juego por medio del cual se lograba un compromiso, así fuera efímero, que se traducían en alianzas. Una vez conseguido el objetivo, las alianzas podían sufrir modificaciones muy serias, condicionadas por la verdad de las personas, por los auténticos intereses que las personas podían representar al margen de la política. Y los intereses del general Miguel Henríquez Guzmán, los intereses de muchos de los integrantes de su grupo más cercano, incluido su maestro, el viejo admirado, no garanti-

zaban de ninguna manera el cumplimiento de las promesas hechas. Todo eso sin contar con que el país del alemanismo, de la corruptela, el amiguismo y el progreso se dejaría matar antes de permitir el ascenso al poder de alguien con semejante declaración de principios aunque éstos no llegaran nunca a tener ninguna vigencia práctica.

En su acceso racional a estas cuestiones contradictorias Arturo se sorprendía a cada instante más y más de haber podido penetrar con el pensamiento (precisamente ahora que estaba casi totalmente borracho) hasta el fondo de ese sentimiento que al principio no era sino la convicción de la derrota que empezaría al día siguiente y que iría verificándose día con día hasta que el último voto fuera contado. Se representaba de nueva cuenta a la multitud de pequeños líderes campesinos que en el Partido le habían presentado varias veces y cuyas caras siempre olvidaba porque todas tenían, para él, las mismas características. Ellos serían los verdaderos traicionados. "Uno ya se las arreglará —pensó—, todos nos las arreglaremos. El general se las arreglará mejor que nadie..., pero ellos no." Ese, el henriquismo popular, el de la provincia, el del campo, ese era el que verdaderamente sufriría las consecuencias, porque aun cuando se levantara en armas como parecía desearlo siempre, como lo había insinuado más de una vez el candidato oficial para atemorizar a los seguidores tibios del henriquismo, todos serían aplastados. Arturo pensaba ya en tercera persona del plural como para establecer una distancia entre los que sufrirían y los que "nos salvaremos". Asustado por esta exclusión, por la huida que significaba, calló un momento y se sumergió en un silencio poblado de oscuridades apenas interrumpidas por los destellos luminosos que parecían explotar bajo sus párpados cuando cerraba los ojos.

Poco a poco volvía a la realidad del cuarto, al ruido de la duela producido por la noche, a la cama solitaria, como de hospital, al ropero con la luna empuñada, al tic-tac del enorme despertador sobre el buró. Alargó la mano izquierda y tiró de la cadenilla que servía de encendedor a la lámpara. La luz le cerró las pupilas debajo de los párpados; entreabrió los ojos y vio el reloj. Las diez apenas. Se levantó trabajosamente y salió al pasillo, caminó hasta la puerta del excusado y encendió la luz. Orinó largamente y regresó al cuarto; vació agua en la palangana sostenida en un trípode, se lavó la cara y se echó agua en la cabeza. De la bolsa interior del saco que nunca se había quitado extrajo un peine con dificultad porque tuvo que discernirlo entre los papeles que le llenaban la bolsa. Se miró en el espejo del ropero y se peinó cuidadosamente; guardó el peine. Cerró la botella de tequila y se la echó en la bolsa lateral del saco. Bajó las escaleras en silencio y salió a la calle por Guatemala. Afuera la noche sin estrellas se había hecho más intensa. Los perros y algún coche interrumpían apenas el silencio. "El



paseo de las Cadenas”, se dijo en voz baja, y mientras caminaba frente a la Catedral trató de imaginarse cómo habría sido la plaza en el siglo pasado, con coches de caballos. Unos pasos atrás lo sacaron del ensimismamiento; se dio vuelta y vio a un hombre que parecía querer alcanzarlo, de tal modo caminaba rápidamente chapoteando entre los charcos; reconoció al mismo compañero que unas horas antes le había dado el mensaje en el café de Tacuba. Se detuvo a esperarlo.

—¡Vengo de tu casa! —le dijo todavía a unos pasos—. Siempre se decidió celebrar la victoria mañana. Desde ahora se está movilizando la gente. ¿Qué pasó con el compañero de Durango?

—No llegó el tren. A las once parece. Voy a Buenavista.

Continuaron caminando cada vez más rápidamente. Arturo salía poco a poco de la semiborrachera. Se internaron por 5 de Mayo y cayeron a San Juan de Letrán. El palacio de Bellas Artes, pálido como una piel enferma a la luz de los faroles mortecinos, dormía oscuro como un anacronismo entre el Correo y los fresnos de la Alameda. Se metieron entre los árboles hasta la parte posterior del Hemiciclo a Juárez. Algunos grupos se acurrucaban para pasar la noche: eran henriquistas que habían empezado a llegar para la celebración. La luz del Partido Constitucionalista estaba encendida. El compañero se despidió. Arturo siguió caminando rumbo a la estación.

La multitud era compacta. Los grupitos que Arturo había visto aislados la noche anterior se habían convertido ahora en cientos, en miles de personas que se desplazaban como una gigantesca ola que empezara a formarse en las orillas de Puente de Alvarado y viniera a reventar contra la avenida Juárez, ciñendo al Hemiciclo como un cinturón ruidoso frente al Partido Constitucionalista. La gente no cruzaba todavía la calle doble: apenas algunos —líderes que iban y venían con instrucciones, mensajeros que hurgaban entre el gentío— se colaban por el tráfico tortuoso como si caminaran en el interior de un laberinto. Los taxistas se detenían deliberadamente, sacaban la cabeza por la ventana y contemplaban a veces con interrogación, a veces con disgusto y casi siempre con regocijo la valla formada por filas de hombres sobre las banquetas de la Alameda que parecían haberse formado involuntariamente para guardar el orden. Los policías de tránsito hacían sonar desesperadamente los silbatos entre la rechifla exultante de los manifestantes y los automovilistas que aprovechaban la ocasión para sustraerse a la arbitrariedad eterna de las fuerzas públicas. De cuando en cuando algún coche se detenía frente al cine Alameda; de él bajaba algún personaje que parecía importante dado el revuelo que causaba entre quienes guardaban las puertas del edificio del Partido. En cierto momento, cuando de un cádillac blanco con la

capota azul turquesa descendió un hombre fornido, se esparció rápidamente el rumor, que muy pronto se convirtió en vocerío, de que el general había llegado. Un grupo organizó las porras; al cabo de media hora, sin embargo, el entusiasmo se había enfriado: no había sido Henríquez. Poco a poco se volvió al ritmo normal de la mañana: desplazamientos mínimos, conversaciones en pequeños núcleos que contaban anécdotas de la votación del día anterior. En la parte posterior de la plaza jugaban algunos niños bajo los árboles que bordeaban la avenida y que hacían esquina frente a una extraña iglesia con torre de convento católico y triángulo protestante en la portada. Ahí la multitud se hacía rala y varias parejas descansaban acostadas o apoyadas en los troncos de los fresnos, ajenas aparentemente a las actividades políticas que se iniciaban apenas a unos cuantos pasos. Del otro lado de la avenida, las librerías de viejo (junto con los cafés los únicos comercios que se habían atrevido a abrir) semejaban ventanitas de un antiguo tren. Los cafés, atestados de manifestantes que discutían o habían entrado con prisas a los baños, parecían hacer su agosto lo mismo que las cantinas de 2 de Abril y Valerio Trujano.

La concentración había sido iniciada por los campesinos; ahora había personas de todos los lugares y de todas las clases. Igualados por la participación, los manifestantes podían sin embargo ser individualizados por los sombreros. Los de palma, la mayoría, ocupaban el centro: ala no muy ancha ligeramente levantada a los lados, dos pedradas en la copa como si recordaran su origen en los sombreros que ahora portaban los hombres de la ciudad. Estos se veían aquí y allá por todos lados: algunos, inmaculados en su grisura, pertenecían a hombres de corbata; otros, manchados, rotos, arrugados, eran de empleados, obreros, maestros. Había también sombreros de copa cónica y chica y ala grande y recta, de Michoacán; copas más altas y alas levantadas atrás y adelante, de Jalisco; sombreros pequeños, casi ridículos, de Veracruz; tejanas del Norte, gorras de ferrocarrilero desperdigadas por todos lados, como si sus dueños no quisieran ser reconocidos en un grupo; cachuchas de desempleados y malvivientes, paraguas de mujeres y rebozos doblados sobre las cabezas. Todos los objetos protectores pertenecían a personas unidas, sí, por el interés común y la solidaridad en una causa y una circunstancia, pero diferenciadas por un sentimiento que en cada uno de los manifestantes se repetía de una manera peculiar, con el tinte personal que le daba cada individualidad. Todas las personas presentes estaban ahí por su propia voluntad; nadie los había arrastrado, ninguna institución oficial había facilitado sus transportes para acarrearlos. Cada comité regional, distrital, se había ingeniado la manera de movilizar a sus efectivos: algunos habían tomado trenes, autobuses, taxis, por su propia cuenta; otros habían alquilado



camiones particulares, otros más habían caminado toda la noche o caminaban ahora mismo para llegar a tiempo.

Todos iban a celebrar la victoria de su partido. Tal vez por eso el interés no decaía. Quienes en los márgenes posteriores de aquella gran ola se habían retirado para echarse un rato sobre el pasto, bajo las frondas de los árboles, lo hacían sólo para recuperar el aliento y retomar la discusión y el comentario en el grupo más próximo. Se repartían volantes mimeografiados que reproducían el manifiesto aparecido esa misma mañana en los periódicos y que convocaban a celebrar el triunfo de la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano. "Que nadie intente arrebatarse al pueblo su legítima victoria", decía provocadoramente el documento, y los manifestantes se repetían la frase afortunada con un nudo en la garganta porque en esos momentos ellos y nadie más defendían su legítimo triunfo en las urnas; porque ellos, y nadie más, encarnaban al pueblo y a su voluntad de lucha; es decir, a la posibilidad de dar al país ya no un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, lema de la federación que nadie podía concretar muy claramente en su vocación absurdamente democrática; sino, por lo menos, un gobierno contra la desvergüenza, el robo institucionalizado, el despojo en el campo, el mangleo como forma de autoridad, la complicidad con los ricos y los americanos. Para la dirección henriquista "pueblo" era ciertamente un término igualador, más que de clases, de los intereses que se agupaban en los partidos federados; para la mayo-

ría, sin embargo — para esa corriente "popular" del henriquismo que Arturo había advertido —, el pueblo no era otro que ella misma; es decir, lo que algunos llamaban clases desposeídas, los que siempre han sido los "pobres". Y esos pobres, ilusionados por el cardenismo, humillados por Avila Camacho, el soldado desconocido; vejados y empobrecidos más todavía por Miguel Alemán, el cachorro de la revolución, venían ahora como la facción combativa, como la representación genuina de la Federación; venían ahora, alrededor del líder que habían encontrado circunstancialmente en su largo camino, a reclamar airadamente un triunfo que se les debía en justicia. Pero sobre todo venían ahora, como habían venido tantas veces en la historia, a restaurar la edad de oro, a verificar el pacto entre iguales firmado en el origen del tiempo, cuando no había gobiernos ni jerarquías. No les importaba en absoluto el recuento de votos, que sería siempre e indefectiblemente fraudulento aunque a cada papeleta correspondiera una firma y a ésta una persona verdadera; venían a defender su legítima victoria. Tal era la justicia de su reclamo y la sabiduría de su procedimiento político. Se habían sometido a una elección que no podían estar seguros de ganar y cuyo resultado, cualquiera que fuese, muy probablemente se les escamotearía; esa había sido la concesión a los líderes, al propio gobierno que proponía un mentiroso juego democrático, pero no estaban de ningún modo dispuestos a dejarse arrebatarse un triunfo que les pertenecía aun antes del 6 de julio. Para ello estaban ahora en la Alameda, para mostrar la fuerza de su decisión. El manifiesto que pasaba de mano en mano, las propias declaraciones del general Henríquez y de otros dirigentes habían hecho saber a quienes se habían atrevido a dudar que el movimiento iría a cualquier parte para satisfacer el anhelo popular de justicia política. Por eso, el "pueblo" que consideraba al general a la vanguardia, el "pueblo" que se había reunido ahora orgulloso de sus líderes, confiando en la fiesta de la victoria, aguardaba pacientemente en medio de la pesantez que precedía la tormenta de la tarde, protegido por la frescura de los árboles, refrescado por el agua que los comités proporcionaban o que los generosos hidrantes repartían y alimentado con los itacates propios o con las enchiladas y quesadillas que varias mujeres producían sobre comales rápidamente dispuestos en las veredas.

Era sin duda una prueba de fuerza del henriquismo que había aprendido del propio gobierno el valor de las movilizaciones masivas. A ninguno de los manifestantes escapaba, sin embargo, que a tal prueba de fuerza podía oponerse la prueba de fuerza del aparato represivo del poder gubernamental, por eso nadie se hacía ilusiones acerca del carácter pacífico de la demostración. Quien más quien menos, la mayor parte de los henriquistas conocían a la fuerza pública: viejos revolucionarios, unos; mi-



litantes del vasconcelismo, del padillismo o del almanismo, otros; egresados de las filas del sindicalismo, otros más, todos estaban acostumbrados a la violencia policial. A muchos el saco les pesaba en el calor del mediodía, pero no podían quitárselo sin correr el riesgo de mostrar en la cintura la cache de la pistola; algunos, más decididos, disimulaban el bulto con la chamarra en el brazo. Abundaban las puntas, las chavetas, los trozos de tubo, las partes mecánicas. La mayor parte no portaba armas, no porque ignorara la naturaleza de aquel ritual, sino porque no las tenía o no sabía usarlas. Los ferrocarrileros, tal vez los más avezados en las luchas callejeras, se habían armado de un modo uniforme con varillas de construcción que habían llevado en haces hasta cierto punto de la plaza destinado a concentrar los recursos. En aquella multitud el entusiasmo podía tal vez crecer a la sombra de la incertidumbre que más tarde se definiría o no, quizá hasta podía encontrar justificación en el arrojío de los líderes, pero estaba exenta de cualquier ingenuidad respecto de las fuerzas del Estado. Sabedora de su magnitud, la manifestación se daba cuenta también de su peligrosidad para el gobierno, para el ascenso ilícito del candidato oficial. No en vano habían transcurrido dos años completos de enfrentamientos, muertes silenciadas en comisarías, peleas callejeras, hostilidades mostradas de todas las maneras posibles. La sangre vertida en Nayarit y Puebla, entre otros sitios, no se apartaba de la mente de los militantes más aguerridos. El henri-

quismo había aprendido mucho de las argucias gubernamentales tanto del poder central como de algunas gubernaturas locales, y nadie se cocía al primer hervor ni se sometía a los primeros gritos. ¿No había anunciado el secretario de Gobernación esa misma mañana que se aplicaría todo el rigor de la Ley Electoral —que por supuesto no se había cumplido apenas el día anterior—, sobre todo en aquellos artículos que justificaban la represión de cualquier actividad política de masas después de los comicios? No habría pues engaño en la aparición de la policía y los soldados para aguar la fiesta de la Alameda.

Eran las cinco de la tarde y la amenaza de lluvia se había convertido en un calor agobiente. Los ánimos, cansados una hora antes, comenzaban de nueva cuenta a encenderse con la llegada de algunos miembros de la dirección. Se multiplicaban las porras a los presidentes de los partidos de la Federación, pero cuando en la masa misma se iba preparando una porra para el general, todas las voces se unían para gritar al unísono el nombre de Henríquez. Acostumbrado a mítines, casi asambleas, en el local del partido, a manifestaciones de rancho siempre de doscientas o trescientas personas, a concentraciones de su ciudad que nunca reunían a más de mil interesados, ni siquiera cuando el gobierno los acarrea, Roberto había olvidado todos sus malestares del día anterior y recorría de un lado a otro, detrás de Arturo, los términos de aquella inmensa manifestación. Se detenían los dos en un grupo, escuchaban y participaban un momento en la conversación y volaban a otro núcleo en donde se discutían problemas de futura organización política en municipios de donde procedían los compañeros. Por ratos habían desaparecido en las oficinas del Partido Constitucionalista en donde Arturo le había presentado a algunos prominentes henriquistas a quienes Roberto conocía solamente de oídas. En un momento había estado ahí el general García Barragán rodeado de varios sujetos, evidentemente militares, que no abrían la boca mientras su jefe conversaba con Cándido Aguilar; sobre una mesa, un hombre parecido a Genovevo de la O escribía silenciosamente en una hoja amarilla. Habían visto de lejos al general Múgica, callado y solitario, rodeado de vacío y desengaño. La última vez que entraron en las oficinas Estrada Cajigal saludó efusivamente a Roberto.

—¿Cómo anduvieron las cosas por allá, profesor? —preguntó sonriente.

—Usted debe saberlo mejor; yo estaba en el tren.

—Cierto... Por aquí he visto a don Martín Villareal.

—Debe tener ya algunos días. ¿Lo podré ver?

—Creo que está ahora en casa del general, pero no se preocupe, profesor, pronto lo verá usted —Caminó hasta un escritorio y buscó entre varias formas de telégrafo una que sostuvo en la mano sin mostrarla—. Me dicen que en Durango todo está

en orden, que ganaremos ¿A usted qué le parece?

—Que tiene usted razones para no creerlo, pero en algo habremos ayudado, creo.

—Eso sí, y ojalá en otras partes nos hayan ayudado como ustedes. Un hombre de traje azul impecable vino a interrumpir la conversación. Arturo tomó del brazo a Roberto y lo condujo al pasillo; ahí, un hombre blanco y fornido hablaba animadamente a varios jóvenes que los escuchaban con respeto y apenas movían la cabeza para asentir gravemente a las razones del convincente personaje.

—¡Gutiérrez! —interrumpió; la voz gruesa tenía una matiz de cordialidad y distancia que parecía consignar en cada sílaba la condescendencia con que trataba a Arturo— ¿De dónde sale usted? Estuvimos preguntándonos ayer toda la tarde en dónde se habría metido —Aun cuando la voz era controlada para el ámbito en que su dueño se encontraba, había salido de tal manera poderosa y nitida que todos voltearon a mirar al que hablaba y al interpe-

lado.

—Buenos días maestro —contestó éste con deferencia—. Estuve esperando a este compañero que llegó ayer de Durango.

—Bien hecho —dijo el hombre al tiempo que tenía su mano grande y roja hacia Roberto—. ¿Cómo van las cosas por allá?

—Difíciles, maestro —contestó Roberto contagiado por el respeto a Arturo—. Es un estado panista, siempre lo ha sido.

—Sí; desgraciadamente —dijo el maestro con so-

lemnidad triste.

El pasillo del segundo piso del edificio, en donde estaban las oficinas del Partido, era una urdimbre de olores, voces, personas, vestidos. Las oficinas particulares que tenían la desgracia de compartir el espacio con aquella organización política habían decidido desde la mañana cerrar sus puertas y conceder un día de asueto a sus empleados (todo el edificio había hecho lo mismo hacia el mediodía), no tanto por los temores, que cualquiera hubiera sentido en esas condiciones aun cuando hubiera sido totalmente ignorante de las manifestaciones políticas mexicanas, cuanto por la verdadera invasión de henriquistas que no permitían el paso; además, las comisiones de orden se habían adueñado de la entrada al edificio y dificultaban el acceso a las personas que no eran inmediatamente reconocidas como militantes. Abundaban los sacos, pero había también enchamarrados y algunos campesinos en cotorina. Todos mezclaban sus voces de diferentes acentos como en un tejido hecho por los más distintos materiales. Predominaba el canto de la ciudad de México, que iba desapareciendo hasta casi convertirse en un resto entre quienes por el color de piel o el vestido revelaban su origen alejado de cualquier colonia urbana. El acento del centro hacía un fuerte contrapunto con el de Jalisco y éste con el de Guerrero. Un grupo de veracruzanos peleaba en su lengua cortada y eficaz. El propio acento de Roberto diferenciaba sus terminaciones como anzuelos con el español llano y oaxaqueño de Arturo que a pesar de todos los años de ciudad aún decía "pang", "treg", "Juang". Así pues, la igualdad de afuera se rompía aquí en un montón de fragmentos lingüísticos que muy bien podían significar el mosaico de las distintas asunciones del movimiento en el país, los diversos efectos del henriquismo en las distintas necesidades regionales. Por encima de esas peculiaridades, que al fin hubiera podido reducirse a unas cuantas expresiones, se situaba esa diferencia fundamental e irreductible que Arturo conocía y que estaba no en la lengua, sino en la clase, en el sector, en la procedencia social. Nadie podía decirlo explícitamente, pero en el desprecio de ciertos ciudadanos por el provinciano, en la diferencia de olores (aguas de Colonia frente a sudores revenidos), en el resentimiento de los pocos campesinos que había en los pasillos hacia los licenciados de traje con prioridad para cruzar las puertas de las distintas oficinas del Partido, estaban otras tantas interrogantes. ¿Cómo casaría la Federación esos olores, esos vestidos, esas peculiaridades lingüísticas, esos resentimientos y esos desprecios? Ciertamente que no era hora de hacerse ese género de preguntas a pesar de que flotaran terciamente en el ambiente; era más bien hora de salir a confundirse entre la multitud, a engrosarla y tal vez a guiarla entre los peligros que acechaban y que ya habían atemorizado considerablemente a Roberto. Nadie hablaba de ellos pero hasta él, que no





estaba acostumbrado a las crueldades de la ciudad, los podía respirar en cada bocanada de aire que entraba por su nariz. Antes de salir esa mañana del cuarto de Argentina y Guatemala Arturo había sacado del ropero una enorme pistola cuyo peine había desmontado para meterlo en la bolsa y eso, a primera hora de la mañana, ya le había referido una noción de lo que ese día podía sobrevenir.

Afuera todo era una locura de voces y movimientos. La gente había invadido la avenida en los dos sentidos y había interrumpido el tráfico en Balderas y San Juan de Letrán. Las bocinas de los coches detenidos arriba y abajo unían furiosamente su sonido al griterío que había reconocido su centro en el Hemiciclo. Dos gigantesco altoparlantes habían sido colocados en la ventanas del Partido y por ellos había estado saliendo música regional, corridos henriquistas y la propia voz del líder grabada en distintas ocasiones. Los policías de tránsito habían desaparecido y en los extremos del gentío los coches se desviaban en desorden con lentitud y con rabia. Hacía ya media hora que los vivos y los muertos se sucedían sin descanso. Las porras crecían en intensidad, se fragmentaban por momentos sólo para volver a unirse más fuertes todavía. Había en todo ello, sin embargo, un orden riguroso que todos reconocían y que nadie se atrevía a romper: el orden de las manifestaciones espontáneas que tienen en cada uno de los participantes una voluntad conocida y ejercida por todos y que las distingue de esos actos cívicos controlados milímetro a milímetro por todas las pertenencias y obediencias de cada individuo.

—¡Muera Ruíz Cortines! —gritaba por enésima vez alguien con una voz que parecía salir de una garganta desgarrada.

—¡¡¡Muera!!! —respondía un rugido unísono, como si fuera una gran orquesta concertada para entrar, toda junta, en un determinado compás.

Roberto percibía sofocante el calor de aquella selva que era necesario violentar para abrirse paso. Ante la fuerza de ese gigantesco cuerpo sentía que todos sus miedos habían sido absurdos porque nadie se atrevería a oponerse a la decisión de quién sabe cuántos miles de compañeros que ahí estaban y que eran, en última instancia, los ciudadanos más conscientes del país, las verdaderas fuerzas vivas, puesto que todas las demás o estaban muertas o estaban dormidas. Rodeado como estaba, Roberto experimentaba una sensación de protección, como si todos aquellos que se habían reunido a su alrededor por ese solo hecho constituyeran un escudo prodigioso que lo resguardaría de todas las maldades del poder.

Los dos compañeros habían llegado a la esquina de Luis Moya; les había tomado un largo cuarto de hora caminar media cuadra. Precisamente en ese momento los altoparlantes callaron y fue como si todo hubiera hecho silencio al mismo tiempo.

—Es la hora —dijo Arturo casi al oído de Rober-

to y trepó por la defensa al techo de un enorme packard estacionado sobre Luis Moya—. ¡Compañeros! ¡Compañeros! Nos hemos reunido para... —tenía a su espalda un nicho formado por la cortina de metal de una tienda cerrada que parecía servirle de concha acústica porque su voz salía poderosa.

Roberto, sorprendido, intentó acercarse al automóvil pero súbitamente comprendió que no estaba ahí para escuchar a su amigo; comprendió por qué le habían pedido que viniera, por qué Arturo había empleado siempre el plural para referirse a las actividades de la tarde. Se abrió paso en sentido contrario hasta que dejó de escuchar la voz que peroraba a sus espaldas. Sobre la avenida Juárez había quedado parada una limusina negra, aparentemente destinada al transporte turístico de los hoteles. Roberto subió a ella y desde el techo empezó a gritar para atraer la atención. Muy pronto la inmensa manifestación se había convertido en docenas de pequeños mítines que parecían poner a la gente en estrecho contacto con los designios de la dirección. En distintos promontorios hablaban otros oradores; al girar la cabeza para hacerse oír claramente por los compañeros que estaban detrás, Roberto podía ver a otros que como él gesticulaban y gritaban desde lo alto de los coches, bancas, bancas, estatuas. En el propio Hemiciclo, el personaje a quien Arturo llamaba respetuosamente maestro dejaba escuchar su atronadora voz. Nadie hablaba —nadie podía hacerlo— de las próximas acciones. En cada uno de esos pequeños núcleos, que no concentraban a más de ciento cincuenta o doscientas personas, parecía terminar el henriquismo: era como si hasta ahí hubiera podido llegar y nadie pudiera predecir el futuro no ya del día siguiente, pero ni siquiera de las próximas horas. Más allá de la Fiesta de la Victoria el Partido carecía de perspectiva.

—¡Ruíz Cortines! ¡Chile pasilla! —gritó alguien interrumpiendo a Arturo. Todos rieron.

Arturo hablaba apenas interrumpido por ingeniosidades semejantes, por gritos de aceptación, por aplausos, síes enfáticos, noes fundamentales, cuando vio venir por el fondo de Luis Moya, paradójicamente saliendo de la calle de la Victoria, en donde estaba el cuartel de bomberos, una perfecta mancha azul navegando sobre un mar vinoso y movedizo. Un regimiento montado avanzaba de seis en fondo ocupando el arroyo y las banquetas. Detrás, un ruido de pasos perfectamente regular descubría a los granaderos que marchaban fusil en ristre; más atrás todavía, patrullas y jeeps producían un zumbido pertinaz cada vez más cercano. La gente dispersa en la calle se replegaba hacia el packard. Arturo calló, hipnotizado por el balanceo de los caballos y el ruido de cascos y botas sobre el chapopote. De nuevo el grito de Arturo sacó del estupor a sus oyentes.

—¡Avisen al Partido que llegó la policía!

# LOS CANTOS DE JUAN PABLO CASTEL

(FRAGMENTO)

POR VICENTE QUIRARTE

I

ENTONCES mi mano eclipsa  
la lámpara que inunda  
el calor húmedo del cuarto,  
buscando lentamente tu pecho  
en mala, intencionada imitación  
de no sé qué película francesa.

Y antes del primer escalofrío Renoir  
que la sola mirada enciende en mis falanges,  
el espejo dibuja tus caderas odaliscas.  
Ingres hubiera amado esa manera de tenderte,  
más bella que un tulipan creciendo en el asfalto.

Después que nuestras olas alcanzan litoral,  
recobran la unidad de su principio.  
Salimos al frío de las calles  
y aunque ha dejado de llover  
te coloco la gabardina sobre los hombros.  
Entramos en un túnel, no el mío,  
sino otro común para los hombres,  
y quisiera afirmar, más que preguntarte,  
'otra vez, cuándo te veo',  
pero sólo hay tiempo para un beso sin sonido  
antes que te pierdas tras las puertas automáticas  
y aprietes el rostro contra el vidrio  
mientras adolescentes feroces ven tus muslos.

Salgo al aire mojado de la noche  
y al recordar aquellas tardes  
en las que octubre cede en tu mirada,  
al sentir en la lana del suéter tu perfume,  
no puedo dejar de pensar  
en cómo demonios las arreglas,  
para borrar de tu cuerpo mi presencia  
cuando besas de entrada a tu marido.

II

EL mar y los ojos de mujeres,  
cada día más dueños de la tierra,  
hacen la misma invitación a la oscuridad,  
a la lenta y absoluta oscuridad final  
que ya no alojará los torvos cómplices  
ganados por el amor a cada cabeza cercenada.

Mujeres desdentadas y marineros jotos  
me sonríen,  
acaricio carne blanda, elijo mi veneno  
para dormir sin ignorar el día, dueño  
del secreto para desafiar el alba.  
No hay mañana.

En la tierra de los cuerpos el ciego es rey  
y no el amor sino el odio nos impulsa,  
nos une en la efímera nupcia de la ola  
y es tras el fuego que el silencio vierte,  
sin prisa y cruel, su cáliz de ceniza.

Bebemos la última copa, levanto los brazos  
para avanzar por ese océano de sillas y botellas  
y te odio entonces por tu ternura,  
por no aceptar las sobras de un banquete  
al que enanos y adesiosos llegan tarde,  
al que no puedo entrar con puerta abierta  
y que es para ti comida cotidiana.

El aire balanceando barcos  
nos golpea desde el muelle.  
En el sabor del alba ya anunciada  
se olvidan los pactos con la muerte.  
Abordo la nave que me aguarda,  
pintada otra vez y con las velas nuevas.  
Si la muerte tiene  
el sabor ceniciento de estos días tapiados  
donde las redes estrechan su tejido,  
si aún entonces persisten los engaños  
¿quién nos señalará el camino  
que lleva hacia esos días.  
en que la vida cantó y nos aleteó por dentro  
como el vibrar de una flecha  
recién clavada en el blanco?

# LAS ESPERANZAS DE PÉREZ

POR ARMANDO PEREIRA

a G. S.

Esta mañana, Pérez, desde el extremo opuesto de la sala de redactores y con el aire serio y reconcentrado que finge siempre que se le ocurre decirme algo que no tiene que ver con el trabajo, se puso de pie y, con paso seguro y decidido, caminó hasta mi escritorio. Desde que lo vi venir, supe que iba a proponerme algo importante. Cuando lo hace, invariablemente adopta ese gesto tan digno y solemne frente al que no queda más remedio que contestar con frases largas y serenamente meditadas. Esta vez, sin embargo, las condiciones no eran lo suficientemente holgadas como para demorarnos más de la cuenta en los untuosos engrudos de nuestras conversaciones. El jefe de la oficina, a no más de diez o quince pasos de mi escritorio, vigilaba atento y suspicaz la malabáricas evoluciones de Pérez entre las cuarenta o cincuenta máquinas de escribir que tecleaban furiosamente, como si ahora sí, de verdad, llegara el fin del mundo y nuestro periódico tuviera que ser el primero en dar la noticia. Pérez, un poco sofocado y cuidándose de reojo de la mirada del jefe, se inclinó sobre mi escritorio y, señalando con el dedo una línea imaginaria del papel en blanco que le servía de parapeto, me dijo:

— Ha llegado al fin nuestra oportunidad. Ahora sí sabrán de nosotros, de lo que hemos sido capaces en todos estos años de injusto olvido. No debemos desaprovecharla. La Honorable Revista de la Asociación Nacional de Escritores ha decidido dedi-

car un número completo a la Joven Literatura Nacional. ¿Te das cuenta?

Yo miré su calva enorme y definitiva, las bolsas azules que, sobre todo a esa hora, se le formaban bajo los ojos, los innumerables pliegues de la frente y las mejillas, su papada inapelable, su barriga. Encendí un cigarrillo y me dispuse a escuchar la sentencia final con la que usualmente solía cerrar sus intervenciones.

— Tienes que darme algo mañana mismo. El tiempo apremia— insistió.

Acepté la oferta (no puedo negarlo) con la vaga esperanza de que quizás esta vez y, sin duda, confortado también, como en tantas otras ocasiones, por la firme certeza de Pérez de que ahora nosotros por fin. Al llegar a casa, mientras se calentaba el agua para el café y como ya lo había venido haciendo a lo largo del lento viaje en tranvía, traté de recuperar mentalmente algo que pudiera salvarse de todo lo que había escrito años atrás, cuando aún era posible escribir y escribía (ahora lo hago también, pero afortunadamente no pasa de ser algún urgente memorandum o una tímida solicitud de aumento de sueldo, generalmente denegada).

No está de más decir que en ese momento no me vino nada a la memoria. Mis recuerdos, invariablemente, se remontaban mucho más atrás, a esa suave y acolchonada etapa de la infancia en la que todos escribimos, alguna vez, un poema para mamá o un pensamiento a la Patria. Un hueco profundo y oscuro (ahora creo que lo llaman "lapsus") se



abría, insalvable, entre aquella época lejana y ya casi perdida en los inexpugnables meandros de la memoria y este *hic et nunc* que, al decir de Pérez, me situaba apenas a un miserable paso de la gloria.

El insistente burbujeo del agua sobre la estufa, me hizo de pronto volver en mí. Había que decidirse, poner cuanto antes manos a la obra: sacar del cajón lo que no tenía derecho a permanecer un minuto más allí, lo que no podía seguirse negando a la inefable posteridad. Me serví el café en el primer pocillo que encontré y me encerré en mi cuarto dispuesto a desempolvar los viejos demonios que habían atormentado mis fervorosos años de adolescencia.

Y surgieron, por orden de aparición:

- a) un novelón (748 páginas) sobre la dura y desalmada explotación a la que el capitalismo ha sometido, y somete aún, al obrero, al campesino y las clases medias de las ciudades,
  - b) una novelita levemente metafísica,
  - c) varios volúmenes de cuentos sobre brujas, fantasmas y aparecidos,
  - d) un tímido relato sobre el día en que me cogí, al escribirlo, a la sirvienta de casa de mamá,
  - e) un cuento sobre mamá,
  - f) poemas, una barbaridad de poemas, al Primer Amor
- y
- g) este relato (que seguramente tiene ahora el lector en sus manos y que, no me cabe la menor duda, lee ávidamente).

La elección no se hizo esperar. Y lleno de un secreto orgullo sobre las infinitas posibilidades que se abrían en mi futuro, aquella noche dormí como un ángel: no sentí los pedos de mi mujer, no me molestaron los riñones a media noche, no tuve que vérmelas con los irreprochables y consuetudinarios consejos de mi padre ni con la voz de la abuela, siempre de madrugada y a las orillas del sueño, gritándome desde la puerta del cuarto: "¡Pero chico, qué horas son estas para estar en la cama! Como sigas así, yo no sé qué podemos esperar de ti". Y a la mañana siguiente, sin el amargo sabor de boca de otras veces, me tomé mi jugo de naranja y salí, firme y seguro sobre mis pasos, rumbo a la oficina.

Esta vez fui yo el que cruzó, entre el bombardeo teleante de las máquinas y eludiendo como pude la tenaz vigilancia del jefe, el enorme trecho (nacional, internacional, editoriales, espectáculos, culturales y deportes) que me separaba de Pérez. Una vez en su escritorio y recuperando el aliento que había dejado en el trayecto, saqué la carpeta del protafolios y sin una sola palabra, porque en momentos así las palabras huelgan, deposité ante sus ojos lo que con un poco de suerte y buena voluntad podría llegar a convertirse en una de las grandes promesas de la Literatura Nacional.

Pérez, con la gravedad y circunspección que se impone en esos casos, me miró un momento, muy serio, y, extendiéndome una mano afectuosa y solidaria, me dijo:

—Por fin esta vez, hermano.



# OH QUÉ POEMA TAMBIÉN!

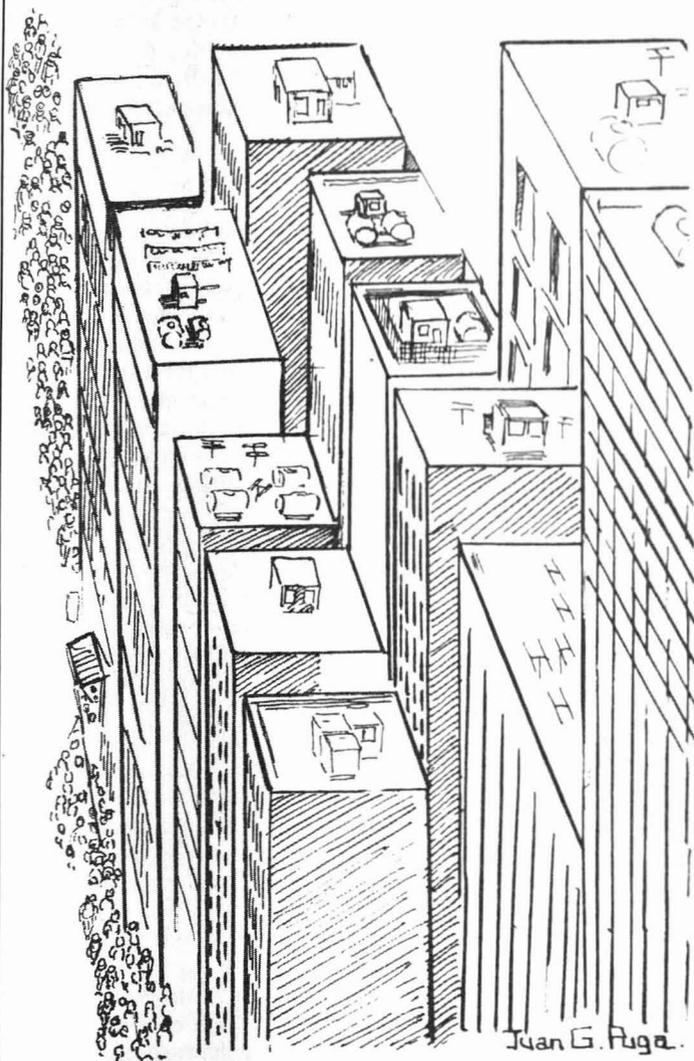
POR JOSÉ DE JESÚS SAMPEDRO

'now my heart is full of you'  
james taylor

fue hacia noviembre de 1976  
"oh que noche pasé!"  
como lo dirían estos cantantes de rock  
pero el asunto es otro  
un asunto sumamente importante  
con todo y su exactitud cronológica  
y debo contarle ahora  
que esos responsables y esos metidos ahí  
por causas fortuitas y casuales  
—que son las mejores causas del mundo  
aún supongo— están ausentes  
y porque yo estaba de acuerdo enteramente  
y ella también  
sucedió esto  
de manera que húmeros pelos y cubetas  
y esa magnánime poesía de autores  
serios y abundantes  
fundamentalmente conocidos  
por nosotros: noviembre de 1976 repito  
de tarde tronaban cerrojos y escaleras  
y ella cantaba una versión divertida  
de la marsellesa  
mientras mi estómago percutía flores y macetas  
escribiendo sonetos bellos  
que rimaban en *ón* y *ente*  
eso hubiera bastado para volarse de inmediato  
a pakistán o naucalpan  
pero como ella estaba perfecta cantando  
opté por ponerme una cara de ajonjolí contento  
y quedarme donde se podía batallar  
contra esa profunda versificación de atrocidades  
ahí estábamos  
y bruto de mí bruto  
porque no supe que esa marsellesa  
atraía noctámbulos ratones  
afuera había mirlos y cuervos  
y la policía militar haciendo su ronda  
localizando reuniones y mujeres solas  
llover era cosa corriente en ese estado  
y la carta de jenny de palermo me recordaba  
el humo de milonga dramatismo de parejas  
y suicidas personajes de tango y de botellas  
posiblemente todo hubiera quedado como lo describo:  
bien plantado  
aunque tronara la tripa el jarrón el basurero  
y esos artefactos antiestéticos de la cocina  
ella podía cantarse otra selección mejor  
pero era obsesiva  
como un soundtrack de bossa nova  
ya dije que era una temporada de mirlos enfermos  
de cuervos arrollados en la vía  
y que la visión de esos miembros idiotas  
de la policía militar

mandaban al carajo el panorama  
ella estaba en pijama bebiendo un tinto  
los fonogramas de caruso y de filippo  
reposaban en un baúl  
y no los hubiera puesto nunca de mi parte  
pero ella —siempre ella—  
pensaba muy distinto  
llovía y en ocasiones transitaba por la ventana  
un gato mojado  
asustando eso del convivio íntimo  
cuando pensé que era conveniente ponerme un hasta aquí  
la policía militar tocó a la puerta  
creímos que los mirlos se iban a pique  
o que el ventarrón anunciado por fin estaba listo  
pero nada de eso  
era una localidad distante donde esas coincidencias  
no sucedían diariamente  
el policía militar jefe tenía cabeza de cebolla  
y ojos de oso miope  
—sí es que existen osos miopes—  
nos dijo que el tiempo la seguridad el civismo  
la colaboración y los secuestros de hombres importantes  
de nuestra cuenta eso no interesaba  
le diría: "al demonio usted y el secuestrado y el civismo"  
pero no era recomendable  
porque ella estaba perfecta en su pijama  
mi corazón no era un producto refractario  
el policía militar dijo que nosotros no éramos parte  
de ese sitio con sus mirlos y sus cuervos pésimos  
y se fue terminando su ronda  
nada de otra cosa  
el soneto encima de la mesa era una esponja  
ella estaba hermosa en su pijama y cantaba despacio  
si uno se hubiera asomado por la ventana  
estarían ahí esos mirlos posados  
esperando esperando  
no se me ocurrió que el disco de caruso  
podría ahuyentarlos  
soy tonto en determinado tiempo  
pero ahora que puedo recordarme en ese sitio  
escribo también que el firmamento estaba ocupado  
lleno de tortugas y de cables telegráficos  
que cortaban el malestar hepático  
y la intercomunicación  
me daba un amor por su pijama y su cepillo de dientes  
nada comparable al misógamo o la chimenea sucia  
pero los mirlos ruidosos y el policía militar  
representaban un fracaso y ante eso  
oirla cantando su inacabable marsellesa  
era una salvación instantánea  
noviembre de 1976 en aquel sitio  
qué ruido qué desastre  
el policía militar volvió con sus patas de caballo  
tronando la puerta la ventisca el infinito extendido  
allá enfrente nunca recuperado  
desde esta casa  
interrumpí mi soneto en un inmejorable momento

cuando trataba de rimar shakeaspeare inútilmente  
 dejé mi texto ahí y volaron los mirlos  
 pasó un gato sordo  
 ella no pudo cantar aún con su pijama hermosa  
 abrí la puerta  
 y el policía militar entró despacio  
 como en un cuento de chesterton  
 contra la barricada de tinto  
 habló del tiempo de la patria de la situación actual  
 y de conspiraciones internacionales  
 contra el uso de la mermelada de fresa  
 y el pan tostado  
 pasó de nueva cuenta al tema del secuestro sus inconveniencias  
 yo pensaba como nunca en caruso  
 de repente sacó la zanahoria de su funda  
 y dijo: "estos mirlos vuelan bajo"  
 un tono declarativo propio  
 de un western italiano  
 no entendimos  
 oh noviembre de 1976 "que noche pasé!"  
 y esos pájaros soplando sus picos cónicos y sus entradas  
 y el policía militar con su zanahoria fuera  
 podía disparar  
 ella se sentó  
 "al demonio con sus secuestros" dije por fin  
 el policía militar se enojó  
 me habló de la cooperación y el síntoma de la salud  
 pero yo no quería estarme oyendo eso  
 el policía militar apretó la zanahoria y un mirlo cayó  
 los otros mirlos se iban lejos  
 repitiendo el sonido del disparo  
 y el policía militar dijo: "al demonio usted"  
 ella le tiró entonces un tomate  
 y yo pensé "¿qué sucede?"  
 cuando el policía militar apretó la zanahoria  
 contra su pijama hermosa  
 y ella rodó como en una fotografía sepia  
 "le advertí que etc etc etc"  
 yo estaba bobo  
 el policía militar dijo que el secuestro  
 pero no entendí nada  
 entonces tomé un picaporte y se lo puse  
 donde ya no saldría nunca  
 dobló sus patas de caballo recio y dijo "oh"  
 fue todo para él  
 pero ella y el mirlo y esos cuervos volando  
 no estaban en su sitio  
 "oh que noche!" como dicen estos cantantes de hoy  
 ella tenía flores y macetas supersónicas  
 y estuvimos de acuerdo  
 mirando mirlos y cuervos muertos  
 y ahora que estos implicados no están más  
 que no pude quitarle a ella esa pijama hermosa  
 escribo esto contando como sucedió todo  
 ahí estarán esos pájaros artríticos  
 volando sobre la casa contra el plomo  
 y la vaciedad completa del sitio  
 donde ella estuvo cantando



## EMILIANO PÉREZ CRUZ

# USTEDES NO SABEN, PERO YA VEN...

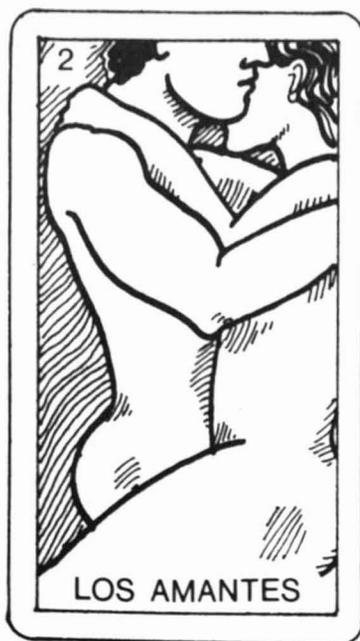
A mi padre y sus compañeros "alborotadores"

SIN LA AYUDA DE NADIE, desvalido, intentando reconocer uno a uno a sus agresores, con la luz del arbotante dando de lleno en el rostro macedado, Pedro siente temor. Sus anónimos enemigos, todos ennegrecidos por la ira antiquísima, por el odio inmesurable que llevan a cuevas trastornándoles los sentidos; todos contra él, diez o doce, quién sabe, pero todos solos, con la noche encima, él y ellos. Rabiosos, buscando el sitio adecuado donde golpear para causar el mayor daño posible. La sangre le mana insistente, escandalosa, desde la región parietal derecha.

—Qué train— gime fugazmente, pero de inmediato comprende que no lo escucha, y sabe también que no habrá respuesta. Se enconcha bocabajo mordiendo el polvo del suelo, sólo polvo y coraje y dolor. Gime cada vez que un puntapié retumba en su cráneo produciendo un hematoma, a veces una herida. Cubre su cabeza tratando de amortiguar la furia desatada sobre él: en las costillas, en las nalgas, puñetazos en los antebrazos, alguna pedrada en la espalda, y todo en silencio, ocasionalmente roto:

- Ordenes son órdenes.
- Ya te jodiste, culero.
- Pinche alborotador.
- Este's pa que sepas con quién te metes.
- Déjenmelo a mí, chale.

Las voces suenan cascadas, subterráneas, y los ojos, pares de ojos acuosos, mercuriales, bailotean en las cuencas enrojecidas. Diez o doce pares de ojos, piernas, brazos que encuentran su razón de ser en el cuerpo de Pedro. La lejanía cómplice. Perros ladrándole a la luna. Gallos despistados anun-



ciando un amanecer todavía lejano. El silencio, los golpes secos. Alguna imprecación.

Un tosco zapato se cuele hasta su mejilla izquierda, y Pedro mira el cielo estrellado, clarísimo. Hay luna llena y la noche es como las que anhela disfrutar en compañía de Elvira, sin las luces del alumbrado público para captar en todo su esplendor el espectáculo del cielo agujereado. No sopla la más leve corriente de aire; los escasos árboles existentes en el contorno son monstruosos testigos petrificados a la orilla de la calle: mudos espectadores de tanta ira escapando de tantos miembros desarticulados, hinchados, violáceos. Y Dios, ausente. Dos puñales a la expectativa. Lanzando iridiscencias que se entrecruzan con otras emitidas por el par de pistolas que lo amagan, extensiones del odio, de la irracionalidad.

Nuevamente intenta hablar, pero una piedra metamorfosea sus toscos labios en una flor roja entre cuyos pétalos asoman los dientes blanquísimos, trozados por el impacto. Al fin se siente libre, todo gira a su rededor, las lámparas guñan ciclopeamente sus almas fluorescentes; los árboles danzan y la calle lo envuelve; sus músculos se aflojan. Tiene los párpados destrozados, todo el rostro, centro del ataque, como si sus agresores temieran reconocerse en él, frágil, solitario.

HORAS ANTES habías salido de la chamba, después de haber platicado con tus compañeros. Como delegado oficial de la empresa en que laboras, exigiste una asamblea con el líder de la sección sindical a la que pertenecían. Con los otros choferes y macheteros citaste con carácter de "urgente" a la reunión porque la empresa amenazaba liquidarlos si no abandonaban sus exigencias: tú, como líder, o aceptabas y agachabas la cabeza, o te exponían al despido injustificado, con una ridícula indemnización; más fácil: podrán acusarte de robo. Exigencias, exigencias. Lo más molesto para la empresa, aunque fuesen nimiedades: uniforme de trabajo dos veces al año, tres días más de vacaciones, menos escamoteo en el pago de las horas extras, planta para los macheteros de los camiones y jubilación inmediata a quienes, por su antigüedad, la requerían.

Pero Chano, el líder del Sindicato, posponía la reunión argumentando otros compromisos que necesariamente, decía, iban a repercutir en el bienestar de los trabajadores afiliados: un almuerzo, tantas veces soñado, con el líder de la Central Obrera del país; platicas con la patronal para mejorar las condiciones laborales. Las razones ocultas: iban a otorgarle la concesión exclusiva para que elaborara en su taller los uniformes de los trabajadores del ramo; le plantearía al líder máximo la necesidad de establecer mayor control en la elección de delegados, pues estaban colándose demasiados alborotadores; discutiría con el Consejo Administrativo del

negocio las cláusulas del contrato colectivo que los trabajadores habían elaborado.

Tú y tus compañeros amenazaron afiliarse a un sindicato independiente si sus voces no eran escuchadas, y Chano tuvo que posponer sus compromisos, presionado por infalibles padrinos miembros del Consejo Administrativo, que le echaban en cara la falta de control sobre los sindicalizados. Una huelga o cualquier otro tipo de movilización sacaría a flote la podredumbre existente, el estiércol que alimenta esta rama del comercio: empleo de menores, salario muy por debajo del autorizado, jornadas de doce horas, carencia de servicio de seguridad social, líderes corruptos, alteración de las declaraciones de impuestos para reducir la participación de utilidades y de paso evadir el fisco; fuertes cantidades utilizadas para lograr, jugosos contratos como proveedores de las empresas constructoras oficiales...

DOS MESES ATRAS, Pedro fue elegido delegado por sus compañeros ante el beneplácito de los patrones, quienes pensaban manipularlo como a tantos otros. Pero el tiro salió por la culata: él conocía perfectamente los movimientos de la empresa; tenía doce años laborando ahí, primero como machetero, luego como afanador, empleado de ventas, mandadero, mozo del contador, hasta que uno de los choferes le enseñó a conducir. ¿Organizó alguna campaña para que lo eligieran? No, sus compañeros querían alguien que hiciera lo que para ellos resultaba sumamente molesto: andar de asamblea en asamblea representando a gente que no se interesaba mínimamente por lo que allí se discutía. Cuando Pedro aceptó su cargo, los otros se sintieron aliviados. Qué bueno, eres soltero y

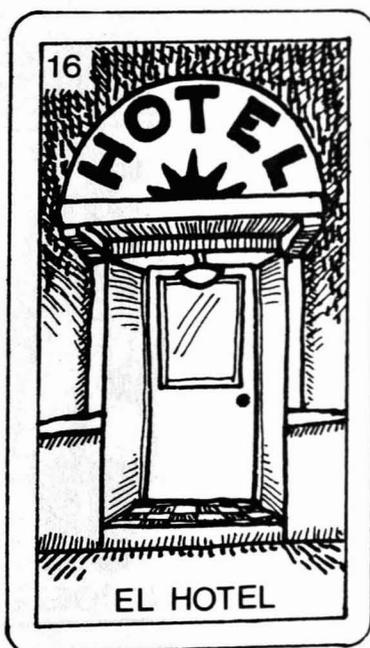
sin más obligación que la de comer y dormir, pensaban. Pero el recién investido vio la oportunidad de mejorar las condiciones laborales en que se encontraban él y sus compañeros, aprovechando su conocimiento de las maniobras de la empresa. "Ora sí, al desquite, a la revancha", decía.

"La ferretería más popular de México", como rezaba el slogan publicitario, se expandía: doce sucursales en el Distrito Federal y una en la capital de cada estado le daban una solidez económica envidiable; pero, al mismo tiempo, al personal le exigían más y más trabajo por el mismo salario. También comenzó alentarse la formación de una élite de empleados de confianza que hacía las veces de policía secreta: estorbaban la unión de los trabajadores urdiendo chismorreos y fraudes para despedir a los inconformes; vetaban un contacto permanente entre la gente de una y otra sucursal e incluso los hacían discrepar. La sección sindical de Obreros Metalúrgicos y Similares era sólo eso: un nombre, siglas, palabras, nada.

CUANDO EL MALESTAR de Pedro y sus compañeros se materializó en un pliego petitorio, el Consejo Administrativo se sobresaltó: ¡¿Cómo?! ¡Se ha colado un alborotador en nuestro centro de trabajo! Esto es inconcebible, qué hace Chano, por qué permite tales arbitrariedades. Hay que aislar al tipo, que ya no maneje, y si su trabajo es necesario, proporciónenle el viejo Ford 55 de redilas, el que a cada rato se descompone; ojalá se parta la madre, carajo con estos hijos de puta que siempre encuentran la oportunidad de introducir el germen de la desconfianza, el malestar entre la gente que sólo quiere trabajar; que el tipo no labore horas extras, dedíquelo al aseo, que pinte el zaguán y cuente los clavos que nos llegaron defectuosos; ofrézcale el cargo del chofer de confianza; manténgalo inactivo, ya se aburrirá, ojalá y renuncie por sí solo; cuidenle los bolsillos, no vaya a introducirse algo de valor en los bolsillos sin que se dé cuenta.

El asedio se llevó a cabo sin resultados positivos; Pedro aprovechaba el tiempo consultando leyes, creyendo en la palabra escrita, en los consejos de alguna gente que se fiaba de los procedimientos legales; discutía con sus compañeros, intercambiaba experiencias con ellos, sintiendo como gran demanda el haberse propuesto pedir una muda más de ropa de trabajo al año. Un machetero le dijo: "Y que los uniformes no lleven el sello de la empresa, mano, ya ves, parecemos ganado; vamos en la calle y dicen: mira, ése de Gómez Hermanos; aquel, de Metales Návalos; éste otro de La Mundial; el Chimuelo, de Los dos Leones. No mano si no somos reses pa que nos marquen".

Unos y otros contribuían a solidificar el pliego petitorio, su gran esfuerzo, el descubrimiento de que no era imposible ponerse de acuerdo para lograr un fin común. Alborozados, porque en los



cuarenta años que la empresa tenía funcionando, jamás se presentó un conflicto, es decir, siempre fue aplastado: los delegados eran fácilmente sobornables, al firmar el contrato aceptaban una bicoca y confirmaban las condiciones impuestas de antemano. Ahora era la oportunidad: queremos que hagan el aseo en los guáteres, que pongan un calentador en el baño, que no sobrecarguen los camiones y pongan dos macheteros en lugar de uno; que instalen equipo de seguridad. ¿Qué tal si solicitamos becas para que nuestros hijos estudien? ¡Un seguro de vida, sí, me cae! ¿Contrato colectivo para macheteros, choferes y empleados de confianza? ¡Los últimos no, son culeros!

El horizonte se ampliaba, pero seguían solos, aislados en buena parte de los trabajadores de las otras sucursales y de otras empresas similares. Solos en una sección del sindicato afiliado a la Central Obrera, pilar del partido en el poder, pilar de la clase gobernante corrupta, ansiosa de más y más riqueza, insaciable...

Las amenazas no se hicieron esperar: *Prohibido perder el tiempo en horas de trabajo*, decía un letrero en la bodega de la ferretería; otros más señalaban: "Un minuto de retraso a la hora de entrada = castigo de tres días", "No hay baño gratis". Suspendieron las horas extras, únicamente quedó el salario puro y simple; el uniforme se usaría, en lo sucesivo, sólo en el interior del centro de trabajo, no era para presumirse en la calle excepto los choferes; si sorprendemos a alguien distraído, lo despedimos.

No faltaron quienes se amedrentaron y comenzaron a flaquear:

- El pan nuestro de cada día.
- Siete hijos, ¿y si pierdo la chamba?

- Caray, estábamos mejor con las horas extras, ora no alcanza pa nada.

- Y mi esposa que se va a aliviar.

- Dicen que están reportando a los principales pa que no les den trabajo en otro lado.

- Calma— pedía Pedro —. Usted Cacarizo no meta el desorden y tú, Zorro, tienes brazos y eres joven, tienes chance pa comenenzar otra vez. Si vamos a seguir así...

- Pero Pedro — argumentó el Guapo—, tú porque no tienes una familia qué sostener, pues, pero pus yo.

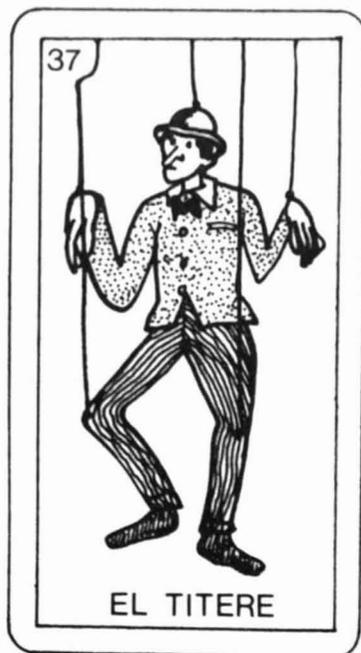
- Pus por eso, güey, si esto es pa que los atiendas como se debe y no pa que tu vieja siga partiendo más macheteros o macuarros o empleados de confianza; esquirols, dice un amigo mío que de esto está enterado— contestó Pedro, realmente convencido, sin el especial timbre de quien busca su salvación en los demás, de quien anhela únicamente adeptos.

- Fijate, Perico — gritó el Fierritos—, tú ya nos andas enredando con gente que ni siquiera chamba con nosotros. De ahí puede agarrarse la empresa pa correnos.

- Pus sí, el chiste no es quedarnos de a soledad— dijo el Pájaro—; si vamos a estar solos, nos quiebran en menos que canta un burro. Pero no nos ganan, verás, verás...

- Eso, eso— dijo Ayala, el más viejo de los macheteros—: Como es seguro que el sindicato ni nos va a pelar, vamos jalando pa otro, y si sale igual, a otro y a otro, qué chingaos o hacemos uno nosotros, eso, sí porque nosotros no vamos a dejarnos de nuez, ¿o sí?

- Cállese, don ruco, no se me eche a volar. ¿Pus qué piensa usted, que la empresa está cruzada





de brazos?— intervino el Cuervo, uno de los más jóvenes, mozo barrendero, burlón y cínico en sus diecisiete años.

—Pus no, pendejo, ni nosotros, y ponle más ganas al asunto o nos van a agarrar tragando moscas, demuestra que eres joven, con ganas de vivir como hombre, no como pinche camello, haciendo joroba, arrinconado ahí, en tu catre, haciéndola de perro guardián de la empresa. Ya es hora de ponerse al tiro, güey no que mejor don Félix, con sus setenta años encima, ya vez, haciéndola gacha, ya ves, pidiendo lana, ayudando a hacer volantes, no que tú... — dijo uno más.

— Pus él porque tiene sus chicas que lo apoyan. Con cada uno que se meten le sacan diez varos extras— bromeó el Fierritos.

ELVIRA, sigues esperando a Pedro. Voy a venir, te dijo, me esperas. Hoy es jueves, siempre llega, día de hacer el amor en este rincón que ambos han acondicionado, tres metros por tres bastan para quererse y menos para morirse, no hace falta más, el baúl en que guardan las mudas de ropa, las fotografías que se tomaron en la Torre Latinoamericana donde lo conociste y te habló; pinche paisano, dijiste, naco, qué, ¿se cree muy muy pa invitarnos un refresco?, a tí a tus amigas a tu hermana que te acompañaba, pero logró más su insistencia que los regalitos comprados en las ferias de pueblo a las que asistían regularmente, la seguridad que irradiaba al hablar, la madurez que afloraba a su rostro de campesino emigrado, con las huellas del hambre marcadas de por vida, y volviste a verlo después de ir a Chapultepec y qué pedo, a veces a Chalma a los Remedios, se metían al Cine Atlas para no ver la película y cenaban en algún café de

chinos, costillas asadas con ensalada de verduras y el inevitable café con leche y panqués para luego refugiarse en este tu cuarto, tú, sola sin padres y con la experiencia del amor perdido, sin hijos, criada en el barrio de Peralvillo y las casonas de Polanco donde trabajas lavando ropa de la gente buena y bonita y culpable de este país, en parte. Tu cuarto y su cama cubierta con sábanas elaboradas con costales de azúcar y colchas de retacería limpias, *voy al guáter a hacer del uno*, almohadas bordadas por tí durante los ratos de ocio *ya vine* la repisa en la esquina con la imagen de la Virgen del Carmen y dos veladoras y un florero con claveles que empiezan a envejecer *qué tal te fue en la chamba* cuarto de azotea de un viejo y céntrico edificio, lugar de comunión en donde Pedro te platica los incidentes del día *tengo hambre* mientras destapa las cervezas que compraron en el estanquillo cercano a la Plaza de Loreto, extiendes el queso blanco dulzón y los chiles envinagrados *te amo más que ayer, pero menos que mañana* y las carnitas mientras él abre los bolillos con sus dedos toscos encallecidos por el trabajo y deposita en su interior abundantes raciones hasta lograr dos tortas monumentales que engullen espacio *eres un mentiroso eso le has de decir a todas* buscando prolongar la hora en que el silencio imperará, aunque la radio transmita la Hora de los Enamorados o cualquier otra cosa digna de no tomarse en cuenta *el viejito Félix está enfermo*, enciendes un cigarrillo, dos, que aspiran asomados a la calle, buscando con la mirada las ruinas aztecas, un borrachín que se abraza amoroso a cuanto poste se le pone enfrente, las putitas de La Santísima, escasea el ruido de los transnochadores, te toma por el talle, arroja su pitillo y tu igual aplastas el otro mientras él desata la enorme trenza y los listones caen al suelo, te desnuda poco a poco, algo rudo *sigue como hasta ahora, igual de buena y cariñosa*; toca, acaricia tus senos, les da forma dibujándolos y la falda, el fondo, toda tu ropa haciéndole compañía a los listones y él cubriéndote de besos, arrodillado ante ti *lépero, por qué dices eso que le aprisionas la cabeza que pretende desaparecer entre tus piernas, volver a los orígenes; gime, lo obligas a ponerse de pie mientras desabotonas su camisa, bajas el cierre del pantalón para acariciarle el miembro erecto aprovechando que él desespera al no poder desatar el cinturón que ciñe su cintura; por fin abandona su falsa piel de dril y tocas su cuerpo aún fuerte, sudoroso, agresivo, barba rala y bigote de agricultor me haces cosquillas, deberías rasurártelo sin tierras, mentón amplio; se dirigen al lecho, trastabillantes, tratando de no romper el encanto cómo crees, es lo que me da personalidad; besa rudamente tus muslos, ensaliva tus senos y muerde el oscuro pezón mientras reconoce ampliamente tus caderas, todo, un rincón sin acariciar, el vello hirsuto de tu pubis; manipulas su miembro lento, suavemente, eternizando cada instante en la memoria, en cada poro. Correspondes, se encabrita*

tengo miedo de que pueda sucederte algo y lames su grueso miembro moreno sin que por tu mente cruce siquiera que mañana tienes que lavar las sábanas de la Señora Fernández, inexplicablemente amanecen manchadas, y eso que su marido trabaja fueras de la ciudad durante toda la semana; las batas del doctor Olachea, especialista en enfermedades venéreas y pacientes que ya han sanado, los almohadones y colchas de la Viuda de Olmos Riera, sucias cada vez que el jardinero no duerme en su rincón de la cochera. Te tiene, lo montas a conciencia, él lo sabe y acepta, los senos cuelgan ante su rostro, los oprime y te ayuda, ambos se gritan en silencio *qué puede sucederme, si ya te conozco*, juntos, no es cuestión de saber quién le hizo el favor a quién, el nosotros haciéndose uno y el final anuncia otro principio *no te vayas*. Dijo que iba a entrevistarse con los obreros del sindicato independiente al cual piensan afiliarse, después de la charla informal que sostuvo con los compas y la lluvia tenue, no la sientes, comienza a humedecer las calles que miras ansiando que Pedro aparezca, ya es tarde, qué se hará, por qué tarda, las manos en la mejilla sosteniendo la cabeza...

CHANO, EL SECRETARIO del sindicato, llegó buscando a Pedro, pero él se había marchado. El Zorro así se lo hizo saber.

— Si es pa lo de la reunión, no lo esperes.

— ¿Cuál reunión? No habrá nada— grito Chano, sobándose el puño derecho donde un rubí montado en oro lanzaba reflejos escarlata a los ojos del Zorro.

— Padre el anillito, ¿eh?— Le dijo a Chano mientras accionaba, el mecanismo de la báscula, pesan-

do la carga del carro 7, el del Guapo—. Es nuevo, ¿verdad? Ayer no lo traías, tú.

— No comiences a chingar la madre— dijo Chano, algo molesto por la observación, para enseguida agregar—: Cuando venga Perico dile que me busque en el local del Sindicato, porque la reunión se pospone hasta que aprobemos juntos los puntos a tratar, y ustedes ya no armen tanto lío, carajo, la cosa va en serio, la patronal no quiere conceder aumentos ni nada de lo que pidan. Y es que la cosa está cabrona— agregó como en secreto confidencial—, ustedes no saben, pero ya ven, la crisis metálgica, el avance de los rojos, la devaluación, los árabes... Hay que andarse con cuidado, les digo, en otras empresas están despidiendo bastante personal. Cuiden su trabajo, no sean tontos, cuánta gente no quisiera un puesto como el de ustedes... Bueno, nos vemos, y no se te olvide decirle eso al Piter.

— ¿Pa qué lo quieres? ¿Ya quieren embarrarle la mano también?... preguntó el viejo Félix desde la puerta de la bodega, acompañado por tres prostitutas de las que merodeaban por el estacionamiento de la ferretería que él tenía a su cargo; amorosamente las llamaba "mis niñas".

— Te ves muy repuesto— dijo el Guapo mientras abordaba su vehículo—. Se me hace que ya comes a tus horas, no que cuando te conocí...

— ¡Pendejo! ¡Que sientes, carajo! Bueno, mejor así nos vemos. Pendejos... Si viviera de las cuotas del sindicato...

No, pus si ya decíamos que no sólo de las cuotas— le grito el Guapo—. Me dijeron que acabas de bajar de las oficinas, y que te despidieron *de mano* y toda la cosa.





Chano ni siquiera volteó; ya iba atravesando el patio, brincando entre montones de varilla, rollos de alambón, tubería de cobre, placas de acero, aluminio, perfiles tubulares...

— Y QUE FUERAS A VERLO al sindicato— le dijeron cuando abría el casillero para depositar su ropa de trabajo.

— Ya sé pa lo que's— respondió—, pero no voy ir.

— A todo dar— festejó don Félix, y agregó—: Mejor ve a ver a los del independiente; nos respaldan diez delegados de las sucursales de aquí y siete del interior.

— Ya es ganancia.

— Eso, vamos a mandarlos de una vez a la verga

— dijo Ayala, y los demás lo apoyaron.

— Ni pedo, ni pedo— aceptó el Tiritos.

— Primero al independiente y luego a la huelga; somos la mayoría en la matriz, aunque con los de confianza no contamos.

— No hay cuete, Perico, al independiente, no hay otra.

Pedro terminó de vestirse y salió. Desde el ventanal, los miembros del Consejo lo vieron perderse entre la gente que iba de compras a la Merced o se dirigía a su trabajo.

LO LEVANTAN entre cuatro; su cabeza golpea contra las baldosas de la acera, va dejando un rastro de sangre, sólo eso. Para mañana, los perros se la comerán. Lo arrojan al baldío y lo cubren con basura. Su pecho jala aire trabajosamente; aún le propinan algunos puntapiés más en las nalgas. Ya se retiran cuando uno de ellos dice: — El gordo del anillo me prometió dos mil más si quedaba fiambre.

— ¿Todavía más?— se burla otro. Succiona su pitillo y agrega—: Ni pa billetero va a servir.

— ¿Y si no se muere?— duda uno más, de mirada perdida entre los mundos ficticios que la droga le hace ver.

— Ni que fuera un gato con siete vidas de verdad— dice el que se oculta entre las sombras de un eucalipto, con un frasco de solvente que inhala ansioso. Lleva un descomunal picahielo en la diestra.

— Si quieres le hacemos lo que a la Rosita Alvierez: nomás tres tiritos— propone alguien.

— Me guardas las tres— indica un tuerto—. Chida la escuadra, ¿no? Y es reglamentaria, con dos cajas de parque.

— Pus mi 22 no se queda atrás.

— Yo con mi destripador tengo— fanfarronea el del solvente—: arriba y adelante, afuera, una vueltecita así, afuera, a izquierda y derecha, centro, arriba, y ni caca queda de este güey.

— ¿Quesque's comunista?

— Ah, cabrón, ¿y qué es eso?

— Sepa la madre.

— Pus a mí me vale queso su lo que sea. Ganamos dos pistolas, una lana y la motita, ¿qué más queremos?

— ¿Lo quebramos?

— Deunavez.

— Primero pásame las tres.

LA NOTA PERIODÍSTICA del día siguiente fue escueta en la información: hombre muerto por una pandilla de drogadictos en las afueras de la ciudad; lo identificó su amante. Nada más.

“HUBIERA VENIDO a verme”, pensaba Chano, arrellanado en el sillón, tras su escritorio. “Pensaba recomendarle que no le buscara mangas al chaleco, que no fuera al independiente; el barrio es muy peligroso, se topa uno con cada bandita que Dios guarde la hora. Bueno, descanse en paz y a otra cosa, mariposas”.

— Señorita, haga favor de venir un momento— llamó a su secretaria—. Anote usted: “El Sindicato de Obreros Metalúrgicos y Similares costeará los gastos” del pobre infeliz que le comentaba. Y por favor, comuníqueme a la ferretería en donde trabaja el tipo, por favor, ándele y no sea remilgosa.

“LA FERRETERIA más popular de México” se veía triste. Las banderas rojinegras fueron colocadas en cada una de las puertas y ventanas. Afuera, la gente miraba impasible la llegada de la policía. Al poco rato, los obreros fueron desalojados y el comité de huelga aprehendido en pleno. Los subieron violentamente a las patrullas. A don Félix no lo tomaron en cuenta, lo olvidaron, perdido entre sus niñas. El y el Cuervo se encargarían de hacer estallar las bombas colocadas estratégicamente en el local.

# ARTURO RAMÍREZ

## DOS POEMAS

### EN LA ESTACION DEL METRO

Un hombre moderno lee a Malcolm Lowry  
Alguien me describe en su mirada  
Va y viene en mis contornos  
La vieja de mi lado escupe  
Otro hombre conversa  
Otro me toma de la mano  
Otro sonríe  
El que lee a Malcolm bosteza  
Yo sé que hay un volcán entre su corazón  
Y el mío.

### ADORO LAS MAÑANAS JUVENILES

Adoro las mañanas juveniles,  
Las mañanas magníficas y vagabundas,  
Cuando el hastío y la contemplación  
Son las únicas cosas reales que me ausentan.

Adoro las cosas por toda su vehemencia  
Por esa gratitud ansiosa con que caen en los ojos.  
Objetos inconscientes

Cabalgando en cada nervio  
Gozo insólito  
Como la estatua del jardín  
Que pone ojos de sueño.



VERÓNICA VOLKOW  
UN POEMA

A Manolo

Bajo la tierra se trabajan  
las flores lentamente  
como los muertos trabajan nuestras vidas.  
Los pinos en el viento se dirían  
un incendio que despide  
la luz suspensa de sus formas,  
cirios  
que en llama opaca consumen su existencia.  
Caminamos  
y nuestras sombras son nuestros difusos pedestales,  
la oscura leña en que crecemos.  
Afuera el río  
es una antorcha de agua,  
adentro  
sólo la luz ocurre.

# CLAVE

## FRANCISCO SEGOVIA

Tranca resumen de bronca Zumba

Para lo que la importancia... Etcétera  
me basta esto de poseer un alma arrebatable

Para la indiferencia  
Tranca de bronca resumen  
pulverizable

Para las branquias  
aire escandido  
:punta de letras  
...deletereos

A punta de trallazos  
tundente  
de boca cojitranca  
percutivo

Tronchar el aire  
Escandir.  
Suenen los baques de coces tableteo

Morder el polvo con las branquias  
... y toda esa verdad en la pólvora

Mocha la importancia  
Y...  
...¿por qué no?...



# EL JUGADOR NÚMERO DOCE

BERNAL TISCAREÑO

A todos los que quieren y aman el fútbol.

Angel Fernández

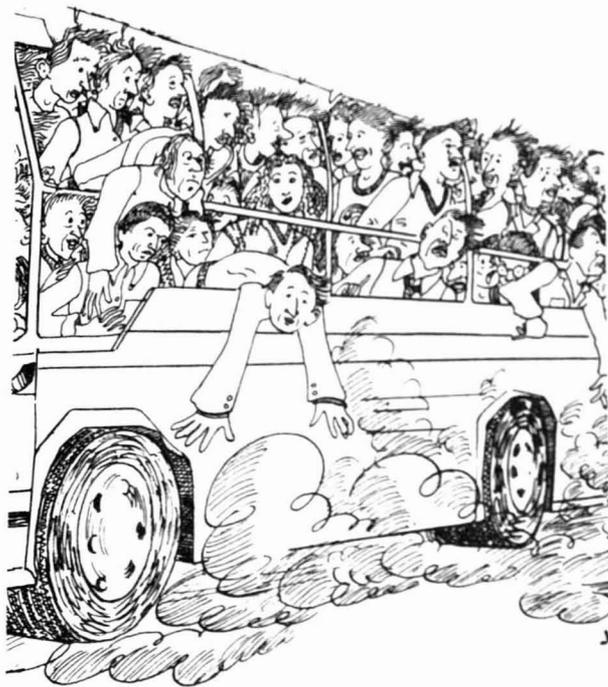
Como todos los domingos, me levantó la cruda a buscar el menudo y los taquitos de moronga. Luego, a esperar a los cuates porque no encontré boletos para el fut, cincho que allá anda la mayoría, pero a lo mejor me cae alguno por acá y entonces carnitas, chicharrones y demás botanas.

Traje mi dotación de rubias a la casa y las puse a enfriar. Luego a llamar a Lety, a ver si quiere venir a la tarde al depto; y le atoramos al desfleme de cuaresmeño, al usté decide si se embaraza, a la paternidad responsable.

Su teléfono no responde, lo más seguro es que ya pasó el bofo de Beto con su carita de yo sí me caso y me la voló.

Lo primero es lo primero y a darle a las rubias que ya las traigo un poco helodias; prendo la tele y allí fue donde se inició el desmadre: un tipo anunciaba la muerte de Angel Fernández, detallando minuciosamente el deceso, haciendo gala de profesionalismo y yo encontré algunos que me parecieron interesantes, como aquel de que "Angel fue un dramático apasionado del deporte, aunque tenía fijaciones mentales: dividía sus sueños entre el fútbol y Olga Breeskin; continuamente despertaba anunciando Gooool o llamando a Ooolga".

Su hijo, que se había levantado temprano, quiso enseñarle a papi sus progresos en el dominio del esférico. A Angel le tocaba sueño de fútbol. El caso es que abrió la boca como lo hacía para gritar gol.



El niño, queriendo darle la sorpresa, se aproximó a la cama, el perro saltó tratando de arrebatarle la pelota, lo hizo trastabillar, el balón se salió del dominio y fue a caer precisamente en la boca de Angel que tenía la mala costumbre de dormir sin la dentadura postiza y, como lo diría él mismo, "fue a cobijarse en las redes". Lo que sigue es parte de la confusión: unos dicen que soñaba con Olga; otros que con el fut porque era domingo; la duda persiste porque sus familiares aseguran haber escuchado algo así como GOLGAGOLGAGOLGA, mientras abrazaba la almohada con desesperación.

Me eché otra "chela" a la salud de Angel, mientras el locutor decía: "la muerte de Angel Fernández conmocionó al mundo del deporte. Todos los directivos de clubes de fut, reunidos en sesión extraordinaria, decidieron darle el postrer adiós en el estadio Azteca al "poeta del juego del hombre que hoy ha dejado un hueco imposible de llenar". A todos los televidentes les extendemos nuestro más sentido pésame y los invitamos para que acompañen a Angel hasta su última morada, la cita es en la catedral del fútbol; entre tanto, sigan viendo nuestra programación y estén pendientes.

En el refri todavía quedaban cersias para rato y fui por una; cuando regresé sonaban trompetas y a lo largo y ancho de la pantalla aparecían los anuncios de Gillette, rubias de categoría y ay que compartir. Por fin el juego del siglo: América contra la Selección Resto del Mundo. Antes de iniciarse el encuentro se pidió el minuto de silencio de rigor, hubo discursos emocionados para Angel "El único", que estaba colocado en una caja crema y azul, como buen americanista; el silbatazo del árbitro dio comienzo al partido.

El América subió bien, triangulando, pasando la pelota bonito, hasta que llegó a la media cancha; allí, el equipo contrario cerró los huecos, entraron los medios de contención y pararon el ataque de nuestros cremas iniciando un rápido contragolpe por el extremo que rebasó a la defensa americanista y centró buscando sorprender; el centro delantero remató de cabeza pero el portero crema cedió a corner con una mano. Todo el equipo Resto del Mundo frente a la portería, hasta el guardameta llegó para intentar un remate. Eso ya calienta, y que se empieza a meter el público al campo. Los policías trataron de contenerlos, pero sin muchas ganas porque también estaban ardidos por el alarde del equipo extranjero.

Nuestra defensa despejó bien. El público ya estaba en el campo e iba por el gol. Uno tiró muy precipitado y la pelota rebotó en el marco. El portero quizo intervenir y que lo sacan dos cuicos de la cancha y le aplican el artículo treinta y tres. Los otros diez del seleccionado Resto del Mundo ya habían bajado y se la iban a rifar. La cosa estaba a toda madre. Doscientos cincuenta y siete tiros a gol y nada: la mala suerte que ya nos trae impidió que el balón entrara.

Los defensas contrarios caían y se levantaban como soldaditos de plomo.

El gol se nos estaba negando por enésima ocasión. Alguien le pegó demasiado fuerte al balón tratando de derribar a la defensa. Rebotó o la despejaron y fue a incrustarse precisamente en la caja en que descansaba Angel Fernández. Un ruido extraño se produjo en el estadio, como de gargarismos espectaculares. El féretro se abrió, igual que una caja de sorpresas, y Angel apareció como impulsado por un resorte; gritó con toda la fuerza de sus pulmones: GOOL, al tiempo que de su boca brotaba un balón. Fue como un grito de guerra.

Nuevamente todos al ataque, otro tiro rebotó en el travesaño, pegó en el lente zoom de la cámara de video tape y entró hasta la sala de mi departamento, justo a la altura de la cabeza. La dominé buscando abrir el ángulo de tiro y disparé (calcetina-

zo), pero los ciento y tantos mil espectadores venían persiguiendo la jugada y la pelota rebotó, la maté con el pecho, la bajé tan rápido como pude, abrí la puerta del depto y salí a la calle echo la mocha rumbo al estadio; detrás de mí una multitud corría custodiándome para que no me fueran a quitar el balón: es que se habían colado los jugadores del equipo Resto del Mundo. Empecé a combinar con otros que también la mueven, a triangular, a darnos pasitos de cabeza y ya sabrás. Delante de nosotros nueve motociclistas, arriba, a mi derecha, dos helicópteros de la policía protegiéndonos, otros dos con cámaras de televisión y en uno de ellos Angel Fernández narrando para su público, diez cruz rojas, quinientos guaruras, todos como un solo hombre a la conquista del gol en el estadio Azteca. Ya estamos entrando por calzada de Tlalpan, todavía nadie nos quita el balón.

Si llegamos antes de que termine el partido, ya la hicimos.



# ALEJANDRO DEL VALLE

## DOS POEMAS

### A LOS VEINTICUATRO AÑOS

A los veinticuatro años  
Terribles estatuas  
Nos caemos de los árboles abrimos los ojos  
Y vemos agua en todas partes.  
Sin más vuelo que el sueño confuso de un ermitaño sediento

Tomamos el cincel  
Y levantamos puentes a la sombra de pirules y manzanos  
Dimensiones rotas bajo sábanas de imágenes inconexas  
Espectros,  
Edificios inmensos,  
Rincones de fuego y mármol  
Ríos  
Soles,  
Llevamos el mundo en la espalda y en verdad nos pesa.

### RAZON Y SUEÑO

Nada hay de cierto en ninguna lógica de la naturaleza  
Despeñaderos sin rumbo  
Inmensos abismos  
Cuevas de murciélagos.  
Nada hay de cierto en la algarabía de las palabras  
Juegos sucios, corazones débiles.  
Qué leyenda recordamos  
Qué historia primigenia,  
Obscura ingenuidad de la palabra  
En los oídos que descubren  
El rostro de la muerte.  
Acida marea  
Agotado haz, impetuosa soledad  
Nada hay de cierto: la razón se diluye como un sueño.



# JAIME VÁZQUEZ

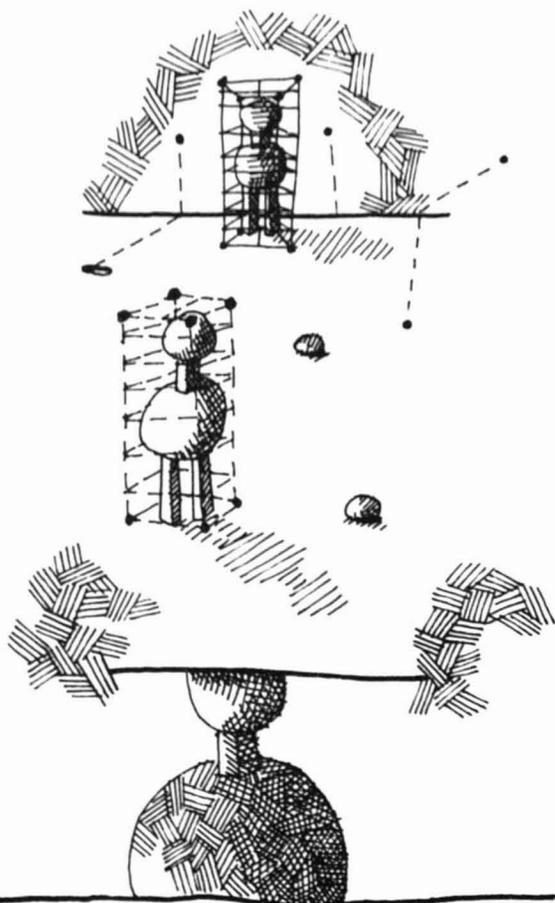
## DILECTO AMIGO

"Errante me encontré por selva oscura"  
a Raymundo Morado

Yo caminando la noche. Yo entretenido en nocturno disfraz urbano, viendo la arquitectura gris y caduca, entradas plumizas, opacas, vecindades larguísimas con corredores fantasmales. Yo deteniéndome en una esquina, sonetos en la mente, libros bajo el brazo, dilecto amigo, esperándote. Y de calle transversa vi salir sombra lenta, acercándose, cada vez más, ploc, hacia mí, sus pasos, ploc, y fui conociéndola, hembra hermosa, ploc o muera yo al instante, ploc, largos sus cabellos. Me quedé de una pieza, te diré, cuando sin verme siquiera, aroma y ella pasaron ladito mio y entonces le fui rastreando la espalda que paulatinamente convertíase de nuevo en sombra y pasos, ploc, perdiéndose en el callejero asfalto. Ondeante viento fresco y decidí seguirla, recorrer su aroma por el ciudadano paisaje, mi hermano. Quedé de esperarte, bien lo sé, pero Nínive me llenó la esperanza y tienes que olvidé tutto.

Yo caminando a respetable distancia tras ella, malabareando panegíricos al viento herido. Tal

doncella conocía seguramente su destino, ya que no dubitaba ni pizca en doblar esquinas y enfrentar calzadas. Seguila largo trecho, he de confesarte; y me imaginarás tras la sombra por el riguroso tiempo anochecido, cuando comenzó feroz pluvial precipitación, tornando bruñida al instante la carpeta asfáltica y los tejados techos, brumarios parques y ni por eso cesó mecánico su andar la moza en cuestión. Todo indicaba una húmeda aventura cuando al fin se detuvo en mansión tétrica, echándose largo su cabello hacia atrás y percutiendo tres veces tres el zaguán hinchado. Yo corriendo la noche. Yo precipitándome en la carrera. Ojos femeninos volteando a verme, mi hermano, y qué mirada, me fulminó al instante y de seco (oh paradoja) me detuve, para acercarme sonrientemente amable, justo cuando crujía la puerta abriéndose y ambos dos nos metimos a la casona. No supe qué decirle, qué más que la verdad, pero ni falta que hizo porque condújome por iluminados senderos hacia un living decorado creo por Doré, fijate. Espetó espérame y se dirigió sin chistar por salida amorfa. Inmóvil mi postura a mitad del living, contemplando La Divina Comedia en litografías agónica plasmadas en las paredes. Ambientaba pegajosa rítmica melódica en arpegios cristalinos al tiempo que viré mirada al letrero en alto relieve, el cual decía:



### ENTRASTE

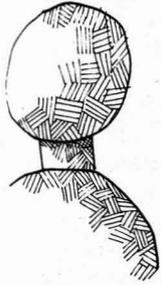
"Por mí se va a la ciudad doliente;  
por mí se va al eternal tormento;  
por mí se va tras la maldita gente.

Movió a mi autor el justiciero aliento:  
hízome la divina gobernanza,  
el primo amor, el alto pensamiento.

Antes de mí, no hubo jamás crianza,  
sino lo eterno; yo por siempre duro:  
¡Oh, los que entráis, dejad toda esperanza!"

Causome tal gozo la ligazón mediante Dante con tal doncella, que presto pensé en odas y sonetos a su imagen. Dama leyendo a Dante, doncella culta en sin par morada, tiempo alargándose al futuro en conjunción de materias noésicas respectivas. Oh dulzura invadiéndome al instante.

Estando en esto vislumbré telefónico enlace para comunicarte el hecho y hecho centella marqué, y fue que contestaste energúmeno, hablando de la quebrada cita y que te regresara tus Mafaldas, mientras yo trataba de explicitarte acontecimiento inesperado y revelador. Pero lo que me movió a cortar vía telefónica, fue tu rudeza arrojada en reproches. Colgué, pues, al tiempo que moza que te cuento regresaba a mí. Nos quedamos viendo. Oía



el rodar del tiempo por polvosos rincones. Se acercó. Perlas saladas gotearon por mi frente. Se acercó más. Mis palabras negadas a nacer, negadas de sonido. Mi boca asesinaba voz, hermano. Me vi en el cristal de su mirada, nuestras narices juntaron epidermis y sentí como las cosquillas, como cuando líquido brota y va llenando el recipiente y hace remolino crujiendo en el vértice al perderse en el vacío hueco del lavabo, lo juro.

— Tons qué, tramitas tu divorcio o qué — me dijo, manteniéndose nariz-nariz.

— Célibe es mi estado — le respondí.

— Pus soy Denisse, y tons tú eres Icarus o qué. Pero no, no contestes, lo mejor es que lo olvides, positivamente, olvídate y caemos al éxtasis o qué, moreno, cayendo así y saltando alotra o qué, llegas y pus luego duro con todos, salimos como quien dice y órale, nos adueñamos del mundo, ¿compréndes? Así no seremos efímeros, ¿le atorás? con eso, positivamente moreno, caiste, pero vente o qué — concluyó melopéa despegando su nariz de la mía sufriente.

Ahora los dos cruzando pasillos. Los dos arribando por escala, llegando a salón amplio con central ring, alumbrado mecanismo sistemático pro-

yectándose sobre la lona. Silentes esperamos. Yo incomprendiendo. Sofocantes vueltas minuterías. Entonces hizo su entrada hombre recio enmascarado, saludos manuales, ondeante capa chispeante furibunda. Trepó, ademán ágil, al encordado y estudiado movimiento situó la capa en esquina táctica. Centró su accionar y aspás manos agradecían qué sé yo, amigo. Hombre enmascarado hecho giros, vueltas, saltos, giros, acrobacia, vuelo, saltos, brillo mascaril, giros y saltos. Acto cumplido, renovados bríos adiós dijo y pegó el brinco cayendo exacto en lateral pasillo, toalla al cuello, perdióse por donde entró salió.

— Lo véz o qué, ay tienes ¿no?

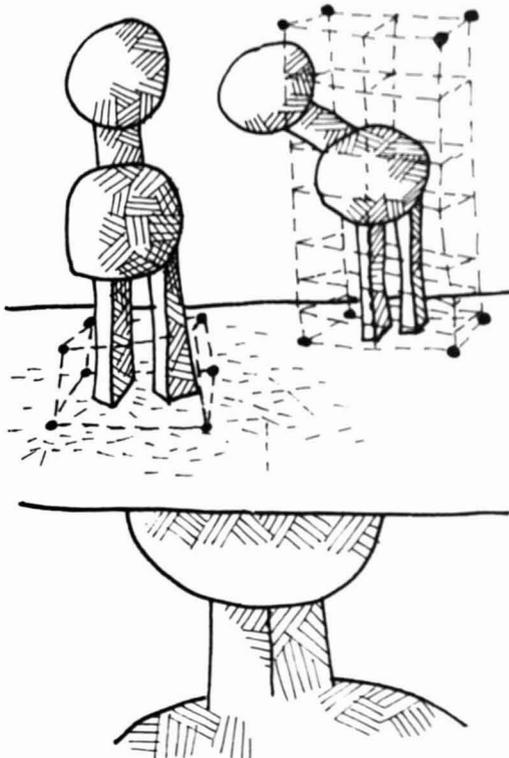
— ¿Qué cosa, señorita? — preguntele al calce.

— Pus qué o qué, qué no ves o qué. Te vienes pacá, si, ¿verdá?, ¿tons? Te convierto o si no en uno desos questán allá, es fácil moreno, positivamente.

Y salieron trastabillantes licántropos y ofidios canturreando aleluyas. Bacanal tan atroz causó acelerado latido cardiaco y duda metódica cartesiana echó su andar en situación franca y abiertamente metafísica, eh. Vislumbré sino espeluznante, fijate amigo. Semejante hija de Tirteo, insultarme modo tal, sodomía cautiva en tan bello forro. Atendí: atroz destino apelmazado, portento insultante en cloacas pestilentes y corrí, si te soy sincero, corrí movido interiormente. Vade retro gritábale, vade retro buscando una salida, mi diccionario de latín por una salida, y yo corría escala descendiendo. Percibi ventana al infinito y por ahí huyendo salí, corrí, salté al crecido césped anegado de semioscuridad, driblando arbustos tiernos. Corrí hermano, y alcancé baranda y trepela trabajosamente. Recina de hiel en mi ser, desgajándome, y ellos todos a mi alcance, los vi y pegué el brinco, cayendo en la calle oscura, siguiendo ruta indistinta.

Fue que llegué a este lugar tenue donde te escribo. Aquí, como yo gente convencí amenaza. Tiempo tenemos ya sesionando y esperando el día. Hace poco pasó veloz caterva persecutoria, tras dos individuos que entrar lograron guarida que estoy. A mitad de conspiración anti eran llegados. Sentáronse, pero cansados no se les vio, y esto movióme interrogarlos. Al más maduro le descubrimos en pecho, debajo vestimenta, un mameluco azul con un murciélago negro en desconcertante fondo amarillo. Matámosle al instante. Lo mismo que a un chico acicalado que entretenido estaba antes de ejecución, y que sólo decía recórcholis o santa invasión o santa ciudad y cosas como esas.

Por parte otra, el estratégico sitio de guarida casual me deja ver la noche. Veo hacia bóveda titilantes luces y siento próximo amanecer. No creas amigo, todos aquí reunidos decidido hemos atacar. Parte mía es buscar hija de Tirteo para vaginal asesinato. Ojalá estas sucintas líneas lleguen manos amigas tú e incorporarte vea a unión popular. Veniremos.



## RAFAEL VARGAS

# TRES POEMAS

### ASTROLABIO

Desde cualquier punto de vista  
esto no tiene sentido  
No obstante  
hemos empeñado nuestras mejores horas  
en buscar

(una flotante población de nombres  
seres imaginarios  
dioses que nunca nos han curado  
otros —terribles—dioses del desconsuelo)

Mapas perdidos o falsificados  
pisadas revueltas en la arena  
trozo de hielo la conciencia  
en la espalda del borracho  
dormido en la playa

Con restos de divorcios y mutilaciones  
hemos contruido una base para no caer  
Nadie espera el sueño  
Diez barcos hundidos  
y en ninguno viajaba el amor  
Cielo sin luna sin estrellas  
un bote de remos sin remos  
abandonado a la fuerza del mar.



### DE TUS OJOS HE TOMADO LO QUE OTROS LLAMARIAN FUEGO

¿Qué gesto, qué decisión prodigiosa,  
giro de las estrellas necesario  
para que la vida así se condensara?  
Demonios quizá, mares incendiados.

En tus ojos velo mis armas toda la noche,  
me abandono a la aventura  
con aquella confianza en la muerte  
de los antiguos guerreros.

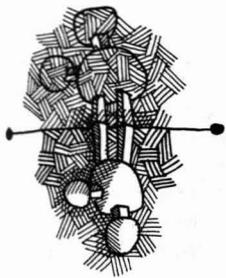
De tus ojos he tomado lo que otros  
llamarían fuego,  
el incandescente bosque del amor,  
la resplandeciente constancia de la sangre,  
los huesos también al rojo vivo, nocturnos.

Piromancia, roca conmovida,  
el guerrero tiembla, escucha;  
todo el silencioso estruendo de mañana:  
derrota o gloria,  
La bestia sacudida  
por el inmenso resplandor que divide al cielo.

### UN BORRADOR DE CESAR MORO

Amo el amor que condena,  
la dolorosa burla de su noche,  
el cálido artificio que presenta  
los dientes, la terrible blancura,  
la dentellada oculta por la sonrisa.  
Amo mi confusión y mi intenso deseo  
de perderme, de saberme solo, solo siempre,  
sin salvación posible de una vez por todas.  
Amo el sarcasmo terrible de la caricia,  
el golpe brutal del diálogo amoroso,  
amo el encuentro que corrompe,  
que vuelve tierna el alma  
para su más fácil cocción en el infierno.  
Amo la desesperación, la poderosa necesidad de buscar,  
el insomnio de la inteligencia,  
el tableteo constante de la memoria.  
Amo la procaz risa de dios,  
la brutalidad de los hombres,  
la torpe solidaridad de los heridos,  
la generosidad del saqueo, la benevolencia del asesino,  
el penetrante veneno concedido en el beso.  
Amo el sueño poblado de pesadillas,  
la madrugada sórdida, el miedo,  
amo la posibilidad de destrucción a cada instante.

# JUAN VILLORO LA ÉPOCA ANARANJADA DE ALEJANDRO



Ahí sentado en la banqueta, Alejandro se sintió más feo que nunca. Tentó las barbas que le brotaban desordenadamente. Tenía ganas de rasurarse, poner su cuerpo a remojar durante una semana y lavarse los dientes mil veces seguidas.

Se hizo cosquillas en el pie, a través de un hueco de su zapato, mientras esperaba que abrieran el cementerio.

Era una de esas tardes en que las tiendas cierran un poco más temprano y las gentes sacan sillas a la calle. El aire tiene una espesura que no conocen los días claros del verano y todo es color naranja. La gente piensa que el cielo es como una rebanada de fruta, pero nunca que es el mismo cielo que casi siempre amanece gris.

Empezó a creer que ya no abrían el cementerio. Al rato toda la colonia estaría en la calle, disfrutando del sol después del trabajo, con una taza de té en la mano.

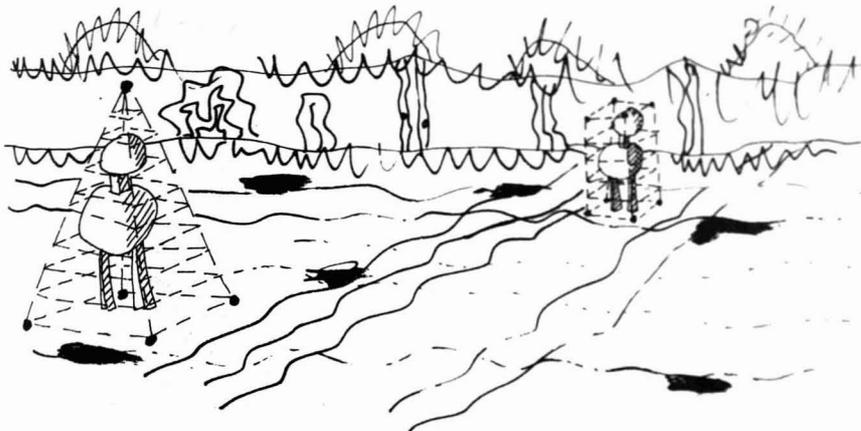
Alejandro cruzó decidido hacia la acera de enfrente, como un vaquero que avanza desafiante por la calle principal del pueblo, a sabiendas de que todos lo observan detrás de barriles y mesas de madera, aunque él se dio cuenta de que nadie le prestaba atención. Escupió junto a la reja y ya estaba por gritarle al cuidador que abriera de una vez, que no había cruzado el Atlántico para quedarse frente a esa reja. Se sintió como un animal de zoológico, en espera de que un guardián de gorra azul viniera a liberarlo. Y estaba precisamente por gritar a todo

lo que dieran sus pulmones en el aire anaranjado de otoño, cuando vio que una muchacha venía por la banqueta. Llevaba un perico en el hombro. Alejandro no tuvo tiempo de pensar en piratas y tesoros escondidos, sólo vio el vaivén de ella, avanzando como un barco con las velas desplegadas. Volteó a ver al perico que cerraba los ojos para recibir la brisa, y entonces tampoco pensó en las costas orientales, pero tuvo la impresión de que la muchacha iba como flotando sobre el agua, navegando en la banqueta, hasta que el perico brincó del hombro para correr entre las sillas y las mesas improvisadas para el té. Alejandro la vio perseguir al pájaro que gritaba con mejor pronunciación inglesa de la que él tenía.

No le gustaban los animales, pero cuando vio pasar al perico se tendió para capturarlo con agilidad de *short-stop*. La muchacha llegó después, respirando fuerte, y él pudo ver su pelo rubio, grueso, las uñas sucias cuando le tendió la mano. Se llevó al perico y entonces la vio alejarse de espaldas, lentamente, entre las sillas y los rostros pálidos de quienes tomaban el sol.

Alejandro fue al parque vecino al cementerio. Era como un campo de golf, grandes extensiones de césped y luego unos arbustos o un estanque. El pasto no se extendía horizontalmente; avanzaba en colinas y montículos y nunca se podía abarcarlo todo con la vista. Se instaló arriba de un montecito para ver las tumbas que se desperdigaban al otro lado, entre matorrales y arbustos secos. Era un panteón decididamente horrible.

Casi no había tenido tiempo de reflexionar sobre su visita al cementerio, el último empalme europeo. Sí, porque después vendría el regreso al altiplano, y entonces se iba a enfrentar a lo de siempre. Alejandro se sentía miembro de una generación a la que le tocó la última parte de la obra de teatro, no la última escena, sino el momento final, recibir la respuesta del público sin saber cuál era la obra representada; él formaba parte de los que venían después, después de todo, del movimiento del 68 y el festival de Avándaro. Había sido muy joven para participar y muy viejo para no darse cuenta de que algo estaba sucediendo. Y por si fuera poco, en el momento en que le tocaba actuar, la escena era una tarima desierta; los actores y el público abandonaron la obra para irse a merendar a algún café. El viaje a Europa aparecía como una forma de evitar el escenario vacío, al menos así lo pensaba él, tratando de darle una expresión racional a esa estancia de tantos meses con tan poco dinero. Pero lo que había sucedido es que a medida que pasaba de un albergue juvenil a otro, cambiaba monedas, revisaba mapas, tenía más ganas de regresar a México. Era una sensación vaga, que venía despacio, rozándolo apenas, recordándole los gestos, las señas que describían a los amigos que había dejado. Sí, más que nada necesitaba contacto con la gente,



pues en Europa se condenó al mutismo del que entiende poco y habla menos. Sintió el olor del pasto, un agradable aroma de la hierba que comienza a pudrirse.

Se paseó por el parque hasta que le dio miedo estar solo. De chico alguien le dijo que silbando se iba el miedo, pero cuando Alejandro empezó a silbar tuvo la impresión de que estaba acompañado, y fue peor. Si no estaba solo alguien podía salir de un arbusto y degollarlo para apropiarse de la moneda de 6 peniques que él tenía en el bolsillo.

En la calle las gentes se retiraban a sus departamentos. Echó un vistazo a las construcciones de ladrillo y luego pensó en la muchacha. Se la imaginó en un muelle, en medio de cargamentos de café y tabaco, tostada por el sol del trópico.

Alejandro vio que una pareja todavía estaba en la calle. Los ayudó a meter las sillas y la mesa. Le dieron unos peniques de propina y él se sintió más prángana que nunca. Iba a devolverlos porque le daba vergüenza que lo trataran como a un mendigo, cuando alguien le tocó el hombro. Era la muchacha. Alejandro buscó al perico, pero sólo descubrió la blusa un poco raída donde el pájaro ponía las uñas. Volteó hacia la pareja para decirles en español que cómo le daban propina, que no sé cuánto. La puerta ya estaba cerrada. Alejandro no tuvo más remedio que oír las palabras de la chava. Hizo unas señas que según él daban a entender que no hablaba inglés, aunque luego pensó que a lo me-

jor ella creía que era mudo.

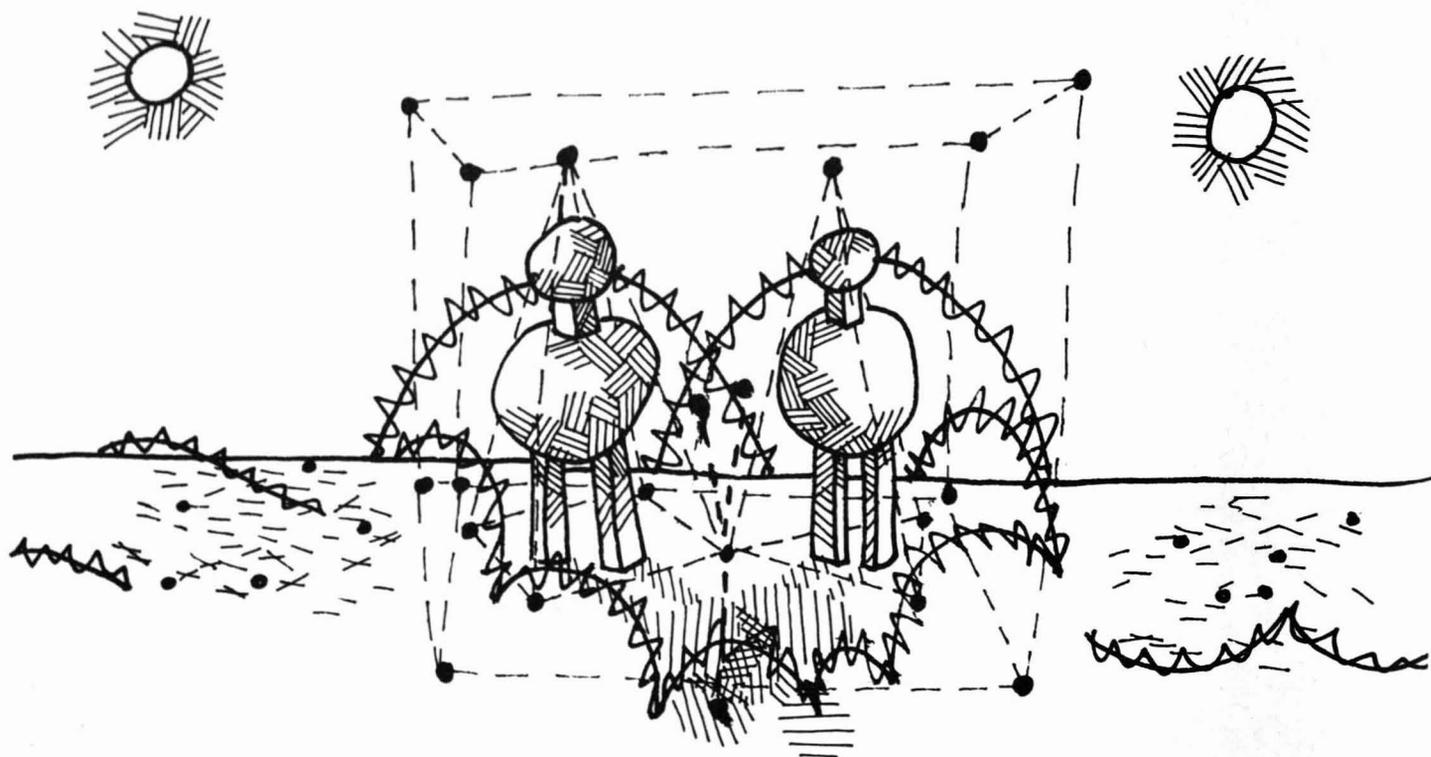
Alejandro aleteó con las manos para preguntarle por el perico. Ella se rio, haciendo una pantomima que significaba más o menos que el perico se había dormido, ¿envuelto en una toalla?, ¿con un capuchón? Alejandro pensó que era malísima explicando con señas y que además debía estar loca.

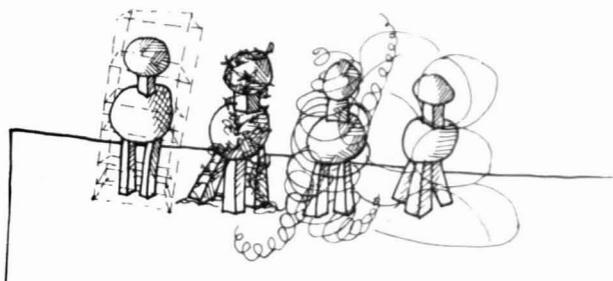
Pero se dio cuenta de que no estaba tan loca cuando le explicó que venía a pedirle una moneda para hablar por teléfono. Alejandro vio los dedos simulando la moneda y luego el índice girando frente a la oreja. Le dio tanto coraje que le pidieran dinero como antes le había dado que se lo regalaran. Inventó que sin su dinero se iba a morir al día siguiente. Ella opinó que era un tacaño.

Por un rato dejaron de hacer gestos. El tuvo miedo de que ella se fuera, después de todo era la única persona con la que se entendía en varias semanas, así es que le pidió que cruzaran la calle.

Junto a la reja había un farol. Alejandro vio el cuello de la chava marcado con pequeñas líneas grises. Le tomó las manos para verle los nudillos. Ella sonreía y Alejandro pudo ver sus dientes blancos y se sintió mejor. Después se dio cuenta de que él tenía las manos húmedas de sudor.

Señaló hacia el cementerio y luego ahuecó sus manos en torno al pelo y la barba, como describiendo la cara de Santa Claus. La muchacha no entendía muy bien porque Alejandro no paraba de hacer gestos. Poco a poco fue comprendiendo la





cara que él describía. Le dio un apretón de manos y sacó de su bolsillo una estrellita roja.

Por primera vez en muchos días Alejandro se sintió de veras contento. Después del tiempo que llevaba con ganas de terminar su recorrido porque ya no estaba de viaje, sino sólo *durando* allá tan lejos, se sintió emocionado y entonces hizo unas señas como de tirarse de un trampolín. Pero tuvo que ser más explícito porque la muchacha no entendía. Señaló el cementerio. Hizo como que trepaba una roca para echarse un clavado. La chava se pasó la lengua por los labios, concentrada. Parecía divertirse. Volteó a ver los edificios de enfrente, las luces encendidas a lo largo de la calle. Tomó a Alejandro de la mano y lo llevó hacia el parque. Había entendido.

Ahora no le dio miedo pasar entre los arbustos, buscando la barda del cementerio. Sólo sintió el frío que se colaba entre las ramas y le ofreció su abrigo a la muchacha. Ella se lo puso. Alejandro se frotó las costillas para alejar el frío. En ese momento era el hombre más flaco del mundo. Trepó la barda sin darse cuenta de que los dedos de los pies se le entumían con el viento. Se sentó arriba. Ella se rio al ver el agujero que él tenía en el zapato. Alejandro creía que tal vez ella se iba a ir con su abrigo. Pero no, eso era absurdo, aunque también lo fue la verdadera reacción de la chava. El supo que ella no pensaba escapar con su abrigo ni tampoco esperar ahí, sino que le tendía los brazos para que la ayudara a subir. Pensó que se iba a caer con todo y la muchacha. Pero cuando ella se montó en el último ladrillo y la vio resoplar, supo que valía la pena el esfuerzo. Hasta había llorado de tanta concentración. Se limpió las lágrimas y sus manos soltaron un poco de mugre. Le dio un golpe afectuoso a la muchacha, en su propio abrigo, y ella le dio un beso en la mejilla. Sintió la boca tibia sobre el cachete helado y se puso tan contento que brincó hacia el cementerio.

Seguramente Alejandro esperaba ser recibido por una mullida alfombra de césped, pero cayó sobre unos arbustos marchitos, golpeándose una pierna. Sintió como si su carne fuera uno de esos bistecs que venden en el súper. Estaba entumido y gritó un par de groserías. Cuando volteó a ver a la muchacha ella ya estaba abajo, como si hubiera flotado desde la barda, viéndolo a él como si fuera un fantasma. En verdad había creído que era mudo.

— México —dijo él, señalándose el corazón con patriotismo.

— Oh —dijo ella, describiendo con las manos un sombrero enorme.

El volvió a hacer las señas de la barba y la melena, esperando que ella lo tomara de la mano para conducirlo entre las tumbas. Pero la muchacha sólo se adelantó un poco y él tuvo que decirle a su pie congelado que se apurara. Alcanzó a la muchacha y se apoyó en su hombro para caminar mejor. Ella

le pasó el brazo por la cintura y él se sintió un galán, inventándose que no se había apoyado en ella, sino que la había tomado suavemente por los hombros.

Estaba muy oscuro pero la muchacha conocía perfectamente el cementerio. Esquivaba las cruces, los ángeles de yeso con gran familiaridad. Alejandro se paró en seco. Trató de preguntarle si había alguien de su familia enterrado en ese lugar, pero no se dio a entender. Ella comenzó a hacer varios ademanes, cambiar flores, limpiar lápidas, y Alejandro fue comprendiendo que ella arreglaba el cementerio. Le pareció horrible, además las tumbas estaban en completo desorden. Trató de explicar que aquello era un tiradero pero sus ademanes más bien representaban una explosión atómica. De cualquier forma ella le entendió. Hizo la seña que había hecho cuando le pidió la moneda para hablar por teléfono. El le acarició el pelo, sentía compasión por la muchacha que por su culpa ni siquiera había hablado por teléfono, aunque la llamada no debía ser muy importante. Le pidió que siguieran.

Vio la cabeza de cemento que sobresalía entre las otras tumbas. Se apresuró a llegar. Frente a la lápida había unos claveles rojos. La muchacha tomó uno y mordisqueó los pétalos mientras él veía la tumba.

Alejandro pensó que si fuera un árabe en la Meca se arrodillaría dando alaridos; pero como no era un árabe y tenía la pierna entumida se contentó con sentirse satisfecho; podía terminar el viaje. Tuvo ganas de gritar como en la más indignada de las manifestaciones, pero sólo respiró el aire frío mientras leía en la lápida la última tesis sobre Feuerbach. Siempre creyó que su viaje a Europa tendría un sentido último, un punto en el que sólo iba a poder decir basta y dar media vuelta de regreso a México, a platicar cómo sobrevivió con tan poco dinero.

Pero ahora sólo veía el brillo de los faroles de la calle, como una alucinación después de no comer en días y días, el cielo convirtiéndose en un oscuro paladar, la atmósfera que pierde su código. Sólo que él estaba en el refugio para la tormenta, el cementerio que escapa a la lluvia de neón y su saliva ácida.

De pronto recordó esos letreros en los museos que clasifican a un pintor con un color en especial: "etapa rosa". Así se sentía él, terminando algo, o mejor, pasando de una etapa a otra; su época anaranjada se disolvía en un vaso de agua. Quiso contárselo a ella pero prefirió que las señas se fueran al diablo.

La muchacha vio los ojos brillosos de Alejandro. El la abrazó sin importarle que los cuerpos estuvieran sucios o que le fuera a dar pulmonía. Dejó de pensar. En el mundo ya no había otra cosa que no fuera el pelo rubio frente a él, las respiraciones que comenzaban a mezclarse en la oscuridad.

# DESDE LONDRES

FERNANDO DEL PASO

## LA DÉCADA DEL DIABLO

Epoca *sandwich*, emparedada entre la gran depresión de 1929 y los comienzos de la Segunda Guerra Mundial, los años treinta han sido comparados con la feliz, inconsciente travesía del *Titanic* rumbo al desastre: la banda tocó hasta los últimos momentos, como si nada estuviera pasando, y Neville Chamberlain anunció el advenimiento de una nueva era de paz, como si nada hubiera sucedido. Como si Guernica no hubiera sido bombardeada un año antes, como si Mussolini no hubiera invadido Abisinia. Pero cerrar los ojos ante el fracaso de la conferencia internacional sobre el desarme y ante la frecuencia de las manifestaciones profascistas en las capitales europeas, ignorar el exilio de Sigmund Freud y Thomas Mann entre tantos otros, poner oídos sordos a las bombas italianas que caían sobre Barcelona o a la destrucción y saqueo de los escaparates de los comercios judíos de Berlín en la tristemente célebre *Krystalnacht*, restarle importancia a declaraciones como las hechas por la *Royal Academy of Arts* de Gran Bretaña, que se negó a exhibir pinturas antibélicas por considerarlas "pasadas de moda", todas estas actitudes reflejaban desde luego la ansiedad por vivir en una sociedad invulnerable al hundimiento final. Pero había algo más: el temor, —por parte de una clase media nueva y más poderosa— a perder los privilegios, las comodidades, los espejismos con que los regalaba una nueva fase de la revolución industrial. Porque fue también la década de los años treinta cuando apareció

el Ford de 8 cilindros que podía adquirirse por cien libras esterlinas. Lo que es más, fue en esa época cuando en los Estados Unidos y Europa se iniciaron los sistemas de ventas a plazo, que comenzaron a permitir al pequeño burgués comprar a crédito ese automóvil Ford que había en su futuro, así como casas, muebles y toda clase de aparatos domésticos. Las masas, incapaces de rebelarse siquiera contra las maniobras de las nuevas ciencias del mercadeo y la publicidad —*La rebelión de las masas* de Ortega aparece por cierto en 1930— se dejan fascinar por los gabinetes de baquelita de los radios de Ekco, por los nuevos y audaces colores de los automóviles, por el cine, por las vacaciones fuera del país, por la calefacción central, por los posters de Shell, por el *Blue Bird* de Malcom Campell que en Daytona Beach, Florida, rompe en 1931 el récord mundial de velocidad sobre tierra.

Una maqueta de dimensiones espectaculares de la catedral de Liverpool del arquitecto Edwin Luytens, y la escultura *Génesis* de Jacob Epstein —una especie de *Demoiselle* de Aviñón a punto de dar a luz—, es lo primero que epata al espectador en la fantástica exposición que la Galería Hayward de Londres dedica al "Arte y Diseño Británicos de los Años Treinta". Después, y a medida que se recorren los innumerables salones y las páginas del espléndido catálogo, las sorpresas son tan abundantes como la diversidad de objetos: mue-



bles, relojes, vajillas, lámparas, latas de conservas, *comics*, estampillas postales, fotografías, chimeneas, puertas, pinturas, paneles bordados, manteles y cortinas, un modelo del automóvil de Campbell, el baño entero que Paul Nash diseñó para la bailarina Tilly Losch, un "apartamento" de la época reconstruido hasta en sus mínimos detalles, libros y revistas, etc., etc. Por supuesto, por limitarse a lo británico, esta exposición es incompleta y tiene un marcado sabor local que subraya algunas trivialidades. Pero por la misma razón, destaca algunas de las contribuciones inglesas más notables de la década. El primer caso queda ilustrado por la importancia que se da al diseño arquitectónico de la alberca de los pingüinos del zoológico de Londres. El segundo, por la trascendencia que tuvo un acontecimiento relacionado con otra clase de pingüinos: la aparición, en los años treinta, del primer libro *Penguin*, el "Ariel" de André Maurois. A esto se agrega, naturalmente, las muestras de algunos de los artistas británicos más valiosos de esa década, unos muertos hace tiempo y otros todavía vivos y creando, como Francis Bacon, Henry Moore, Ben Nicholson, el propio Epstein, Barbara Hepworth y Stanley Spencer.

Con los años veinte, dicen unos, se evapora la confianza económica y estética, hecho que se refleja en la pobreza de la arquitectura inglesa. Otros, señalan que el fenómeno se remonta a más de un siglo. El caso es que la arquitectura de la década no deja casi huella en la Gran Bretaña. En un momento dado, pareció que no sería así, ya que varios eminentes escultores y arquitectos —Gropius, Naum Gabó entre otros— se exiliaron en Londres. Pero su estancia duró poco, y se siguieron de largo. El modernismo se explayó, más que en ninguna otra parte, en las salas de cine: en la famosa cadena de cines *Odeon*, por ejemplo, único lugar o casi donde el público se permitía tolerar y quizás hasta admirar esas expresiones de Art Deco trasnochado que no dejaban, por supuesto, de tener su encanto... Las oficinas de la empresa de Hay's Wharf son una bella excepción, y hay otras cuantas. Por su parte el catálogo, en el que se publican ensayos sobre los diversos aspectos de la exposición, se encarga de contarnos los pleitos entre los artistas y críticos. Kenneth Clark dijo que el arte abstracto tenía "el defecto fatal de la pureza". Herbert Read respondió que todo buen artista "era hasta cierto grado un artista abstracto". Y mientras Anthony Blunt —que como acaba de saberse también se



daba tiempo y mañas para espiar en favor de los rusos— acusaba a los pintores abstractos de haber perdido todo contacto con el proletariado, Eric Gill insistía en que los pintores no debían considerarse a sí mismos como videntes sino como abarroteros, ya que lo bello, decía, “es una especie de mercancía y no una especie de verdad”. Las latas de conservas, en tanto, se volvían menos abstractas: había llegado la época en que, para la alegría y seducción de las amas de casa, se comenzó a incorporar al diseño exterior de la etiqueta un dibujo o una fotografía que ilustraba el contenido, o lo que con él se podía hacer... Interesantes, por otra parte, las referencias a ese pequeño florecimiento de la pintura mural en Inglaterra —en salones de baile, gimnasios, restaurantes y cines— y en la que destacan los frescos que el Conde de Huntingdon, en un tiempo asistente de Diego Rivera, hizo para el Karl Marx Memorial Colleg de Clerkenwell Green.

Lo que brilla por su ausencia, como dijimos antes, es la inminencia de la Gran Guerra. Hay, es verdad, fotografías del Príncipe de Gales —después Eduardo Octavo y luego Duque de Windsor—, en sus visitas a las zonas más pobres del país, y referencias a los millones de desempleados. Hay revistas que reproducen a los dictadores y militares gesticulantes del Continente, o que muestran a las mujeres combatiendo en España. Hay ejemplares de las obras de Wells, de la primera edición de *Brave New World* de Huxley. Pero las armas creadas en los años treinta están ausentes: era una época de buenas conciencias, en que todavía se fabricaban máquinas con amor, en la que todavía la gente no había aprendido a contemplar el cielo con miedo. Por eso, por lo delusoria que fue esa década, se le llamó también La Década del Diablo.

## DISPARATARIO

POR  
CARLOS ILLESCAS

### LAS CASAS ABANDONADAS SUBLIMACION DE EXILIO

A veces hay perfumes que hallan toda materia porosa. Se diría que penetran el vidrio.

Baudelaire

Las casas abandonadas mueven la tristeza profunda. Esta experiencia es válida para melancólicos incurables y para optimistas compulsivos. Nadie, a su vista, puede conservar la tranquilidad del ánimo, así se trate de desalmados no instruidos en cosas del espíritu o wagnerianos que han hecho del estruendo la razón de su existir placentero.

Recorrerlas adquiere ignotos significados. Todo cuanto en ellas habitó un día dejaría impresas —invidentes huellas de silencio— transparencias simuladas por ecos antiguos, acedidos del polvo. Y como en ellas nadie avanza ni nada retrocede, los pasos perdidos se conceden a sí propios la condición de ser levitación pura. El movimiento comparece sólo sugiriendo pero nunca realizado por alguien que acabara de desplomarse.

Sobre las paredes, ahora testigos

de nadie, el debate entre la luz solar y los rayos lunares imprime su voluntad de estilo; se efectúa imponiendo colores que improvisa la anemia. En dicho clima alcanza a distinguirse la exhumación de una tos sofocada, emitida por un intruso que deseó silenciarla cubriéndose la boca con el pañuelo. Es el debate, sobre todo, intento de coloración y no color resuelto. Aquí resulta ancianidad el tono que ha renunciado a ser él mismo; no es presencia del azul que tú conoces y que, falto de inmensidad, omite la vida: ha renunciado al sexo conferido por las vibraciones que prescriben la energía cósmica, alimento de los colores. Calor, llama, brasa, rescoldo, no los habitan en las casas agonizantes, por ello devienen espíritus fuera de espacio, sin filiación posible.

La luna, sobre todo, conlleva al desastre. Así enlace al sol durante los días más radiantes, nunca dejará de conceder las infinitas sombras de estas casas la infinita frialdad que, a la postre, la esteriliza. Ella recorre, merced a pasos breves, los rincones cercanos; también los resquicios altos, tramos de escaleras que han cesado de crujir a fin de revelarnos pisadas de alguien cuyo nombre no es diferente a la atmósfera seca, acribillada de rumores. Habrá de reanimar su obsesión deambulatoria porque a partir de este momento muchas cosas podrían engolosinarla; nunca ha sido indiferente a observarse en los espejos; ellos son, a estas alturas, el único ojo vivo que vela los sueños sin salida de las casas abandonadas. Pero entendámonos, la luna profundizará con tanto ahínco a los llamados del narcisismo, que nunca logrará escapar del fondo del espejo propuesto como cárcel de sus gelideces; además, testigo de los desmayantes suicidios tras imágenes perdidas en la imagen de su imagen.

El sanguinoso sol, en cambio, se esmera en ser definitivo. Penetrar en las casas abandonadas como un forastero hiperbólico. Se instalará sin acatar cánones y ruegos sobre objetos imaginarios aunque no menos reales. Su muerte ha sido permanecer largamente preteridos. En ellos no indagará colores pero sí sonidos. Y ya en posesión de las sombras ideales proyectadas por los objetos alegóricos y rumorantes, sugeriría, ensismados en el humo de su pipa, temas melódicos, paranomasias como historias de naufragios, dichas sin aspavientos por marineros bostezantes.

Aquí el sol transforma el continuo fluir del tiempo con el tañido de sus arpados rayos; recorre las eternas es-

tancias de las casas desahuciadas chorreando una suerte de miel espesa que es su propia luz amarillenta y dulce. Mediante el curso pegajoso que efectúa inventa recursos melódicos; serían guturalizaciones al fragmentarse en notas transcritas más hacia gestos de sonido que sílabas articuladas entre dientes. El sol, sin embargo, deberá torcer el rumbo en cuanto topa sombras lunares distribuidas en el seno de las casas profundas, abandonadas, harapos de una parálisis reiterada en ecos por los muñones de la suspirante soledad.

Las casas reducidas a ser almas en pena, más aun que sugerirlo se dan principio a sí mismas empezándose por el fin. Se trata de una realidad en la cual ni el verbo ni la acción han sido lo primero. Y de la misma manera que nada las ha inventado, nadie, pues, vendría a reclamar el falso derecho de explicar categorías y preminencias, tonos, epactas y jerarquías. Porque al no empezar nunca sí podrían acabar una noche de fulgores imprevistos.

Otro fantasma diferente a ti, lector, habría hallado en ellas el significado de la virginidad, no como elevación pero sí como pérdida del alma. Demasiado silenciosas, terminan con su acción triturante por macerar sus carnes y secar las fuentes donde florecían los sexos. Así, descarnadas, han quedado reducidas al puro cuerpo original. Y lo que sería incidente de puertas y arcadas en otros mundos menos omisos, más congruentes, aquí en esta atmósfera enrarecida es acatamiento innecesario; todo, fuera ya de la medida reguladora se produce en espacios acogotados por la frustración. Lo infatuado de salones y molduras, labradas en esquineras bruñidas, no atiende tal despoblamiento, creado para ser negación del júbilo.

En efecto, todo esto y más se halla impreso como un asma de las casas abandonadas a fin de aprehender, algún día de luz permanente, el más allá. Lobreguez sobre los húmedos lamparones del artesanado. Y vuelta viene y vuelta va en el pasamanos de infinito recorrido, si erisayara a desaparecer en su quietud..

¿Quién habría rebuscado en las cosas remotas de estas casas ictericas, rencorosas, una nueva soledad como experiencia formada de agonías sin testigos? Quietud de nombres abandonados, flotantes sobre el aire ya sin objetos que revelar. Solos. Palabras sin sentidos, a su medida la muerte

concebida sin gangosos deudos rezadores. Son los nombres vacíos perlando el aire del ambiente. No importa. Alguien le recitará al silencio palabras contra rumor, tactos y antenas al invocar la perplejidad. Entra, si lo quieres en salones a oscuras a fin de escucharte en ellos; descubrirías cómo alguien refiere historias de tu vida pasada pero al revés, narradas merced a un largo chasquido ya acto de afinación de un doloroso instrumento pulsado con manos recién enterradas.

Todo por ti que recorres tantas veces los cuartos expósitos; las salas en donde el tiempo corporeiza la humedad. Prosigues buscándote, indagando por ti, sacudiendo las migajas de un paño cubierto con polvo solar original. Preguntas, bebes el vaso de tus curiosidades a largos sorbos. La fatiga. Ascendes y descendes escaleras. Pero en realidad temes recibir la vaharada a hongos deprimidos proveniente del cuarto en donde tú, un día, te soñaste recorriendo una casa abandonada, erigida a mitad de campos comidos por la langosta, de un país cuyo nombre sollozante te niegas a repetir.

En este punto despiertas, Desanudadas la corbata. Te estremeces. Comprendes que empezaste a olvidar cómo se respira; pero el palpito del sueño persiste aún. Tu corazón no funciona. Camina hacia lo oscuro.

Te has puesto en pie. Buscas la



puerta de salida. Deseas la calle. La ganas. En ella detienes al primer transeunte a quien interrogas acerca de dónde podrías hallar la funeraria más cercana. Este, que ni un solo instante ha dejado de observarte sin prevención, apunta el dedo hacia un signo remoto de la calle. Te encaminas allí, lugar de tu destino. De nuevo traspones puertas vacías, cenotafios levantados hacia el silencio en una vieja casa abandonada. Pero aquí todo es diferente, incluso el sol, la luna, los espejos, el polvillo. Todo, menos tú que puedes todavía transmitir éstas y otras experiencias.

## Delito de opinión

POR  
JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

### LA LECCION DE UN HOLOCAUSTO

Como "noticia", desde luego, no se justificarían estas líneas: el acontecimiento que me mueve a escribirlas tuvo lugar hace más de un año, en noviembre de 1978. Con todo, es legítimo suponer que los catorce meses transcurridos desde entonces no lo han borrado de la memoria de quienes en aquel momento se enteraron de lo acontecido con explicable horror y desconcierto. Me refiero al suicidio colectivo de más de 900 miembros de la secta llamada Templo del Pueblo en un rincón selvático de la república sudamericana de Guyana.

El holocausto voluntario de aquella comunidad dio lugar, como todos sabemos, a un verdadero alud de información periodística. Y, como era de esperarse, el grueso de esa información se caracterizó por el sensacionalismo reductible a que es habitualmente afecta, por su propia naturaleza, la prensa comercial de las sociedades capitalistas. No faltaron en

algunos órganos de esa prensa —y justo es reconocerlo— análisis y comentarios inteligentes y bien intencionados sobre el conmovedor suceso. Pero ninguno de esos trabajos, hasta donde llega mi conocimiento, abordó el asunto desde el punto de vista necesariamente más significativo para un lector latinoamericano, y, más específicamente, caribeño. Porque no fue accidental ni carece de muy seria pertinencia el hecho de que aquella tragedia colectiva ocurriera en un país que, por razones geográficas pero también sociales, culturales, económicas y políticas, pertenece al mismo tiempo a la particular región caribeña y al ámbito latinoamericano general. Ahora, por primera vez, disponemos de un excelente estudio sociológico del holocausto de Jonestown realizado por uno de los más eminentes caribeñistas de nuestro tiempo: el doctor Gordon K. Lewis, investigador del Instituto de Estudios del Caribe de la Universidad de Puerto Rico y autor de varios libros imprescindibles para el conocimiento de la historia y los problemas actuales de esa región.

El ensayo del doctor Lewis —“*Gather With the Saints at the River*”, *The Jonestown Guyana Holocaust of 1978: a Descriptive and Interpretative Essay on its Ultimate Meaning from a Caribbean Viewpoint*— no ha sido publicado todavía en español, y la revista o la editorial que lo diera a conocer en nuestro idioma prestaría un estimable servicio a los lectores hispanoamericanos. Porque lo que hace precisamente Lewis —con extraordinaria erudición y lucidez— es situar la tragedia de Jonestown en su ineludible contexto sociohistórico.

“Me interesa”, dice el autor al comienzo de su ensayo, “acercarme al episodio de Jonestown desde el punto de vista, en primer término, de un socialista, y, en segundo término, de un especialista en los estudios del Caribe. El primer interés se deriva del hecho de que, por una diversidad de razones, algunas de ellas aún oscuras, el culto del Templo del Pueblo fue más un movimiento de protesta social que una secta religiosa típica; su contenido religioso-teológico parece haber sido mínimo. El segundo interés nace del hecho de que, por razones cuyo carácter fortuito no importa, el culto, después de sus comienzos en Indiana y California, descubrió su definitivo lugar de reposo en Guyana”.

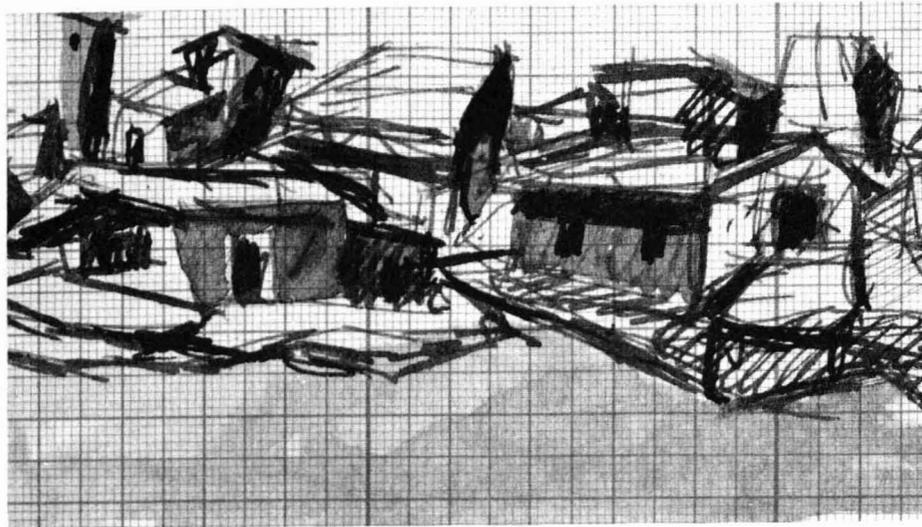


En relación con lo primero, señala Lewis que muchos de los comentarios de la prensa “popular” subrayaron la existencia de elementos socialistas en la filosofía de Jim Jones, el fundador y jefe de la secta, con el objeto de presentar a ésta como una organización “antinorteamericana”. Pero tal razonamiento es históricamente inexacto, dice Lewis recordando la tradición norteamericana de “los movimientos intelectuales del Socialismo Cristiano y el Evangelio Social que impugnaron el credo individualista dominante oponiéndole su énfasis en los elementos más radicales del mensaje cristiano”. En este sentido, la “ideología” del Templo del Pueblo tenía su raíz religiosa en una vertiente muy autóctona del protestantismo norteamericano. No era ésa, sin embargo, la raíz principal de tal “ideología”. El factor determinante del surgimiento de la secta de Jones hay que buscarlo, a juicio de Lewis, en la naturaleza de la sociedad norteamericana contemporánea. Pues los Estados Unidos, “más que cualquier otra moderna nación industrial avanzada, es una sociedad profundamente solitaria”. Es ese sentimiento de soledad personal en el seno de una sociedad cada vez más deshumanizada lo que propicia, cuando se hace intolerable, tanto el impulso suicida individual como el intento de evasión colectiva a través de agrupamientos declaradamente marginales. Y en última y aterradora instancia, como en el caso de Jonestown, el suicidio colectivo.

Porque las causas mediatas e inmediatas de la autoinmolación en masa nunca radicarón, como es bien sabido, en la sociedad guyanesa que había acogido a la secta, sino en la hostilidad que siempre mostró hacia ésta un importante sector del *Establishment* norteamericano. Conviene recordar que el móvil inmediato del holocausto fue la visita a Jonestown de un legislador estadounidense im-

plicado en una investigación que el Congreso de su país se proponía realizar en torno a las actividades de la secta. Guyana —su sociedad y su gobierno progresista— fue, en realidad, una víctima relativamente inocente o ingenua de un conflicto en el que nunca debió tener arte ni parte. El análisis de este aspecto del drama constituye el aporte central del ensayo de Lewis al esclarecimiento de los hechos y de sus ominosas implicaciones para los países del Caribe.

¿Qué razones tuvo el gobierno de Guyana para acoger en su territorio a la secta de Jones y brindarle facilidades que en algunos casos infringían sus propias leyes? Lewis discierne cuatro razones. La primera fue de índole ideológica: “El Templo del Pueblo predicaba una doctrina socialista y un modelo de vida cooperativa basado en la autosuficiencia que correspondía a la ideología marxista del gobierno guyanés y su énfasis en la reconstrucción de Guyana en nombre del ‘hombre pequeño’, así como a una política económica de ‘sustitución de importaciones’ que serviría de contrapeso a la tradicional dependencia de los bienes y alimentos importados que caracterizaba a la antigua economía colonial británica.” La segunda razón tuvo que ver con el problema racial: “Dividida segmentalmente entre sus grupos indostanos y negros criollos, el ideal declarado de la República Cooperativa ha sido la armonía interracial. Jonestown respondía de algún modo a esa necesidad”. La tercera razón fue de naturaleza económica: “Jonestown fue vista como una empresa modelo para el desarrollo económico venturoso de las regiones interiores del país por colonizadores, un objetivo permanente de la planificación guyanesa que ha tropezado tradicionalmente con la renuencia de los trabajadores guyaneses, prácticamente todos los cuales viven y trabajan en la poblada región costera, a convertirse en pio-



neros del interior, lejos de los familiares sectores del azúcar y el arroz." La cuarta y última razón respondía a una preocupación diplomática: "Jonestown estaba situada en el Distrito Noroccidental del país, que constituye una tercera parte del territorio de Guyana y durante años ha sido objeto de una disputa entre los gobiernos guyanés y venezolano (...). En este sentido, la comuna puede verse como una maniobra planeada por el gobierno de Georgetown para dejar sentados sus derechos sobre la región mediante una colonización planificada".

El trágico fracaso del experimento basado en tales consideraciones entraña, según el bien informado criterio de Lewis, una lección que no deben desatender los pueblos y los gobiernos progresistas del Caribe. Una región que ha sido tradicionalmente manipulada por los grupos de poder y los sectores sociales antagónicos de las metrópolis imperialistas, debe entender de una vez por todas que ninguna importación de los conflictos propios de aquellas sociedades —aun cuando sea en forma de apoyo a los disidentes evasionistas de un capitalismo en crisis— puede contribuir a su verdadera independencia. Como bien dice Lewis: "No hace falta ser un revolucionario caribeño para preguntarse por qué habría el Caribe de convertirse en la víctima inerme del imperialismo religioso norteamericano. ¿Por qué habrían de convertirse los pueblos del Caribe en receptores vicarios, por decirlo así, de los problemas norteamericanos? (...) ¿No debe la evangelización, como la caridad, empezar por casa? (...) ¿Y quién, en todo caso, necesita salvarse con mayor urgencia: el pueblo norteamericano o los pueblos caribeños?"

## La vuelta al mundo

POR  
LYA CARDOZA

### ¡SI! LA VUELTA AL MUNDO

¿Viajar es vivir? Esta frase célebre no pertenece a la era de los aviones: 14 horas en un avión no es vivir ni viajar. Las horas transcurren en una agonía aburridísima, interrumpida por: sandwiches, refrescos, alcoholes, cigarrillos, pañuelitos... Y el aviso de que se pasa por encima de no sé dónde (y que no se ve) y que dentro de 10 horas llegaremos a París. Qué lindo. La película que dan en el avión para alegrarnos la vida, es del Far West, pero no funciona el sonido que se instala uno en los oídos; de modo que un cow boy abraza a otro al entrar al saloon y le dice: "Allors, mon vieux", porque sólo funciona la traducción al francés. Incidentes de viaje.

París. Noviembre de 1979. Aguanieve y trío de perros. Huelgas. Diamantes de Bocassa. Se suicida un ministro porque se le descubrieron probables malos manejos de fondos ¡en la compra de un terreno! Todos los franceses estaban indignados. Exposición de "Los picassos de Picasso"

(peleadísima por la familia y anexas) ya que se trata de la donación al gobierno francés para cubrir los impuestos de la sucesión Picasso: el genio no dejó testamento. Lo que me recuerda a Pedro Infante, cuando le preguntaron a quienes dejaría su fortuna: "Que se hagan bolas".

En el Beaubourg, Centro Pompidou, la exposición París-Moscú (de la cual hablamos en un número anterior). Este centro tiene un promedio de 18,000 visitantes diarios, lo cual no impidió —oh, valientes— que fuéramos a verla. Primero, es obra de titanes abrirse camino hacia el museo. En los alrededores, miles de gentes observando a un japonés haciéndose el harakiri, a un tragafuegos (como los nacionales) entregado a Prometeo. Un grupo de rock haciendo un ruido infernal, otro grupo de canción protesta en alemán. Gente y más gente. Luego la entrada al museo: largas colas, escaleras eléctricas por todos lados, tubos en las paredes y en los techos, avisos de por dónde ir para dónde y, cuando está uno al borde del infarto, una flecha indica un café en donde puede uno ¿reponerse? entre cientos de niños que chillan y se arrastran porque están aburridos y cansados.

Por fin, la exposición. Cuadros de las colecciones de museos rusos de pintura francesa. Kandinsky, Malevich, Tatlin, Lissitski, todas las corrientes artísticas de los años 1900-1930. La maqueta del monumento a la Tercera Internacional (que iba a ser más alto que la Torre Eiffel), los muebles funcionales diseñados en esa época, tubos con vidrio, que ahora se pueden comprar en Lerdo Chiquito. Periódicos, libros y revistas, con fotos de los autores. Nunca había visto una foto de Leonidas Andreiev. Allí está, bellissimo, junto a sus libros editados en ruso: *Sashka Yegulev*, *La risa roja*, y tantas otras obras que perturbaron nuestra juventud.

Qué lástima que el Centro Pompidou no tenga la intimidad de un museo.

En París, la paz y la tranquilidad se encuentran en la casa de las Flores de la Peña. Allí vive una mujer suave y tierna, que se llama Alena. Le debemos muchas —invisibles— atenciones. Luego, en casa de Victor Flores Olea, con Alejo Carpentier y Lilia, y Jorge Enrique Adoum y Nicole. Alejo está convalesciente, sigue trabajando mucho. La conversación se alargó hasta las tres de la mañana, ya que se le interrogó sobre una serie de cosas —que nada tenía que ver con sus libros— porque Carpentier es un hombre de muy buen gusto y jamás habla de sus triunfos. Supe que es descendiente de Konstantin Bal-

mont, gran poeta, uno de los primeros viajeros rusos en México. Balmont fue tío de la madre de Carpentier, Catalina Blagobrazoff, de Nijni Novgorod. El padre fue un arquitecto francés, George Carpentier, nacido en Brest. Fue discípulo de Casals. Los padres de Alejo vivieron y fallecieron en La Habana. Su hijo, nacido en esa ciudad, es el celebrado autor cubano. Y esta ha sido otra vuelta al mundo.

Moscú. Noviembre de 1979. Agua-nieve para variar, frío intenso. En el aeropuerto nos esperaba un grupo de amigos. Decían que era otoño, y nadie había sacado aún sus pieles. Carlos Lagunas volvió a revelarnos los misterios de Moscú: Sviatoslav Richter suspendió un concierto en el Conservatorio —los boletos estaban agotados meses antes— y dio un recital “privado” en el Museo Pushkin, en una sala con pintura francesa contemporánea. Como el concierto fue privado, corrió la voz. Todo lleno, la gente de pie y sentada en el suelo. Es un gran pianista, de fama internacional, artista muy temperamental, que sólo toca cuando le da la gana. Y nunca lo han mandado a Siberia por indisciplina. No le gusta viajar. Como que “no se halla” en otros lados.

El otro misterio fue la reaparición de Maya Plissetskaya en el Teatro Bolshoi. Suspendió una gira por Sudamérica hace algunos meses, por enfermedad. El Bolshoi estaba lleno a reventar; y el 15 de noviembre de

1979, vimos y escuchamos (porque la orquesta es para escuchar), “Chopiniana”, para empezar; “La muerte de la rosa”, coreografía de Roland Petit y trajes de Yves Saint Laurent; luego, “Romeo Y Julia” (no Julieta) coreografía de Maurice Bejart. Finalmente, la suite “Carmen”, con libreto de A. Alonso. Fue una noche histórica. El retorno de Plissetskaya, y el río de flores que inundó el escenario. El público se precipitó al prosce-nio (al que no había manera de subir) y me recordó un cuento de Cortázar. Lluvia y más lluvia de flores.

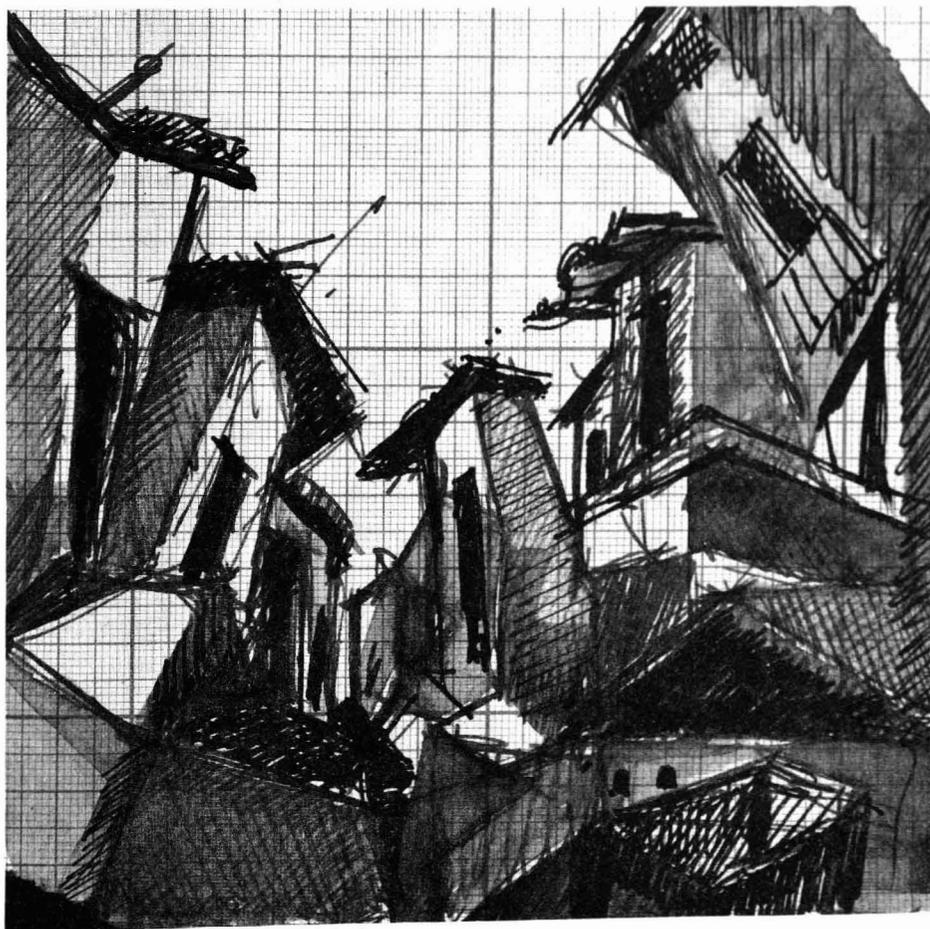
En el teatro “Tagańka”, “El maestro y Margarita” de Mijail Bulgakov. El director, Yuri Liubimov, se supera. Esta obra, que no sé por qué no figura en los archivos del surrealismo, es una demostración del genio e ingenio ruso y soviético. Por supuesto, teatro lleno, gente en la calle preguntando si sobraba algún boleto. Celebramos los 85 años de un pintor, jubilado, compañero de los pintores de los movimientos que vimos en París y en algunos museos de Moscú. Vladimir Jrakovski. Vimos escritores, a varias personas relacionadas con México, traductores —la obra de García Márquez ha tenido gran éxito— y a queridos amigos. Yuri Paporov acaba de publicar *Hemingway en Cuba*. El autor vivió cinco años en Cuba, y antes fue agregado cultural en México. El libro, una exhaustiva investigación de la vida de Hemingway —que es muy popular en la

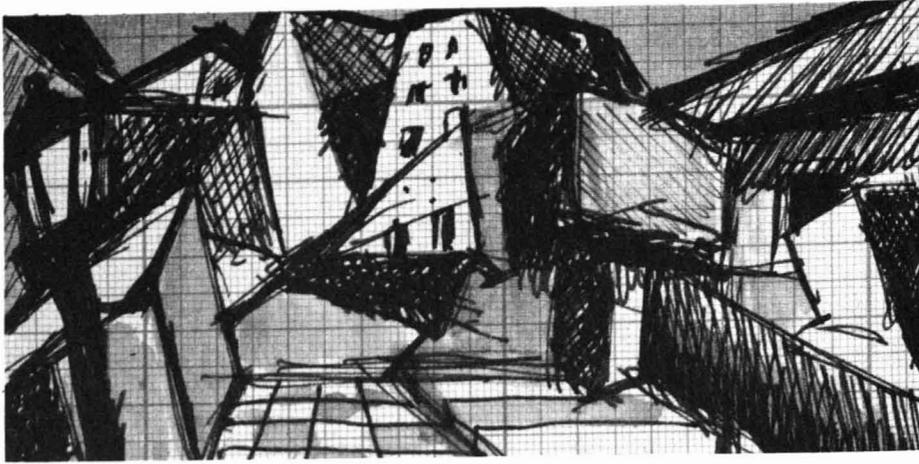
URSS—, posiblemente sea traducido al español. Además trabaja en una novela, podríamos llamarla policíaca, podríamos llamarla de espionaje, que tendrá resonancia cuando aparezca a principios del año próximo. ¿Qué hacen los escritores soviéticos? ¡Escriben!

Apareció Sergio Pitól, autor de *Los climas*, *No hay tal lugar*, *El tañido de una flauta*. Es nuestro agregado cultural en Moscú. Lo encontramos sumergido en un mar de Dostoyevskys, Tolstoyes y otros compañeros, hablando en ruso-mexicano, su apartamento lleno de libros y cuadros. Nos regaló *El tañido de una flauta*, y cada vez que yo creía haber identificado a la Falsa Tortuga, se lo comunicaba. Como nunca di una, Sergio me confió: (más o menos porque fue en un restorán con orquesta de balalaikas): “Mis amigas siempre identifican a otra amiga. Hasta me felicitó, porque reconoció como a veinte, la Falsa Tortuga. La verdadera.” Me corroe la curiosidad. Y así como apareció, desapareció Sergio Pitól.

Poco o nada sabemos sobre los premios literarios de la URSS a menos que alguna agencia de prensa arme algún escandalito. Uno de los premios de literatura 1979 fue otorgado a Victor Sklovsky\*, (1893), de los más notables formalistas, de los de más amplia obra sobre teoría literaria, entre la que sobresale su estudio sobre Dostoyevsky (1957), sobre la ficción narrativa en *Prosa artística*, *Reflexiones y análisis* (1959), publicados en Moscú. En nuestros países se supone que maestros como Sklovsky habían sido totalmente marginados, ya que con el nombre de formalismo se condenó una orientación no sólo de las letras y las artes visuales sino aun de las ciencias físico-matemáticas. Ahora el término, por ser aplicado tan abierta, indiscriminadamente y sin precisión alguna, ha perdido su primera y primaria significación. Sklovsky es autor de una biografía de Leon Tolstoy, traducida a varias lenguas. Participó en los más importantes movimientos de su país. Teorizó sobre el cine, estuvo próximo a los futuristas y escribió sobre el futurismo. Perteneció al LEF, en donde brillaba Mayakovsky.

Una exposición tampoco recordada por las agencias de prensa que nos informan, fue la de V. E. Tatlin, figura destacadísima de la vanguardia rusa, cuya trascendencia es cada día mejor reconocida. La exposición se llevó a cabo con el patrocinio de la Unión de Escritores de la URSS, la Unión de Pintores, la Casa Central de los Literatos y el Archivo Central de Literatura y Arte. El interesante ca-





tálogo de esta exposición nos fue obsequiado por Vladimir Jrakovsky. Contiene la biografía de Tatlin (1885-1953). Se mostró obra que abarca toda la vida del gran artista: de 1919 hasta los años postreros de su actividad (1950): unas cien obras sin contar los ochenta dibujos que en el catálogo estaban reunidos en un solo número de éste. Figuró el autorretrato de marinero (cuyo original vimos en París (Exposición "París-Moscú"), que también lo encontramos en la cubierta de la edición económica del libro de Camilla Gray *The Russian Experiment in Art*. Se exhibieron, asimismo, sus trajes de teatro, muebles, y, naturalmente, la maqueta de su célebre Monumento a la III Internacional, planeada como una colosal arquitectura, en parte móvil. El catálogo incluyó textos de Mayakovsky, quien recuerda el monumento y los trajes para su "Misterio Bufo", que fue puesto en escena por Mayerhold, así como "Strenka Razin" de Kamensky. Estos datos pueden encontrarse en las obras completas de Mayakovsky (Tomo XII, 1959).

Noviembre. La Habana. "Cuba, qué linda es Cuba", dice la canción. Aseguran que es invierno: hace mucho calor. Esto es una frase hecha de todos los que llegamos del fin del mundo. La Colección de Literatura Latinoamericana de Casa de las Américas llegó al número 100: *Martín Fierro*, de José Hernández. Se está publicando novela policiaca de ambiente socialista. Se iniciaba un gran festival de cine. Murió Joseíto Fernández, intérprete de "Guajira Guantanamera", esa canción con versos de José Martí, y que los cubanos llaman "la de la letra variada" porque le van cambiando los versos quienes la cantan. Héctor Angulo es el autor de la música. Al sepelio de Joseíto en la Habana, asistió una multitud.

104

México, D. F. Diciembre. De nuevo aquí, entre hermanos amigos, con la novedad de que Cuernavaca logró liberarse del cha y que no hay azúcar.

P.D. México, D. F., enero de 1980. Tampoco hay carne.



POR  
JOSÉ ANTONIO ALCARAZ

## POLÍTICA MUSICAL

Los resultados de la política musical de la UNAM en años recientes no han sido juzgados de manera unánime como particularmente importantes, sólidos o llenos de brillo; por ello, resulta sumamente alentador corroborar aquí un hecho que en muy diversos sectores (no obstante todo lo que de fórmula retórica tiene esta frase) ha sido recibido con elogio simultáneo: la creación de la *Compañía de Repertorio Nuevo* dirigida por Julio Estrada, promovida y respaldada por un amplio patrocinio de la UNAM.

No se trata de venir a hacer el elogio de las naranjas en la huerta del frutero, sino de señalar la importancia de tal decisión subrayando cuán

afortunada ha resultado, especialmente en contraposición a otras actividades cuya norma suele oscilar entre abulia y rutina.

La *Compañía de Repertorio Nuevo* (es evidente) tiene como propósito hacer oír en forma sistemática y con perspectivas claramente delineadas, los productos de la creación musical inscritos en las corrientes actuales de mayor importancia, que —por una razón u otra— no habían sido ejecutados en México.

De la misma manera se han incluido en sus programaciones obras antiguas que sirven como punto de referencia inmejorable al poseer una evidente analogía de orígenes y propósitos, o bien de elementos y situaciones, con determinadas músicas de la actualidad. (Las diferencias básicas y sus contrastes, las marcarían tanto el lenguaje como el estilo... por supuesto).

Julio Estrada (1943), director artístico y musical de este tan ambicioso proyecto, felizmente no ha limitado el repertorio a determinadas directivas o actitudes; por lo contrario ha intentado —y logrado— dar al oyente un amplio abanico de posibilidades: algunas de ellas, precisamente por tener una marcada distancia entre sí, se vigorizan y respaldan mutuamente.

De Giovanni Gabrielli (1551-1612) a Takemitsu (1930), se ha escuchado la voz de lo insólito que abate los cánones habituales para comprometerse en una exploración de materiales sonoros y entidades musicales ajenos al hábito, al gesto duplicado, al estereotipo o cliché. Los compositores que Estrada propone no han sido reiterados en las programaciones de las salas de concierto: precisamente en esto reside su interés. Al no formar parte del circuito fotostático de autores venerables cuya solvencia e importancia —lo mismo de un punto de vista estético que, de otro, histórico— han venido a verse transformados en un mero factor de taquilla, los autores musicales promovidos por la *Compañía de Repertorio Nuevo* —entre los que se encuentra el propio Estrada— encarnan una muy saludable opción. Esta era anhelada por el asistente habitual a los conciertos, quien se encontraba ya literalmente sobresaturado por la inclemente reincidencia de los mismos nombres y las mismas obras de los mismos nombres, adobadas sin imaginación ninguna y manipuladas por y con un desorbitado afán comercialista. La cálida acogida que han tenido los conciertos de este organismo, siempre bajo la dirección de su titular Julio Estrada, siempre ante un público

lleno de interés, es una demostración plena de cómo y cuánto era necesario el contar en nuestra vida musical con un grupo de esta naturaleza y un enfoque tan radical de actividades.

Otro signo cuya lectura es netamente positiva lo constituye la movilidad de la *Compañía de Repertorio Nuevo*: sus actividades se han llevado a cabo lo mismo en el Auditorio de Medicina, el Teatro de la Danza, El Teatro del Fuego Nuevo en la UAM de Ixtapalapa o el Espacio Escultórico de la UNAM. Diversas posibilidades "...para indagar y profundizar en las estructuras novedosas...", que señala Julio Estrada en su nota introductoria.

Otro aspecto que se hace indispensable poner de relieve, es el encargo de obras escritas especialmente para la *Compañía* por varios compositores. Entre ellos están: Luis Herrera de la Fuente (1925), Bertram Turetzky (1933) y Mario Lavista (1943).

La partitura de Turetzky, ha sido la primera de estas obras en tener su estreno: *Para doble coro de metales* (1979). Se trata de una típica muestra del poder creativo, ingenio y fértil mentalidad musical —siempre dispuesta a la exploración y dotada de una gran inventiva— del virtuoso norteamericano; así, como compositor, Turetzky evidencia idénticas cualidades a las que distinguen sus mejores realizaciones como contrabajista. Esta nueva obra suya hace uso de situaciones teatrales con gran desparpajo, agudeza y un sentido del humor específicamente musical, punto donde convergen, de manera terminante, las situaciones auditivas y las de orden visual. La ingeniosa resultante es un mundo un tanto "pop", dotada de un aura auditiva por momentos renacentista, donde los atrilistas no se limitan a cumplir con las tareas que habitualmente suelen

asignarse a sus instrumentos de aliento, sino que además deben servirse de percusiones metálicas (cencerros, triángulos) y jugar a ser actores.

El propio compositor escribe: "La estructura de la pieza es semejante a la de una suite de danzas cuyo desarrollo se ve envuelto en un guión cuyos protagonistas son los instrumentistas y el director".

Sin embargo... ¿vale verdaderamente la pena todo esto? ¿Cuál es el sentido de tales estrenos, novedades, encargos? La información acerca de las obras recientes es imperiosa para los músicos, pero ¿lo es igualmente en realidad para el público? La respuesta fue dada por Carlos Chávez (1899-1978), hace ya un rato. (Como él mismo hubiera dicho se trata de una cuestión de principios, no de una mera anécdota circunstancial): "...la primera salida de una institución cualquiera es la muestra de su credo. Su primer acto de presencia es signo inequívoco de su criterio, de su gusto, y del sentido original, verdadero y subconsciente del esfuerzo..."

"Presentar programas absolutamente unilaterales, en los que la substancia está constituida por el estrecho repertorio 'favorito' es colocarse desde luego en una posición retardataria y dar base a la sospecha de que el intento... no tiene vistas a la difusión de la grandeza del arte musical, sino a los posibles rendimientos de la taquilla.

"Esto, por supuesto, no es ilegal. Pero si se ve anticultural, antieducativo... 'complacer al público'... En el mejor caso hay dos maneras de entender las cosas.

"La primera: dar al público únicamente obras buenas, y todas las obras buenas, gústenle o no.

"La segunda: darle al público solamente aquellas obras buenas de que guste.

"La primera posición es progresis-

ta, la segunda retardataria. La primera acusa una finalidad del cultivo del gusto, de extensión de la capacidad buscadora del público, lo cual cuesta tiempo y esfuerzo, y no constituye una atracción inmediata; la segunda posición acusa un deseo de atracción inmediata del público, lo que significa un rendimiento también inmediato de la taquilla.

"En el primer caso se sirve al público, aunque éste de pronto no lo reconozca; en el segundo caso se es servil con el público fomentándole su lentitud y su estatismo por obtener buenos rendimientos económicos."

Toda contribución al cambio es motivo de una —aquí explícita— bienvenida. Por lo tanto, resulta muy alentador que exista en México en la actualidad una *Compañía de Repertorio Nuevo* y que esté dirigida por alguien dotado de una actitud anti-conventional como Julio Estrada, pues constituye una preciosa excepción en medio de un panorama donde las orquestas suelen competir unas en colocar un espejo ante el repertorio de otras y los solistas tienen por costumbre estar en perenne competencia por repetir el programa, ya transformado en atuendo carnavalesco, del vecino colega.

## CINE

POR  
ANDRES DE LUNA

### UNA SEMANA DEL NUEVO CINE ALEMÁN

El nuevo cine alemán es un campo de batalla donde convergen los entrecruzamientos de técnicas y tendencias, las alteraciones y las modificaciones en un discurso fílmico que en su armar y desarmar encuentra un orden diferente.

La posguerra alemana es un vacío



lleno de significativos silencios; la algarada de Hitler y su cohorte wagneriana ha quedado atrás, pero aún resuenan sus gritos y sus especulaciones autoritarias. En esas circunstancias la industria cinematográfica desaparece casi por completo, y sus poquísimas manifestaciones rezuman un academicismo que alardea de sus propios defectos.

Fue hasta 1962, durante el Festival de Cortometraje, en Oberhausen (ese famoso pueblo enano en el que un famoso crítico giró y giró cuando descubrió que en el bar de un hotel, de apariencia puritana, una *stripteaser* copula con un grande y robusto pitón), donde los jóvenes realizadores tomaron por asalto su "palacio de invierno": el cine. En esa ocasión leyeron un manifiesto, ahora clásico, en el que decían:

"Nosotros manifestamos nuestra pretensión de crear un nuevo cine alemán. Este nuevo cine necesita nuevas libertades. Libertad con respecto a la tutela de ciertos intereses. Nosotros tenemos, con respecto a las producciones del nuevo cine alemán, ideas concretas de tipo intelectual, formal y económico. Estamos dispuestos a soportar riesgos económicos en común. El viejo cine está muerto. Creemos en el nuevo."

Uno de los 26 firmantes de aquel documento renovador era Alexander Kluge, doctor en derecho, estu-

dante de música sacra, historiador, novelista, militante en los movimientos gays más radicales y combativos. En la *Semana del cine alemán*, que se exhibió en las primeras semanas de este año en la sala Fernando de Fuentes pudo verse su octavo largometraje: *Ferdinand el duro* (1976). En este filme de rigor analítico ejemplar salen a flote las contradicciones de un capitalismo tan altamente industrializado como represivo. Ferdinand (Heinz Schubert) es un tipo de presencia inocentona, es el clásico bonapartista que aspira al poder a través de sus "méritos" en la difícil tarea de servir al amo. El lee textos marxistas con el afán de conocer la literatura de sus "enemigos"; es reconcentrado y habilidoso, tiene un cerebro detallista y un talento natural para ejercer la violencia abierta y/o subterránea. Es un hombre que delimita perfectamente, establece sus *zonas reservadas*: su vida privada está en dialéctica continua con su "trabajo" en la organización paramilitar de la empresa. Protección y defensa de los intereses de los amos son sus himnos de combate. Todo su tiempo quiere encauzarlo en la eficacia de sus subalternos, a los cuales enseña las rudadas labores del represor profesional. A él le resulta inadmisibles que alguien se salga de la norma, sus subalternos jamás deben actuar por su propia cuenta (detesta las "audacias"

de un policía idiota que filma a unos obreros enfrascados en una discusión sindical). Su criterio está al servicio de sus patrones, pero su capacidad se topa con la corrupción mayúscula del sistema que está reproduciendo con sus labores de zapa; ahí Kluge podría opinar: "Quien ha sido subyugado por las grandes sociedades/ es pasto de los cuervos" (en su *Nocturno de Los proverbios de Leni Peickert*).

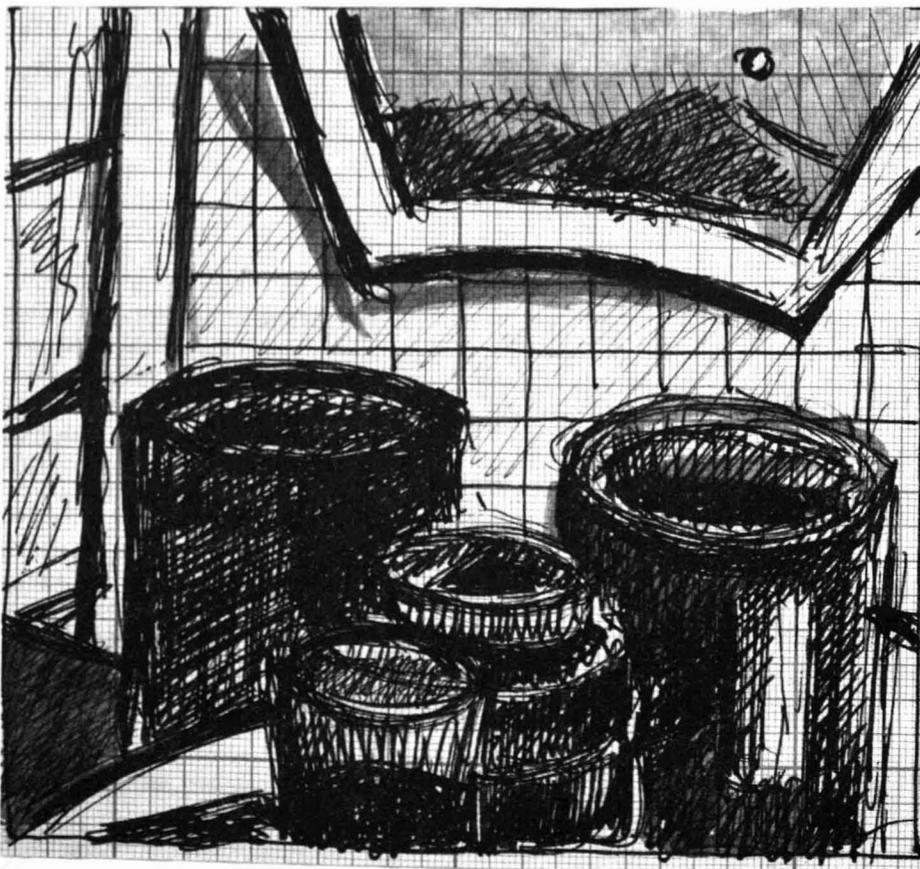
La historia de Ferdinand es la asunción de unos valores estragados por la decadencia misma del capitalismo. La seguridad de su sistema de vigilancia tiene por objetivo retardar al máximo la sublevación de los plebeyos (que ya ensayan la revuelta).

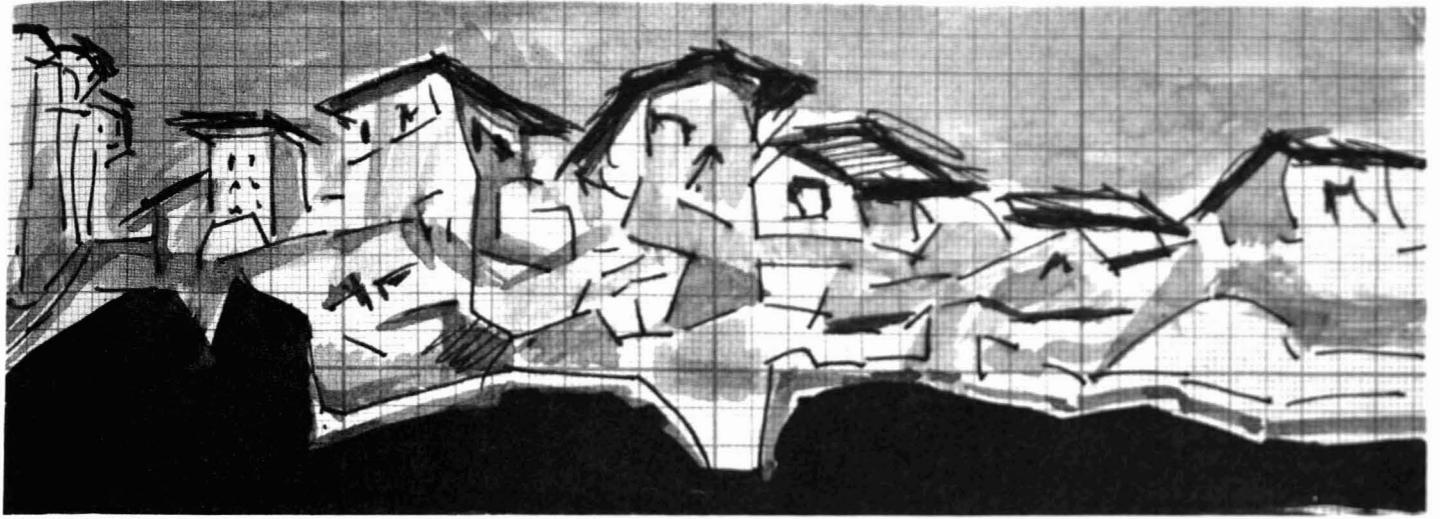
Kluge fragmenta para construir un filme implacable e irónico, su lógica impresiona por su lucidez: es el demonio que caza ángeles. Ferdinand es un personaje patético porque es incapaz de trascender sus propias paradojas: conoce los secretos de la violencia pero carece de poder; tiene las armas pero las utiliza contra sus aliados de clase; su eficacia encuentra el hilo de la madeja corruptora pero todo sigue igual (o peor por que es despedido de su "empleo"); Ferdinand, el mañoso y traidor, es víctima por su ceguera e inconciencia. La lección de Kluge está dada en uno de los letreros que aparecen en su película *Artistas bajo la carpa del circo: perplejos*:

"Hasta aquí han avanzado con esfuerzo. Ahora no saben qué es lo que vendrá a continuación. *El simple esforzarse no sirve de nada.*" Ferdinand termina trepado en un vehículo policiaco, víctima de sus proyectos represivos: ataca a un funcionario público, al que hiere en un pómulo. Su futuro es el del tigre que se muerde la cola: terminará por autodevorarse; el capitalismo ha creado las condiciones para su destrucción.

Otro filme que resulta interesante es *Alberto ¿por qué?*, crónica de un hombre recién salido de un manicomio, que se enfrenta a la intolerancia de una normalidad sustentada en la agresión constante. Película realizada por Josef Rödl, mecánico y estudiante de cine en Munich, que concretó esta extraordinaria cinta en 16 mm y en blanco y negro. Su personaje, Albert (Fritz Binner) es una especie de Frankenstein que juega con los niños (unos pequeños por demás siniestros y diabólicos), que labora y es utilizado por sus "amigos" y parientes.

De *Albert ¿por qué?* se podría decir, junto con Michel Foucault que: "la conciencia del enfermo confuso está oscurecida, empequeñecida,





fragmentada. Pero este vacío funcional está al mismo tiempo lleno de un torbellino de reacciones elementales que parecen exageradas, como si la desaparición de las otras conductas las hicieran más violentas: todos los automatismos de repetición están acentuados (el enfermo responde en eco a las preguntas que se le hacen, si se desencadena un gesto, entra en el mecanismo y se reitera indefinidamente), el lenguaje interior invade todo el campo de la expresión del sujeto, que prosigue a media voz un monólogo deshilvanado sin dirigirse jamás a otra persona”.

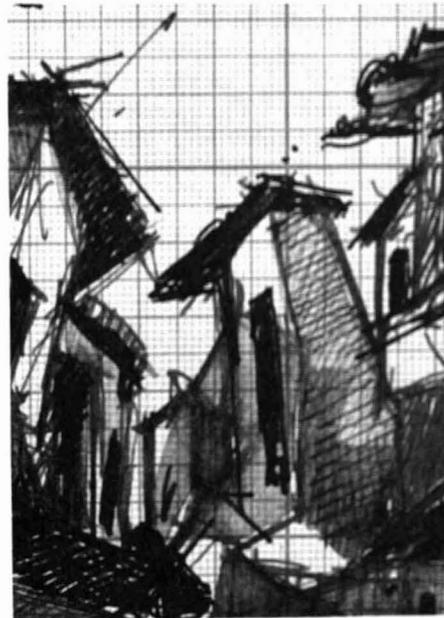
La indefensión de Albert es acentuada por unos aldeanos al encasillarlo como el idiota de la región; entonces sus reacciones cobran la aspereza del *excluido*, su caso se emparenta con el del campesino Pierre Rivière o del misterioso Kaspar Hauser. La *normalidad* como una simple cuestión de número y de reiteraciones, está contemplada por Rödl con sencillez y ternura. El aire bucólico de sus escenas largas y contenidas se acentúa a través de la música para flauta de Bach, Debussy y Shostakovich que se incluye en *Albert, ¿por qué?*.

La tragedia de Albert tiene el escorzo de quien está a merced de circunstancias ajenas a su voluntad; la realidad para él es inaprehensible, sus confusiones parten de las acechanzas exteriores; por ello, violenta a un cerdo que ha comprado su hermano, quema una cabaña, desea a una muchacha que le muestra los pechos. Su vida es una cadena de aletargamientos que lo punzan y lo obligan a actuar; su suicidio en un campanario es el resultado final de sus pesares.

La cinta está dedicada al actor Fritz Binner, el protagonista, quien al con-

cluir el rodaje también dió fin a su vida.

Las otras cintas exhibidas fueron: *El segundo despertar* de Christa Klages, de Margaret Von Trotta; *El pan del panadero*, de Erwin Keusch; *La mujer de enfrente*, de Hans Noever; *La expulsión del paraíso*, de Niklaus Schilling, y *El protagonista*, de Reinhard Hauff.



#### JESUSLUIS BENITEZ (1949-1980)

Horas antes de cerrar la edición de este número, nos enteramos de la muerte de nuestro amigo Jesús Luis Benítez, autor de la breve colección de cuentos *A control remoto y otros rollos*, y de una obra que todavía aguarda su publicación: *Las motivaciones del personal*. Su fallecimiento nos conmueve profundamente, pero no queremos rendir aquí homenaje ni erigir monumentos a quien siempre detestó ambas cosas. Para nosotros su elección guarda otro significado: un gesto de rabia, de asco, “una llamada en almacén/ logrado por avaricia y robo”.

La redacción

## LECTURAS

### LA REVISTA NUEVA CASI CONTEMPORÁNEA

POR GUILLERMO SHERIDAN

*Revista Nueva*, Órgano de la Juventud Universitaria de México. México, D. F., dos números, junio de 1919. Primera edición facsimilar del fondo de Cultura Económica (junto a SAN-EV-ANK), México, 1979.

Dentro de la importante reedición de las “Revistas literarias mexicanas modernas” que ha venido realizando el FCE y que se han ido comentando aquí, la *Revista Nueva* ocupa un lugar muy especial. Corría el verano de 1919 cuando, agotado el proyecto de SAN-EV-ANK, algunos de sus colaboradores literarios deciden iniciar su propia revista. La *Revista Nueva* será la primera de una serie de publicaciones que entre ese año y 1932 este grupo habría de fundar. Me refiero, obviamente, al grupo que 9 años después de la *Revista Nueva* fundaría otra que en su nombre también sugeriría cierta dependencia de la modernidad, cierta sujeción al tiempo: *Contemporáneos* (México, 1928-1931). Después de la *Revista Nueva* y realizada también por el “grupo-del-cuello-torcido”, como los llamaba Novo (a la sazón todavía en el grupo de la Universidad que gravitaba alrededor de Enriquez Ureña), aparecería *La Falange* (1922-1923), cuya contraparte universitaria sería *Vida*

mexicana (1922). Cinco años después, en 1927, Novo y Villaurrutia fundan *Ulises*, a cuya redacción se integrarían los dos jóvenes "descubiertos" por XV, Owen y Cuesta, y, en 1928, bajo la dirección de Ortiz de Montellano, Torres Bodet, González Rojo y el Dr. Gastelum la que habría de durar más tiempo viva, la que más profunda huella habría de dejar en nuestra literatura y de la que habría de tomar su nombre la "generación" que la alimentó. *Examen*, dirigida por Cuesta en 1932, marcaría el escandaloso final de la actividad, en tanto grupo, de los Contemporáneos.

Por eso la *Revista Nueva* es importante. Y por muchas otras razones que habré de comentar en seguida y hasta que el espacio lo permita. En 1919 Torres Bodet publica su primer libro de poemas y comanda ya a quienes constituyen el núcleo central del grupo: Gorostiza, Ortiz de Montellano y González Rojo. Un año antes Novo y Villaurrutia se habían conocido en la Preparatoria y llevaban clases con Don Erasmo. Villaurrutia, dice Novo era entonces "un *short fellow* con pantalones cortos", y ambos leían frenéticamente las ediciones de la editorial Cultura de don Agustín Loera y Chávez. Sin embargo ellos dos no entrarían al grupo sino hasta 1920 por intermedio de Ezequiel A. Chávez. El grupo de Torres Bodet, como se dijo arriba, formaba

un sistema que tenía como sol a González Martínez y que por lo tanto, como es muy evidente en la revista que hoy comento, aún no se sacudía del todo un tono marcadamente modernista que justifica totalmente el aire de chacota que Novo maneja cuando los recuerda. Dice: "Todos ellos, como el doctor, en quien el hecho podía justificarse en vista de su profesión, le habían torcido el cuello al cisne y estaban consecuentemente llenos de lagos, corazones, plenilunios, halagos, sinrazones, junios. Si por un momento estuvieron a punto de adoptar la expresión de Nervo, la desaparición de este hermano melancolía, verificada en 1919, derivó la atención de los jóvenes de entonces hacia el más perdurable, sonoro, filosófico, didáctico alejandrino del Doctor González Martínez".<sup>1</sup>

El recuerdo de Novo no podía ser más preciso, con todo y su clara voluntad de sugerir que no sería hasta su llegada cuando el grupo asumiera realmente un sentido preciso de la contemporaneidad. Y es que entre la moderna y la contemporánea (ya Jean Franco ha estudiado cómo los nombres de revistas y movimientos

<sup>1</sup> Salvador Novo: "¡Veinte años después!", *Revista de revistas*, año XII, número 1,000, 30 de junio de 1929. Recogido en "Los Contemporáneos vistos por sí mismos", *Revista de la Universidad*, No. 6, Vol. XXI, febrero de 1966.

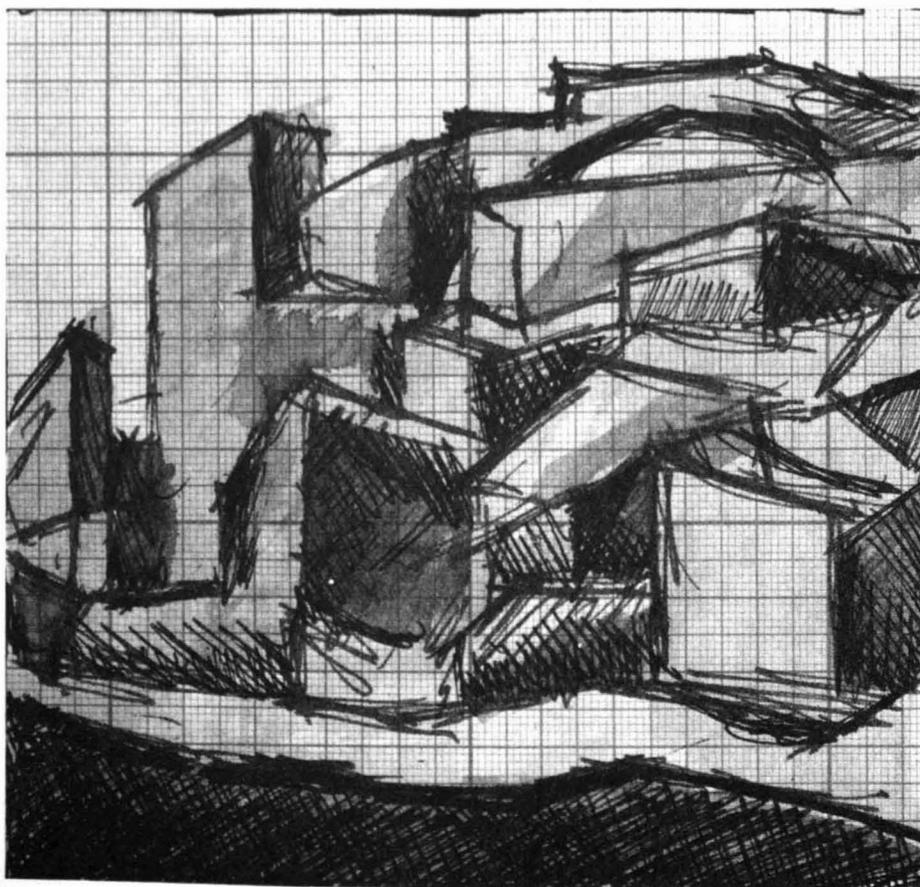
literarios en nuestra cultura siempre implican una voluntad contra el medio) era necesario este gozne de la novedad. De alguna manera, los jóvenes editores (todos tienen entre 16 y 19 años) marcan en su revista al mismo tiempo su autonomía —que no su independencia— de *Pegaso* (1917), editada por López Velarde, Rebollo y González Martínez, y su intención de mantener la continuidad de la actividad literaria en México.

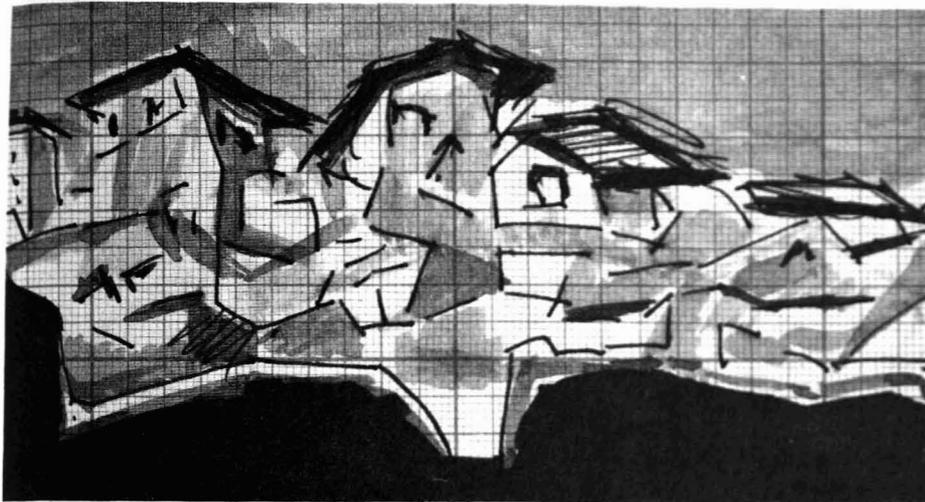
Los dos números de la revista parecen comunicar, en este sentido, una enérgica voluntad de ser nuevos dentro de lo diferente. Gorostiza y González Rojo, que habían sido presentados a los lectores por Carlos Pellicer en las páginas de *SAN-EV-ANK* (Pellicer era, en esos años, una especie de niño prodigio en la Preparatoria) son los que asumen la responsabilidad de la empresa directamente; entre su cuerpo de redacción estaban Ortiz de Montellano, Torres Bodet y Manuel Toussaint, quien había estado también en *Pegaso*. Antonio Caso, Díaz Dufoo Jr. y Genaro Estrada participaron con colaboraciones.

La *Revista Nueva*, que llevaba el ambicioso título de "Órgano de la Juventud Universitaria de México" asumió sus pasajeras funciones con una gran solemnidad. El humor excesivo de *SAN-EV-ANK* apenas deja en ella cierto aire irónico en la presentación de la revista que carece de firma y que supongo fue responsabilidad de González Rojo. Decía ese preliminar, entre cifradas burlas a su predeterminada fugacidad y una clara conciencia de las limitaciones propias y del "público lector", que "la unión de los jóvenes" es "nuestro ideal, uniforme y confuso, que nos prohíbe definirlo en programa".

Mas si nunca habría el programa, las intenciones no dejarían por eso de ser bien evidentes. Desde entonces era claro que a este grupo le interesaba más que la diversidad de sus voluntades se dirigiera a un mismo y quizá impreciso objetivo, cada cual por su propio camino y sus propios medios, que fingir un programa que, unificándolos como grupo, los limitara como individuos. Así, ese "ideal uniforme y confuso" podría entenderse como intencionalidad uniforme en lo que toca al grupo de jóvenes amigos, si bien la confusión propia de los años —y confesada con ejemplar candor— era la que a cada uno le causaba asomarse a sus particulares preocupaciones literarias.

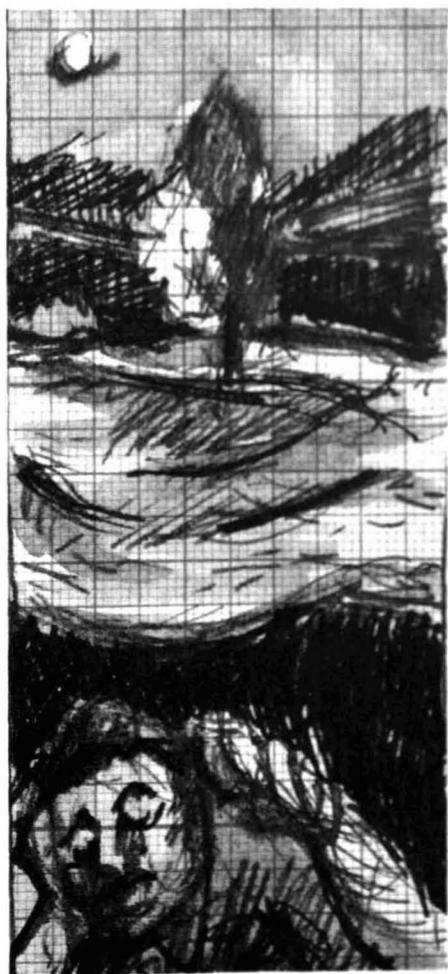
Con todo, la revista permite adivinar dentro de su carácter marcadamente ecléctico, los vagos perfiles de esa intencionalidad, de una intencio-





nalidad que años después (ya integrados al grupo Villaurrutia, Novo, Cuesta y Owen) adquirirá los rasgos de un verdadero proyecto cultural. Y en este sentido el primer artículo del primer número de la revista, "Claudio Debussy" por Antonio Caso, es significativo. En él Caso realiza una apasionada defensa del *genio* como algo que si bien trasciende la frivolidad de la época y los grupos y escuelas, se ve fatalmente condenado a revestirse de su mecanismo histórico: "El debussismo sin duda es tan falso como el wagnerismo. Sólo Wagner y Debussy son verdaderos. En arte, las escuelas son decadencias, escolásticas, imperfecciones. No más el genio tiene razón. ¡No se equivoca nunca!", dice, antes de emprender su consabida defensa del arte como expresión de la intuición del mundo y por ello mismo, incapaz de tolerar cualquier exigencia de moralidad. La sustitución de Wagner por Debussy también será significativa y no del todo separada de las ideas de Nietzsche. De hecho se antoja pensar en la revista como una especie de crónica de los virajes estéticos que sufren en ese momento los miembros del grupo que, en ese momento, aún ejercen el oficio dentro de la retórica del último modernismo que podría considerarse *puro*, es decir, sin las "dislocaciones" impuestas por López Velarde. González Rojo publica dos *nocturnos* llenos de "música extraña", "hojas secas" y "noches profundas / que riegan con llanto todos los poetas...". Toussaint hace un ensayo sobre la arquitectura poblana poseedora de detalles que la hacen propicia "al gozo y a la melancolía, a la pereza y a la voluptuosidad, como esas *elles* características que en labios de sus mujeres son caricia y dejadez; incitantes a la par que agradables".

Antonio Gil y Vélez entrega un cuento que intenta mezclar, en vano, los encantos de la nota roja con las pasiones novelescas a la manera de Rachilde o de Maupassaint. Pero toda esa gesticulatoria numinosa y *fin de siècle* en plena primera Guerra Mundial, realmente incomprensible en un país donde Tablada y López Velarde están en plena producción, llega a su expresión más decantada en el obituario escrito con motivo de la muerte de Amado Nervo: "Y hoy ha caído hacia el misterio para desdicha de la Patria y de las letras, un poeta grande como una montaña y dulce y sabio como el Padre San Francisco de Asís: ¡Amado Nervo!" por lo que a su



autor, Raymundo Alvarez, sólo le queda decir: "Aún nos quedan Lu-gones, Blanco, Valencia, González Martínez y ese gigante mudo de Díaz Mirón ¿Qué nos reserva la suerte para mañana?". Se trata, pues, de los últimos estertores del decoro que puebla la revista con sus signos: tomar el te, rezar el Ave María, caminar "cuando el crepúsculo ensaya sonatas liliales por Paseo de la Reforma" (Estrada) viajar a París, etc. Torres Bodet, que ya ha publicado su primer libro, declara que al

...llegar al estanque que ha cubierto de hojas secas un soplo repentino, vi nacer entre sombras el camino y en un oro triunfal morir el huerto.

Y todo entre las hadas y las reinas de los ensueños de González Rojo que todavía palpitan en los mismos pechos del *Azul* de Darío. Y entre los "firmes diamantes", las "lágrimas salobres y rutilantes" y las "estrellas pálidas" de Ortiz de Montellano. Dentro del mismo tono crepuscular e intimista, pero con una distancia enorme en relación a lo que estaban haciendo sus amigos, sin embargo, destaca como la única voz realmente dotada entonces de talento y originalidad la de José Gorostiza en dos poemas, "¿Conoces la vereda?" y "Cuando la tarde...", que no entraron a formar parte del primer libro, *Canciones para cantar en las barcas* (1925).

Con todo y que varios nombres importantes del momento accedieron a ser incluidos en la nómina de colaboradores (González Martínez, Lombardo Toledano, Luis G. Urbina y Rebolledo, entre otros) y que varios jóvenes compañeros como Pellicer, Erro y Díaz Dufoo, se decidieron a lo mismo, el segundo número de la *Revista Nueva* fue también el último. A la vez, sin embargo, fue la primera etapa de conformación del grupo que aún tenía que crecer con la llegada de los otros y su fugacidad era pertinente. La increíble evolución de Gorostiza, González Rojo, Ortiz de Montellano y Torres Bodet desde las páginas de *SAN-EV-ANK* es bien representativa del rigor con que estos jóvenes se preparaban para adueñarse del poder muchos años después. La distancia, por otra parte, que hay entre estas páginas y las de *Falange*, y sobre todo, claro, las de *Contemporáneos* no deja de ser menos increíble y significativa. Por eso de la herencia de lo nuevo al ejercicio de lo contemporáneo, este hito en la carrera literaria del grupo es tan importante.

# difusión cultural/UNAM

## LOS UNIVERSITARIOS

Periódico crítico de  
actualidades políticas  
sociales y culturales.

TEATRO/LITERATURA  
CINE/ARTES PLÁSTICAS

### Suscripciones:

DIFUSION CULTURAL  
10o. piso, Torre de Rectoría  
Ciudad Universitaria

Suscripción anual \$ 50.00



Librerías de Cristal

VLADIMIR NABOKOV  
LA DADIVA

MAGU  
MAGU TE VE

ALFREDO JUAN ALVAREZ  
LA MUJER JOVEN EN MEXICO

MARTIN L. GROSS  
LA FALACIA DE FREUD

ADRIANA YAÑEZ  
EL MOVIMIENTO SURREALISTA

MARCO ANTONIO MONTES DE OCA  
EN HONOR DE LAS PALABRAS

ALMANAQUE DE LA MUJER

GABRIEL ZAID  
EL PROGRESO IMPRODUCTIVO

1939-1979 40 ANIVERSARIO  
DE LIBRERIAS DE CRISTAL

## DIALOGOS

Artes / Letras / Ciencias humanas

Contenido del número 86 (marzo-abril 1979)

IGNACIO CHÁVEZ: *Morir digno y decisión médica*;  
SOLEDAD LOAEZA: *¿Guerra fría, segunda parte?*; JOSÉ  
HIERRO: *La casa*; JOSÉ LUIS MARTÍNEZ: *Los estudios  
norteamericanos sobre México*; ALBERTO DALLAL:  
*Morir es pensar todo de nuevo*; JEAN-PAUL DOLLÉ:  
*Riamos en griego*; SALVADOR OJEDA: *Panorama del  
Canto Nuevo en México*; CARLOS ISLA: *Tres poemas*;  
CARLOS FUENTES: *La lectura épica del poder*

Artes, Lectura, Comentario

Ilustraciones: Eugenio Servín

DIALOGOS

Revista bimensual de El Colegio de México

Precio \$20.00  
Dls. \$1.08

Suscripción anual: \$10.00  
Dls. \$5.46

El Colegio de México. Departamento de Publicaciones.  
Camino al Ajusco 20, México 20, D. F. Tel. 568-60-33 Exts.  
364, 365 y 367



# GACETA UNAM

ORGANO INFORMATIVO DE LA  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA  
DE MEXICO

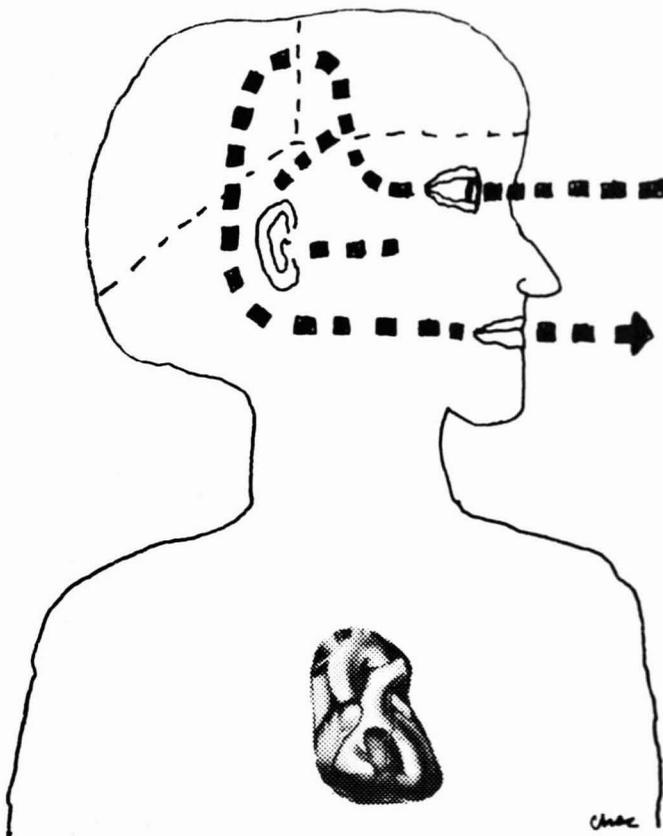
¡¡SOLICITALA LUNES Y JUEVES!!



## suscripciones

nombre	_____		
domicilio	_____		
colonia	_____		
zona postal	_____ teléfono		
mil doscientos pesos. por un año	<input type="checkbox"/>	giro postal	<input type="checkbox"/>
seiscientos pesos. por seis meses	<input type="checkbox"/>	cheque	<input type="checkbox"/>
fecha	_____		

CORREGIO 12 MEXICO 19, D.F. / TELEFONO 863-99-11



HACER  
PENSAR  
ESO ES  
LO QUE  
QUEREMOS  
HACER  
PENSAR

# TVOTV

novedades + ediciones era

Biblioteca Era:



Biblioteca Era:



Serie popular Era:



Serie Crónicas:



Cine club Era:



Revista trimestral de Ediciones Era:



Avenida 102/ México 13, D. F. / 5-81-77-44  
 Agencia Guad. / Federalismo 958-Sur/ Guadaluajara,  
 Jalisco / 12-60-37

siglo veintiuno editores

presenta con orgullo la edición facsimilar del

## CÓDICE BORBÓNICO

El más valioso testimonio pictórico de los antiguos mexicanos

- 36 láminas a todo color en forma de biombo.
- Anexo al Códice, el estudio más completo sobre él realizado: Descripción, historia y exposición del Códice Pictórico de los antiguos náhuas, obra del investigador mexicano Francisco del Paso y Troncoso. Edición facsimilar de la publicada en Florencia en 1899.
- Las dos obras están encuadernadas a la mestiza con lomo de piel y percalina.



En su próximo número la

REVISTA DE LA

# UNIVERSIDAD DE MEXICO

Presentará:

- Dos relatos de Juan Carlos Onetti
- Poemas y dibujos de Fernando del Paso
- Un ensayo de Mario Vargas Llosa sobre las universidades
- Poemas de Pita Amor y Marco Antonio Montes de Oca
- Santiago Carrillo, Mandel y Broue hablan sobre el Eurocomunismo
  - Una entrevista con Federico Campbell
  - Secciones variadas y múltiples libros



¡Suscríbase! Un año por doscientos pesos. Mande giro postal a la Oficina de publicaciones de Difusión Cultural, Adolfo Prieto 133, México 12, D. F.

## **POST SCRIPTUM**

Este número de la *Revista* acepta todas las responsabilidades, es decir, todos los riesgos. No quiso ser otra cosa que un índice, si acaso, de los diversos modos en los que algunos jóvenes mexicanos se enfrentan hoy en día a la literatura.

El lector habrá notado que lo que aquí se recogió no quiere ser tanto una proposición sino una muestra. Una muestra que tolera y hasta se pertrecha detrás de todos los lugares comunes que inevitablemente crecen alrededor de este tipo de proyectos.

La *Revista* hizo las veces de un fiscal que presentó la mayor cantidad de pruebas a su disposición (recogidas en el ámbito impreciso de lo que pasa por juvenil, de lo que se protege en lo juvenil, de lo que no siéndolo ya en el tiempo lo es en lo editorial) siempre y cuando agregaran al caso algún tipo de evidencia.

La Redacción

